
SERIE MOONSTRUCK
ALEJANDRA ANDRADE
DESCONSUELO
AL
AMANECER
Planeta

ALEJANDRA ANDRADE

SERIE MOONSTRUCK 2

DESCONSUELO AL AMANECER



Índice

Para quienes miran al cielo y fantasean,
sueñan despiertos, observan la luna y se maravillan,
y para las almas salvajes que desean el amor, la verdad y la libertad.

CAPÍTULO 1

Fragmentos de vidrio

20 de agosto de 2009

Thomas me llamaba todos los días a las seis de la tarde en punto, pero yo nunca le contestaba porque no me interesaba escuchar más disculpas vacías. Ya había terminado con él. Ya no estábamos juntos. Aaron y Caleb lo habían sacado a rastras de mi departamento la última vez que lo había visto. ¿No le parecía suficiente?

Sentía que la cabeza me iba a explotar. Estaba furiosa por su comportamiento y las cosas que había dicho. Pero, sobre todo, porque me hubiera besado.

Ya sé. Yo le devolví el beso.

Pero él me resultaba tan familiar, igual que sus labios, y junto con esa píldora que me relajó hasta la estupidez… Ya no importaba. Por supuesto que yo era una idiota.

Caleb me convenció de reunirme con Thomas una vez más. Sí, Caleb. Pensaba que, si hablaba con él por última vez, por fin me dejaría en paz. Y tenía razón. Thomas necesitaba un verdadero cierre; necesitaba que le dijera que habíamos terminado para siempre. Además, yo tampoco quería que las cosas tuvieran un final tan amargo.

El apoyo de Caleb en la situación que estaba pasando con Thomas fue sumamente útil y me ayudó a sentirme más tranquila y preparada para manejarla. No estaba sola. A veces me olvidaba de que detrás de mí tenía un sólido sistema de apoyo.

Tuve que mover el arreglo floral que Thomas me había enviado esa semana, de la mesa de centro de la sala a la mesa del recibidor, porque en la sala no dejaba ver la televisión ni la cara de la persona sentada frente a mí. Era enorme.

El retrato de Thomas era lo primero que se veía al entrar a mi departamento. Lo quité. Sabía que se molestaría cuando viera la pared vacía, pero tenía que ser firme con él. Y, honestamente, ya no soportaba verlo.

Tenía una cosa menos de qué preocuparme.

Caleb y yo tuvimos la oportunidad de hablar un poco más sobre «nosotros» durante la semana. No sabía que lo necesitaba tanto hasta que mencionó la posibilidad de irse. No lo había valorado. Pero su trabajo era como cualquier otro: podía cambiarlo por otro en un segundo.

Fue aterrador darme cuenta de ello.

Lo importante era que había decidido quedarse. Caleb había sido mi amor platónico desde varios años atrás. Sin embargo, me preocupaba lo que realmente habían significado los besos y cuáles eran sus expectativas de mí. Recientemente habían pasado demasiadas cosas. Y mi mayor temor era salir herida, herirlo a él, herir nuestra relación, o peor, todo lo anterior.

«Actúa con cautela».

Le dije que necesitaba tiempo para procesar todo y él fue muy comprensivo con la situación por la que acababa de pasar. No le molestaba. Se sentía sobre todo feliz de que Thomas fuera cosa del pasado.

Sin embargo, en un rincón de mi mente tenía un sentimiento desconocido de incertidumbre: un león dormido en su guarida. Quería estar lista para estar con él, pero no podía dejar de pensar en William. Me había encaprichado y tenía que empezar a desprenderme de él de inmediato. Estaba decidida a extirparlo de mi mente si era necesario.

Tenía que hacerlo.

«¿Caleb no era todo lo que siempre había querido?».

Cuando lo veía, me sentía muy feliz. Me hacía sonreír. Pero cada noche, antes de dormir, mi pecho se rebelaba en mi contra. No podía irme a la cama sintiéndome bien. ¿Por qué? Lo intentaba, lo intentaba de verdad.

Las cosas tenían que mejorar.

Mi corazón tenía que dejar de quejarse y concentrarse en las cosas

geniales que estaban por venir. Como Caleb, como la manera en que me hacía sentir deseada, sus labios perfectamente deliciosos y la forma como me besaba.

Él me conocía. Estaba a salvo con él. Eso tenía que ser suficiente.

Thomas dijo que llegaría a mi departamento al final del día para hablar y yo estaba nerviosa, pero también esperanzada. Por la mañana salí a correr con Caleb y David, con la intención de que me ayudara a aliviar mis nervios.

Cuando regresamos de correr, me bañé y me alisté. Alguien tocó el timbre de la puerta mientras me servía una taza de café, pero no me habían informado de la llegada de Thomas.

«¿Podría ser William?».

Por supuesto que no. Esto era un ejemplo obvio de la importancia de extirpar a William de mi mente. «A él ya no le importas, tonta». ¿Le habré importado en algún momento?

De todos modos, él nunca estaba. En su último mensaje me había dicho que estaba filmando.

Quise apartar la idea por completo, pero otra parte de mí, la que disfrutaba jugar con mis emociones, se levantó rápidamente con la esperanza de que fuera él, así que corrí hacia la puerta principal y abrí con entusiasmo.

Hermano equivocado.

—Hola, Billie —dijo Tobias con su enorme y sincera sonrisa. Miró el enorme arreglo floral por encima de mi hombro y levantó una ceja. Algunas flores estaban muertas o se estaban muriendo: qué simbólico.

—Hola, ¿cómo estás? —Le devolví una sonrisa forzada mientras mi última esperanza se desvanecía en mi interior.

—Solo quería saber cómo estabas y ver cómo te iba. No te he visto en el gimnasio.

No había retomado el entrenamiento con Grant precisamente porque quería evitar a Tobias o a cualquier otro miembro de la familia Sjöberg. Había intentado ponerme en contacto con Grant, pero su teléfono había sido suspendido.

El elevador sonó detrás de nosotros y Aaron salió.

—Señorita Murphy, siento interrumpir. No contestaba su teléfono, pero el señor Hill está abajo.

Volteé para ver a Tobias y torcí los labios hacia un lado. Tobias probablemente se lo informaría a William, haciéndole pensar que todavía tenía algo con Thomas, pero yo necesitaba dejar de

preocuparme por lo que William pensara o no. Había intentado explicarle todo demasiadas veces, pero él había dejado claro que no le interesaba escucharme.

—Que suba.

«Tiene que dejar de importarme».

Aaron asintió y se fue.

—Me alegra saber que estás bien, Billie. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme –dijo Thomas, frotándose las manos.

Tobias había demostrado ser un buen amigo, pero me era difícil mirarlo porque inevitablemente me recordaba cómo las cosas se habían ido a pique con William. Sin embargo, él me había ayudado mucho el día del incendio y yo quería dejar de lado mi amargura para decirle lo agradecida que estaba porque hubiera estado allí, y por haberse mantenido en contacto para ver cómo seguía.

—Lo siento —dije con un suspiro—. Las últimas semanas han sido difíciles, demasiados cambios. No he tenido la oportunidad de hablar con Grant, pero estoy agradecida por lo que ambos hicieron por mí. No tenían que hacerlo, pero…

—Por favor, no fue nada. —Movió la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Grant cambió de número? —pregunté—. No he podido localizarlo. Quiero darle las gracias y avisarle cuando pueda retomar el entrenamiento.

—Sí. Le voy a preguntar a Will… —se interrumpió—. Eh, no tengo tu número y no traje mi teléfono. Pero me aseguraré de que lo recibas. Te enviaré un mensaje más tarde.

Qué frustrante.

Ni siquiera podía decir «William» delante de mí.

En ese momento se abrieron las puertas del elevador. Thomas, Aaron y David caminaron en nuestra dirección. Caleb prefería no interactuar con Thomas, especialmente después de lo ocurrido. No lo soportaba.

—Creo que será mejor que me vaya, Billie —dijo Tobias, mirando a los tres.

—Hola, amigo —Thomas tocó el hombro de Tobias y le ofreció la mano. Tan poco característico de él—. Lamento lo del otro día. Estaba muy preocupado por Billie y fui un imbécil con todo el mundo, incluyendo a tu hermano. No sé cómo agradecerles toda su ayuda.

Tobias separó los labios ligeramente; sus ojos se llenaron de sorpresa. No creo que esperara ese tipo de reacción por parte de

Thomas. Asintió, le dijo que no había nada que agradecer y se disculpó para irse.

—Hola, amor —dijo Thomas, besándome en la mejilla. «Amor». Estaba empezando a odiar esa palabra—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Thomas también me había tomado desprevenida. No esperaba que actuara así después de que lo corrí de mi casa, aunque lo apreciaba.

Aaron me miró detrás de Thomas, esperando que le confirmara que estaba cómoda con la situación. Le respondí con un simple movimiento de cabeza y aparté la mirada.

—Esperaremos aquí afuera —Aaron dijo con firmeza. No parecía creer en los actos de madurez de Thomas.

Entramos y Thomas vio las flores inmediatamente.

—Espero que te hayan gustado. Y esto lo digo muy en serio —dijo y tocó la tarjeta en la que pedía perdón.

—Son hermosas. —Cada palabra que salía de mi boca se sentía como si caminara sobre vidrios rotos—. Gracias.

Estaba intentando ser muy consciente de qué decir y cómo decirlo.

Thomas se detuvo un segundo a mirar la pared vacía de la galería, con una profunda arruga en el entrecejo. Movió la cabeza un par de veces y se dirigió a la sala con aire de derrota. Se notaba que no le había gustado que hubiera quitado su retrato.

Nos sentamos y esperé a que Thomas hablara. Apretó las manos, apoyó los antebrazos sobre las rodillas y sacudió los pies con ansiedad.

—Lo siento mucho, Billie —dijo como una creativa declaración inicial—. Siento que no he hecho otra cosa últimamente. Y quiero cambiarlo, de verdad. Quiero dejar de pedirte perdón, pero necesito que me des otra oportunidad para corregir las cosas. —Suspiró y me miró a los ojos—. Admito que el otro día perdí la cabeza. Pero, por favor, déjame arreglarlo.

No sabía si perdonar a Thomas era la solución. El verdadero problema que veía era que él ya había mostrado su verdadera personalidad unas cuantas veces. Era controlador, manipulador y celoso más allá de lo razonable. Pero ya le había dicho todo eso cuando rompimos por teléfono. Más o menos.

Tan solo mirarlo era agotador.

Sobre todo estaba enojada porque había arruinado mi apuesta con William. Era mucho más que un juego. Era la manera en que William me hacía saber quién era. Pero Thomas nos lo arrebató e hizo que

William se sintiera como una mierda en el proceso. Y, en última instancia, Thomas alejó a William de mí. Me estaba costando mucho trabajo perdonarlo.

—No sé si puedo volver a donde estábamos antes de todo esto —dije, frunciendo el ceño—. Lo siento.

—¿Por qué? —Hizo una mueca—. Por favor, solo dime por qué. Estoy dispuesto a cambiar y a ser mejor para ti. Por favor, créeme.

Se acercó a mí y me aparté casi imperceptiblemente.

—Estamos atrapados en un círculo vicioso. —Comencé a explicarle—. Pasa algo malo, te arrepientes, te perdono, una y otra vez, pero no haces nada diferente para mejorar las cosas, para romper ese ciclo. —Estaba harta de los estímulos tóxicos de Thomas—. No puedo cambiarte. Las cosas no funcionan así. Sinceramente, me resulta difícil seguir con —hice un gesto con la mano entre nosotros— todo esto.

Ahora parecía furioso, pero eso no iba a detenerme.

—Sin mencionar lo extremadamente irrespetuoso que fuiste la otra noche. Sé que lo lamentas, pero no he podido quitarme esa sensación de encima. Y ni siquiera hemos hablado de lo que vi debajo de tu cama.

Thomas se enderezó en el asiento y se inclinó para decir en voz baja, con un tono casi espeluznante:

—Esos condones no eran míos. Yo nunca te engañaría, lo sabes. —Apretó la mandíbula e hinchó las fosas nasales durante unas cuantas respiraciones fuertes y pesadas. No sé si quería intimidarme para que le creyera, pero no pensaba seguirle el juego.

¿Sabía en verdad que él nunca me engañaría? Con Thomas, ya no sabía qué esperar. Y sinceramente no me importaba, ya estaba harta de él.

—Mira, no importa. No tienes que darme explicaciones. Ya no soy tu novia, y no me debes nada.

—Por favor, no digas eso —me rogaba, pero su voz se iba volviendo más áspera. ¿Qué iba a decirle? Era la verdad, y necesitaba que entendiera que ya no estábamos juntos. Antes había intentado que la ruptura fuera suave y no había funcionado. No era fácil, pero tenía que ser firme.

—Los paquetes de condones vacíos que viste debajo de mi cama eran de Nicholas —reveló por fin.

—¿De Nicholas? —El chivo expiatorio de Thomas.

Era un giro interesante de los acontecimientos, pero no estaba

segura de creerle. Aunque no iba a hacer ninguna diferencia.

—Él usa el departamento de vez en cuando. Por eso tenemos una llave de repuesto en la caja de seguridad de afuera. Ya te imaginarás cómo reaccioné cuando volví y los vi después de que me lo contaste. Supongo que por eso nunca me sentí cómodo de llevarte allí, porque no tengo el lugar para mí solo.

Parecía sincero. Sin embargo, no podía evitar pensar en su relación de amor y odio con Nicholas. ¿Por qué Thomas le permitía su comportamiento? ¿Sabría Nicholas algo que pudiera usar contra Thomas? Eso parecía, porque la manera como Thomas interactuaba con Nicholas no tenía sentido. Thomas no era el tipo de hombre que se deja mangonear. Me parecía que Thomas le había dado a Nicholas demasiadas oportunidades.

Afortunadamente, ya no era mi problema.

—Está bien —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Y ya, eso es todo? —preguntó con irritación—. ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Me crees?

—Sí, te creo.

No estaba segura de si le creía o no, pero no tenía sentido discutir o entrar en más detalles. Nada de lo que pudiera decir o hacer iba a convencerme de volver con él. Y él tenía que saberlo.

—Thomas, no hay una forma fácil de decírtelo, pero estoy segura de una cosa. —Respiré profundamente—. No quiero que volvamos. Hasta aquí llegué. Lamento que las cosas hayan terminado así, pero no puedo seguir después de todo lo que ha pasado.

Me tragué el enorme nudo que me quedó en la garganta después de decirle eso; había sido difícil decirlo en voz alta, pero sabía que era lo mejor.

—Lo siento —repetí mientras él me miraba en silencio.

—Es por él, ¿verdad?

«Si lo supiera…».

Se refería a William, por supuesto, pues no conocía mi situación actual con Caleb. Thomas podía preguntar lo que quisiera, como siempre lo hacía, pero yo ya no tenía por qué darle explicaciones. Me quedé callada. «Deja que crea lo que quiera».

—Te va a masticar y a escupir, lo sabes, ¿verdad? —Bajó la barbilla y me miró fijamente a los ojos.

Alcé las cejas por la sorpresa. «Guau. Ok». Thomas no sabía que ya ni siquiera tenía la oportunidad de llegar a la parte en que William me

masticaba, por así decirlo. Pero no necesitaba saber nada más de mí.

—¿Ah, sí? —me burlé. Probablemente no era la mejor idea, pero Thomas no parecía capaz de esconder su verdadera personalidad.

—Nunca voy a renunciar a ti, Billie. Tienes que entenderlo.

Extendió la mano hacia mí, pero me aparté del contacto. Era peligroso. Lo sabía. Su tacto, sus labios, sus palabras. La situación estaba resultando más difícil de lo que pensaba.

—Me gustaría que no hicieras esto más difícil.

Se levantó resoplando y caminó furioso hacia la puerta principal. Lo seguí, cuidando de no alcanzarlo, pero lo suficientemente cerca para asegurarme de que se fuera.

Al pasar por el recibidor, le dio una patada al Matisse que me había comprado en el MoMA. Luego extendió la mano y empujó el arreglo de la mesa con dramatismo, haciendo que el florero se estrellara en mil pedazos en el suelo.

«Aquí vamos».

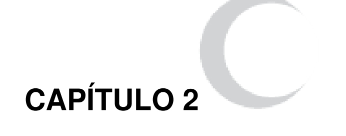
Estaba segura de que se «arrepentiría» al final del día, pero ya no iba a estar ahí para escuchar sus disculpas.

Abrió la puerta y dejó que se azotara contra la pared, dejándola abierta de par en par mientras salía del departamento. Había fragmentos de vidrio alrededor de mis pies descalzos. Era mejor que no me moviera ni un centímetro. Aaron extendió la mano hacia el brazo de Thomas, pero él lo apartó violentamente.

—No me toques, Aaron —le respondió con furia y se fue por la salida de emergencia. Excelente elección. Hubiera sido demasiado incómodo para Thomas esperar a que subiera el elevador después de la escenita que acababa de montar.

David entró a mi departamento, me cargó y me llevó a la sala. Luego me pidió que me quedara ahí.

Juro que si alguien me hubiera dicho que el actor era Thomas, y no William, le habría creído de inmediato. Era un dramático de mierda.



CAPÍTULO 2

A ciegas

28 de agosto de 2009

Terminar oficialmente mi relación tóxica con Thomas fue liberador. Fue como si acabara de llegar de París… con nuevas esperanzas. De repente tenía tiempo para mis amigos. Estaba de mejor humor, comía mejor y me sentía más feliz en general.

Pronto comenzaría el curso de otoño en Parsons y Nolan y yo nos habíamos inscrito a todas las clases juntos. La universidad me ayudaba a mantener mi mente ocupada y lo agradecía. También fue alentador que nos hubiera ido tan bien en nuestra presentación final de la sesión de fotos de Sagaponack. Lily estaba fantástica en todas las fotografías que tomamos. Algunos de nuestros compañeros quedaron realmente impresionados cuando se dieron cuenta de que era ella.

A Lily le encantaron las impresiones de las mejores fotos, se las di antes de que se fuera de nuevo a trabajar. Me dijo que su agenda se volvía una locura justo después del verano con la Semana de la Moda; estaba fuera la mayor parte del tiempo, viajando y trabajando como maníaca.

Todavía éramos amigas íntimas y nos enviábamos mensajes a menudo, pero nunca hablábamos de William. Ella no dejaba de preguntarme cómo estaba, pero mi respuesta era siempre la misma: «¡Estoy genial!».

Era la verdad. Me sentía… bastante bien.

CJ y Nina se alegraron de verme mejor sin Thomas, pero no sabían

nada de lo que había pasado con William. También guardé silencio sobre la situación con Caleb.

Ambos me esperaban para almorzar. Caleb subió a mi departamento para ver si estaba lista. Cuando tocó la puerta, me estaba alistando y escuchando una lista de canciones que le había preparado a mi papá.

—Agente Cohen. —Asomé la cabeza por la puerta y miré por encima de sus hombros para comprobar que estuviera solo. Como el departamento 9B estaba desocupado, por lo general no había que preocuparse de que hubiera movimiento en mi piso. Lo tomé de la mano y lo jalé hacia adentro—. Ya casi estoy lista. Vuelvo en un momento.

Caleb se quedó en el recibidor; yo sabía que le parecía difícil entrar a mi casa como invitado. La incomodidad se reflejaba en su rostro. Me daba cuenta de que todavía era desafiante para él lidiar con los límites poco claros de nuestra nueva dinámica. No estábamos saliendo o en una relación formal, pero él ya me había confesado cuáles eran sus sentimientos, lo que inevitablemente cambió la forma en que se comportaba delante de mí.

Cada vez que intentábamos encontrar un espacio para hablar o vernos en privado, sentía como si nos estuviéramos escondiendo. Como si estuviéramos haciendo algo que no debíamos hacer. Y no me gustaba esa sensación.

No era del todo ilógico que nos sintiéramos así, porque si mi padre se enteraba de las intenciones de Caleb conmigo —y de las mías también—, estoy segura de que lo habría enviado de vuelta a Tel Aviv sin pensarlo dos veces. No queríamos eso. Para nada.

Cuando salí de mi habitación, vi a Caleb de pie, tieso como una estatua. No se había atrevido a entrar a mi departamento. Yo sabía lo difícil que era para él sentirse como en casa.

Me detuve frente a la mesa del recibidor para asegurarme de que llevaba todo lo que necesitaba en mi bolso. Era gracioso ver que Caleb jugueteaba con sus manos, como si no supiera qué hacer con ellas. No dejaba de meterlas en los bolsillos de su pantalón, las volvía a sacar, se frotaba la frente, luego el cuello y después, inevitablemente, las mantenía como si nada frente a él.

—Caleb, relájate. Estamos solos. Mimi ya se fue por hoy. —Traté de tranquilizarlo.

—Ya sé. Es que es raro tratar de ser casual cuando me acostumbré

a comportarme de la manera opuesta.

Caleb llevaba más de cuatro años siguiéndome, mucho tiempo. Yo tenía dieciséis cuando mi papá lo contrató y Caleb tenía veintidós. El día que lo conocí, no podía creer lo que veía ni podía evitar mirarlo fijamente a los ojos cada vez que me hablaba. Me cautivó su belleza. Y estoy casi segura de que él se dio cuenta enseguida. Pero en ese entonces solo era una niña.

Caleb era un regalo del universo. Me sentía vacía y perdida, y él llegó como si dijera «Mira, yo te cuido». Y realmente lo hizo.

Me salvó y me gusta pensar que yo también lo ayudé a salir de su oscuridad.

Las cosas tenían que ser más formales en París porque había más protocolos que cumplir. Por eso creo que le costaba soltarse, a pesar de que le insistía en que se relajara cuando estábamos a solas.

—Te ves hermosa. —Me miró de arriba abajo y negó con la cabeza varias veces con una sonrisa.

«What Difference Does It Make» de The Smiths comenzó a sonar de fondo, ya que tenía conectado mi iPod al sistema de sonido del departamento.

—Me encanta esa canción —dijo Caleb al ofrecerme su mano—. No sabía que te gustaban. Había un lado tierno en él que me parecía entrañable. Uno que había tenido oportunidad de ver en pocas ocasiones en el pasado, pero nunca de esta manera. Cada día se abría más conmigo. Y yo con él.

—Sí. Mi papá me los enseñó y ahora no puedo dejar de escucharlos —dije riéndome y tomé su mano cálida y callosa. Me acercó a él y me pasó la otra mano por la cintura.

—Me gustaría poder salir contigo alguna vez —confesó, bajando la mirada—. Aunque sé que sería complicado…, espera…

Caleb empezó a cantar la canción con su adorable acento. Arqueó mi espalda y me besó la mejilla, que se encendió de inmediato. Me encantaba que por fin se permitía dejarse llevar y relajarse.

—Deberíamos ir a desayunar algún día después de ir a correr. Sería bastante casual, ¿no crees? —sugerí, mirando sus encantadores ojos, con sus brazos aún firmemente aferrados a mi cintura—. No creo que fuera sospechoso para Aaron o David.

—Ah, sí. Aaron sabe —dijo, sacando aire por la nariz.

—¿Qué sabe?

—Lo que siento por ti. Lo sabe desde hace tiempo. Y nunca le diría

nada a tu padre, así que no pongas esa cara.

«Desde hace tiempo».

—¿Desde cuándo? —Me preguntaba cuánto tiempo significaba «hace tiempo». Tenía que preguntarle.

—Se dio cuenta enseguida después del incidente de Noelle —se rio—. Me volví loco esa noche después de que volvimos del bar. Quería destruir y quemar cosas. Y Aaron me vio. Intentó calmarme, pero mejor salí a correr y regresé después de tres horas.

—¡Caleb! ¿Por qué no me contaste? —Me separé de sus brazos, pero seguí sosteniendo su mano, con la mirada todavía fija en la suya.

—Me habías visto con Noelle ese mismo día. ¿Qué querías que te dijera? «¿Ah, oye, me viste besando a esa chica con la que vas a la escuela hace unas horas, pero no puedes hablar con ese chico que acabas de conocer en el bar?». Además, en tu cumpleaños te dije cuánto odié el día que conociste a Thomas. A veces creo que es mi culpa que hubieras estado con él. Si no me hubieras visto con Noelle, probablemente no habrías querido ir a ese bar. ¿Tengo razón?

Tenía razón. Pero las probabilidades de conocer a Thomas ese día estaban a nuestro favor. Si no hubiera ido al bar, habría vuelto a la Residencia y mi padre habría querido que saludara a sus invitados, como solía hacerlo. No sé. Las cosas que están destinadas a suceder siempre encuentran la manera de hacerlo.

—Creo que lo que estás tratando de decir es: si no hubieras besado a Noelle ese día…, ¿no? —Me reí, él también se rio un poco—. Que yo conociera a Thomas no fue tu culpa. Quizás no estaríamos aquí hoy, así, si no lo hubiera conocido.

Caleb asintió, pero me di cuenta de que se culparía a sí mismo para siempre. Y era demasiado terco para que lo convenciera de lo contrario. Lo conocía.

—Hagámoslo entonces. —Me refería a la idea de que saliéramos a desayunar algún día—. Sin traje ni corbata, y definitivamente sin el auricular.

Hice un gesto hacia el auricular y Caleb me tomó de la muñeca cuando estaba alejando la mano. Me acercó de nuevo a él y mi corazón comenzó a latir rápido y con furia en mi pecho.

Se veía ridículamente guapo. Sus labios eran tentadores, pero no nos habíamos besado desde la noche en la azotea. Yo lo había evitado conscientemente para no hacer las cosas más confusas para los dos, pero eso no significaba que no quisiera. Y la mirada hambrienta de sus

ardientes ojos de avellana me decía que él también deseaba besarme.

Contuve mis impulsos y logré controlarme. Había también un motivo detrás de la proeza que perduraba en un nivel no demasiado inconsciente.

William.

¡Lo extrañaba!

Extrañaba cómo me hacía reír y enojar al mismo tiempo. Y cómo siempre encontraba la manera de mantenerme entretenida, intrigada y curiosa. Nunca sabía qué esperar de él, y lo disfrutaba… mucho.

Sobre todo, extrañaba hablar con él, sus labios y la forma como me besaba. Como si supiera qué quería y cómo lo quería, que eran las mismas cosas que yo deseaba.

Pero William decía que ya no quería ninguna de esas cosas.

Irónicamente, la parte más difícil de romper con Thomas fue olvidar a William. Y no me había vuelto a encontrar con él desde el día en que me vio besar a Thomas. Todavía no podía superar ese estúpido beso que ni siquiera había querido.

«¿Por qué tuvo que besarme? ¿Y por qué tuve que devolverle el beso?».

En fin…, volviendo a Caleb.

Su cara se acercaba a la mía, pero me giré hacia un lado y traté de sonreír dulcemente. Caleb me besó la mejilla mientras yo apretaba su mano un poco más fuerte, tratando de compensar el beso que acababa de rechazar. Realmente quería besarlo, pero no estaba preparada para hacerlo de nuevo porque mi mente estaba en otra parte.

—Vamos —dijo—. Vas a llegar tarde.

Me ofreció una sonrisa sincera y me soltó la mano. Salimos de mi departamento como dos personas que no habían estado a punto de besarse hacía unos segundos.

David condujo de prisa al lugar de sushi donde había quedado para almorzar con Nina y CJ. Cuando llegamos, Caleb me acompañó a mi mesa. «Son órdenes de tu padre», insistió. Mi papá se sentía más aprensivo que de costumbre después de mi ruptura con Thomas.

Mi teléfono sonó mientras miraba alrededor del restaurante en busca de mis amigos.

—No te enojes —dijo CJ por teléfono cuando contesté la llamada.

—¿Están en otro lugar? Todavía puedo llegar.

—No. —Se aclaró la garganta—. No vamos a ir.

—¿Cómo? ¿Está todo bien? —estaba genuinamente preocupada.

—Te organizamos una cita a ciegas. Lo siento, por favor no me odies. Se llama Charles y está superbueno. Me lo agradecerás después. *Ciao ciao.*

Terminó la llamada con un tono alegre. Miré la pantalla del teléfono con indignación.

¿Una cita? ¿Una cita a ciegas? No, claro que no.

—¿Qué pasa? —preguntó Caleb.

Estaba a punto de huir de la escena cuando alguien me llamó por mi nombre. Me volteé y se acercó a mí un tipo clásicamente guapo. Alto, cabello rubio oscuro perfectamente peinado, gran sonrisa blanca, barba de un día y ojos azul grisáceos. Podría decir que era mi tipo, pero esa clase de hombre es fácilmente el tipo de cualquiera. Por desgracia, yo no estaba interesada en quedarme.

—Eres Billie, ¿verdad? —preguntó mientras acortaba la distancia entre nosotros—. Pelirroja y bonita. Diría que coincides con la descripción que me dio Nina.

Vi de reojo que Caleb me miraba enojado, probablemente se preguntaba qué demonios estaba pasando. Como estaba en *shock* y no sabía qué más decir, Charles se presentó y me ofreció su mano. Se la estreché y le dije que era un placer conocerlo.

—¿Podrías disculparme dos segundos? —le pregunté a Charles. Me sonrió y dijo que me esperaría en la mesa. Conseguí devolverle la sonrisa y me alejé.

—¿Qué demonios está pasando? —susurró Caleb entre dientes. Se le había desencajado la mandíbula. No había nada que odiara más que las sorpresas y los cambios de planes repentinos.

—Nina y CJ me organizaron una cita a ciegas —le susurré—. No saben nada de…, bueno, nosotros. Solo saben que terminé con Thomas hace poco más de un mes y, por alguna razón, creen que estoy lista para empezar a salir de nuevo.

—No estás pensando seriamente en seguir con esto, ¿verdad? —Caleb parecía enojado—. Tu padre no lo aprobará. Nos ordenó que investigáramos los antecedentes de cualquier persona que quisiera… salir contigo.

Levantó una ceja y miró a Charles.

Por Dios.

—¿Comprobación de antecedentes? ¿Y qué se supone que haga? Está esperándome —respondí, mirando por encima del hombro. Charles me saludó con dos dedos cuando vio que miraba hacia donde

él se encontraba—. Parece inofensivo. Lo voy a acompañar solo un rato y te mandaré la señal SOS cuando me parezca adecuado. Vamos, será divertido.

Caleb aceptó con renuencia, pero yo solo quería terminar con aquello y marcharme.

—Pero tengo que ver su identificación.

—¡Caleb! No, tú…

Me ignoró y se adelantó hacia la mesa.

—Disculpe, señor. Necesitaré ver alguna identificación —le dijo Caleb a Charles con voz profunda y acento marcado. Charles se levantó enseguida, sacó su cartera y le entregó su identificación a Caleb, quien la fotografió por ambos lados.

—Aquí tiene, señor Donnelly. Lamento las molestias, pero es el protocolo.

Caleb se dio la vuelta y se paró contra una pared cercana, como en mi primera cita con Thomas. La verdad, no me importaba que quisiera quedarse cerca. Simplemente pensaba que era innecesario.

—Nina no me dijo que tenías seguridad —dijo como declaración inicial—. Me parece fantástico.

«Estás bromeando».

La conversación giró sobre todo en torno a mi equipo de seguridad y rápidamente cambió a Charles, que alardeaba sobre la casa de descanso de su familia en la costa de Amalfi. Y, ah, una segunda casa de descanso en Barcelona.

Lo que le faltaba de buen conversador, lo compensaba con su apariencia.

—Entonces, ¿quieres ordenar? —preguntó y tomó el menú.

—Estoy en una dieta rigurosa —respondí. No iba a pedir una gran comida cuando planeaba irme pronto. Pero me estaba muriendo de hambre. Me podría haber comido un atún entero—. Solo pediré edamames.

Charles le indicó al mesero que se acercara a la mesa e hizo nuestro pedido, indiferente a mi falta de apetito.

Charles hablaba de autos, pero no era un tipo de conversación interesante. Más bien estaba alardeando. Mientras me hablaba de los autos deportivos de su familia, que le permitían usar a su gusto, mi mente se fue a la deriva.

No podía dejar de pensar en la conversación sobre el Porsche que había tenido con William de regreso de la casa de campo y en cuánto

me había divertido cuando nos enviamos mensajes ese día.

—Nina me dijo que eras fotógrafa —dijo Charles de la nada, rozando mi antebrazo con el dedo índice—. Si alguna vez necesitas un modelo, puedo hacerte un espacio en mi agenda.

Me dirigió una media sonrisa de satisfacción. Sí tenía una cara bonita, pero no me gustaba que me tocara de esa manera.

—Ah…, sí. —Intenté sonreír mientras retiraba mi brazo de su alcance. Caleb nos miró con furia o, mejor dicho…, a Charles.

Suficiente. Le envié un mensaje a Caleb directamente.

Yo: SOS. 5 minutos.

Caleb: 5 minutos o si el tipo te pone un dedo encima otra vez. Lo que pase primero.

«Maldita sea».

Usar la señal SOS siempre me hacía sentir fatal, pero no había forma de que me quedara más tiempo en esa cita. La conversación era aburrida y yo no había accedido a participar en ella. Que me rozara el brazo tampoco había sido ideal.

Me molestaba que Nina y CJ lo hubieran organizado sin mi consentimiento. Sabía que no tenían malas intenciones, pero hubiera agradecido que me lo preguntaran primero. Supongo que pensaron que diría que no, y por eso habían tenido que actuar a mis espaldas.

Caleb y David se acercaron a mi mesa. Charles pareció emocionado.

—Señorita Murphy, lamento interrumpir —dijo Caleb, mirando a Charles—. Me temo que vamos a tener que acortar su almuerzo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunté con falsa preocupación, totalmente inmersa en mi papel. No puedo decir que no me pareciera divertido.

—No puedo hablarle de los detalles en este momento, pero, por favor, sígame. La llevaremos de vuelta a su departamento, donde podremos explicarle la situación —añadió Caleb como parte de la farsa.

—Qué mal que tengas que irte, Billie. ¿Puedes al menos darme tu número? —preguntó Charles. Parecía decepcionado y yo me sentía mal por tener que irme, pero no estaba de humor para aquello. Y que Caleb viera nuestra interacción hacía las cosas más incómodas.

Estaba a punto de darle mi número a Charles, porque soy una cobarde y no tenía el valor para decir «No, no te puedo dar mi número porque estoy tratando de resolver las cosas con mi guardaespaldas», cuando Caleb me interrumpió:

—Tendrá que pasar el control de seguridad estándar primero, señor Connelly.

«Eso también».

—Es Donnelly —respondió Charles con el ceño fruncido, tirando su servilleta sobre la mesa y mirando a Caleb.

—Por supuesto —Caleb se aclaró la garganta—, una vez que esté autorizado, nos pondremos en contacto con usted y le proporcionaremos la información de contacto de la señorita Murphy.

«Bien».

—Lo siento mucho —le dije a Charles mientras me levantaba para irme. Cuando menos, él parecía entretenido por la teatralidad de Caleb hacia él.

—No te preocupes, Billie. Espero que podamos reprogramar en algún otro momento —me sonrió con sinceridad.

—Claro que sí —mentí con una sonrisa y me sentí fatal por dentro.

Finalmente nos fuimos. David iba conduciendo de vuelta a mi departamento, pero le pregunté si podía parar en algún lugar para comprar una rebanada de pizza. Me moría de hambre y quería compensar a Caleb. La inesperada cita a ciegas debió ser incómoda para él. Sé que lo había sido para mí.

David se estacionó enfrente de las que juraba eran las mejores pizzas de Manhattan. Yo ya ni siquiera sabía cuáles eran las mejores. Ellos tres discutían al respecto todo el tiempo. Y no hablemos de los kebabs. Ya me daba miedo incluso pronunciar esa palabra enfrente de Aaron y Caleb.

Caleb me abrió la puerta.

—¿Tienes hambre? —pregunté casualmente. Sonriendo, asintió y se quitó el auricular, dejando que colgara sobre su hombro.

—Ya sé que llevo traje, pero al menos puedo quitarme esto —contestó y me siguió adentro. David fingió que no escuchaba nuestra conversación y se quedó de pie atrás. Debía saber que algo estaba pasando entre nosotros. Pero confiaba en él.

Nos sentamos junto a una pequeña mesa alta con unas rebanadas de pizza ridículamente enormes en nuestros platos. Tomé mi rebanada y la acerqué a los labios de Caleb.

—El primer bocado es el mejor. —Me miró y dio un mordisco—. Te mereces el mío.

Tomó su rebanada y me la ofreció mientras masticaba. Su manzana de Adán subía y bajaba mientras tragaba; sus ojos estaban fijos en mi cara.

—Tú también mereces el mío.

Aparté los ojos, incapaz de sostener su mirada por más tiempo, y separé los labios para dar un mordisco. Pero él apartó la pizza.

—No te atrevas a apartar la mirada —ordenó.

—Me estás poniendo nerviosa —dije mientras lo miraba.

—Bueno, esa es la idea. —Volvió a acercarme la pizza a los labios —. Ahora, muerde.

Sonreí e hice lo que me pedía, mirándolo directamente a los ojos. Él dio un mordisco inmediatamente después de mí.

¿Quién iba a decir que comer pizza podía ser tan… entretenido?

Seguimos comiendo como la gente normal y hablamos sin parar. Nuestra conversación era fácil. Nos reímos cuando le conté cómo había ido mi cita a ciegas. Él había escuchado parte de mi conversación con Charles, por supuesto.

—No creo que el señor Connelly vaya a conseguir la autorización.

—¡Es Donnelly! —me reí y empecé a burlarme de él mientras recordábamos anécdotas de nuestro tiempo en París y cómo las chicas de la escuela siempre se volvían locas por él.

—Sin embargo, yo solo quería a una chica —dijo Caleb mientras dejaba caer la orilla de la pizza en su plato.

—¿A Noelle? —bromeé—. Por un segundo, casi se me olvida que te gustan las rubias.

—Me gustas tú —susurró, descansando los antebrazos sobre la mesa, acercando su cara a la mía—. Tú sabes que mi color favorito es el rojo. —Me tragué la pizza y sentí que la cara se me calentaba. Me rozó la mejilla con el pulgar—. Y este es mi tono favorito.

Bueno. Por fin me había convencido. Me acerqué a su cara, con la mirada fija en sus labios, cuando mi teléfono sonó sobre la mesa e hizo que Caleb retrocediera. Silencié el teléfono, pero dejé que la llamada fuera al buzón de voz.

—¿Te llama a menudo? —preguntó Caleb, mirando la pantalla de mi teléfono.

Era Thomas.

—Solo todos los días —suspiré.

—¿Por qué no lo bloqueas y ya? —sugirió Caleb, limpiándose los labios con una servilleta.

No sé por qué no se me había ocurrido antes. Levanté mi teléfono y bloqueé el teléfono de Thomas.

—Listo.

Le devolví la sonrisa, preguntándome si podríamos continuar las cosas donde las habíamos dejado. Pero el momento había pasado y el restaurante se estaba llenando de gente. Lo correcto era ceder nuestra mesa a otros comensales. Además, la pizza era lo último que tenía en la mente.

Me besó la mejilla antes de levantarse y colocarse de nuevo el auricular.

Aquí no pasó nada.

CAPÍTULO 3

Dos pájaros, un beso

Unas horas después de que volviéramos de comer pizza, Caleb, David y yo salimos a correr. No había tenido tiempo de correr por la mañana, porque estaba ocupada organizando mi horario escolar con Nolan. Las clases empezaban en tres días.

Cuando volvimos del parque, invité a Caleb a reunirse conmigo en la azotea. Eran casi las siete y el sol se estaba poniendo.

No podía dejar de pensar en el beso que casi me había dado en la pizzería. Él había sido muy paciente conmigo y quería demostrarle que estaba dispuesta a explorar las cosas. Quería que supiera lo mucho que me importaba, aunque me estuviera tomando mi tiempo.

El hecho de que no llevara su traje era aún mejor. Hacía que la situación se sintiera más auténtica. Por otro lado, los músculos de sus brazos, que se asomaban por debajo de su camiseta, parecían irreales, como siempre.

Caleb siempre estaba cubierto hasta el cuello por el traje que llevaba todo el día. Por eso mi parte favorita de ir a correr con él era verlo en ropa deportiva. Hacía que la idea de nosotros se sintiera más probable y menos prohibida.

Nos detuvimos en el extremo de la barandilla de la azotea, en el mismo lugar donde habíamos estado un par de semanas antes. Los dos estábamos muy sudados por haber ido a correr, pero no me importaba porque estábamos pasando un buen rato, hablando y riendo sin ninguna preocupación en el mundo, solo nosotros dos. Caleb era Caleb y yo no era su trabajo.

La puerta de acceso a la azotea se cerró de golpe y, antes de que

me atreviera a volverme para ver quién era, le recé a Odín que no enviara a William aquí. Pero no contaba con el favor del dios nórdico, porque claro que era él, y no estaba solo.

William entró con Tobias, y no con una ni dos chicas, sino con cinco. Cinco contra dos, qué codiciosos.

Todas parecían arregladas para una fiesta; después de todo, era viernes. Las chicas iban con tacones altos y vestidos cortos y elegantes. La colonia de William arruinó mi estado de ánimo por completo.

No hace falta decir que se veía guapísimo. Su espalda y su pecho, anchos y musculosos, pero no voluminosos, se marcaban perfectamente en la camisa blanca impecable que llevaba metida con esmero en los pantalones grises. Un cinturón elegante le rodeaba la cintura.

El pecho se me inundó de mariposas y traté de aplastarlas, pero fracasé estrepitosamente. Por mucho que intentara ignorar la atracción que sentía por él, era más fuerte que yo.

Química.

Inevitable.

Ineludible.

La puerta se abrió y Erin entró caminando como si bailara un vals, y se veía muy… bonita. «¿Qué demonios está haciendo aquí?». Estaba tan ensimismada que ni siquiera me vio con Caleb. Por lo menos, todavía no.

No la soportaba. Tampoco podía dejar de mirarla.

Erin llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un chongo bajo y vestía un brillante vestido dorado que acentuaba su piel bronceada artificialmente, que, de alguna manera, le quedaba muy bien.

«¿No que William la odiaba?».

Pasó el brazo alrededor de Erin con una familiaridad demasiado molesta para mí. Nuestras miradas nunca se encontraron. Yo estaba en un ángulo que quedaba directamente enfrente de ellos. Y no me iba a mover ni un centímetro. No por ellos.

Tobias me saludó con la mano con una sonrisa enorme y sincera. Pero William no.

«Ay, ¡por favor!».

Él sabía que yo estaba ahí, detrás de él. Pero se mantuvo firme en su misión, que consistía en darme la espalda. Actuaba como si no me conociera. Y yo, como si nada me molestara.

«A ver cuánto tiempo puedes pasar sin mirar hacia acá».

Caleb notó que mi estado de ánimo había cambiado después de que llegaron y me preguntó si estaba bien, pero asentí y me forcé a sonreír. Luego preguntó si quería que nos fuéramos, pero no estaba dispuesta a huir solo porque William hubiera salido a la azotea.

Por supuesto que no.

Yo había llegado primero. En todo caso, William era el que debía irse. Pero no parecía que fueran a ir a ninguna parte.

Para William, yo era un fantasma, un espectro. Era inexistente.

Había desaparecido.

En cambio, Erin era un milagro andante, vivo y que respiraba sobre sus tacones de diseñador de diez centímetros. Había resucitado de entre los muertos, luciendo una sonrisa blanca clorada, con la intención de torturarme el alma.

Era obvio que las habilidades de actuación de William eran útiles en situaciones como esta, porque su actitud me hizo dudar de haberlo conocido siquiera. Tal vez todo había sido un producto de mi imaginación.

No, no lo creía. Olvidar el dulce sabor a canela de su boca cuando nos besamos parecía imposible. Eso no se puede inventar.

Caleb y yo seguimos hablando como si no estuvieran allí. De reojo, observé que William no se atrevió a mirar en nuestra dirección ni una sola vez. Era muy frustrante.

Quería provocarle una reacción; me negaba a creer que quisiera alejarse de mí. Pero ¿volver con Erin? ¿De verdad? Me había dejado claro que no quería tener nada que ver con ella, que no la soportaba.

Solo mirarla hacía que se me revolviera el estómago. Habría preferido ver a cualquier otra chica abrazándolo en lugar de Erin.

Ah, los días más sencillos.

William estaba furioso porque se había arruinado la apuesta, decepcionado por el beso de Thomas, y dios sabe qué más. Pero nunca antes había sentido lo que sentía con él. Y algo me decía que él se sentía igual conmigo.

La noche que habíamos pasado en la casa de campo me había permitido ver su verdadero yo. Y yo me había abierto con él como nunca: él también había visto a mi verdadera yo.

Pero lo arruiné.

Y, de alguna manera, William creía que volver con Erin era la opción más razonable. Él se merecía algo mejor y yo tontamente pensé que podría ser eso para él, pero estaba equivocada.

El teléfono de Caleb sonó. Era Aaron. Se excusó para contestar, alejándose unos pasos de donde estábamos. Me aventuré a mirar en la dirección de William por millonésima vez y lo vi depositando un beso torpe en los labios de Erin.

Fue un beso absurdamente rápido y seco, pero enloquecedor.

Me mordí el labio inferior y miré hacia otro lado, fingiendo que la temperatura de mi cuerpo no estaba aumentando a un nivel insalubre. Sentí la tentación de lanzarle un tenis por su propio bien, porque mi espontánea licenciatura en psicología me decía que él necesitaba dejar de sabotearse a sí mismo de esa manera.

—Hola. —Caleb se acercó a mí con una sonrisa. Extendí la mano hacia él y lo acerqué a mí. Miró hacia William y dijo—: Odié ver que te besara ese día cuando volvíamos de los Hamptons. Estuve a un segundo de perder el control.

Seguramente soportarlo fue duro para Caleb, pero para mí había sido imposible rechazar a William. Me tenía hipnotizada.

—Lo sé. Lo siento. —Le quité el auricular.

Pensé en lo fácil que sería matar dos pájaros de un… beso. Pero no tenía caso seguir fingiendo que no me importaba y no quería usar a Caleb para poner celoso a William. Él no se lo merecía. Y sí quería besar a Caleb, pero el momento no era ideal.

—Creo que deberíamos irnos —dije en su lugar.

«Tú ganas, William. Puedes quedarte con la azotea».

—Espera —susurró Caleb—. No llevo traje, corbata ni auricular. Tal como usted lo pidió, señorita Murphy.

Me tomó de la cintura, me acercó a él y se inclinó para besarme sin previo aviso.

Fue un beso largo y sin lugar a dudas cariñoso. Los labios de Caleb se sentían increíblemente bien. Su lengua rozó con suavidad la mía y, por un segundo, me olvidé de que William estaba allí.

Por un segundo.

Pero encontré la fuerza para apartarme de los deliciosos labios de Caleb. Tuve que hacerlo.

—Vamos —murmuré, con sus labios a dos centímetros de los míos. Caleb se mordió el labio inferior y una sonrisa de orgullo se dibujó en su rostro cuando nos dimos la vuelta y vimos que William nos lanzaba una mirada de odio de mil grados Fahrenheit. Erin seguía ajena a todo lo que la rodeaba: seguía riendo y hablando con sus amigos.

Bien.

La sonrisa en la cara de Caleb me decía que estaba encantado de estar a mano. Esta vez William había visto cómo él me besaba.

Ambos dimos un excelente uso a ese beso. Caleb tuvo la oportunidad de alardear frente a William, mientras yo esperaba que le hiciera salir del trance en el que se había puesto.

No me importaba que estuviera enojado. Solo quería que me mostrara alguna reacción: no podía soportar el silencio, la indiferencia. Sabía que él nunca sería feliz con Erin. Todo era por una buena causa.

—¿Fuera de servicio? —William le preguntó a Caleb cuando pasamos inevitablemente a su lado para irnos. Por desgracia, Erin me vio, me reconoció y tiró del brazo de William, tratando de impedir que interactuara con nosotros.

—Ya lo sabes —respondió Caleb con una expresión de engreimiento en el rostro y entrelazó sus dedos con los míos. Miré por encima de mi hombro una última vez y vi la mirada de William ardiente de… algo. No sé de qué, pero algo se cocía en lo más profundo de sus ojos.

«Misión cumplida».

Eso era todo lo que quería ver.

Pero ya lo dije antes. Necesitaba extirparlo de mi mente. Y ni siquiera sabía cómo hacerlo. No me parecía que estuviera haciendo un gran trabajo.

Caleb me acompañó a mi departamento y, una vez que abrí la puerta, sus hormonas encontraron el valor para entrar, cerrar la puerta detrás de nosotros y besarme de verdad.

—Sé que… es arriesgado… hacer esto aquí…, en tu casa —dijo entre besos mientras nos dirigíamos a la sala y me acariciaba la espalda de arriba abajo.

—Sí —respondí con una risa suave—. Es una pésima idea.

Me quitó rápidamente la camiseta de tirantes, me dejó en brasier deportivo y deslizó sus manos alrededor de mi cintura.

—Solo esta vez, ¿de acuerdo? —Buscó mi mirada, en espera de confirmación. Asentí y sus labios fueron hacia mi cuello.

—Está bien. —Una vez. «Sí, claro».

Se sentó en el sofá y me jaló encima de él.

—La próxima vez le voy a pedir a Aaron que se vaya de paseo —se sacó la camiseta por encima de la cabeza y la tiró al suelo— y te llevaré a mi departamento. —«Maldita sea, qué abdomen»—. Es

acogedor. Te va a encantar.

Caleb miró mis labios y los apretó con los suyos. Me estaba besando como si fuéramos a morir en unos minutos. Era tan salvaje e intenso que tuve que separarme del beso por un segundo y mirarlo bien. Tomé su cara entre mis manos. Realmente era Caleb. No podía creerlo. Cuántas veces había fantaseado con que me besara así.

Caleb se rio en voz baja, probablemente por la impresión que debió manifestarse de forma tan evidente en mi rostro.

—Soy yo, Rojita.

Me besó el cuello con un delicioso gemido y fue bajando lentamente hasta mi clavícula. Me jaló el brasier para revelar uno de mis senos.

—Rojita —murmuró, tomando mi pezón con su boca y jugueteando con su lengua.

—Caleb. —Cerré los ojos y jadeé. Sus labios se sentían tan bien sobre mi piel sensible. Agarró los tirantes de mi brasier y los deslizó por mis brazos hasta mi cintura. Agarro mis senos y maldijo en voz baja.

—Sé que dije que solo esta vez. —Me sujetó por la cintura y me comenzó a frotar contra su erección—. Pero no creo poder…

Sonó el timbre, interrumpiendo a Caleb a media frase y dejándome sin aliento.

—¡Nena! —gritó mi papá desde el otro lado de la puerta.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

De inmediato me subí el brasier, agarré mi camiseta y me la puse apresuradamente. Cuando me di la vuelta dos segundos más tarde, Caleb estaba de pie a mi lado con la camiseta puesta.

Lo miré, rogándole con la mirada que me ofreciera una solución. «¿Qué hacemos?». Estaba en *shock*, incapaz de pensar en nada. Él susurró que saldría por la entrada de servicio una vez que oyera entrar a mi padre. Asentí y lo apresuré para que se marchara. Sí, era una idea perfecta.

—¡Voy!

Caminé con prisa hacia el recibidor, Caleb desapareció por la cocina. Me miré rápidamente en el espejo antes de abrir la puerta para asegurarme de que todo estaba en orden y que mi cara de «acabo de besuquearme con mi guardaespaldas» no se mostrara delante de mi padre.

Mis mejillas estaban sonrojadas. Pero, ni modo, siempre lo estaban

por una u otra razón. No podía hacer otra cosa que abrir la maldita puerta.

—¡Hola, papá!

En ese momento entendí por qué a Caleb le daba pánico que mi padre se enterara de lo nuestro y por qué pensaba que besarnos en mi casa era la peor idea del mundo.

Me moría de nervios de solo imaginar qué habría pasado si nos hubiera descubierto, porque sí tenía llave. Pero tocó el timbre por respeto a mi privacidad.

La situación iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Y odio decir esto nuevamente, pero Caleb siempre tenía razón porque eso de «solo esta vez» no podría ser más acertado. A pesar de que él estaba a punto de decir lo contrario.

CAPÍTULO 4

Cegada

10 de septiembre de 2009

Las clases de Grant me ayudaban a canalizar el huracán de emociones que sentía en el pecho y no podía seguir más tiempo sin ellas. Me estaba esperando en el gimnasio a las siete, como siempre.

El gimnasio inevitablemente me recordaba a William.

Habíamos tenido muchos encuentros interesantes ahí. Algunos eran más incómodos y molestos que otros, pero era imposible que no pensara en él cuando estaba ahí. Y, después de todo, Grant era el entrenador de William y lo había conocido gracias a él. Así que, ¿cómo podía no pensar en él?

Incluso aunque yo supiera que seguramente se sentía miserable con Erin, la realidad era que habían vuelto a estar juntos y yo seguía intentando descifrar las cosas con Caleb a espaldas de todos.

Bueno, a espaldas de casi todos.

William y Tobias me habían visto besar a Caleb en la azotea, lo que significaba que Joel, Lily y Eric probablemente también lo sabían. Los hermanos Sjöberg eran más que chismosos. Sin embargo, no era muy difícil comprender que había algo entre Caleb y yo después de lo que habían visto.

William estaba corriendo en la caminadora cuando llegué al gimnasio, diez minutos antes de que empezara mi clase. Se suponía que no debía estar ahí. Grant estaba a su lado, conversando, pero se calló de inmediato cuando vio que me acercaba a la entrada.

William me miró y, aunque antes estaba corriendo a toda velocidad, detuvo abruptamente la caminadora. Se bajó y se apresuró a recoger sus cosas; caminó a mi lado sin reconocer mi presencia. Grant se quedó sorprendido por la reacción explosiva de William.

—¡William, tienes que enfriarte! No puedes pararte así como así. ¡Te va a dar un ataque cardiaco! —gritó Grant, pero no parecía que a William le preocupara su salud cardiovascular y salió furioso del gimnasio sin responderle a Grant.

Mi respiración se volvió agitada y superficial después de ver la reacción de William. No esperaba que estuviera ahí, pero él sabía que yo normalmente entrenaba con Grant a las siete.

Si verme era una pesadilla tan horrible, no debía haber ido al gimnasio en primer lugar. Yo no me iba a quedar escondida en mi departamento para evitar que él se sintiera incómodo. Él podía encontrar otro lugar para entrenar.

—Juro que algo está mal —dijo Grant al tiempo que movía la cabeza en señal de desaprobación—. Ha estado de tan mal humor estas últimas semanas. —Me encogí de hombros y levanté el brazo derecho para que empezara a vendarme. Me imaginaba que salir con Erin no era una tarea fácil.

Unos minutos antes de que terminara mi clase, Tobias entró con su habitual sonrisa de alegría. Por el contrario, él siempre estaba de buen humor.

—¡Hola, Billie! —Se sentó en la banca. Me di la vuelta para verlo y lo saludé con un movimiento de la barbilla. Volví a concentrarme en golpear las almohadillas que Grant sostenía frente a mí. Esa era mi terapia.

La clase terminó y mi teléfono sonó sobre la banca. Me senté para recuperar el aliento y contesté. Grant siempre me dejaba molida después del entrenamiento.

—¡Hola, CJ...! Sí, estoy muerta, acabo de terminar de boxear con Grant… Mmm, no mucho. Es jueves. Tengo una clase temprano mañana, a las nueve… No, no, no, espérame… CJ, por favor, ya hablamos de eso. No me gustan las citas a ciegas… ¿Cómo que ya confirmaste?… Tienes que cancelarlo… DEJA de reírte. No es gracioso… Bueno, llámale y dile que no puedo ir… No… No voy a ir… Sí, pero… ¡No!

CJ se puso a hablar de lo genial que era aquel tipo, inteligente y para nada como Charles. Me juró que no podía cancelarle con tan

poca antelación.

—¡Aj! Está bien … Pero es la última vez que voy. Te juro que no voy a ir a ninguna otra cita, especialmente si es en el último minuto… Sí, ya veremos… Ok, adiós.

El teléfono volvió a sonar en mi mano unos segundos después de terminar la llamada.

CJ: Oh, se me olvidó decirte.

CJ: David ya tiene los datos de tu cita.

CJ: Ya sabes, para la comprobación de antecedentes ;)

Yo: ¿De dónde sacaste el número de David?

CJ: Tengo mis recursos. Ve a arreglar tu culo pelirrojo y hazme sentir orgulloso.

Miré la pantalla y sacudí la cabeza.

Caleb se iba a enojar por esto, pero pensaba hacer lo mismo que la última vez. Necesitaba hablar con CJ y Nina sobre esas citas a ciegas. Tenía que contarles lo de Caleb y yo para evitar que me arreglaran citas con otras personas, aunque no supiera qué éramos o a dónde nos dirigíamos.

—¿Cita a ciegas? —me preguntó Tobias con tono casual, como si estuviéramos tomando té y bizcochos. Pensé que había susurrado mientras hablaba con CJ por teléfono, pero las habilidades auditivas de Tobias estaban en modo entrometido experto.

—Mis amigos me han estado organizando citas —dije mientras me ponía de pie para irme—. Pero esta es la última.

—Pensé que tú y tu guardaespaldas…

—¡No! Eeeh…, bueno, no es… —tartamudeé, tratando de explicarle la naturaleza de mi relación con Caleb al hermano de William.

—Oye, está bien. Te entiendo. Eres soltera y te estás divirtiendo, ¿no?

Yo no hubiera dicho que «diversión» era la palabra adecuada para describir mi situación. ¿Tal vez «complicada»? Pero no quería profundizar en ese tema con Tobias.

—Tengo que irme, Tobias. Lo siento. Voy a llegar tarde. Nos vemos luego —respondí mientras recogía mis cosas—. ¡Gracias de nuevo, Grant!

Les envié un mensaje a los chicos para informarles que tenía planes

para cenar a las 8:30. Supuse que David le había contado a Caleb sobre la cita y eso me hacía respirar un poco más rápido. No quería que se llevara la impresión equivocada de que quería salir con otras personas.

Me arreglé lo más rápido que pude y me encontré con Aaron y Caleb en el recibidor. Intenté vestirme poco elegante: jeans, zapatos planos y una blusa bonita con una chamarra de cuero marrón, y el cabello suelto con raya en medio.

—¿Puedes ir atrás conmigo? —le pregunté a Caleb mientras abría la puerta.

—Claro —respondió, tratando de no encontrarse con mi mirada.

Apretó los labios y se sentó a mi lado. Parecía furioso—. ¿Qué pasó?

«Oh, sí, está furioso».

—Es otra cita a ciegas —dije, retorciéndome los dedos sobre las piernas.

—Lo sé. Su expediente rechina de limpio. Pasó sin problemas la comprobación de antecedentes.

También parecía molesto por eso.

—CJ me obligó. Confirmó por mí. Le dije varias veces que cancelara, pero se negó. —Tomé su mano izquierda entre mis manos—. Le juré que no iba a aceptar ni una cita más después de esta. Solo lo hacen porque no saben sobre nuestra… situación.

—Claro, no te preocupes —respondió con calma. Caleb sabía cuánto odiaba los ataques de celos de Thomas, e incluso los había presenciado en más de una ocasión, así que hizo lo posible por parecer indiferente a esta cita a ciegas; sin embargo, yo lo conocía bien y sabía que no le hacía ninguna gracia.

Sus expresiones faciales no combinaban con sus palabras ni con su tono despreocupado. Sentía que tratar de entenderlo era como intentar armar un rompecabezas de piezas negras.

El restaurante estaba cerca de mi casa, así que el viaje fue relativamente corto. Por desgracia, no había tenido tiempo suficiente para resolver las cosas con Caleb.

Pero tenía que hacer algo. No quería ir a esa cita sabiendo que Caleb estaba enojado e incómodo.

Un segundo antes de bajar del coche, acaricié su barbilla con los dedos.

—No puedo dejar de pensar en el otro día en mi casa. —Me incliné

para darle un beso lento y profundo. Quería tranquilizarlo y que supiera que no me importaba la cita a ciegas. Solo me importaba él.

Me tomó del cuello y se acercó a mí, entregándose al beso. Interrumpí el momento y comenté entre risas:

—Eres tan sexy cuando te enojas.

—Estoy furioso.

—Lo sé. —Lo besé de nuevo; sabía que tenía que detenerme en algún momento y bajar del coche, pero su acento era irresistible—. Preferiría salir a cenar contigo —le susurré al oído, que besé después —. No tardará mucho. Te juro que esta será la última. Mañana hablaré con Nina y CJ, y les contaré todo. Te lo prometo. Además, sé que te encanta la señal SOS, así que empieza a pensar en lo que vas a decir esta vez.

Finalmente, me concedió una sonrisa y me dio un último beso en los labios; comprobé mi aspecto general en el espejo. Caleb llamó dos veces a la ventana y Aaron nos abrió la puerta. Salimos del coche y entramos al restaurante.

El tipo con el que me iba a reunir me vio entrar y se levantó para recibirme.

—Hola, encantado de conocerte. Yo soy Ren. Ren Mori. Tú debes ser Billie —dijo con una sonrisa.

—Sí, yo soy Billie. Encantada de conocerte, Ren.

Era guapo y parecía decente, para variar. Tenía el cabello negro azabache, ojos café oscuro y rostro amable. También llevaba jeans y una camisa polo Lacoste azul marino de manga corta.

Caleb me ayudó a sentarme y salió del pequeño restaurante francés. Ren miró a Caleb con curiosidad, pero no preguntó ni comentó nada al respecto.

El lugar era acogedor y estaba poco iluminado. Caleb seguramente había odiado el ambiente romántico. Pensé que se iba a quedar de pie junto a nosotros, pero habría sido demasiado incómodo porque no había ningún lugar donde pudiera pararse sin obstruir la circulación del pequeño restaurante.

Ren era dos años mayor que yo y muy amable. Me dijo que su padre era japonés y su madre, española. Me contó que había crecido en España, pero había llegado a Nueva York para estudiar la universidad en Columbia.

Le dije que mi mamá era de Madrid y hablamos en español el resto de la noche solo por diversión. Hacía tiempo que no hablaba en

español con nadie, y lo disfruté.

Hablamos del tiempo que viví en París y de que el restaurante me lo recordaba. La conversación siguió fluyendo con naturalidad y el mesero tomó nuestra orden mientras comíamos pan con mantequilla.

Cenamos y hablamos de arte, fotografía y libros. Me sentía tan relajada y a gusto que me olvidé por completo de la señal SOS.

Ren se disculpó para ir al baño. Saqué el teléfono de mi bolso y vi varios mensajes de Caleb.

Caleb: Cuando estés lista.

Caleb: Voy a cambiar mucho esta vez el SOS. Te va a encantar la excusa que voy a usar.

Caleb: ¿Todo bien?

No sabía qué hacer. No quería usar la señal SOS con Ren porque no se lo merecía. Él era tan agradable, amistoso e interesante. Me estaba distrayendo y también me ayudaba a olvidar el drama que rodeaba mi vida.

Y aunque Ren era guapo, no sentí ninguna química romántica con él en la cita, pero me cayó muy bien. Pensé que Ren y yo podríamos ser buenos amigos.

La señal tendría que esperar.

Yo: Todo está bien. Ya casi terminamos de cenar. Voy a esperar para usar la señal. Pero no es lo que tú crees.

No respondió durante el resto de la cita. Sabía que mi comportamiento podía dejarlo confundido, pero me entendería cuando le explicara la situación.

El mesero trajo la cuenta y le ofrecí que la dividiéramos, pero Ren insistió en pagar.

Nos levantamos y subimos las breves escaleras que llevaban a la calle. Caleb estaba justo en la puerta, fumando con cara de pocos amigos. Ni siquiera conversaba con Aaron. Se miraba los pies mientras paseaba lentamente por la banqueta.

Apagó el cigarro cuando nos vio salir y me abrió la puerta mientras echaba el humo por encima de su hombro.

Ren me dijo que se la había pasado muy bien y me pidió mi número. Seguíamos hablando en español en ese momento, lo que supongo que era aun más molesto para Caleb.

Le di mi número a Ren por cortesía. No tenías que saber español para entender que le estaba dictando mi número. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si alguna vez me llamaba o me enviaba un mensaje podía decirle que estaba saliendo con otra persona. No le veía nada de malo. Que alguien te pida tu número no significa que se pondrán en contacto contigo.

—Ojalá que se repita pronto —dijo Ren en inglés, guardándose el teléfono en el bolsillo.

«Pronto». Ok. Bueno, tal vez sí planeaba llamarme.

«Mierda».

Le di las gracias a Ren por la cena, me despedí y subí al coche. Caleb iba en el asiento del copiloto junto a Aaron.

Estaba fu-rio-so.

Pensé que se iba a sentar conmigo de nuevo en el camino de vuelta. Como Aaron sabía de nosotros, era el momento perfecto para pasar tiempo juntos sin tener que escondernos. Pero no quería sentarse conmigo y lo entendía. Probablemente pensaba que me había gustado Ren. Y sí, pero no como él pensaba.

Caleb no nos dijo una palabra ni a Aaron ni a mí en el corto viaje a casa, pero yo sabía que podía explicarle lo que había pasado. Solo necesitaba que me diera la oportunidad de hacerlo.

Cuando nos acercamos a la entrada del edificio, Caleb saltó del auto en movimiento. Esta vez el coche estaba todavía en movimiento y no a punto de detenerse, como cuando normalmente hacía ese truco. Cerró la puerta y se alejó sin mirar atrás.

Supuse que le urgía alejarse de mí lo más rápido posible. Aaron frenó bruscamente y me dijo que permaneciera dentro del vehículo, mientras, salió para reunirse con Caleb y me dejó encerrada dentro del coche.

«¿Qué demonios está pasando?».

Aaron no se había detenido justo enfrente de la entrada de mi edificio, sino unos metros más atrás. Miré hacia ellos y vi que discutían con un tipo alto de jeans y sudadera con capucha roja oscura. Habría podido reconocer esa silueta entre una multitud.

«Thomas».

Quería salir y ver cuál era el problema, pero estaba encerrada. No

podía abrir las puertas desde dentro. Entonces, Thomas se dio la vuelta, como si de alguna manera hubiera sentido que yo estaba dentro del auto.

Parecía nervioso. Molesto. No entendía por qué no me dejaban manejarlo a mí.

Thomas corrió hacia mí y se detuvo enfrente de mi ventana, que golpeó un par de veces con el puño.

—¿Billie? Sé que estás ahí adentro. Por favor, solo quiero hablar.

Por más que intenté tirar de la manija, la puerta no se abrió; era de nuevo la niña que necesitaba la protección del seguro para niños en la puerta del auto.

Aaron apartó a Thomas de mi ventanilla y le lanzó las llaves del coche a Caleb, que se subió al asiento del conductor y se alejó a toda velocidad.

No me gustaba ver a Thomas en ese estado. Me sentía ansiosa y triste. Claramente estaba sufriendo y yo sabía que quizá podía arreglar las cosas si me dejaban hablar con él.

—Caleb, ¿qué pasa? Déjame hablar con Thomas. Sé cómo manejarlo.

—Seguro que sí —respondió con un tono árido que rozaba el sarcasmo.

—¿Qué quieres decir con eso? Dime qué está pasando —exigí. Estaba a un segundo de perder la paciencia. Sabía que Caleb estaba decepcionado y furioso por la cita a ciegas, y sabía que era temperamental, pero no entendía qué pasaba con Thomas. Esperaba que me lo explicara.

—Primero deja que me concentre en ponerte a salvo de ese psicópata y luego hablamos.

CAPÍTULO 5

Soltera

¿A salvo de Thomas? Habían reaccionado como si fuera un delincuente convicto. Sabía que Thomas había pasado una temporada difícil con la ruptura, pero eso no lo convertía en un psicópata. Caleb estaba exagerando, como siempre. Y la cita a ciegas solo había empeorado las cosas, haciendo que su nivel de tolerancia cayera al suelo.

Caleb se estacionó a unas cuadras de distancia y se quedó en silencio tras el volante, mirando por la ventana con la mandíbula tensa. Me pasé adelante y me senté en el asiento del copiloto.

—¿Caleb? —Le puse la mano en el brazo—. Por favor, habla conmigo. Ya sabes que odio que no me digan las cosas. ¿Qué pasa?

No me respondía, así que tomé su mano y la sostuve entre las mías. Sabía que tenía que abordar la situación de la cita a ciegas si quería obtener alguna respuesta.

—Mira, Caleb, me la pasé bien esta noche. No voy a mentir. Ren resultó ser un tipo muy agradable y me distrajo hablar con él. Me olvidé por completo de la señal SOS —le expliqué, jalando su mano para que me mirara. Finalmente lo hizo y continué—: No me siento atraída por él. Estoy segura de que podemos llegar a ser buenos amigos, pero eso es todo. Simplemente no me pareció bien dejarlo.

—Rojita, le diste tu número. Y mira, solo tienes veinte años, eres soltera y vives en Nueva York, por el amor de Dios… Tienes derecho a divertirte un poco.

En esa frase había varios conceptos que me molestaban, pero ¿soltera? Solté su mano.

Sabía que aún no habíamos formalizado nada entre nosotros, pero yo ya no me consideraba disponible. Aunque nadie supiera lo nuestro, no estaba dispuesta a salir con nadie más en aquel momento. Por eso me había parecido raro que me catalogara como soltera.

Pero era esclarecedor, por lo menos; sabía que probablemente él todavía iba por la ciudad anunciando que era soltero.

—¿Qué tiene que ver con nosotros que solo tenga veinte años? —pregunté, algo ofendida—. ¿Te parece que solo soy una chica que necesita salir con un montón de chicos al azar e ignorar mis sentimientos porque solo tengo veinte años y eso es lo que se supone que debo hacer? —Se mantuvo en silencio y se negó a mirarme. Su mirada estaba fija en el parabrisas.

Esperaba que eso significara que tenía toda su atención.

—¿Cuándo demonios he hecho yo cosas de mi edad? Me conoces desde que tenía dieciséis, Caleb. Siempre te burlabas de mí, de lo aburridos que eran mis fines de semana y de lo tierno que te parecía. ¿Ahora quieres que me aloque en Nueva York para que viva un poco? ¿Cuando por fin estamos tratando de ver qué pasa entre nosotros?

—Exactamente.

«Ay, no, por supuesto que no».

Resoplé una vez, llena de desesperación, porque él me conocía. Sabía que no era eso lo que me gustaba hacer. Y tampoco es que se me fuera a permitir alocarme.

—¿Entonces? ¿No quieres darnos una oportunidad? ¿Eso es lo que estás diciendo? ¿Porque necesito «vivir más»?

«¿Está terminando conmigo?». Sentía que era eso lo que estaba haciendo.

—¡Tengo miedo!, ¿sí? —dijo de forma brusca, por fin. «Eso». Necesitaba que explotara, que me permitiera ver dentro de su mente. Ya no podía lidiar con las caras serias, los labios apretados y los gestos de exasperación. Necesitaba palabras y necesitaba que me las aventara.

«Ahora mismo».

—Hace tiempo que había estado esperando que esto sucediera, pero no se siente bien. Algo está… —Caleb agarró el volante y apoyó la frente en él unos segundos—. No se siente como pensé que iba a ser, como debería sentirse. Creo que sé la respuesta, pero me desespera que no puedas verla. A mí me importa una mierda que me lastimen. Puedo lidiar conmigo mismo. Pero no quiero perderte. Y

desde luego que no quiero que tú salgas herida porque sé que tampoco quieres perderme.

—¿Y crees que a mí no me da miedo también? Estoy aterrada. Sé que nos estamos jugando nuestra amistad para explorar algo más allá. Pero aquí estoy, y estoy dispuesta a intentarlo. ¿Por qué tú no? ¿Porque salí en una cita a ciegas?

Se rio con una risa grave y triste.

—Tú no estás dispuesta a intentarlo. En realidad, no. Ese es el punto de esta conversación. No siento que estés dispuesta. Y sí. Toda esta tontería de las citas a ciegas me saca de mis casillas. Es muy molesto y me pregunto si habrías arriesgado lo que sea que tenías con William, cuando volviste de tu fin de semana de amor en los Hamptons, por ir a un par de citas a ciegas porque «no podías zafarte».

«¿Qué?».

—¿Qué tiene que ver William con esto?

Volvió a reírse, pero esta vez su risa estaba llena de exasperación.

—Estoy tratando de hacerte ver… —Caleb apartó la mirada de nuevo y respiró profundamente. Fijó la mirada en la mía y continuó con un tono más tranquilo—. Estoy tratando de hacerte ver que no sabes lo que quieres. Y, por desgracia, eso me hace dudar también de lo que yo quiero.

«¡Auch!».

El auto se convirtió en un vacío, un hoyo negro insaciable que absorbía todos los pensamientos, las palabras y los sonidos. Yo quería decirle al hoyo negro «Suéltame, me estás lastimando» porque aún tenía pensamientos que quería poner en palabras, pero no cedía. Nos absorbía a los dos.

Y después de unos minutos que duraron toda una vida, en los que fui incapaz de comprender, de concebir, lo que estaba sucediendo, el vacío se dispersó. Pude escuchar mi respiración y después la de Caleb. Y sus ojos aparecieron de nuevo, café cálido y verde pálido en sus iris.

Así, pude verlo con claridad.

«Caleb está rompiendo conmigo».

No estábamos saliendo, pero de cualquier manera se sentía como una ruptura, solo que ahora era yo la que estaba del otro lado, sintiendo el sabor real del rechazo.

No sé si encontré las palabras o las palabras me encontraron, pero pude volver a hablar.

—Entonces, para recapitular… ¿No soy lo suficientemente mayor

para saber lo que quiero? —Seguía haciendo preguntas estúpidas porque me negaba a que la conversación terminara. Como nosotros.

—Bueno, ¿lo sabes? ¿Sabes qué quieres? —preguntó, dirigiéndome una mirada interrogante—. Aunque no creo que tenga nada que ver con la edad.

Estaba haciendo una declaración sólida. Y yo no creía que lo que importaba fuera «saber». ¿Y los sentimientos? ¿Por qué no contaban? ¿Por qué no eran suficientes?

No lo eran. Sabía que no lo eran.

Mi ex estaba afuera de mi departamento, exigiendo hablar conmigo; había heridas abiertas en carne viva de ambos lados, aunque, en algún momento, comprendí que era mejor evitar mirarlas.

Y cuando mencionó a William, mi secreto más profundo y oscuro, Caleb me hizo sentir como si tuviera su nombre escrito en la frente. Me demostró lo tremendamente obvio que era, porque… sí. No podía dejar de pensar en él, aunque quisiera. Aunque no me llevara a ninguna parte.

Aunque fuera un callejón sin salida.

Y la respuesta a su última pregunta era no. No habría arriesgado lo que fuera que tenía con William yendo a las citas a ciegas. Y posiblemente esa fue la observación más dolorosamente precisa de Caleb de esa noche.

Ambos lo sabíamos, pero no queríamos hablar de ello porque era como si hubiera leído mi diario por accidente y hubiera visto una o dos páginas del capítulo perpetuo de William. Y yo lo había descubierto y no quería saber qué sabía, y él tampoco quería decírmelo.

Así se sentía.

Caleb me conocía demasiado bien, y yo no dejaba de olvidarlo.

Mi curiosidad nos había lanzado a un proceso delicadamente amenazante que ponía en riesgo nuestra amistad, una vez más, tal como él decía. Él ya lo había dicho todo y yo estaba recogiendo los pedazos del fondo de mi mente, demorándome, tratando de reformular la verdad en una resolución más digerible.

Una parte de mí creía que el riesgo valía la molestia. Que de esto, de nosotros, podía resultar algo increíble. Y mi terquedad se negaba a soltar porque es duro estar del otro lado, pensando que algo debe estar mal contigo.

Algo.

Necesitaba más, una respuesta que me tranquilizara.

Mi mano buscó la suya, para asegurarse de que no se me escaparía, porque lo necesitaba. Siempre lo necesitaba. Pero sabía que era algo que no se podía lanzar a la ligera a la cara de alguien. Por lo menos, no de nuevo. Una vez había sido suficiente. ¿O ya habían sido dos veces?

—Sé que quiero intentarlo, por lo menos. —Elegí finalmente como respuesta. Él me miró, atónito. Tal vez pensó que me quedaría en un estado continuo de silencio hasta que se hiciera lo suficientemente tarde como para que me llevara de vuelta a casa, lo que marcaría el fin natural de la conversación.

Y después nos iríamos a dormir, él teniendo razón y yo equivocada…, como siempre. Y nos despertaríamos al día siguiente regresando a lo que quedara de nuestra amistad.

¡Me negaba a creer que no pudiéramos intentarlo sin hacer un desastre!

Pero él no.

—Yo no quiero intentarlo. Lo siento, Rojita. Realmente no quiero. Ya no. Vamos a quemar nuestra relación hasta las cenizas si seguimos así.

Una adormecedora sensación de calor subía y bajaba entre mi estómago y mi pecho, serpenteando con puro y absoluto rechazo.

—Todo este tiempo. Todos estos años. La forma como me mirabas, las cosas que decías y hacías, y cómo reaccionaba yo a ellas. Eras consciente de todo —le dije, preguntándome si había olvidado cómo era su vida antes de este momento, si sus recuerdos se habían evaporado en la nada—. Sé que sientes algo por mí, Caleb. ¿Por qué me alejas de esta manera? ¿Por qué no lo intentas por lo menos? Se siente como si te estuvieras rindiendo.

Seguía luchando, pero no me daba cuenta de que era contra el rechazo con lo que estaba luchando. Me llevó un tiempo entenderlo.

—Definitivamente es más fácil ceder y simplemente… hacer estragos —murmuró—. A mí me despedirían por esto en un santiamén, y lo sabes. Y no te voy a mentir y decir que no estoy tentado a que no me importe una mierda. Pero amo mi trabajo.

—Entonces, ¿prefieres conservar tu trabajo que intentarlo?

—Tú eres mi trabajo. Y te digo que amo mi trabajo. ¿No lo entiendes?

—La verdad, no. —Así es como se ve la negación y cómo se

comunica. No sé cuántos «tú» hay dentro de una mente. Pero a veces un tú entiende, pero otro no, y estalla el conflicto.

Entonces, tú escuchas, tú sabes y tú entiendes, y tú estás de acuerdo con todo. Pero hay un tú extraviado que enreda las cosas y necesita tiempo y convencimiento. Una sola palabra o una sola frase que dé sentido a las cosas. Que permita la liberación y la integración.

Caleb fue lo suficientemente generoso como para decírmela.

—Mira, antes éramos solo tú y yo, ¿sí? En París. Y ahora todo ha cambiado. Tú has cambiado. Supongo que yo también. No puedo perderte. —Me tomó las manos y me miró a los ojos—. Y esta es la única manera de conservarte. Por favor, no me hagas decir lo que ya sabes.

Estábamos llegando a ese punto.

Pero la horrible ansiedad dentro de mi pecho era exigente y me susurraba que él estaba haciendo las maletas para irse. Para dejarme. Y no podía soportarlo.

Eso era a lo que él se refería. Sabía que lo necesitaba y, si seguíamos por ese camino, la posibilidad de que todo se fuera a la mierda era mayor, porque mi padre no nos lo iba a poner fácil. Él lo sabía también. Ambos lo sabíamos, aunque él evitara el tema por completo: era un tema aterrador.

Cuando me habló del trabajo en Tel Aviv, mi mente se puso en modo de supervivencia, y pensé que tratar de hacer que lo nuestro funcionara era la única manera de conseguir que se quedara.

Y me dolía mucho oír que dijera todas esas cosas porque eran la verdad. Y la verdad duele y quema y muerde hasta que la reconoces.

Yo podía sentir la lucha, el afán de luchar contra los hechos: quería que Caleb se quedara, no estaba preparada para arriesgarme a que se fuera, y no sabía qué quería.

No podía apartar el sentimiento de rechazo. Aunque Caleb tenía razón en todo, seguía doliendo demasiado. Pero él estaba hablando por mí. Tenía que entenderlo.

Respiré profundamente y dejé salir el aire con un suspiro. Mi mente volvía a sentirse como una unidad. Una unidad sólida.

—Solo…, no me vas a dejar por un trabajo en Tel Aviv o algo así, ¿verdad?

—Te prometí quedarme. Y esa es mi intención.

Sabía que era lo correcto. Lo más seguro, pero tenía el corazón roto.

—De acuerdo —murmuré, cediendo a la aceptación plena.

—Ven acá. —Caleb extendió los brazos y yo me subí a la voluminosa consola central para lanzarme sobre él, abrazándolo con fuerza. Presioné mi rostro contra su pecho—. Te adoro —me susurró al oído—. Haría cualquier cosa por ti. Lo sabes, Rojita. Tú y yo somos para siempre.

Mi corazón lo sabía.

—¿Y estás seguro de que no hice algo mal? ¿No estás inventando todo esto para…?

—Detente, ¿sí? Solo detente —dijo y me besó la cabeza—. No voy a ir a ninguna parte. Voy a estar contigo para siempre.

CAPÍTULO 6

Un beso de despedida

Seguíamos esperando en el auto a unas cuadras de mi edificio cuando el teléfono de Caleb por fin sonó. Aaron le informó que «la situación» se había resuelto y Caleb me llevó de regreso a casa. Ni siquiera me atreví a preguntar cómo habían resuelto el asunto con Thomas. Era mejor que no lo supiera. Confiaba en que solucionarían las cosas de la mejor manera posible. Y sabía que no le harían daño.

Me concentré en respirar lenta y regularmente para contener las lágrimas mientras Caleb me llevaba de vuelta a casa. Sabía que era el camino correcto y me recordaba a mí misma que seguiría viendo a Caleb todos los días, pero tenía el estómago revuelto y los ojos cansados por el terremoto de emociones que acababa de vivir con él.

Busqué su mano instintivamente y la sostuve durante el breve viaje de vuelta. No recordaba la última vez que me había sentado en el asiento delantero de un coche. Era genial.

—Yo la acompaño al departamento —dijo Caleb y le lanzó las llaves del coche a Aaron, que nos esperaba fuera del edificio.

Me hizo sentir tranquila que Caleb me acompañara. No le tenía miedo a Thomas. Sabía que no me haría daño, pero verlo tan mal me sorprendió. Era una pena que las cosas tuvieran que terminar así.

—¿Podemos hablar de Thomas? —le pregunté a Caleb mientras nos acercábamos a los elevadores—. ¿Qué pasa con él?

—Ha estado apareciéndose afuera del edificio, tratando de verte.

Caleb apartó la mirada y pidió el elevador.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde que lo bloqueaste hace dos semanas —reveló—. Supongo

que se dio cuenta y no se lo tomó muy bien. Tu padre está preocupado, como puedes imaginar.

Las puertas del elevador se abrieron y Caleb me hizo un gesto para que entrara. Solo esperaba que la situación no aumentara la aprensión de mi padre, ya de por sí alta.

El comportamiento de Thomas sí se estaba saliendo de control.

—¿Qué crees que debería hacer? —Estaba preocupada—. ¿Debería hablar con él o…?

—Nada. Deja que nosotros lo manejemos —dijo con tono grave—. No hay nada de qué preocuparse. Deja que yo me preocupe por ti.

Finalmente, entendí por qué Caleb me había estado acompañando dentro de los restaurantes y por qué se quedaba en la puerta de mi salón de clase. Habían aumentado la seguridad sin que me diera cuenta.

Abrí la puerta de mi departamento y me di la vuelta para abrazar a Caleb.

Era un abrazo importante. Significaba que las cosas iban a volver a la normalidad entre nosotros. No creo que ninguno de los dos estuviera muy conforme, pero era lo que había.

—¿Me das un último beso? —preguntó, deslizando un dedo por mi mejilla—. Te juro que no…

Lo callé con el beso que me había pedido. Yo también lo quería. Un beso de despedida no le hacía daño a nadie.

Pasó sus dedos por mi cabello y por mi cuello. Con la mano libre encontró la parte baja de mi espalda y me acercó aún más a él. Me puse de puntitas y lo abracé por el cuello. Con ese beso, Caleb me estaba dificultando aceptar que íbamos a volver a ser amigos.

«Esos malditos labios…».

Caleb avanzó unos pasos, con nuestros labios aún juntos, hasta que me inmovilizó suavemente contra mi puerta. El beso se intensificaba a cada segundo y no parecía que nos estuviéramos despidiendo.

—Tienes que… hacer que me detenga en algún momento…, eres… Dios, por favor —dijo Caleb entre los besos.

¡Yo tampoco sabía cómo detenerme! Podría haber estado allí toda la noche besándolo contra mi puerta si no se separaba de mí. Me pareció que íbamos a seguir así un rato, así que busqué la manija de mi puerta y la abrí.

—¿Quieres pasar?

Caleb dio un paso atrás y miró fijamente mis labios.

—¿Qué pasa?

—Nada, eeeh. —Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara—. Creo que… es mejor que paremos. Si yo no…

—Está bien —dije con un suspiro, con la respiración todavía agitada, con el corazón acelerado, los labios ansiosos por continuar. Pero él tenía razón. Era mejor dejarlo ahí. No queríamos complicar las cosas.

—No estás esperando a tu padre, ¿verdad? —Miró por encima de su hombro.

«¡Oooh!».

Caleb me había dicho que le costaba fingir que andar a escondidas no era estresante. Y que mi padre tocara el timbre cuando nos estábamos besando en la sala el otro día nos había alterado los nervios. Me di cuenta de que todavía estaba afectado por el incidente. Había sido inolvidable en el espectro de lo inquietante.

Me había dejado llevar y olvidé por completo qué había ocurrido. Pero no. No esperaba a mi padre, además, él nunca aparecía sin avisar. Aunque era una posibilidad. Había olvidado que lo esperaba para cenar cuando casi nos sorprendió. Eso fue totalmente culpa mía.

—No lo espero —di un paso hacia delante, pero él dio medio paso hacia atrás. Me confundía que él siguiera mirando mis labios como si quisiera más, pero su cuerpo me rehuía.

«¿Qué vas a decidir?».

Finalmente, cerró la distancia entre nosotros, pero me abrazó muy fuerte, como última muestra de afecto. Luego me dio un beso tierno en la mejilla que se prolongó unos segundos.

—Fue un beso de despedida increíble —mencionó aquellas palabras suavemente en mi oído. Sentí que el calor me subía a las mejillas y me juré a mí misma que aquella sería la última vez que me sonrojaría frente a Caleb y probablemente ante cualquier otra persona durante un buen tiempo.

Me acarició la mejilla con el pulgar y yo torcí la boca para sonreír.

—Estoy… de acuerdo.

Retrocedió unos pasos.

—Te veré mañana. Estoy de servicio. Yo te llevaré a la escuela, ¿de acuerdo?

Asentí y me invadió una inesperada sensación de alivio.

Tenía que acordarme que lo seguiría viendo todos los días. Que no iba a despertar para descubrir que él se había ido.

Me dedicó una última sonrisa y se dio la vuelta para marcharse. Entré rápidamente a mi departamento y cerré la puerta, presionando la espalda contra ella con un suspiro. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi cara estaba empapada de lágrimas que habían caído por mis mejillas cuando entré a mi departamento.

Me las enjugué con el dorso de la mano y me arrastré hasta mi habitación.

Mi teléfono sonó dentro de mi bolso. Juré que era Caleb que me enviaba un mensaje de texto para sellar nuestra interacción.

W.S: ¿Alguna vez piensas en mí?

W.S: ¿Cuando él te besa?

«¿Qué?». No tenía energía para lidiar con esa mierda ahora mismo.

Había intentado comunicarme con William durante días. ¡Semanas! Me había bloqueado ¿y ahora me enviaba un mensaje? ¿Preguntándome eso? Él estaba saliendo con Erin, así que ¿qué le importaban mis pensamientos?

Miré sobre mi hombro, sintiéndome observada, porque el momento en que había recibido su mensaje era perfecto. Como si me hubiera visto con Caleb hace unos minutos.

Me temblaron las manos. No estaba segura de si iba a responder. Una ola de emociones abrumadoras chocó contra mí. Sentía la indignación subiendo desde mi subconsciente, despertando y haciendo una escena dentro de mi cabeza. Todavía estaba aturdida. Todavía estaba dolida.

Pero todavía tenía… curiosidad.

Yo: Nunca.

W.S: Genial. Ya sé qué significa eso.

Yo: Significa que en ninguna ocasión.

W.S: Eso también, listilla.

Y ahí estaba de nuevo, el coctel químico de dopamina, endorfinas y adrenalina que William podía producirme en un instante, provocado tanto por la emoción como por la exasperación. Y me lo tragaba sin pensarlo dos veces. Hasta la última gota. Cada maldita vez.

Me tenía enganchada, pero no lo sabía.

Necesitaba lijar la superficie de mi comportamiento, demasiado transparente, y hacerla menos cristalina, menos obvia, para que la gente dejara de leer a través de mí. Caleb podía, y William obviamente lo hacía de alguna manera. Pero yo no lo admitiría nunca.

Yo: Vete al diablo.



CAPÍTULO 7

Una noche extraña

20 de octubre de 2009

Había pasado casi un mes y medio desde que Caleb y yo decidimos volver a nuestra dinámica habitual, la del día a día. Pero era obvio que no podíamos volver exactamente al punto en el que estábamos antes de que él me hablara sobre sus sentimientos.

Ya no nos sentíamos presionados. Los besos habían dejado de ocurrir, pero todavía había algunos coqueteos inevitables de vez en cuando. Nos divertían y no pensábamos que tuvieran nada de malo. No podíamos evitarlo.

Había hecho las paces con mis decisiones. Lo único que quería era mantener a Caleb cerca de mí y, una vez que entendí que no se iba a ir a ninguna parte, todo se acomodó en su lugar.

La presencia de William había desaparecido del edificio. No lo había visto ni había oído de él después de decirle que se fuera al diablo. Tal vez hizo lo que le pedí. Pero, maldita sea, no podía sacármelo de la cabeza. Saber que dormía dos pisos arriba de mi departamento hacía que sintiera que estaba al mismo tiempo cerca, pero fuera de mi alcance.

Necesitaba programarme para una lobotomía, porque era inútil pensar en él, además estaba en una relación con otra persona. No podía permitir que estos pensamientos perturbaran mi nuevo modo zen, así que los arrojé a un rincón polvoriento de mi mente.

Dios sabe que intenté deshacerme de ellos, pero fue imposible. Se

negaban a salir de mi cerebro, se habían arraigado. Era mejor que diera un paso atrás y los dejara hacer lo suyo, porque se volvían territoriales y les gustaba mostrarme los dientes puntiagudos.

Así que de vuelta al rincón polvoriento.

Después de la escuela, Nolan y yo trabajábamos juntos en un proyecto de mitad de curso. Eran un poco más de las cinco de la tarde y él tenía que irse para llegar al trabajo a tiempo. Lo acompañé abajo.

Estábamos repasando la lista de tareas para el proyecto en el bloc de notas de mi teléfono. De repente, Nolan pareció distraído y sonrió hacia la pantalla.

—¿Qué? —Su sonrisa era contagiosa e hizo que sintiera curiosidad por lo que la había provocado.

—Conocí a alguien —reveló finalmente—. Se llama Emily.

—¡Por Dios! —grité chillonamente—. ¡Cuéntame todo!

Lo abracé con emoción, pero se puso rígido en cuanto lo hice. Me retiré frunciendo el ceño, esperando no haber hecho algo malo, y vi que miraba por encima de mi hombro. Miré en esa dirección y vi a William, Joel, Lily y Tobias caminando hacia nosotros. Me agarré del brazo de Nolan porque sentí cómo mis rodillas amenazaban con doblarse.

Estaban todos arreglados y probablemente asistirían a algún evento elegante. Lily estaba impresionante y William se había ido al infierno y había regresado porque se veía terriblemente guapo.

Llevaba un traje azul oscuro, camisa blanca, sin corbata y unos cuantos botones desabrochados. Y yo no estaba preparada para verlo así. Pero supongo que ninguna advertencia habría bastado.

Lily se acercó a nosotros y me abrazó. Hacía tiempo que no la veía. Se acordó de Nolan y lo saludó por su nombre. Él pareció emocionado por eso.

El cabello dorado y suave de William estaba perfectamente peinado, y ni un solo cabello estaba fuera de su lugar. Su cara estaba bien afeitada y su piel un poco bronceada, lo que hacía que sus ojos absurdamente azules destacaran aún más.

¿No podía quedarse en el infierno? O tal vez me había reunido con él ahí.

Tobias y Joel me saludaron de paso cuando pasaron junto a nosotros. William iba unos pasos detrás y miró a Nolan, luego volvió su mirada hacia mí, asintió una vez con la cabeza y dijo «Guille», con su voz profunda. Justo antes de salir, se detuvo un segundo, pero

cruzó la puerta y salió del edificio. Dos coches negros esperaban afuera a Lily y a los Sjöberg. William siguió a Tobias hacia el primer coche y salió de mi rango de visión. Joel esperó a Lily junto al segundo coche, detenido al lado del parasol del edificio.

—Te ves deslumbrante, Lily —le dije completamente asombrada por su belleza—. Ese vestido es increíble.

—Ay, gracias. ¡Te extraño! —Me abrazó de nuevo—. Llegué hace un par de días, pero estaba agotada. Hagamos algo juntas pronto, ¿sí?

—Claro que sí. ¿A dónde van?

—Al estreno de una película. De Billy —esbozó una sonrisa tensa.

—*Sötnos!* —gritó Joel—. ¡Tenemos que irnos!

Lily se disculpó por tener que irse tan abruptamente y me dijo que estaría en Nueva York por el resto del mes.

—¡Te enviaré un mensaje! —prometió, alejándose.

—¿Estás bien? —me preguntó Nolan, apartándose las ondas oscuras de la cara.

Ya le había contado la situación de Thomas-William del día del incendio. Él sabía que mis interacciones con William eran casi nulas.

Así que, para responder a la pregunta de Nolan, estaba bien. Pero que William se viera tan bien había sido una bofetada en la cara.

—Por favor. Se te hace tarde. —Lo conduje hacia la puerta. No quería analizar mis sentimientos en ese momento. Y él iba a llegar tarde—. Mañana me cuentas todo sobre Emily, ¿sí? Nos vemos en la escuela.

Se fue y me apresuré a mi departamento para cambiarme para mi entrenamiento con Grant.

La clase de Grant fue agotadora. Ni siquiera podía levantar los brazos para lavarme el cabello cuando me bañaba después. Estaba exhausta, pero necesitaba vestirme para encontrarme con CJ y Nina para cenar. Una vez lista, me di cuenta de que aún me quedaban diez minutos antes de tener que salir y la curiosidad se apoderó de mí. Me había abstenido de buscar a William en Google, a pesar de que él me había sugerido que lo hiciera, hasta ahora. Pero había aprendido mucho sobre mí en los últimos meses, como el hecho de que era indudablemente masoquista.

Necesitaba saber todo sobre el evento al que iba a asistir. No estaba segura de cómo eran los estrenos, pero seguramente habría

muchos fotógrafos. En ese momento ya tenía que haber al menos unas cuantas fotos en línea que pudiera ver.

Lo único que quería era verlo con su traje perfectamente confeccionado sin tener que fingir que miraba para otro lado.

Soy un ser humano. Y él parecía cualquier cosa menos eso.

Estreno de William Sjöberg el 20 de octubre de 2009.
Buscar.

Bien.

Respiré hondo y me eché el cabello por encima del hombro. Aparecieron un montón de fotos suyas en la alfombra roja. Seguí desplazándome hacia abajo hasta que hice clic en una foto que me llevó a un sitio web con una galería de fotos del estreno.

«Oficialmente soy una acosadora».

Había muchas fotos de William posando en la alfombra roja, algunas con los tres hermanos, otras solo con Lily y Joel, y más de Lily sola. Era surrealista verlos en ese tipo de escena. Todavía no podía asimilarlo.

Pasé por alto las fotografías de otras celebridades e invitados que no me interesaba ver y busqué más hasta que la vi. La maldita Erin Powell. Se veía preciosa.

Clic. Erin y William sonriendo a la cámara.

Clic. Erin y William mirándose fijamente, sonriendo.

Clic. Erin mirando a William mientras él sonríe para la cámara.

Clic. William agarrando a Erin por la cintura, susurrándole algo al oído mientras ella se reía.

Clic. Clic. Clic. Clic… Más de lo mismo.

Cerré mi laptop con violencia, esperando que se rompiera en pedazos.

Cuidado con lo que haces en tu tiempo libre.

Ojalá me hubiera pasado más tiempo en la ducha.

Me envolvió un inesperado torbellino de irritación y estaba en el peor estado de ánimo cuando me subí al coche para ir a cenar. No podía quitarme esas imágenes de la cabeza, pero lo que más me molestaba era que verlas me había afectado.

Es como cuando te sientes mal o te duele algo y buscas los síntomas en Google para descubrir que vas a sufrir una muerte dolorosa.

Moraleja: no busques en Google.

La mirada de Caleb pareció notar la atmósfera sombría que me rodeaba, pero no dijo nada. No solo era perspicaz, también era inteligente.

Llegamos al restaurante y no pude ocultar mi frustración. Había podido hacerlo muchas veces, pero no ese día. Estaba atrapada en un círculo vicioso. Estaba frustrada, y tambien estaba frustrada por estar frustrada porque no quería estar frustrada.

«No debería haber venido a cenar».

—¿Estás bien? —susurró Caleb cuando salí del coche.

—Sí —respondí sin mirarlo.

Me acompañó hasta mi mesa y saludó a mis amigos.

—Hola, Caleb —dijo Nina con una sonrisa demasiado bonita para mi estado de ánimo. Él le devolvió la sonrisa porque, por qué demonios no, y se marchó.

«Respira».

Me mordí el labio inferior y miré fijamente a un punto invisible al otro lado del restaurante, esperando a que alguien hablara.

No podía dejar de pensar en que William parecía feliz con Erin. Su lenguaje corporal en las fotografías los hacía parecer la pareja más feliz del mundo.

Cuando me había hablado de ella en el pasado, entendí que no le interesaba volver a verla. ¡Ella lo engañó, por el amor de Dios! Realmente no lo entendía.

Supuse que era un gran actor porque o bien me había mentido sobre sus verdaderos sentimientos por Erin de una manera muy creíble o fingía sus interacciones con ella durante el evento.

Pero a quién le importa, ¿verdad? Es un mentiroso. Era el problema de Erin.

—¿Billie? —CJ chasqueó los dedos enfrente de mi cara. Me disculpé y puse mi atención en la mesa.

—¿Tu disfraz? ¿Para mi fiesta de la semana que viene?

«Oh, la fiesta». CJ me había contado que todos los años celebraba su cumpleaños con una fiesta temática de Halloween y los mejores disfraces.

Iba a ser la primera vez que asistiera y estaba emocionada, pero no

podía concentrarme en eso mientras mi mente seguía dando vueltas alrededor del estreno.

—Todavía lo estoy pensando. ¿Y tú?

—Es sorpresa —respondió con una sonrisa traviesa—. Pero va a ser grandioso.

Tuve que sonreír. La energía positiva y entusiasta de CJ siempre era contagiosa. Nina mencionó que iría a comprar disfraces con Juan Pablo el fin de semana.

—¿Y de casualidad David tendrá turno el 30 de octubre? —preguntó CJ. Tenía un tonto enamoramiento por David y, cada vez que estaba de turno, CJ encontraba la forma de hablar con él y de entretenerlo durante un rato.

Aaron pensaba que CJ distraía demasiado a David, o eso me comentó Caleb una vez en confianza.

—¿No te envías mensajes con él a menudo?

—¿Por qué? —Miró por encima de mi hombro hacia la ventana—. ¿Mencionó algo al respecto?

—No. No hablo de ese tipo de cosas con David. No creo que él sepa que yo sé que ustedes hablan —le expliqué—. Entonces, ¿cuándo es la boda?

CJ agarró el envoltorio de papel del popote, lo arrugó en una bolita y me la lanzó. Nina y yo nos reímos.

—Ten piedad. Dime si va a ir. No quiero preguntarle directamente.

—Lo sabré el próximo domingo cuando me envíen la programación de la semana, pero seguro que algo se me ocurre —respondí con un guiño. CJ se mordió el labio inferior con una sonrisa. Descansaba la barbilla sobre su puño y tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—Entonces, ¿a quién vas a llevar como acompañante? —me preguntó Nina—. Ya sabes que siempre puedo presentarte a alguien.

«¿Acompañante?». No sabía que tenía que pedirle a alguien que me acompañara y no quería saber nada de chicos, citas ni ninguna otra cosa en ese campo semántico.

—¿No puedo ir sola?

—Claro que no, bobita —intervino CJ con una mueca, casi insultado por la pregunta—. Es una fiesta de parejas. Siempre ha sido así. Creí que te lo había explicado. —Parecía frustrado, pero no me había mencionado nada de eso—. No te preocupes. Todavía tienes tiempo.

«¡De ninguna manera!». Sentí que quería llorar por la ansiedad de pensar en quién llevar a la fiesta. Nolan habría sido la elección perfecta. Pero ya estaba saliendo con Emily. Y, por lo que podía ver, ella le gustaba mucho.

—¿Y tú a quién vas a llevar, eh? —le pregunté. CJ esperaba que David fuera, pero no iba a ser su cita. Necesitaba llevar a alguien que siguiera su regla autoimpuesta con respecto a los acompañantes.

—A un tipo. No lo conoces, pero es solo un amigo. No querría que David se sintiera demasiado celoso. —Miró por la ventana de nuevo—. Solo lo necesario.

Me preguntaba qué pensaba David de CJ y si le gustaba tanto como a CJ le gustaba él.

CJ me miraba fijamente mientras comíamos. Estaba inusualmente callada. Jugaba con mi cabello, haciéndolo girar entre sus dedos. Finalmente, me preguntó si estaba bien.

—Pareces, no sé, apagada —observó.

Apagada, en efecto.

Nina estaba de acuerdo con CJ. Les dije que solo estaba cansada por la escuela, las tareas y el ejercicio. Mis respuestas eran crípticas. Deseaba poder contarles todo, pero me resultaba raro compartir cosas personales con alguien.

Además, no quería ir por ahí anunciando que no podía dejar de pensar en William Sjöberg, que tenía novia, por cierto. Yo y probablemente diez millones de fans más. Me sentía patética.

¿Por qué no podía ser arquitecto o cualquier otra cosa? Me gustaba más cuando pensaba que era chef.

Pero no lo era y mis respuestas no parecían convencer a Nina y a CJ de que todo estaba bien.

Pagamos la cuenta y me disculpé para ir al baño. CJ salió corriendo para hablar con David y Nina fue con él.

Cuando salí del baño, tenía un par de mensajes de Ren.

Ren M: ¡Hola, Billie!

Ren M: ¿Qué haces?

Pensaba responder de camino a casa. Ren y yo nos enviábamos mensajes de texto ocasionalmente, pero no habíamos vuelto a salir en una cita. Le dije que no estaba preparada para salir y él fue

supercomprensivo. Éramos amigos de chat.

Nuestras conversaciones siempre eran interesantes y yo necesitaba practicar mi español escrito, que no era el mejor.

El nombre de Ren pasó a mi lista mental de posibles acompañantes para la fiesta. Él estaba en la lista, sin nadie más debajo de él.

Y después, la noche se puso extraña.

Salí del restaurante para descubrir que me había convertido en la incómoda quinta rueda de la cita doble de otras personas.

Me sentí mal del estómago. Posiblemente fuera acidez o indigestión.

No, más bien nudos enredados y ardientes que me asaltaron las entrañas.

CJ estaba haciendo reír a David, como siempre. Y el lenguaje corporal de Nina pedía a gritos la atención de Caleb a toda costa.

Caleb tenía la espalda apoyada en el auto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nina estaba a su lado, con el hombro pegado al de él. Desplegaba todo el arsenal de coqueteo desvergonzado: ojos entrecerrados con sonrisa torcida, asintiendo con las cejas levantadas, sacudida de cabeza con los ojos en blanco y un ligero empujón del hombro. A Caleb no parecía molestarle para nada.

Nunca pensé que extrañaría a Juan Pablo.

Tal vez eso era lo que Caleb quería: disfrutar de Nueva York y sus placeres, haciendo que pareciera que era yo quien tenía que hacerlo.

Y ahí estaba, de nuevo, coqueteando con mis amigas. «Siempre nos quedará París», supongo.

Caleb podía reunirse con William en el infierno.

¿Me estaba volviendo loca? ¿Cómo puede alguien estar tan trastornado por dos personas diferentes al mismo tiempo? Aj, pero eran dos tipos muy sexys, encantadores, guapos e interesantes. Y ver la interacción de Caleb con Nina me enloquecía. Pero no tanto como la de William con Erin.

Sin embargo, no ayudaba que me hubiera topado con esa imagen del más puro coqueteo, después de hacer un berrinche interno al ver las fotografías del estreno justo antes de llegar a cenar.

El sentimiento de celos se fundió en un monstruo de dos cabezas que me miraba fijamente y susurraba sus planes de quedarse.

Un enjambre de segundos transcurrió mientras asimilaba y analizaba la escena que tenía frente a mí. Podrían haberme asaltado delante de ellos y nadie se habría dado cuenta. Estaban totalmente

inmersos en sus juegos.

Me aclaré la garganta.

—Siento interrumpir.

Caleb y David se enderezaron de inmediato. Caleb me abrió la puerta y, como siempre, les ofrecí a mis amigos llevarlos a casa, a lo cual solían negarse.

—Sería genial, Billie. Gracias —dijo Nina, demasiado rápido para mi gusto. Dije que «solían negarse». Ella ya estaba sentada en el auto a mi lado antes de que pudiera suspirar siquiera por la exasperación contenida.

CJ saltó al asiento delantero con David, lo que hizo que Caleb y yo hiciéramos un sándwich con Nina entre nosotros.

De repente, me enteré de mis tendencias paranoicas, porque todo parecía demasiado planeado. Como si esperaran que yo les ofreciera llevarlos para mantener la conversación el mayor tiempo posible. Y eso fue lo que hicieron. Hablar, hablar, hablar.

Me distraje respondiendo a los mensajes de Ren en lugar de bloquear la conversación entre Nina y Caleb contando los semáforos. Perdí la cuenta bastante rápido.

Nina me miró por un segundo. Sentí que su mirada husmeaba la pantalla de mi teléfono.

—¿Estás hablando con Ren? —preguntó en voz alta. Luego, susurró —: ¿Verdad que está guapo? Nunca me dijiste cómo te fue en la cita.

«¡Nina!» Pero, conociendo la impecable calibración del tímpano de Caleb, sabía que había escuchado.

Esta es la parte en la que deseaba que se diera la vuelta y reanudara su conversación con Caleb, que, ahora, parecía muy interesado en la nuestra.

—Solo somos amigos —respondí. Rápido. Y seguí tecleando.

—¿Por qué no lo invitas a la fiesta? Estoy segura de que le encantaría ir —sugirió Nina.

—Podría ser —dije, todavía concentrada en mi pantalla.

Nina me estaba hartando.

La quería, pero mi humor huraño se estaba apoderando de mí. CJ y Nina no sabían nada de mi «situación» anterior con Caleb. Y Nina seguía en una relación con Juan Pablo, pero no podía evitar coquetear con Caleb, y no la culpaba.

Nadie podía evitarlo.

No es que no lo entendiera, pero eso no significaba que disfrutara

viendo lo cómodos que parecían hablando entre ellos.

Nina era tan extrovertida y toquetona. Incluso pasó una mano por el cabello castaño oscuro de Caleb y fue entonces cuando empecé a contar los semáforos de nuevo.

Llegamos a su departamento y Nina y CJ salieron del auto.

—¡Gracias, Billie! —gritó CJ—. Espero verlos a ambos en mi fiesta la próxima semana. Los señaló alternativamente y ambos se rieron. No sabía quién estaría de guardia esa noche, pero algo me decía que los dos iban a estar ahí.

—Saluda a Juan Pablo de mi parte —le dije a Nina con una sonrisa irónica. Tal vez se le había olvidado que tenía novio. A Caleb tampoco le hacía ningún daño recordarlo.

—¡Ah, por supuesto, Billie! —respondió ella, evidentemente sorprendida, y caminó más rápido para alcanzar a CJ.

Ese no era mi comportamiento usual. Estaba fuera de control. Y, honestamente, me sentía como una perra de clase mundial.

En un intento por apartar mi mente de la situación, le seguí enviando mensajes a Ren. Hablamos de un libro que estaba leyendo y le prometí añadirlo a mi lista de lectura.

No diría que estuviera enojada con Caleb. Creo. No era su culpa que a las chicas les pareciera irresistible. Pero yo estaba teniendo un día de mierda y no quería verlo coqueteando con Nina. Prefería que lo hiciera en su tiempo libre. No era fácil para mí no sentir celos, y no creía que lo fuera a ser alguna vez.

Caleb me acompañó a mi departamento y me preguntó si estaba bien. Otra vez.

—Estoy bien.

«¿Puede todo el mundo dejar de preguntarme si estoy bien?».

—No parece que estés bien.

—Solo estoy teniendo un mal día. Pero no tengo ganas de hablar de eso, ¿de acuerdo?

—Está bien —suspiró.

—Buenas noches —dije a secas, conteniéndome de repetir «Está bien».

Se dio la vuelta y se alejó rápidamente. Abrí la puerta y, en lugar de morderme la lengua y entrar a mi departamento, como debía haberlo hecho, abrí mi bocota y dije:

—Si vas a coquetear con mis amigas, al menos ten la decencia de hacerlo cuando yo no esté. Ya sabes, como en los buenos tiempos de

París.

Caleb se detuvo y se dio la vuelta lentamente.

«Mierda».

—No estaba coqueteando, yo…, ella no dejaba de conversar, y yo solo trataba de ser amigable —me explicó.

No me debía una explicación y no debería haberle dicho nada, pero no lo soportaba. No me soportaba a mí misma. Había otra yo flotante que me observaba, me juzgaba, plenamente consciente de mi irracionalidad.

—Gracias. Parecías bastante amigable —respondí, atándome el cabello.

«¿Puede alguien callarme, por favor?».

Mi teléfono sonó una vez en mi mano. Inevitablemente, lo miré para ver la notificación: era otro mensaje de Ren.

Caleb resopló y sacudió la cabeza con una sonrisa torcida.

—Saluda de mi parte a tu cita a ciegas que solo es un amigo, ¿sí? —Caleb salió disparado hacia la salida de emergencia y bajó por las escaleras.

Yo, en su lugar, tampoco me habría quedado más tiempo.

CAPÍTULO 8

Prueba

¡Qué desastre!

Creo que nunca había estado de peor humor en toda mi vida. Intenté concentrarme en mi respiración, como siempre me sugería mi terapeuta que me atendía en Noruega. Podía oír su voz diciendo «Respira». Normalmente era tranquilizante.

Esa noche no.

Dejar correr agua tibia por mi espalda tenía que funcionar. Me tomé mi tiempo en el baño e inmediatamente después me metí a la cama, tratando de no espantar la serenidad. Lo mejor era dar por terminada la noche y dejar que el día se consumiera a fuego lento y se desvaneciera.

No conseguía que el sueño se apoderara de mí, así que tomé un libro. Pero las palabras no tenían sentido. Intenté mirar al techo, esperando aburrirme y sucumbir al sueño inevitablemente, pero mi mente no dejaba de revolverse. Especulando.

Me obligué a cerrar los ojos, pero fue inútil.

Después de alternar estas actividades durante un par de horas, mi inquietud me sacó de la cama. Me puse unos jeans y una camiseta holgada, llené mi botella de agua, con el deseo de que se convirtiera en vino, y subí a la azotea para despejarme.

Un poco de aire fresco probablemente era lo que necesitaba para relajarme.

No me interesaba avisar a los chicos que iba a subir. Ellos insistían en que siempre debía informarles dónde estaba cuando me movía dentro del edificio, y normalmente lo hacía. Pero esta noche no.

La puerta pesaba cuando la abrí para salir a la azotea. Dejé que se cerrara con un golpe intencionado, con el fin de que la alta silueta que encontré apoyada en la barandilla se diera la vuelta y revelara su identidad.

Pero no necesitaba que la persona de traje azul perfectamente confeccionado se diera la vuelta para saber que era él.

Demonios. No.

William me vio.

—¡Guille!

«Mierda». No me daban un respiro.

Bajé corriendo las escaleras, pero oí que la puerta golpeaba detrás de mí, seguida por el sonido de rápidas pisadas que se acercaban al decimocuarto piso, donde presioné el botón del elevador como loca.

«Vamos, vamos, vamos».

Llegó el elevador, pero el botón de cierre de puertas nunca funciona lo suficientemente rápido.

William detuvo las puertas cuando se cerraban, haciendo que se abrieran de nuevo.

—Hola —dijo sencillamente y me extendió la mano como si estuviera atrapada en el elevador y él hubiera llegado a salvarme—. Ya regresé del infierno. Ven. Te contaré cómo estuvo. —Me sonrió, apretando los labios. «Imbécil».

—Voy seguido —respondí, apoyándome en la pared y di un sorbo a mi agua sin alcohol—. Así que no tienes mucho que contarme.

William resopló.

La última vez que había bebido algo fue en la casa de William en los Hamptons. Al menos en ese sentido era razonable. Tener los sentidos alerta a su alrededor siempre era útil. Sabía lo escurridizo que podía ser.

—¿No ibas a la azotea? Seguro que podemos compartirla. —Me lanzó una de sus molestas sonrisas.

William seguía con la mano extendida, ofreciéndomela. Movía los dedos de un lado a otro, insistiendo en que saliera.

La inactividad activó la alarma del elevador y las puertas comenzaron a cerrarse a un ritmo penosamente lento. William me tomó de la mano y me jaló, haciéndome jadear.

—Ya estoy fuera. ¿Ahora qué? —Volví a tomar un sorbo de agua y levanté una ceja con expresión de aburrimiento.

—Ahora vamos a la azotea. —Quería empezar a darme órdenes.

—No.

—¿No? —Hizo que sonara como si acabara de llegar de Marte y se estuviera familiarizando con las palabras.

Créeme, ahora mismo no quieres estar cerca de mí. —Llamé al elevador una vez más. Pero no se abrió de inmediato. Seguramente había bajado a recoger a otra persona.

—¿Por qué? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Porque en este momento no me aguanto ni a mí misma.

—Tratemos de arreglar eso entonces. —Subió las escaleras y yo fui detrás de él porque al parecer soy mitad humana y mitad imán. Y la única explicación lógica era que William posiblemente estuviera hecho de hierro.

Caminamos hasta el extremo de la azotea, William miró el cielo y soltó una breve risa contenida.

—La luna. —Señaló hacia arriba.

«Cuarto creciente». Me había convertido en experta en la luna.

Apenas se veía, pero estaba ahí.

«La luna, en efecto».

—No hay nada mejor que la luna llena —dije con la esperanza de molestarlo.

Mentira. El cuarto creciente ahora era mi luna favorita, por supuesto.

—Ya aprenderás.

Permanecimos un rato en silencio, pero no fue incómodo. Lo había extrañado. Y tener a William a mi lado estaba haciendo maravillas en mi estado de ánimo. Sentía que me relajaba. Aunque todavía lo odiaba por haberme abandonado por completo hacía un par de meses y por haber vuelto con Erin.

Su mano jugó con la mía, que se aferraba a la barandilla, pero me aparté del contacto. Tenía novia y me rehusaba a tomar parte en esta dinámica. Solo estaba ahí para hablar.

—¿Esto haría enojar a alguien? —susurró, intentando tocar mi mano de nuevo.

—Probablemente a Erin —respondí sin rodeos, apartándome de nuevo.

—Me refiero a tu novio.

—La única persona que ahora mismo tiene una relación eres tú.

—Pero te vi hoy con él —hizo una mueca confundido—. En el recibidor.

—¿Nolan? Es un buen amigo de la universidad —aclaré—. Tú, por otro lado, no deberías tratar de tomar la mano de otra chica.

—No estamos saliendo —dijo bruscamente, con un toque de fastidio.

«Sí, claro».

—William, deja de mentir. Te vi hoy.

—¿Me viste hoy? ¿Dónde exactamente? —Levantó una ceja. Acababa de admitir que lo había acosado por internet.

—¡Ah! Bueno, eso no es importante. El punto es que te vi y parecías… feliz —tartamudeé, tratando de desviar la atención del hecho de que lo hubiera buscado en Google.

—¿Por eso estás de tan mal humor? —se rio débilmente.

—Claro que no, no seas tan egocéntrico. —Puse los ojos en blanco, fingiendo irritación—. No todo gira en torno a ti. —Pero así era.

¿Cómo no iba a ser tan arrogante cuando era tan magníficamente guapo y olía a una deliciosa brisa otoñal, naranjas italianas y otras especias varoniles? Tuve que concentrarme en mi respiración para que mis ojos no se desviaran. Lo único que deseaba era poder mirarlo libremente hasta memorizar cada centímetro de su traje perfecto y cómo se ajustaba a su divino cuerpo.

—Cuéntame —insistió con una sonrisa encantadora, tratando de arruinar mi mal humor.

—¿Qué? —dudé, fingiendo que era incapaz de seguir nuestra conversación.

—¿Dónde me viste con Erin? ¿Me buscaste en Google, Guille? —Se rio, ¡pero no era gracioso! Lo había visto besar a Erin en la azotea un par de meses antes y las fotografías del estreno fueron suficiente confirmación de que no solo estaban saliendo, sino también de que todo iba viento en popa. No iba a caer víctima de sus encantos. ¿Verdad?

—Sí —levanté la barbilla. Tenía que asumirlo.

—Bueno, si buscaste el evento, entonces debes haber visto que Erin es la coprotagonista de la película, por lo que era natural, y esperado, que asistiéramos al evento juntos y fingiéramos que nos caemos bien, por supuesto. Para la pantalla —me explicó.

—¿Erin es actriz? —pregunté y él estalló en una carcajada.

No entendí el chiste, y jamás querría ver esa película. ¿Erin y William de pareja en la pantalla grande? No, de ninguna manera. Esperaba que hubieran interpretado a un hermano y una hermana.

Aunque estaba segura de que no había sido así.

—Ay, cómo me gustaría que Erin te hubiera escuchado. Habría servido para calmar su ego insufrible —dijo entre risas que se desvanecieron en el bullicio de la ciudad debajo de nosotros.

—Entonces has de ser un actor fantástico —dije, dejando que el sarcasmo se percibiera en cada una de mis palabras.

¿Cómo iba a creer que lo que había visto en las fotos era solo una actuación? A mí me había parecido real. Lo suficientemente real como para arruinarme el día.

—Así es. —Sonrió y buscó mi mano de nuevo.

—William, el otro día te vi besándola aquí en la azotea. ¿Por qué lo niegas?

—No es lo que tú crees.

Negué con la cabeza con decepción porque había escuchado esa frase antes y me parecía mal permitir que me tomara de la mano y se me acercara si no estaba segura de que estaba en una relación con otra persona.

Una parte de mí se moría de ganas de tomar su mano, de acercarlo a mí, de que sus labios se encontraran con los míos. De que acabara esa agonía. Pero la pequeña parte de mí que todavía era inteligente me advirtió que lo pensara dos veces antes de ceder.

«Concéntrate, maldita sea».

—Me resulta difícil creer que no estás en una relación con ella después de todo lo que he visto —admití—. Además, pensé que me estabas ignorando.

—Me ha costado mucho trabajo —dijo en un susurro. Luego, respiró profundamente—. Sí volví con Erin. Realmente no sé por qué. Ella no dejaba de insistir. De disculparse. Pensé que podía darle una segunda oportunidad.

«Eso». Sabía que no estaba loca.

—Qué compasivo de tu parte.

No podía responder ni uno de mis mensajes en los que decía que lo sentía y quería darle una explicación, pero podía darle una oportunidad a la exnovia infiel.

Se rio, aparentemente divertido por mi enojo, y me acercó a él. Su aliento cálido y dulce chocó con el frío de mis mejillas mientras la fresca brisa nocturna se arremolinaba entre nosotros. Recordé el delicioso aroma a canela de la última vez que me besó.

Jaló suavemente mi liga para el cabello, provocando que cayera

sobre mis hombros, sobre mi espalda y alrededor de mi cara.

—Me gusta tu cabello suelto. —«Me lo habías dicho». Me acarició el cabello para difuminar la marca de la liga. Las yemas de sus dedos emitieron pequeñas chispas de electricidad en mi cuero cabelludo. «Por favor, para, continúa»—. Erin y yo terminamos. Para siempre. No puedo hacerlo. No confío en ella, no la amo.

—Y yo… no te creo —susurré. Él me acomodó un mechón detrás de la oreja y acarició mi mandíbula con los nudillos cuando apartó la mano de mi cara.

—Lo juro.

—Demuéstralo.

—Acepto el reto. —Se inclinó para besarme, pero me aparté antes de que sus labios, ansiosos y apetecibles, se encontraran con los míos.

—Así no.

Sabía que le gustaban los juegos, pero tenía que asegurarme de que me decía la verdad antes de ceder. Era lo más difícil que tenía que hacer.

—Entonces, ¿él puede besarte, pero yo no? —preguntó con indignación, sin alejarse de mí. ¿Entonces se trata de Caleb?

Le había afectado vernos a Caleb y a mí besándonos, y me alegraba mucho que fuera así.

—Él no se fue a la primera oportunidad que tuvo. —Di un paso atrás—. Y me escucha cuando tengo algo que decir.

Todavía tenía sentimientos escondidos con respecto a nuestra conversación después del incidente del incendio. O a la falta de conversación. William me había rechazado y bloqueado, pero ahora él quería la oportunidad que no me había dado para explicarse con respecto a Erin. ¿Y yo tenía que estar de acuerdo y creerle todo? Era injusto, no iba a ocurrir.

—Estabas besando a Thomas, y yo pensé que…

—¡No me dejaste explicarte! ¿Y ahora quieres que te escuche? Me dijiste que yo era como cualquiera de las otras chicas que te han hecho daño. ¿Todavía lo crees? Porque, si lo crees, realmente no tiene sentido intentar tener una conversación civilizada.

William necesitaba saber que no era el único que se había sentido una mierda esa noche.

—Me alejaste —le recordé— y yo trataba de hacerte saber lo que yo quería. Y tú desapareciste. Pero ya no importa.

Mi despiadado mal humor estaba demostrando su resistencia.

—A mí sí me importa. Pero estaba furioso y ofendido. Realmente no creo ninguna de las cosas que te dije. Admito que tengo un ego frágil, ¿de acuerdo? —Intentó tomarme de la mano de nuevo, pero yo todavía no estaba lista—. Y ¿qué quieres decir con «quería»? ¿Ya no quieres las mismas cosas que querías antes?

Me acomodó detrás de la oreja otro mechón que bailaba al viento.

—Sinceramente, ya no sé qué quiero. —Di otro paso hacia atrás solo para estar segura—. Creí que lo sabía.

Lo que quería era estar segura de que no había sido solo una infatuación por ambas partes, sobre todo de él, o tal vez un juego que le gustaba jugar. Si me quería, necesitaba hacérmelo sentir. Ya estaba harta de las palabras bonitas y las promesas vacías. Y haber visto las fotografías del estreno tampoco había ayudado.

Él estaba acostumbrado a que las cosas fueran fáciles, a que tronara los dedos y le dieran lo que quisiera. Y no es que yo quisiera complicarle las cosas innecesariamente, pero tal vez, de esa manera, él sabría con certeza si yo era lo que quería o no.

—Voy a estar fuera unos días. Promocionaré la película en Europa y Erin va a venir también. Pero tienes que saber que lo que veas no es real.

Me mordí un labio, tratando de no imaginarlos en una gira publicitaria juntos, fingiendo que aún eran pareja.

Me daban ganas de vomitar.

Mi teléfono sonó con una llamada entrante. Era mi papá.

—Tengo que contestar —le dije, caminando de espaldas hacia la salida.

—¿Es una de tus citas a ciegas? —gritó William, apoyándose en el extremo de la barandilla—. ¡Has estado ocupada!

«¡Tobias, chismoso!»

—¡Uno de muchos! —exclamé y abrí la puerta de la azotea. Si él tenía que fingir que salía con Erin, yo podía fingir que tenía un montón de citas a ciegas esperándome.

—¡Yo sé qué quieres, Guille! ¡Y te voy a refrescar la memoria!

Cerré la puerta y le contesté a mi papá, esperando que William fuera un hombre de palabra.

CAPÍTULO 9

Esperanza

21 de octubre de 2009

A la mañana siguiente me levanté con el ánimo renovado en gran parte gracias a la conversación con William de la noche anterior. Aunque no estaba segura de creerle, quería hacerlo. Mi mente y mis entrañas todavía no llegaban a un acuerdo.

Mi padre quería cenar conmigo. Normalmente pedíamos comida a mi casa, pero iba a estar fuera durante algunos días e insistió en llevarme a un lugar especial.

Fui a mi clase de las 7:00 p.m. con Grant, con la esperanza de encontrarme con Tobias. Tenía algunos asuntos pendientes que atender con él.

—¡Hola, Billie! —dijo Tobias cuando entró al gimnasio, con su actitud alegre de siempre.

—¡Traidor-chismoso-informante! —bromeo, aunque no era del todo una broma, mientras Grant me quitaba los guantes.

—¡Billie! —Levantó las manos y se acercó a mí—. Grant, ¿puedes quitarle los guantes más aprisa?

—¿Qué hiciste, hombre? —Sonrió Grant mientras me quitaba las vendas—. Sabes que de cualquier manera estaré de su lado.

Choqué mi mano con la de Grant

—¿Por qué no le dices?

Tobias puso una cara que me hizo creer que estaba a punto de decir que no sabía de qué estaba hablando.

—¡No sé de qué habla! —exclamó con una risa nerviosa.

«¡Aj!».

—¿La expresión «a ciegas» te dice algo? —Le di una pista.

—¡Oooh! ¡Eso! —Se frotó las manos—. Eh, bueno, no salí corriendo a contarle a Billy, ¿sabes? Él es curioso y hace muchas preguntas, y… ¡mierda! De acuerdo, no debí habérselo dicho, pero ya sabes cómo es. Lo siento, Billie. No era mi intención causar algún problema —tartamudeó. No pude evitar reír.

Me gustaba el hecho de que William estuviera preguntando por ahí, que quisiera saber de mí. Quizá debía agradecerle a Tobias, porque el hecho de que William supiera lo de las citas a ciegas probablemente le había dado el estímulo que necesitaba para despertar de su aturdimiento.

—No te preocupes. Ya sé cómo es. Pero no entiendo por qué está tan interesado si volvió con Erin. —Lancé el anzuelo al agua y esperé a que Tobias lo picara. No podíamos fingir que Tobias no sabía lo que había pasado antes entre William y yo.

—No lo sé. Supongo que es complicado —replicó—. Billy no habla mucho sobre el estado de su relación con ella.

Eso no era exactamente lo que quería oír. Las palabras *complicado* y *relación* no van bien juntas. ¿Por qué William no había compartido con su hermano lo que me había dicho a mí? ¿Me estaba mintiendo?

—En fin, tengo planes para cenar —respondí, tratando de sonar casual.

—¿Otra cita a ciegas? —preguntó Tobias, levantando las cejas. Quiso sonar juguetón y al mismo tiempo esperaba una respuesta honesta de mi parte. Me encogí de hombros y le dije que nos veíamos luego, que se uniera por un tiempo al tren de la especulación.

Alguien llamó a mi puerta. Supuse que era Caleb porque él sabía cuánto odiaba mi timbre. Tomé mis zapatos y mi bolsa, y me apresuré a abrir. Probablemente quería acompañarme al coche para encontrarme con mi padre.

—¡Hola! —Sonreí.

—Hola, Rojita —respondió con aspecto un poco desanimado—. Parece que hoy estás de mejor humor.

«¡Ah!».

Se me había olvidado por completo nuestra discusión de la noche

anterior. Mi pequeña conversación con William me había alegrado, pero Caleb aún parecía perturbado. Me parecía que lo mejor era que arregláramos las cosas antes de irnos.

—Caleb, siento mucho lo de ayer. Te juro que ni siquiera me reconocía a mí misma. Eres libre de…, pues, de hacer lo que quieras y hablar con quien quieras. No debería haber dicho nada al respecto. Lo siento mucho.

Me dolió decirlo, pero era la verdad. Prefería que Caleb coqueteara en su tiempo libre y no delante de mí. La parte injusta era que no había forma de que él dejara de presenciar a quién veía yo, con quién hablaba, con quién salía e incluso con quién me besaba.

—Yo también lo siento. Estabas teniendo un mal día y me lo expresaste. Yo debería haber sido más receptivo y no lo fui. —Sacudió la cabeza con vergüenza—. Ren es tu amigo y yo no debería entrometerme de esa manera, incluso aunque no fuera solo un amigo.

—Caleb, sabes lo mucho que me importas. Quiero que siempre estemos bien, pase lo que pase.

Me acerqué a él y le di un abrazo fuerte y cariñoso. Apoyé la mejilla en su pecho y me quedé así durante algunos segundos. Me gustaba estar así, sintiendo la calidez y la seguridad.

Nuestra relación era complicada, pero teníamos que hacerla funcionar.

Las puertas del elevador se abrieron y mi padre salió detrás de nosotros. Caleb y yo nos separamos rápidamente, pero era demasiado tarde.

—¡Hola, papá! —dije con entusiasmo, tratando de fingir que no nos había visto a Caleb y a mí abrazados. «Maldita sea».

—Buenas tardes, señor Murphy —dijo Caleb, apartándose unos pasos hacia atrás y acomodando las manos enfrente. Las líneas de su rostro eran frías como piedra.

—Buenas noches, Caleb —respondió mi padre con el mismo tono. «¡Mierda!»—. Te ves muy bonita esta noche —dijo mientras me besaba la mejilla—. ¿No crees, Caleb?

«¡Papá! ¡Qué demonios!»

Caleb se aclaró la garganta, notablemente incómodo. Mi padre esperaba una respuesta porque no apartaba la vista de él.

—Eh… —Caleb dudó, incapaz de encontrar una respuesta a la pregunta capciosa de mi padre.

—Papá, vamos a llegar tarde. Deberíamos irnos —sugerí y tomé su

brazo. Mi padre le echó a Caleb una última mirada y le pidió que cerrara mi departamento después de que tomara mi bolsa. Caleb tenía una llave y estoy segura de que mi padre se arrepintió de esa decisión.

Si así era como mi padre reaccionaba ante un simple abrazo, no me imagino qué pasaría si supiera todo lo demás.

Pero ya no iban a pasar más cosas con Caleb. Ahora entendía por qué se había sentido tan incómodo con la situación. Mi padre podía ser un poco exagerado cuando se trataba de «su hijita» y Caleb era consciente de ello.

Mientras los tres bajábamos al recibidor sintiéndonos incómodos, el teléfono de mi papá sonó y se disculpó para tomar la llamada afuera. Senad nos sostuvo la puerta. Caleb esperaba que yo saliera del edificio, pero lo jalé del brazo.

—Oye —le susurré—. No te preocupes. Estoy segura de que mi papá no se lo tomó a mal. —Caleb se quedó tieso como una tabla con la postura de guardaespaldas, mirando a todas partes menos a mí.

—Señorita Murphy, sugiero que salgamos —dijo con un tono seco y grave, asintiendo una vez hacia la puerta.

—Todo va a salir bien. Fue mi culpa. Yo fui la que te abrazó —seguí susurrando, mirando un par de veces por encima de mi hombro.

Parecía muy afectado. Quería asegurarle que no habría ningún problema. Yo sabía cómo manejar a mi padre. Me haría algunas preguntas y yo las respondería de manera que se sintiera tranquilo.

La mirada de Caleb fue desde el lejano horizonte hasta donde mi mano descansaba sobre su brazo.

—¡Caleb, mírame! —Mantuvo la cara seria y se negó a hacer contacto visual. Me cansé de suplicar. Me di la vuelta y salí del edificio con un resoplido. Él me siguió, por supuesto, porque tenía que hacerlo.

David estaba sentado al volante y mi padre acababa de terminar su llamada. A su lado estaba un hombre enorme y musculoso con un traje negro. Medía alrededor de 1.96 y llevaba la cabeza completamente rapada; era por mucho el hombre más aterrador que hubiera visto antes. Pero sus ojos cafés me parecieron bastante amistosos cuando dirigió su mirada hacia mí. Eso esperaba.

—Mike, ella es mi hija, Billie —le dijo mi padre.

—Encantado de conocerla, señorita Murphy —dijo con una voz profunda, extendiendo la mano hacia mí. La estreché y le dije que también era un placer conocerlo.

Después de la rápida presentación, mi padre le indicó a Mike que llevara su coche al restaurante y que nos reuniríamos con él allí. Quería ir en el auto conmigo.

Mi teléfono sonó cuando tomé asiento en el auto.

W.S: Hej, älskling.

W.S: ¿Qué vas a hacer? ¿Alguna emocionante cita a ciegas esta noche?

Mi padre miró mi teléfono y ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—No me había dado cuenta de que ahora usas un iPhone. ¿Cuándo lo conseguiste?

—Bueno, mi Blackberry se cayó en la alberca el verano pasado en la casa de William, en los Hamptons. Así que… compré este para reemplazarlo —mentí. No iba a decirle que William me lo había comprado.

Caleb debió oír mi explicación falsa, pero no me importaba. Seguramente prefería que no empezara a hablar de William.

Guardé el teléfono y decidí responderle a William después de la cena. No le haría ningún daño esperar mi respuesta.

Mi padre tomó mi mano entre las suyas.

—He estado recibiendo informes sobre tus citas a ciegas, amor. —No entendía por qué lo mencionaba en el coche, donde la capacidad biónica de los oídos de Caleb podía escuchar sin obstrucción—. Caleb, me interesa tu opinión sobre este tema. ¿Crees que es seguro que Billie vaya a estas citas?

Por eso.

Caleb se dio la vuelta y respondió con firmeza:

—Señor Murphy, no creo que sea yo quien deba decidirlo. Nuestra responsabilidad es mantenerla a salvo pase lo que pase, como siempre lo hacemos.

—Pero, de acuerdo con los protocolos estándar que están en vigor, ¿qué aconsejarías? —insistió mi padre.

—Papá —susurré—. No creo que vaya a volver a salir a otra cita a ciegas. Mis amigos organizaron ambas sin mi consentimiento, pero ya hablé con ellos, y no es algo que vaya a suceder de nuevo —le aseguré, pero él se mantuvo firme.

Además, quería que Caleb participara en el tema, porque le pidió su opinión. No tenía más remedio que ahondar.

—Como agentes de seguridad, una cita a ciegas nos pone en una posición difícil porque no podemos investigar mucho sobre la persona antes del encuentro. Y pedir la información de la persona al llegar podría ser invasivo e incómodo tanto para la persona en cuestión como para la señorita Murphy —explicó Caleb. No quería oponerse a la idea por completo, sino que insinuó que podría complicar la logística.

—No quiero que mi hija salga con alguien que no haya pasado una exhaustiva comprobación de antecedentes. Y Caleb, quiero que tú te ocupes de este asunto específico si tal situación se volviera a repetir. Si consideras que la persona es inapropiada, quiero que me informes inmediatamente. Y espero que estés de acuerdo, nena —dijo, mirándome.

—Pero, papá…

—No voy a correr riesgos. No después de lo que ocurrió con Thomas.

Era demasiado extremo. ¿Ahora Caleb tenía que decidir quién podía salir conmigo y quién no? ¡Qué ridículo!

Por suerte, no quería salir con nadie pronto. Probablemente fuera sola a la fiesta de CJ. No estaba de humor para invitar a un acompañante. Y, por lo que sabía, William estaba saliendo con Erin. Todavía no sabía si me estaba mintiendo.

Afortunadamente, llegamos al restaurante y se interrumpió la conversación de las citas a ciegas. Cuando salimos del coche, me pareció que el rostro de mi padre parecía severo. Ver que abrazara a Caleb le había hecho sentirse más incómodo de lo que pensaba. Pero sentía que le molestaba algo más.

Mike y David se quedaron afuera mientras Caleb nos acompañaba a nuestra mesa. Me ayudó a sentarme y se retiró. En cuanto Caleb se marchó, le pregunté a mi papá si le pasaba algo e insistí en que notaba que estaba molesto.

El mesero se acercó antes de que mi padre pudiera responder. Pedimos nuestras bebidas y mi padre finalmente comenzó a hablar.

—¿Pasa algo entre Caleb y tú? —preguntó sin rodeos. Mis manos sudadas empezaron a temblar bajo la mesa. No pasaba nada entre nosotros, pero sí había pasado algo antes. Y que fuera así me hizo sentir muy culpable, aunque no me arrepentía de nada.

—Por supuesto que no. Sabes que somos buenos amigos desde hace años.

—¿Por qué te estaba abrazando? —Estaba muy serio, pero no podía dejar que ello afectara a Caleb de ninguna manera.

—En realidad…, yo lo abracé a él. Ayer estaba de muy mal humor y no fui muy amable con él. Entonces me disculpé y después lo abracé. Pero eso fue todo —le aseguré. No parecía muy convencido.

Nunca me había sentido acorralada por mi padre de esa manera. Veía una preocupación pura en su rostro. También parecía decepcionado. No sabía si estaba decepcionado de Caleb, de mí o de ambos.

—¿Caleb te dio el iPhone? Sabes que te permito usar tu tarjeta de crédito libremente, pero siempre reviso los estados de cuenta y no vi ningún cargo por un iPhone.

Lo negué inmediatamente, pero me parecía mal mentir sobre cómo lo había conseguido. Además, sería absurdo decir que había pagado esa cantidad de dinero en efectivo porque nunca lo hacía y él lo sabía. Él sabía todo.

—Fue un regalo —confesé—. Mi teléfono viejo ya no funcionaba. Y… William me compró el iPhone. Quería ayudarme y tampoco me dejó pagárselo.

—Entonces, ¿William y tú son…?

Respiré profundamente. Este era un interrogatorio completo.

Le expliqué que solo éramos amigos y me disculpé por hacer que se preocupara por todo. Sus rasgos se volvieron a suavizar.

—No, no, soy yo quien debe disculparse, nena. Lo siento. He estado muy preocupado desde que terminaste con Thomas —me explicó con el ceño fruncido—. Estoy considerando que te mudes conmigo por un tiempo, al menos hasta que tengamos el asunto de Thomas bajo control.

«¡No!»

Volver a vivir con mi padre era lo último que quería hacer. Tenía que convencerlo. Pero ¿dijo que había que tener el asunto de Thomas bajo control? No sabía que las cosas estaban fuera de control. Probablemente estaba tratando de ser muy cuidadoso con la situación.

—No creo que sea necesario. Hace tiempo que no hablo con Thomas. La última vez que lo vi fue hace más de un mes cuando se apareció en el edificio, pero Caleb me dijo que estaba bajo control.

Me pregunté si trataban de ocultarme algo. No sería la primera vez. Sabía que mi padre lo había hecho muchas veces, en su intento por mantenerme dentro de una burbuja rosa de cristal brillante.

—¿Hay algo que deba saber? —pregunté, con la esperanza de que la práctica de mantenerme en la oscuridad fuera cosa del pasado.

Su rostro volvió a ponerse sombrío por un instante, pero vi cómo se controló para dibujar una sonrisa en su cara de preocupación.

—No, tienes razón, nena. Probablemente esté exagerando. Cuando viajo, me pongo ansioso por no estar aquí, pero sé que Aaron, Caleb y David están haciendo un excelente trabajo cuidándote.

Me subí a la ola del interrogatorio y traté de hacer algunas preguntas también.

—¿Alguna noticia sobre mamá? O sea, sobre la investigación.

—Ay, nena. No deberías preocuparte por esas cosas. Lo único que necesitas saber es que estás a salvo y que las cosas se están manejando adecuadamente.

—¿Por eso te pones tan ansioso cuando sales de la ciudad para trabajar? —Parecía incómodo con mis preguntas, como siempre que sacaba el tema. Le gustaba hacer preguntas, pero no responder las mías—. Siento que soy lo suficientemente mayor para saberlo. ¿Cómo es posible que aún no sepas qué pasó aquel día?

—Nena —dijo con firmeza, aunque sonrió después—. Con paciencia y tiempo, todo se explicará. —«Otra vez esa maldita frase». Tomó una verdura con el tenedor y se la llevó a la boca—. Tienes que probar el tzatziki con berenjena a la parrilla.

Rápidamente cambió de tema y me preguntó por la escuela y mis aburridos exámenes parciales.

Llegó la cuenta, pero antes de irnos quería asegurarme de que mi padre se sintiera tranquilo sobre la situación del abrazo con Caleb.

—Papá, estoy segura de que Caleb se siente preocupado por lo que vayas a pensar con respecto al abrazo. ¿Es posible que hablaras con él? ¿Tal vez que le digas que ya he aclarado la situación?

Temía que Caleb se comportara diferente conmigo si mi padre no hablaba con él.

—Por supuesto. Tampoco te preocupes por eso. Hablaré con Caleb.

Mi papá se fue con Mike en su coche y yo volví a casa con David y Caleb, que mantuvo un rostro solemne e inexpresivo durante el camino de vuelta. Intenté entablar conversación, pero él solo me daba respuestas cortas y evasivas.

Recordé que tenía algunos mensajes de William que atender, así que me enfoqué en eso. No quería obsesionarme analizando la actitud de Caleb.

Yo: Lo siento. Estaba cenando con un hombre mayor.

William respondió un par de minutos después. Me pregunté si vivía pegado a su teléfono porque siempre respondía bastante rápido. Cuando no me estaba ignorando, por supuesto.

W.S: ¿Cuánto más viejo? Y yo pensando que era demasiado mayor para ti.

Yo: Cumplió 54 años hace unos meses.

W.S: Es broma, ¿verdad?

Me reí a carcajadas, imaginando la cara de William. Cómo me hubiera gustado poder verla. Caleb resopló y se acomodó en su asiento, volviendo al modo estatua. David sonrió y yo tuve que disculparme por sobresaltarlos.

Yo: No es broma.

W.S: ¿Debería preocuparme?

Yo: Por supuesto que no.

W.S: Espero que estés hablando de tu padre.

Y yo esperaba que no estuviera viajando con Erin y que se hubieran separado para siempre. Una chica puede soñar, ¿verdad?

Yo: La esperanza es lo que nos hace seguir adelante.

W.S: Lo que a mí me hace seguir adelante es que dejes de ir a citas a ciegas. O tal vez podríamos fingir que no nos conocemos, si eso es lo que te excita. Puedo con eso. Estoy abierto a experimentar. Quiero saber lo que te gusta.

«Lo que te excita… experimentar…, saber lo que te gusta… ¡Basta!»

Tenía que ser ágil y fingir confianza en mí misma cuando me enviaba mensajes con William. Ahora que no estaba sentado a mi lado, como cuando volvimos de la cabaña el verano pasado, era emocionante pero más fácil, aunque escuchar sus reacciones en primera fila también había sido bastante divertido.

Yo: Interesante. Incluso podría fingir que no sé a qué te dedicas y reavivar nuestra apuesta.

Tardó un poco más en responder, pero finalmente lo hizo.

W.S: Todavía no lo supero.

¿Conoces esa horrible sensación que tienes cuando envías un mensaje y te arrepientes de haberlo enviado un milisegundo después? Sentí eso. No debí haber sacado el tema de la apuesta. Era una de las cosas que más le habían molestado. Era un juego tonto, pero era nuestro juego.

Y se arruinó por completo.

Yo: Yo tampoco me sentí contenta después de eso.

Era cierto. Muchas más veces de las que debería fantaseé sobre cómo habría sido nuestra cita, porque, seamos sinceros…, iba a perder. Me preguntaba a dónde planeaba llevarme, los temas de los que hablaríamos, los besos que le habría permitido darme… Todo se esfumó. No era nada más que una fantasía.

W.S: Ya pensaré en alguna otra forma de engañarte para que tengas una cita conmigo, no te preocupes. Pero no me busques en Google antes de que vuelva a Nueva York, ¿sí?

Yo: Pensé que querías que te buscara en Google.

W.S: Estaba furioso. Ese día dije cosas que no quería decir. Ya es bastante difícil fingir que estoy con Erin para los estrenos, no quiero que lo veas. Una vez que regrese, terminaré con la farsa. Necesito que confíes en mí.

La confianza es una lucha. Sabía que abstenerme de buscar a William en Google era lo más razonable, pero mi naturaleza curiosa tendría dificultades para resistirse a la tentación. Y como la esperanza era el tema de la noche…, esperaba que William estuviera diciendo la verdad sobre Erin y que yo pudiera encontrar la fuerza para dejar de

preocuparme por ello.

Y Caleb… Bueno, no se ofreció a acompañarme a mi departamento cuando llegamos a casa.

En fin.

CAPÍTULO 10

Cohen

29 de octubre de 2009

Casi no hablé con William durante los días que estuvo fuera. Supuse que estaba ocupado trabajando y la diferencia de horarios tampoco ayudaba. Estaba promocionando su nueva película en Europa, así que viajaba a un país diferente cada dos días. Me porté bien y no lo busqué en Google, tal como me lo pidió. Eso me ayudó a no pensar en él y Erin en ese entorno.

Todavía no le había pedido a nadie que me acompañara a la fiesta de CJ y tampoco tenía disfraz. CJ me había llamado para insistir en que invitara a quien fuera lo antes posible. Incluso se ofreció a presentarme a alguien, pero le dije que de ninguna manera. No otra vez. Estaba en negación de ir a la fiesta. No sé por qué.

William me envió un mensaje para decirme que llegaría a Nueva York esta noche. No podía evitar sentirme escéptica acerca de lo que me había dicho. Una ansiedad silenciosa me acechaba como un depredador nocturno.

La verdad era que no podía dejar de pensar en él. Tal vez por eso no había invitado a nadie a la fiesta de CJ. Esperaba secretamente que William fuera conmigo, pero no sabía si era posible o si querría venir. Pero jugué con esa idea durante las clases, la mayor parte del día.

Nuestro profesor nos dejó salir antes de lo habitual después de que entregamos un proyecto. Todavía era temprano, así que decidí salir a correr antes de entrenar con Grant a las 7:00 p.m.

Yo: Caleb, voy a salir a correr. ¿Podemos vernos abajo en diez minutos?

Caleb: Por supuesto, señorita Murphy. David y yo la veremos ahí.

Caleb seguía llamándome «señorita Murphy», incluso cuando estábamos solos o cuando nos escribíamos en privado. No podía superar el hecho de que mi padre nos hubiera visto abrazados y quería fingir que ya no éramos amigos. Más bien era como si nunca lo hubiéramos sido o no nos hubiéramos besado algunas veces.

Y no sé él, pero para mí era algo difícil de olvidar.

De regreso de correr, me detuve en el puente Gapstow, uno de mis lugares favoritos de Central Park. Hay muchos lugares hermosos en el parque, pero la calidez de la piedra y las enredaderas que envuelven el puente Gapstow me cautivaban.

—Caleb, tengo que hablar contigo —dije con voz de mando. Se sentía incómodo comportándose conmigo como solía hacerlo, así que intenté cambiar también la forma de dirigirme a él. Era eso o no comunicarme con él en absoluto. Si percibía que intentaba ser amigable, se retiraría y me rechazaría completamente.

—Sí, señorita Murphy —dijo entre sutiles jadeos vaporosos. Era una tarde fría y brumosa, y habíamos dejado de correr bruscamente, por lo que me sentía sin aliento. Caminé hacia la parte más alta del puente y lo esperé ahí. Me siguió de inmediato y se paró a mi izquierda con su molesta postura de guardaespaldas.

—No podemos seguir así, Caleb. —Hice un gesto de él hacia mí y de regreso—. Somos amigos. Sé que ahora mismo estás en servicio, pero eso nunca te impidió ser amigable conmigo. Y ahora eres simplemente… frío. Cruel.

Caleb miró en todas las direcciones excepto hacia mí, como si evaluara las múltiples amenazas potenciales a mi alrededor.

Innecesario.

—¡Caleb, mírame! —No me importaban las pocas personas que nos miraban al pasar. Su actitud era exasperante.

Miró por encima de su hombro y dio unos pasos hacia delante. Se inclinó y susurró con su marcado acento:

—Señorita Murphy, su padre ha dejado perfectamente claro cuáles son sus expectativas en cuanto a mis deberes y responsabilidades en el trabajo. —Finalmente se encontró con mi mirada, fija y sin pestañear—. Y también fuera del trabajo.

Se estaba tomando su trabajo demasiado en serio.

—¿De qué hablaron? —Me preguntaba qué le había dicho mi padre para que actuara así.

Caleb se negó a responder mi pregunta. Le expliqué cómo había aclarado la situación con mi padre en relación con el abrazo, haciendo evidente que yo lo había abrazado a él. No al revés.

—Le recordé a mi padre que somos amigos desde hace tiempo. Me aseguró que hablaría contigo después de que le mencionara que seguramente te sentías incómodo por la situación. ¿Tuvieron oportunidad de hablar?

Caleb respiró profundamente mientras un par de gotas de sudor le corrían por las sienes. Como no estaba dispuesto a hablar, saqué mi teléfono y le dije que llamaría a mi padre para obtener respuestas.

—Espera. —Cerró los ojos y se frotó la frente. Me metí el teléfono en el bolsillo de la sudadera y esperé a que empezara a hablar. Puso las dos manos sobre la barandilla de piedra y dejó caer la cabeza—. Sí hablamos, y no estaba contento —comenzó—. Tu explicación no fue suficiente. Me dijo que estaba decepcionado y que esperaba algo mejor de mí. Pero ahora me siento como una mierda porque tiene razón. Tenía que saber que no debía involucrarme con la hija de mi jefe.

Fue decepcionante escuchar que mi padre me había dicho a mí una cosa y a Caleb otra. No dejaba de tratarme como a una niña, lo que me hacía sentir como si no confiara en que pudiera tomar decisiones por mí misma.

—Entonces, ¿estás diciendo que no podemos ser amigos porque lo dice mi padre? —Me crucé de brazos—. ¿Tenemos diez años?

Caleb no pudo evitar que se le escapara una risa breve e irónica, pero rápidamente contuvo sus emociones.

—No, no podemos. No si quiero conservar mi trabajo.

—Sabes que estás arruinando mi lugar favorito del parque, ¿verdad?

—Lo siento, señorita Murphy. Tengo la intención de conservar mi trabajo —repitió—. Y esas son las condiciones que puso su padre. Tengo que mantener la distancia. —Irónico. Su trabajo consistía justo en lo contrario de mantener la distancia.

—¿Señorita Murphy? Estamos solos, Caleb —le recordé, mirando alrededor—. ¿Vas a seguir llamándome así? —Era otro nivel de mierda.

Mis intentos por hacerle entrar en razón fueron inútiles. Él ya había tomado una decisión.

—Hay una razón por la que nunca te llamé Rojita delante de alguien que no fuera Aaron. Conozco a tu padre. Fue estúpido de mi parte olvidar…

—¿Olvidar qué, Caleb? —pregunté después de que dejara de hablar.

—Lo nuestro no va a suceder —dijo con el ceño fruncido.

Me pareció simplemente cruel.

—Bueno, me gustaba más cuando eras estúpido. —Me alejé—. Vamos, Cohen. Está haciendo frío.

Sentía los músculos rígidos. Seguir corriendo no era una opción. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a mi papá mientras volvíamos a casa.

Yo: No tengo muchos amigos. Caleb era uno de los más cercanos. Y no solo me quitaste esa amistad, sino que además me mentiste. No tenías que hacer que Caleb se sintiera peor.

Mi garganta amenazaba con cerrarse. Nunca me había sentido tan enojada con mi padre. No así.

Todavía faltaba tiempo para que empezara mi clase con Grant, pero me moría de ganas de empezar a dar puñetazos porque había descubierto que yo también tenía mi temperamento. Y, además, que tenía dificultades para ocultarlo.

Mi vida antes de Nueva York era tan diferente, despreocupada. Tal vez yo siempre había sido así, pero no había ocurrido ningún evento significativo que me hiciera enfurecer.

No solo estaba enojada y decepcionada de Caleb, sino también de mi padre.

¿Por qué me engañaba así? No creía que fuera capaz de tomar mis propias decisiones. ¿Cómo podía mi amistad con Caleb perjudicarme de alguna manera? En todo caso, Caleb me había salvado innumerables veces de lo que yo creía que era un sentimiento permanente de temor. Mi padre debía saberlo. Lo sabía todo.

Necesitaba que Caleb fuera Caleb.

Pero, por ahora, iba a ser Cohen.

Tenía que sentir lo que yo sentía cuando me llamaba señorita

Murphy. Y tal vez de esa manera haría que entrara en razón. O tal vez nuestra amistad estaba destinada a terminar. Permanentemente.

¿De qué servía que me prometiera quedarse cuando ni siquiera podíamos hablar?

Mi mente no dejaba de darle vueltas al asunto durante la clase de Grant. Él percibió que estaba distraída, pero siguió entrenándome como siempre.

Tobias entró mientras Grant me quitaba las vendas.

—Hola, Tob —lo saludé con una sonrisa cansada. Era extraño que Tobias no me hubiera preguntado si «estaba todo bien». Sin embargo, se lo agradecí. ¿Llevaría en la frente un letrero que decía «No te metas conmigo»?

En su lugar, contrarrestó su saludo con una de sus sonrisas grandes, brillantes y sinceras, y se sentó en el banco, esperando a que Grant terminara conmigo.

—¿Algún plan para el fin de semana? —preguntó Tobias, apoyando los codos en sus rodillas, mientras yo recogía mis cosas.

—Eh, sí. Tengo una fiesta de disfraces de Halloween mañana —respondí—. ¿Y tú?

No quería ser irrespetuosa y no devolverle la pregunta, pero lo único que quería era darme un baño abrasador que coincidiera con mi frustración y tener algo de paz en casa.

—Bueno, mañana hay una gala benéfica y William quiere que vaya con él. Se trata de uno de esos eventos aburridos en los que tienes que arreglarte y saludar a un montón de gente que no conoces —Se rio.

¡No! Me fastidió que William estuviera ocupado al día siguiente. Tampoco me había escrito. No sabía a qué hora llegaría. Tontamente había pensado que podía encontrar la manera de que fuera conmigo a la fiesta de CJ. Sabía que podía engañar a William para que se invitara a sí mismo y pareciera que era su idea.

Supongo que la única opción era que «Cohen» y David fueran mis acompañantes.

—Ay, conozco bien esos eventos —respondí. En sus días de embajador, mi padre me había llevado a muchos eventos como ese, más de los que me hubiera gustado. No los extrañaba—. Pero no te preocupes, seguro van a poder encontrar a algunas chicas dispuestas a ir a un *after* a su departamento, cuando hayan terminado con las galanterías.

Tobias se rio porque tal vez eso era lo que tenía en mente.

—¡Tobias, vamos! —gritó Grant.

Se frotó las manos y se levantó.

—Que te diviertas mañana.

—Tú también. —«Pero no tanto».

Fui a mi departamento, me bañé y me acosté en la cama en bata y con una toalla alrededor de la cabeza. Ni siquiera pude contar hasta diez cuando sonó el timbre.

«¡No puede ser!».

Caminé al recibidor, completamente molesta por haber tenido que levantarme de la cama, y grité cuando vi quién era.



CAPÍTULO 11

Entrega francesa

—¡Billie! —Sophie y Cecile gritaron mi nombre y me abrazaron entre las dos.

—¡Dios mío! —No podía creer lo que veían mis ojos. Inmediatamente me sentí avergonzada por mi aspecto o por la falta de un atuendo apropiado. Me quité la toalla de la cabeza porque me veía ridícula. Aaron y David metieron el equipaje de mis amigas al departamento con una sonrisa en el rostro y se disculparon. Aaron sabía lo unidas que éramos, pero no hacía falta mucha sensibilidad para ver lo feliz que me había hecho la visita sorpresa.

Lloré mientras nos abrazábamos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie con un puchero.

—¡Nada! Es que estoy muy contenta de verlas. Es la mejor sorpresa de la historia. Pero ¿cómo…, por qué? —No sabía cuánto las extrañaba hasta que las vi enfrente de mí.

—Tu padre pensó que sería bueno que viniéramos a verte —me explicó Cecile—. Aunque solo nos quedaremos hasta el domingo. Es una visita exprés. Tenemos que volver a la escuela. Y… Aaron me dijo que te diera esto.

Una nota.

Solo un recordatorio de que tienes amigos, nena.

James

Mi padre estaba tratando de compensarme por haber alejado a Caleb. No necesitaba que le enviara un mensaje de enojo para darse cuenta de que no estaba disfrutando la situación. Obviamente lo sabía. Pero aunque todavía estaba enojada con él, sin duda iba en el camino correcto para ganarse mi perdón. Fue un gran gesto de su parte pagarles el boleto de avión a Sophie y a Cecile a Nueva York.

—¡Nos vamos a divertir tanto! —gritó Sophie de emoción.

—¿Quieren salir a cenar? —pregunté, apartando las tontas lágrimas.

—Sería genial —respondió Cecile—. Pensaba que podíamos ir a probar un poco de la famosa pizza de Nueva York de la que habla todo el mundo.

—Perfecto. Dejen que me vista. Esta es su habitación, si quieren instalarse. Vuelvo enseguida.

Nos preparamos rápidamente y salimos.

Cecile miró por encima de su hombro:

—Ahora son tres, ¿verdad? —dijo mientras caminábamos hacia una pizzería cercana.

—Por lo general trabajan en pareja —susurré—. Me imagino que mi padre quería asegurarse de que estuviéramos a salvo. Está fuera de la ciudad y ha de sentirse tranquilo si sabe que estamos bien.

—¡Ay no, no podremos tomar una copa de vino! —se quejó Sophie, recordando que aún no teníamos veintiún años.

—Lo sé, qué mal —respondí—. Pero no te preocupes. Mañana hay una fiesta y podrás beber ahí. Es una fiesta de disfraces para parejas. CJ insiste en que van a ser estrictos al respecto en la puerta, pero ya se nos ocurrirá algo.

El drama de Caleb y la molestia de saber que William no vendría me hizo dudar si era buena idea ir, pero CJ me mataría si no iba. Desafortunadamente, no ir no era una opción.

—Tenemos que ir —respondió Sophie con entusiasmo—. Suena muy divertido. ¿Qué piensas ponerte? Tenemos que conseguir disfraces.

—Todavía no lo sé. Pensé que podríamos comprar o alquilar algo mañana.

—Entonces, ¿cómo has estado, Billie? Tu papá nos dijo que ha estado preocupado por ti desde que terminaste con Thomas. Pensaba que te

sentías segura de esa decisión. ¿Hay algo más o simplemente lo extrañas? —preguntó Cecile, luego mordió un bocado de pizza.

—No, no. Definitivamente lo de Thomas se acabó.

No les había mencionado nada sobre William o Caleb. Había sido muy reservada, incluso con ellas. La única información que tenían sobre William era que tenía un vecino estúpidamente guapo y molesto por el que lentamente iba teniendo sentimientos. Pero eso era todo. No sabían quién era ni nada más de lo que había pasado.

—Terminar con Thomas fue un desastre, literalmente. —Les conté que había pateado el cuadro y tirado el florero el día que le dije que se había acabado para siempre.

—Entonces, ¿qué no nos estás diciendo? —Cecile entrecerró los ojos pensativamente. Me conocía bien.

—¿Recuerdan que les mencioné a mi vecino?

—Claro, por supuesto. William. ¿Qué pasa con él? —siguió presionando Cecile.

Respiré hondo y les conté todo. Les conté de la casa de campo, el pastel quemado, el beso con Thomas y que William nos vio.

—¡Nooo! —exclamó Sophie, mordiendo su pizza.

—Sí —respondí con una mueca rápida y sin humor—. Thomas dijo que, cito, «ahora te gusta coger con famosos» y así reveló la profesión de William, arruinó nuestra apuesta e hizo que William me odiara. —Suspiré. Volver a contar la historia era agotador y doloroso.

—¿Cuál es el apellido de William? —preguntó Sophie, dejando caer su pizza en el plato.

—Eh, Sjöberg —respondí, mordiéndome la comisura del labio inferior, y bajé la mirada a mi plato vacío.

—¡Qué! —gritó Sophie. Cecile la calló y Sophie se disculpó con un susurro.

—¿Cómo demonios no sabías quién era? —preguntó Cecile, mordiendo su pizza.

—No lo sé. Soy un bicho raro, supongo.

—Lees demasiado. Necesitas ver Netflix —dijo Sophie, asintiendo con la cabeza.

—No, no lo necesita. Creo que es lindo que no lo hayas reconocido. Apuesto a que se volvía loco por no tener ese poder sobre ti. Debió ser un soplo de aire fresco después de todas las chicas con las que ha salido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con brusquedad. Sophie miró

fijamente a Cecile, que rara vez tenía filtro. Vi que entraban y salían chicas del edificio unas cuantas veces durante el verano, pero quería saber a qué se refería—. ¿Qué chicas? Dime lo que sabes.

Sabía que era un encantador. Pero no había buscado en Google más que el estreno donde lo vi con Erin. Y eso había sido suficiente para mí.

—Bueno, es natural que un tipo con su apariencia pueda elegir fácilmente con quién salir —dijo Cecile—. Es conocido por haber salido con muchas celebridades y modelos en los últimos años.

—Entonces, ¿es un mujeriego? —pregunté, deseando que fuera el 11 de abril de 2010 para poder pedir una copa de vino.

Las palabras de Thomas llegaron volando de vuelta: «Te va a masticar y a escupir». Por lo que sabía, William estaba ocupado «masticando» a Erin. Solo esperaba que la escupiera para siempre. Me pregunté cuántas otras Erin había habido antes. Mierda.

—¿A quién le importa?—dijo Sophie—. A mí no me importaría. —Alzó la mano y le dio un sorbo a su coca de dieta.

—El problema es que volvió con su ex después de que sucedió todo esto. Me ha estado diciendo que se acabó y creo que está ¿interesado en mí? Pero quiero estar segura de que las cosas realmente terminaron con ella y que no está jugando solo porque me vio besar a Caleb.

«Ay, bueno, mierda».

Mordí mi primer pedazo de pizza, con la esperanza de que me hiciera callar. No me supo a nada.

—Perdón, ¿qué? —preguntó Cecile, tosiendo. Temía que se ahogara.

—Ah, sí, eso también —respondí despreocupadamente—. Caleb y yo tuvimos una… situación. Pero terminó casi después de comenzar. No queríamos arruinar nuestra amistad. —No quería entrar en detalles sobre mi relación con Caleb. Todavía era demasiado complicada.

—Entonces, ¿otra vez son amigos? —preguntó Sophie.

—No lo sé. Creo que por eso las trajo mi papá. Quiere «levantarme el ánimo» —hice el gesto de las comillas— porque me vio abrazando a Caleb la semana pasada afuera de mi departamento y no le hizo gracia. Ahora Caleb está extraño conmigo y no deja de llamarme señorita Murphy. Es muy molesto y…, no sé, siento que lo perdí.

Suspiré y me atreví a echar un vistazo rápido hacia la ventana, pero Caleb no estaba mirando hacia nosotras.

—Estoy segura de que entrará en razón. Dale tiempo. Ya lo verás.

Caleb te adora —dijo Cecile. ¿Era tan obvio? Porque para mí ya no lo era—. Lo siento, pero tengo que preguntar. ¿Quién besa mejor?

La pregunta de Cecile nos hizo reír.

—Los labios de Caleb deben ser los más besables, ¿verdad? Son tan… jugosos. —Sophie se rio, mirando en dirección a Caleb por encima del hombro.

—¡Sophie! Está parado justo afuera —susurré. Y teniendo en cuenta la aprensión de mi padre, temí que hubiera puesto un micrófono en mi teléfono o en mi bolso. O en ambos. O tal vez me había puesto un micrófono a mí. Pero ella insistió en que respondiera —. ¡No puedo escoger! Ambos son… grandiosos. —Bajé las cejas y jugueteé con mi pizza. No podía evitar navegar por los recuerdos y reproducir dichos besos en mi mente. Sobre todo los de William.

—Nueva York te sienta bien —añadió Cecile, asintiendo en señal de aprobación—. Y estamos aquí para divertirnos y aprovechar al máximo los pocos días juntas, ¿de acuerdo?

—Me gustaría añadir —advertí, mirando a Sophie— que no solo William vive en mi edificio, sino también toda su familia. Así que es muy probable que nos encontremos con alguno de ellos y quiero que estén tranquilas. Nada de chillidos ni de pedir fotografías, autógrafos, ni nada por el estilo.

—¡Oye! ¿Por qué me miras a mí? —se quejó Sophie.

—Sophie, por favor —dijo Cecile, ladeando la cabeza. Todas nos reímos porque incluso Sophie sabía que era cierto.

Un mensaje de Lily me llegó cuando íbamos de regreso a casa.

Lily: ¡Hola, Billie! Joel no está en casa. ¿Quieres hacer algo?

Yo: ¡Hola! Claro, estoy a unas cuadras. Dos amigas de París acaban de llegar hace unas horas. ¿Te molesta si nos acompañan?

Lily: ¡Claro que no! Me encantaría conocerlas. ¿Quieren subir a mi departamento?

Yo: Me parece bien. Estaremos ahí en unos minutos.

—Era Lily. La novia de Joel —dije mientras deslizaba mi teléfono dentro de mi bolso—. Nos invita a su departamento a pasar el rato. ¿Se les antoja?

—¡Sí! —respondió Sophie al instante, casi sin aliento. Cecile negó con la cabeza ante la exagerada reacción de Sophie, pero también

aceptó ir.

Sophie se detuvo en un puesto de periódicos y se quedó mirando la portada de una revista que había tomado del estante.

—¿Quieres comprarla? —le pregunté y fue entonces cuando vi lo que Sophie estaba mirando: «WILLER: ¡MÁS FUERTE QUE NUNCA!».

«¿Willer?». Tenían su apodo de pareja y todo.

Una foto de paparazzi de William y Erin tomados de la mano y caminando por la calle de alguna ciudad europea acompañaba el titular.

La sangre se me fue a los pies y se me fue el aliento. Se apoderó de mí algo parecido a un golpe de calor. No podía dejar de mirar la portada de la revista.

—Sophie, déjala. Vamos —ordenó Cecile.

Caleb se acercó a nosotras para preguntar si estaba todo bien. «¿Ahora te preocupas?».

—Estamos bien, Cohen —respondí y me marché, caminando con Sophie y Cecile a cada lado.

«¡William, hijo de puta!». Me había hecho creer que habían terminado…, que le resultaba difícil alejarse de mí. ¿Me había enviado mensajes con una mano mientras tomaba la de Erin con la otra? Llegué furiosa a mi departamento y Caleb, sin poder resistir su tendencia a entrometerse en todo, nos siguió hasta mi puerta.

—Señorita Murphy, yo…

—Eso es todo, Cohen —lo interrumpí y le cerré la puerta en la cara.

Yo no era amiga de Cohen.

—Billie, ¿quieres hablar de eso? —susurró Cecile mientras dejaba su bolso en la mesa del recibidor. Asentí y me dirigí a la sala. Sophie y yo dejamos nuestras bolsas en la mesa de centro y las tres nos sentamos a hablar.

Estaba furiosa. No me reconocía ni podía entender por qué ver esas fotografías me afectaba tanto. Y, por mucho que lo intenté, no pude hacer que se me pasara.

«Respira».

—Tenía mis dudas, pero, aun así, en el fondo, una gran parte de mí tenía esperanza. —Ni siquiera podía llorar. Estaba realmente furiosa —. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Pensar que alguien como él estaría interesado en mí.

Cecile respiró profundamente. Las dos estaban esperando que

terminara de hablar, pero no había mucho más que decir. Estaba avergonzada y me sentía como el ser humano más patético del planeta.

—Que se vaya al diablo —murmuró Cecile, apretando mi mano—. Estamos aquí para ti.

—Probablemente no deberíamos ir a la fiesta.

—Nada de eso. —Cecile agarró mi mano con más fuerza—. Conseguiremos nuestros disfraces mañana y estoy segura de que puedes pedirles a tres amigos que vengan con nosotras como grupo de amigos, y la pasaremos de maravilla. —Me miró fijamente con una determinación cautivadora. Sophie no parecía saber qué decir, pero, por la mirada triste que tenía, me di cuenta de que se sentía muy mal por la situación.

—De acuerdo, tienes razón —respondí, intentando convencerme de que era buena idea ir a la fiesta de CJ.

Sentarme para lamentarme por William no era una opción. Debería haberlo sabido. Y sí, tenía amigos, y pensaba pasar un buen rato con ellos.

Pensaba escribirle a Ren para invitarlo a la fiesta. Tal vez él podía invitar a dos amigos más que fueran con nosotras.

Respiré hondo y me levanté del sofá.

—Bueno, vamos. Lily nos está esperando.

Mi teléfono sonó.

W.S: Hola, Guille. Estoy en el aeropuerto.

«Bien por ti». Todavía estaba enojada. Volví a meter el teléfono en mi bolsa.

No volvería a creer una sola palabra que saliera de la boca de William.

CAPÍTULO 12

¡Nos vemos!

Lily abrió la puerta y me saludó con un abrazo.

—Lily, ellas son Sophie y Cecile. Sophie, Cecile, ella es Lily. —Después de los dobles besos en la mejilla, entramos al departamento. Hice todo lo posible por ocultar mis emociones, pero Lily se dio cuenta enseguida de que algo andaba mal.

En la mesa de café nos esperaban una botella de vino tinto y cuatro copas.

—¿Alguien quiere un shiraz? —ofreció Lily.

—Sí, por favor —respondimos las tres al unísono, lo que nos hizo reír. Yo sé que necesitaba una maldita copa de vino. O dos. Ya veríamos.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar? ¿Tienen algún plan para el fin de semana? —preguntó Lily.

—Nos vamos el domingo —respondió Sophie. Ojalá pudieran quedarse para siempre. Desafortunadamente, solo faltaban tres días para el domingo y ya estaba triste porque se fueran, y eso que acababan de llegar.

—Mañana es el cumpleaños de CJ. Vamos a ir a su fiesta de Halloween. Pero aún no tengo idea de qué me voy a poner o a quién voy a invitar. Necesitamos tres chicos para entrar.

Lily se levantó de su asiento de un salto.

—¡Tengo el disfraz perfecto para ti! —gritó emocionada y fue hacia su habitación.

Volvió con un precioso vestido de seda verde azulado, con una abertura hasta el muslo y diamantes de fantasía en los tirantes y en el

escote en V.

—Elvira Hancock. —Inclinó la cabeza hacia la peluca de cabello corto y rubio con flequillo que sostenía en la otra mano—. Se te va a ver hermoso. Además, somos de la misma talla.

No sabía si podía lucir ese *look*. Era un disfraz bastante imponente y muy revelador. Me pregunté si seriamos de la misma talla. Lily era más alta, pero cuando menos el vestido no parecía muy largo. Con el par de tacones adecuado, funcionaría.

—Pruébatelo —insistió, caminando hacia la habitación de invitados. Fui detrás de ella y cerró la puerta—. Bueno, dime qué pasa.

Fruncí los labios, la miré de reojo mientras me desvestía.

—Lily, no sé, es que… —dudé. Tenía ganas de contarle todo, pero ella era demasiado cercana a William. Eran casi hermanos.

—Puedes confiar en mí.

Sacó el vestido de la percha y me lo pasó.

—Está bien. —Suspiré mientras me ponía el vestido—. Se trata de William.

—¿Qué hizo esta vez? —preguntó Lily, subiéndome el cierre.

—Me ha estado diciendo que terminó con Erin y que todo lo que hace es por publicidad. Pero Sophie acaba de ver una estúpida revista con una fotografía de Erin y William tomados de la mano en Europa.

Lily abrió los ojos de par en par durante un segundo. Me senté en la cama y continué.

—Estoy muy decepcionada porque me gusta mucho, Lily. Y sé que metí la pata cuando besé a Thomas ese día, pero no me dejó que le explicara. —Solté el aire con exasperación.

—Billy a veces puede ser un poco orgulloso.

«No me digas».

—Pero ya no importa porque me ha estado mintiendo todo este tiempo.

—Sé que estás pensando lo peor, pero no te creas todo lo que lees en las revistas. No estoy tratando de defenderlo, pero ¿sabes cuántas veces he «terminado» con Joel? Ya perdí la cuenta. Es una locura. —Lily se sentó a mi lado.

—Entiendo que las palabras pueden inventarse fácilmente, pero esto era una fotografía de un paparazzi, Lily. Yo la vi.

—Mira, sé que se siente horrible. Y me gustaría poder decirte más, pero no he hablado con Billy. Ha estado superraro y hermético con

respecto a Erin. También ha estado lejos y tampoco habla con Joel sobre ella. No sé por qué, pero tiende a desconectarse del mundo, incluyéndonos.

—No sé por qué me emocioné con él. Ya sé cómo es.

—Bueno, está loco. Sería el tipo más afortunado del mundo si tuviera de novia a una chica como tú. Y sí, ha salido con un montón de chicas, no te voy a mentir. Pero nunca lo he visto en verdad enamorado. Y me pareció verlo genuinamente emocionado por ti en el verano.

Lily se levantó y me dio un par de zapatos de tacón para ver si el largo del vestido era adecuado. Me los probé y me levanté para comprobarlo. Era perfecto.

—Cuando estábamos en la casa de campo —continuó Lily—, me pareció ver esa chispa en sus ojos. Ustedes dos se divirtieron mucho esa noche, ¿no?

No quería recordar ese fin de semana en la casa de campo. Nuestra conversación, los besos, el coqueteo. Lo extrañaba. Yo también había visto esa chispa en los ojos de William y estoy segura de que él vio un millón más en los míos. Pero una chispa puede extinguirse tan rápido como se enciende.

—Supongo que sí. —Torcí los labios hacia un lado. Era inútil rememorarlo—. Por favor, no le menciones nada de esto a Joel.

—Por supuesto que no. Sabes que no lo haría. —Puso las manos sobre mis hombros y me llevó afuera—. Hay un espejo de cuerpo entero en el recibidor. Tienes que ver por ti misma lo que Billy se está perdiendo.

El vestido estaba hecho para mi cuerpo. Me abrazaba en todos los lugares correctos. Estaba segura de que Thomas me habría pedido que me lo cambiara.

—Te queda muy bien —dijo Sophie con una sonrisa enorme.

—Ajá, es un ganador definitivo —coincidió Cecile.

—Tienes que ponértelo —insistió Lily—. Además, es muy divertido usar peluca. Tócala. Es cabello natural.

—¿Estás segura de que me lo prestas? —dudé mientras miraba mi reflejo en el espejo. El vestido parecía caro y me daba miedo estropearlo.

—Por supuesto, tontis. No me importa. Ya lo usé dos veces.

Me imagino que Lily tenía muchos vestidos más como ese. Me había contado que los diseñadores le enviaban ropa, bolsas, zapatos,

etcétera, así que acepté su ofrecimiento y acepté vestirme de Elvira Hancock para la fiesta.

Oímos que una llave abría la puerta del departamento de Lily y algo se tensó en mi interior.

Joel entró con otro tipo detrás, cada uno con una gran maleta, y me relajé porque no me interesaba ver el rostro de William.

—¡Nate! —gritó Lily—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Lily corrió hacia la puerta, besó a Joel y abrazó a Nate.

—Nathan va a volver a Nueva York. Se quedará aquí hasta que encuentre un departamento —le dijo Joel a Lily.

—¡Dios mío! ¡Es increíble! No sé si debería estar feliz por ustedes o preocupada —dijo Lily—. Nate, por favor, no me quites a mi novio.

Nathan se rio.

—No puedo prometerte nada —respondió con un acento británico —. Ya sabes lo pegajoso que es.

Joel empujó el hombro de Nathan con el suyo y después me saludó con un abrazo.

—Nathan, Billie. Billie, Nathan.

—¿Cómo estás? —Nathan se quitó el saco y me sonrió, mirando mi vestido con sus ojos verdes grisáceos. Llevaba pantalones grises oscuros y una camisa blanca abotonada. Sus zapatos parecían impecables. Me recordó a mi padre, que siempre viaja con estilo. Lo único que delataba que acababa de cruzar el Atlántico era su cabello castaño y ondulado que estaba a un segundo de verse revuelto.

«Hola».

—Encantada de conocerte, Nathan —miré el vestido y dije—: Probablemente debería ir a cambiarme.

—Para nada, estás preciosa.

La vieja Billie probablemente se habría sonrojado en el acto. Pero se habían acabado los sonrojos. Incluso para alguien que se veía… así. Como un hombre de verdad. «¿Qué edad tiene?».

—Joel, ellas son Sophie y Cecile. Son las amigas de Billie de París. Van a pasar aquí el fin de semana —dijo Lily. Tanto Joel como Nathan se acercaron a saludarlas mientras yo me escabullía a la habitación de invitados para cambiarme el vestido.

Con mi ropa puesta de nuevo, abrí la puerta y vi a Nathan esperando con sus dos maletas.

—¿Vamos a compartir la habitación? —preguntó despreocupadamente.

—Ay, no. Yo vivo abajo, en el 9A. Solo me estaba probando el vestido para una fiesta de disfraces.

Salí rápidamente de la habitación, con el vestido en la mano. Nathan metió las maletas y volvió a salir.

Llamaron a la puerta y Joel se apresuró a abrir mientras a mí me daba un miniataque cardiaco.

Tobias.

«Por favor, ¡no más hermanos!». No sería capaz de soportar que William llegara.

—Joel me dijo que había llegado este hijo de puta —dijo Tobias. Se acercó a Nathan y se abrazaron con grandes palmadas en la espalda.

—Hola, Billie. —Sonrió. Los ojos de Sophie se volvieron grandes y redondos.

—Hola, Tob. Ellas son Sophie y Cecile. Acaban de llegar de París.

—Encantado de conocerlas. —Su mirada se dirigió instantáneamente hacia Cecile.

Joel y Nathan se sentaron en la sala con unas cervezas. Nathan se frotó la cara. Parecía exhausto.

Lily me miró fijamente como una cobra, desvió la vista hacia Nathan y luego me miró de nuevo. Asintió una vez y yo negué con la cabeza dos veces. «¡Lily no lo hagas!»

—Entonces, Billie, ¿ya decidiste con quién ir a la fiesta? Te faltan tres chicos. —Lily dejó caer la bomba y huyó a la cocina en busca de bocadillos.

—Ayer no mencionaste que necesitabas acompañantes para la fiesta —me dijo Tobias, levantando la ceja.

—Eh, sí. Es un requisito tonto.

Nathan estaba platicando con Joel en sueco, pero se detuvo a escuchar nuestra conversación.

—Pensé que podíamos entrar a la fiesta con Aaron, Caleb y David. —No había pensado en esa opción antes, pero podía funcionar. Quien se encargara de la entrada en la fiesta podría pensar que iban disfrazados de guardaespaldas.

—Qué aburrido —intervino Tobias—. Yo iré. Ahora te faltan solo dos tipos. ¿Por qué no se lo pides a un par de los chicos que conociste en todas las citas a ciegas a las que has ido? —Se rio mientras ocupaba el asiento libre junto a Cecile y tomó los aperitivos que Lily acababa de poner en la mesa.

Lo fulminé con la mirada, pero él se rio aún más.

—¿No tienes que ir a un evento aburrido con tu hermano? —Aunque no era mala idea. Había estado pensando en pedirle a Ren que también fuera. Podía decirle que era una especie de cita informal en grupo.

—Estoy seguro de que Billy sobrevivirá sin mí —respondió Tobias. Iba a abandonar a William. Perfecto.

—Pues, yo estoy libre mañana —dijo Nathan casualmente, tomando un sorbo de su cerveza. Lily, que estaba detrás de él, me sacó la punta de la lengua. Se había salido con la suya.

Pero después recordé… la comprobación de antecedentes. Primero Caleb tendría que comprobar los antecedentes de Nathan. En mi interior se gestó una pizca de mortificación, pero la ahogué inmediatamente porque tenía que dejar de preocuparme por todo y por la opinión de todos. Si Nathan no quería que revisaran sus antecedentes, ni modo. Ren podía llevar a otro amigo al que no le importara.

—Voy a necesitar una identificación —me reí. Al menos trataría de hacerlo divertido. Nathan me miró fijamente. Curioso.

—Hablas en serio, ¿verdad?

Le extendí la mano como respuesta. Nathan me lanzó una sonrisa llena de curiosidad y sacó su cartera.

Tomé una foto de su identificación por ambos lados y la envié al chat del grupo de seguridad.

«1982». Es siete años y unos meses mayor que yo. Tragué con fuerza y le devolví a Nathan su identificación. Entonces me disculpé y le dije que le explicaría todo en unos minutos.

Yo: Necesito que se apruebe a Nathan Saunders para una cita. Es para la fiesta de CJ. Tobias también vendrá y estoy por ver si Ren está disponible. No se nos permitirá entrar en la fiesta sin acompañantes.

Estaba pidiéndole a Caleb que aprobara una cita para mí. Era la dinámica más loca de la historia. Y probablemente la forma de castigarlo de mi padre. A él y a mí.

Caleb: Va a ser difícil, señorita Murphy.

Yo: ¿Qué quieres decir?

Caleb: Es británico. Hay un protocolo diferente para los extranjeros. Podría tardar unos días.

Yo: ¿Qué? La fiesta es mañana. Ren tiene una identificación española, y lo autorizaste en unas horas.

Caleb: Ahora estamos siendo más minuciosos. Me pondré en contacto con usted.

Sabía que podían investigar a cualquiera en unos minutos. Pero ¿unos días? Tal vez la fotografía de la identificación de Nathan no era estimulante para Caleb. Se veía… guapo. ¿Quién se ve así en su identificación? Nathan.

Los demás conversaban mientras yo me dedicaba a enviar mensajes sentada junto a la mesa del comedor. De repente desvié la mirada hacia Nathan y lo descubrí mirándome. Me hizo un leve gesto con la barbilla y me sonrió. Luego volvió a centrar su atención en Joel.

«Maldita sea». Durante un segundo me había olvidado de qué estaba haciendo sentada junto a la mesa del comedor con mi teléfono en las manos.

«Ren. Sí, necesito mandarle un mensaje a Ren».

Yo: ¡Hola, Ren! ¿Qué vas a hacer mañana en la noche? Un par de amigas de París están aquí este fin de semana y mañana vamos a una fiesta de disfraces. ¿Quieres venir con nosotras? Podríamos encontrarnos en mi departamento.

Ren: ¡Hola, Billie! ¡Claro que sí! ¿Tengo que llevar disfraz?

Yo: Obligatorio.

Ren: Ahí estaré. Mándame un mensaje con tu dirección.

Qué fácil.

Tobias seguía hablando con Cecile, que lucía como la clásica belleza francesa que era. Ella seguía saliendo con Paul y no parecía emocionada por hablar con Tobias. Sin embargo, era amistosa y correspondía a la conversación.

Sophie parecía sorprendida mientras hablaba con Lily, pero sabía que deseaba haber sido ella quien se sentara junto a Tobias.

Volví a la sala y me senté junto a Nathan. En los viejos tiempos, me habría sentado al otro lado de la sala, lejos de cualquiera que pudiera ponerme nerviosa. Pero era necesario que me sentara al lado de

Nathan para explicarle la situación de la revisión de antecedentes.

—Hola —sonreí.

—¿Necesitas algo más? —preguntó, respondiendo a mi gesto—. ¿Mi pasaporte? ¿Recibos bancarios? ¿Tal vez una carta de intenciones? —se rio.

—Probablemente —me reí y respiré profundamente—. Bueno, mis guardaespaldas tienen que aprobarte. Van a hacer una revisión rápida y, si te dan el visto bueno, puedes venir a la fiesta.

—No estás bromeando, ¿verdad? Pensé que estabas siendo graciosa.

—Lamentablemente, no. ¿Alguna sorpresa con la que puedan toparse? —bromeé.

—Estoy perfectamente limpio. Soy abogado. Sé cómo cubrir mis huellas.

Me reí con algo de nerviosismo. La diferencia de edad me sorprendió. Estaba a punto de cumplir veintiocho años, el 12 de diciembre. Su cuidada barba incipiente y sus rasgos faciales le hacían parecer un adulto maduro. Pero era amigo de Joel y unos meses más joven que él. No era para tanto.

Saqué mi pasaporte y se lo mostré porque necesitaba comportarme como una persona normal. Caleb se habría enfadado si hubiera sabido que permití que un extraño no autorizado viera mi información personal, pero Nathan necesitaba saber mi edad. Era justo. Dejaría que la descubriera por sí mismo, por supuesto.

—También tendré que tomar una foto, señorita… —dijo mientras revisaba mi información—, Murphy. —Tomó una foto y guardó su teléfono mientras miraba la foto de mi pasaporte—. Te ves terriblemente joven aquí.

«Terriblemente».

—Eh, sí. Tenía diecisiete años cuando renové mi pasaporte. —Sus ojos se abrieron por un segundo al escuchar la palabra «diecisiete», como si fuera un pecado. Creo que probablemente la primera palabra que vino a su mente de abogado fue «ilegal»—. Pero eso fue hace unos años —dije para reforzar el hecho de que ya no tenía diecisiete años.

—Tres exactamente —lo dijo como si estuviéramos hablando de días o semanas en lugar de años. Cerró el pasaporte con el ceño fruncido y me lo devolvió—. No pareces tener veinte años.

—Ay, gracias —me reí—. ¿Te parezco vieja?

—Pensé que tendrías al menos la edad de Lily. —¿Pensaba o

esperaba?—. Tienes la edad de Zara —dijo apenas en un susurro, casi para sí mismo.

—¿Quién es Zara?

—Mi hermana menor.

Oh. Me di cuenta de que estaba sorprendido por mi edad. También me había sorprendido la diferencia de casi ocho años, pero ¿a quién le importaba? Mis padres tenían doce años de diferencia entre ellos. Además, lo acababa de conocer. Y quién sabe si Caleb lo «aprobaría». Como la decisión ahora dependía de él, probablemente no volvería a salir con nadie por el resto de mi vida.

Sophie bostezó y fue nuestra señal para irnos. Había olvidado que acababan de llegar de Europa y estaban agotadas.

—Creo que deberíamos volver a mi departamento —dije y me puse de pie—. Necesito que estas recarguen pila para mañana.

—Oh, por supuesto. Me imagino que deben estar cansadas —respondió Lily rápidamente—. Que no se te olvide enviarme algunas fotos de su *look* final, ¿sí?

Todos nos despedimos y nos dirigimos hacia el elevador.

—¡Murphy! —gritó Nathan, apoyado en el marco de la puerta con las manos metidas en los bolsillos—. Hazme saber si tengo que conseguir un disfraz o no.

—Lo sabrás en cuanto lo sepa. —Sonreí y entré en el elevador.

—Me parece bien. —Me devolvió una sonrisa sexy—. ¡Nos vemos!



CAPÍTULO 13

Jaque mate

30 de octubre de 2009

Me salté la escuela porque quería pasar el día entero con Sophie y Cecile. Además, teníamos que ir de compras por nuestros disfraces. También tuve que cancelar mi entrenamiento con Grant.

Mientras mis amigas seguían durmiendo, Caleb, David y yo fuimos a correr temprano en la mañana. Sophie y Cecile necesitaban descansar. Y yo necesitaba correr. El asunto de William de la noche anterior seguía dando vueltas en mi cabeza. Pero no me desperté triste, solo enojada y decepcionada. Correr siempre me ayudaba a despejarme.

Caleb estaba muy raro y robótico antes de salir a correr. Le pregunté sobre el estado de Nathan y me dijo que todavía estaba en proceso. Estaba 99.999% segura de que Nathan sería autorizado, pero Caleb quería hacerme esperar hasta el último minuto, era su nueva manera de divertirse.

Cuando volví de correr, me serví una segunda taza de café y me senté en la sala a revisar mis mensajes.

> **Tobias:** ¡Hola, Billie! ¿Por qué no nos vemos en tu casa esta noche antes de salir? Llevaré una buena botella de tequila.

Apenas eran las nueve de la mañana y Tobias ya estaba pensando en

tequila. No pude evitar girar los ojos hacia la pantalla con una sonrisa. Encontrarnos en mi departamento antes de salir me pareció muy buena idea. Así, todos tendrían oportunidad de conocer a Ren.

Yo: Hola, Tob. Claro, ¿qué te parece a las 8 de la tarde? P.D. Me da miedo lo del tequila.

Tobias: Nate y yo te vamos a cuidar, no te preocupes. Nos vemos a las 8.

Claro. Teníamos que esperar a que Caleb tuviera ganas de decirme si Nathan podía venir.

Estaba a punto de dejar mi teléfono sobre la mesa cuando entró otro mensaje.

W.S: Buenos días, Guille. ¿Te fuiste a acostar temprano anoche? Sé que es viernes, así que será mejor que empieces a cancelar cualquier cita a ciegas que tengas programada para hoy.

«Este tipo». Pensó que no le había contestado porque estaba dormida cuando me envió un mensaje la noche anterior.

No.

«Te ignoré». Además, ¿no tenía que ir a esa gala benéfica? Entonces, ¿por qué quería que cancelara mis planes por él si ni siquiera estaba disponible? Tacha eso. Si ni siquiera estaba soltero.

Me advirtió que no lo buscara en Google, cosa que no hice. Solo nos habíamos topado con esa estúpida revista sensacionalista. Y mi mente batallaba con los posibles escenarios. Al principio, pensé que me había pedido que no buscara su nombre en Google para que no viera las historias inventadas que circulaban sobre las celebridades, y su nombre no sería la excepción en los titulares. Pero no sabía qué pensar. ¿Y si me estaba ocultando algo y esa era la excusa perfecta para mantenerme en la ignorancia?

O quizás quería ver si las cosas funcionaban conmigo antes de terminar con Erin para siempre. Por desgracia, no había muchas opciones optimistas entre las cuales elegir.

¡Era muy difícil confiar en él! Porque, ¿por qué iba a elegirme a mí en vez de Erin o de cualquier otra bella celebridad, modelo o chica que tuviera a su disposición? Había sido tan estúpida como para creer

que yo era así de especial. Y no quería salir herida de nuevo porque, cuando me había abandonado hacía unos meses, me había dolido más de lo que pensaba.

Esa herida todavía estaba cicatrizando.

Yo: Nada de citas a ciegas por hoy. Solo una cita normal.

W.S: Ni siquiera conoces a Nathan. A mí me parece lo suficientemente a ciegas.

Eso fue rápido, incluso para Tobias. Estaba segura de que él había sido quien se lo dijo. O tal vez se lo dijo el mismo Nathan. No sabía qué tan cercanos eran. Por lo que entendí, Nathan era amigo de Joel, pero realmente no me importaba. Estaba segura de una cosa: a William no le gustaba nada la idea de que Nathan fuera a la fiesta conmigo.

Bien.

Yo: Nos conocimos anoche. No te preocupes.

W.S: Cancela. Yo te voy a llevar a la fiesta.

Eso me enfureció. No iba a acatar las órdenes de William cuando ni siquiera sabía la verdad sobre su relación con Erin. No iba a acatar sus órdenes. Y punto. Estaba tan acostumbrado a salirse con la suya que para él era automático exigirles cosas a los demás. Su actitud no ayudaba a la situación.

Yo: Deja de decirme lo que tengo que hacer.

W.S: No puedes ir con él.

Lo ignoré, y pareció funcionar porque dejó de enviarme mensajes. Así que me bañé y me preparé. Odiaba admitir que mi estado de ánimo general se había visto afectado por mi conversación con William, pero no podía permitir que arruinara mis planes con mis amigas. Teníamos todo el día planeado. Planeábamos ir a almorzar y después a comprar disfraces. Quería disfrutar mi tiempo con ellas.

Cuando salí de mi habitación, Sophie y Cecile estaban sentadas en la sala, vestidas y listas para salir…, y me miraban fijamente.

—¿Qué pasa?

Sophie abrió la boca para hablar, pero Cecile la jaló del brazo, lo que obviamente noté.

—¿Qué pasa? —volví a preguntar, esta vez con voz firme.

Cecile chasqueó la lengua y dijo:

—Sophie buscó a William en Google.

—¿Y? —Di un par de pasos hacia adelante, pero me detuve como si estuviera indecisa entre querer saber o no.

Sophie volteó su teléfono para mostrarme la pantalla. Entorné los ojos y me acerqué a ellas. El artículo era de una semana atrás y las fotos habían sido tomadas en Londres. Mostraban diferentes tomas de Erin y William paseando, sentados en una heladería, dándose helado y besándose. No llevaban la misma ropa de la revista que habíamos visto. Era otra ocasión.

La galería de fotos era interminable. Me desplacé hacia abajo con la esperanza de llegar al final de la página, pero solo había más de lo mismo. Más besos, más abrazos, más risas. «William sigue en una relación con Erin». No había absolutamente ninguna manera de que pensara lo contrario.

—Gracias. —Cerré los ojos como si alguien hubiera vertido ácido en ellos y le devolví a Sophie su teléfono.

—Billie, lo siento. Yo no…

—No pasa nada —sonreí—. Gracias por decírmelo. Es mejor que sepa la verdad. Ahora vámonos. Ya estamos retrasadas.

Se levantaron del sofá y me siguieron, pero William salió del elevador cuando abrí la puerta. Avanzó rápidamente hacia nosotras, enrollándose las mangas del suéter gris de aspecto suave hasta los codos, revelando sus antebrazos perfectamente tonificados y emitiendo vibraciones de macho alfa, como si se estuviera preparando para una pelea.

Conmigo.

Ignorar su último mensaje no fue tan efectivo como pensé que había sido.

Una oleada de su deliciosa colonia llegó hasta mí y me preparé para el impacto. O tal vez él debería prepararse, porque podía sentir el fuego que me corría por las venas y él bien podía estar cubierto de combustible.

No era la combinación más segura.

La pobre Sophie se paralizó en su lugar y se quedó boquiabierta cuando se dio cuenta de que era él. Cecile la agarró del brazo y la jaló

de vuelta al interior del departamento para darnos la privacidad que era obvio que necesitaríamos.

William parecía, bueno…, furioso. Era como mirarme a mí misma en el espejo. Pero sus rasgos se suavizaron cuando habló:

—¿A qué hora te recojo? —Intentó sonreír, pero no era la sonrisa más genuina que había visto en su cara.

Me pasé una mano por la frente con exasperación mientras lo veía de pie frente a mí, exigiendo pura mierda porque no era su lugar hacerlo. No iba a cancelar la cita con Nathan. Después de que había visto la fotografía de él y Erin besándose mientras comían helado, era demasiado tarde.

—Nathan me va a recoger a las ocho.

La mandíbula de William saltó, acompañada de un parpadeo lento y controlado. Me di cuenta de que le costaba mantener la compostura.

—Esa broma ya no tiene gracia, Guille. —Pero yo estaba disfrutando, viendo cómo se alteraba por lo de Nathan—. Yo te voy a llevar a esa fiesta esta noche.

Cómo era capaz de ponerse territorial conmigo cuando no había ningún terreno que reclamar. Se veía aun más guapo cuando estaba enfadado. Verlo era enloquecedor.

—Me temo que no vas a pasar el control de antecedentes a tiempo para la fiesta de esta noche. —Fingí ver la hora en mi reloj—. El proceso de Nathan ya casi está terminado, así que, logísticamente hablando, no puedes venir.

Esbozó una sonrisa de enfado que acompañó con un bufido breve y agudo.

—Estoy seguro de que tus chicos saben de qué color es mi ropa interior y qué desayuné esta mañana.

Sí, probablemente era cierto. William había sido aprobado desde abril, cuando nos mudamos a Nueva York. Todo el mundo en el edificio lo estaba, hasta donde yo sabía. Pero tenía que entender que las cosas no funcionaban así conmigo. Ya no. No podía hacer lo que quisiera conmigo, con Erin o con cualquier otra chica.

—Nathan me va a llevar a la fiesta. Tú tienes novia. Por favor, vete.

«Y vete directamente al infierno. Jaque mate».

Me di la vuelta y caminé hacia mi puerta.

—Terminé con Erin. —Me contestó con su tono ronco y grave. Me parecía que William estaba a punto de perder la cabeza. «Únete al

club»—. Ella ni siquiera está en Nueva York. Se quedó en Europa.

«Qué conveniente». Yo ya había perdido la cabeza la noche anterior. Sentía como si fuera a perderla por segunda vez.

—¡Está en las malditas noticias, William! ¡Deja de mentir! —dije con el ceño fruncido.

Sí. Perdí la cabeza. La perdí porque una parte muy estúpida de mí le creyó cuando dijo que había terminado con Erin. Quería confiar en él, y lo hice por un segundo, pero era demasiado tarde. Me aterraba salir herida de nuevo. William me gustaba demasiado y sabía que la caída sería trágica si me permitía creerle. Era mejor no seguir adelante.

Por mucho que lo intentara, no podía encontrar una explicación lógica para las fotografías que no implicara que William me mintiera o me ocultara algo. Si hubiera sido solo una historia diciendo que todavía estaban juntos, podría haberme sentido diferente. Pero ¿cómo te convences a ti mismo de que una imagen es falsa? O un montón de imágenes.

No quería ser la chica ingenua que se cree todo lo que le decían. Y sabía que William podía convencerme fácilmente con sus palabras. Si, como William decía, estaban fingiendo, no tenían que ir por la ciudad tomados de la mano y dándose a comer helado. Presentarse juntos a los estrenos y los eventos de prensa era suficiente. Y si las cosas seguían siendo difíciles con ella y él todavía estaba tratando de descifrar sus sentimientos, yo no quería ser parte de ello.

—¿Me buscaste en Google? —preguntó William con una mueca como si fuera el mayor pecado que un ser humano pudiera cometer: buscar en Google—. Te pedí que no lo hicieras. Dijiste que no lo harías.

Se pasó una mano por el cabello dorado y sedoso como siempre lo hacía y se agarró el cuello. Sus movimientos estaban llenos de frustración y eran muy distractores. Tenía que quedarse quieto. O irse.

«Sí, vete».

—No te busqué en Google. No fue necesario. La verdad está en cada puesto de revistas de la ciudad. Deberías pasear más a menudo por las calles de Nueva York, ya que parece que disfrutas tanto los paseos vespertinos.

—Dime qué viste.

—¿Alguna vez te buscas en Google?

—Por supuesto que no. Nunca.

—¿Ojos que no ven, corazón que no siente? —Resoplé. Por supuesto que no lo hacía. Quería creer que no tendría el valor de estar ahí, diciéndome esas cosas, si supiera que lo habían atrapado. ¿No tenía un equipo de publicidad? Un tipo como él definitivamente debía tener uno. Y si lo tenía, entonces era el momento de contratar sangre nueva—. Quizás deberías hacerlo de vez en cuando. Sería más fácil que tus historias coincidieran.

La conversación había durado mucho más de lo que quería que durara. William no se merecía ni una sola respuesta o explicación de mi parte, solo silencio, como cuando me había rechazado en agosto. Pero era imposible no engancharse con él o la situación.

—No sé qué viste, pero las revistas mienten todo el tiempo. Así es cómo hacen dinero. Son mentiras. Pregúntame lo que sea.

—Lo que se ve no se pregunta —respondí con tono mordaz. Eso era lo que él me había dicho cuando me vio besar a Thomas. Intenté explicarle lo que había pasado, pero, en lugar de permitírmelo, dijo eso. Nunca me dio la oportunidad de explicarle, de hablar las cosas. Entonces, ¿por qué debía hacerlo yo? A mí me había lastimado en ese entonces y ahora esperaba que lo lastimara a él.

—*Touché* —resopló con una leve sonrisa.

Crucé los brazos con expresión de «¿algo más?» en la cara.

—Eres imposible. —Respiró con exasperación y se alejó hacia el elevador—. Y no te atrevas a desperdiciar ninguna de tus primeras veces con Nathan, entre todas las personas.

Entró en el elevador y me lanzó una sonrisa que hizo que me hirviera la sangre. Finalmente, las puertas se cerraron. Para él, todo esto era un juego.

Me urgía que dieran las ocho. Iba a necesitar ese tequila.

CAPÍTULO 14

Comprobación de antecedentes

—¡Este me encanta! —exclamó Sophie, sosteniendo el famoso traje de cuadros amarillos de Cher en *Clueless*. El traje le quedaba muy bien, con su larga melena rubia—. Quiero verme linda esta noche.

—Bueno, eso se ve muy lindo, Sophie. Hazlo —la animé. Yo seguía echando humo por dentro, pero intentaba disimularlo lo mejor posible. Quería disfrutar la compañía de mis amigas.

—Me encantan las calcetas blancas a la rodilla. Se ven muy sexys —añadió Cecile.

Sophie volvió a meterse en el probador, entusiasmada por el disfraz que había elegido. Cecile seguía mirando los estantes, parecía indecisa.

—¿Ves algo que te guste? —le pregunté.

—Mmm, no sé —respondió con una expresión de aburrimiento.

—¿Estás bien?

—Sí, es… Paul. Ha estado actuando raro últimamente y me estoy cansando. —Conocía una o dos cosas sobre ese sentimiento—. Tuvimos una conversación muy extraña ahora mismo por mensajes. Pero este fin de semana no se trata de mí. Estamos aquí para divertirnos, y planeo hacer justo eso. ¿Qué te parece este? —Tomó un hermoso vestido *vintage* de los años veinte del estante. Era negro con un fleco plateado y detalles de pequeñas cuentas y lentejuelas.

—Es precioso. Deberías probártelo.

Sophie y yo nos sentamos fuera del probador, esperando que Cecile saliera.

—Estoy emocionada por esta noche. Tobias es tan guapo —susurró

Sophie.

«Oh, oh».

Algo me decía que a Tobias le gustaba Cecile y que por eso quería ir a la fiesta. Pero ¿quién lo sabía con certeza?

—¿Cómo me veo? —Cecile se dio una vuelta. El vestido se veía hermoso contra su piel de porcelana y su cabello castaño tabaco.

—Se te ve muy bien. Quedaría perfecto con los labios rojos —le sugerí.

Alquiló el vestido y unos cuantos accesorios, como extensiones para el cabello, unos aretes y una pulsera de perlas. Encontraron todo lo que necesitaban para la fiesta, así que paseamos por la ciudad alrededor de una hora y luego volvimos al departamento. Teníamos que empezar a prepararnos.

Tobias me llamó unos minutos después de que llegáramos a mi casa.

—Hola, Tob, ¿qué pasó?

—Buenos días, Murph.

—¡Ah, hola, Nathan!

—Me dejaste esperando. Entonces, ¿cuál es el veredicto? ¿Puedo ir esta noche? Joel me prestó el traje blanco de Scarface para que haga juego con tu traje. Solo di que sí y me lo pondré.

—La última vez que pregunté, todavía no tenían una respuesta —dije mortificada—. Déjame comprobar con ellos de nuevo, ¿sí? Lo siento mucho.

—No hay nada de qué disculparse. ¿En qué piso dijiste que estás?

—En el noveno.

—Voy en camino.

Terminó la llamada.

Mierda. Me avergonzaba mucho. Casi eran las 5:00 p.m. y todavía no podía darle una respuesta a Nathan. Se notaba que quería ir, y mentiría si dijera que yo no quería. Me daba curiosidad.

Llamé a Caleb y le pedí que subiera. Llegó antes que Nathan, unos cuantos minutos antes de que colgáramos.

—¿Quería hablar conmigo, señorita Murphy? —dijo cuando le abrí la puerta.

—Sí. ¿Ya está autorizado Nathan? —pregunté—. Necesito darle una respuesta. Ya son las cinco de la tarde.

—Sí… y no.

—¿Qué quieres decir?

—Está limpio. Demasiado limpio si me lo preguntan. —Levantó una ceja y después se humedeció los labios—. Sin embargo…, su padre dijo que no.

—¿Qué? ¿Cómo que dijo que no? —Estaba confundida. No entendía por qué mi padre se negaría si su comprobación de antecedentes había salido bien. ¿No era ese el único requisito?

—Acabo de colgar con él hace unos minutos. Estaba a punto de comunicarme cuando me llamó. —Caleb parecía decir la verdad—. Lo siento. No es mi decisión. Yo quiero que se divierta.

Miró hacia el elevador. Nathan acababa de salir y caminaba hacia nosotros. Llevaba un traje completo, con aspecto de hombre de negocios. «Maldita sea».

—Hola, otra vez —dijo con una sonrisa—. Entonces, ¿quién está a cargo? —se rio.

Hice un gesto con la barbilla hacia Caleb porque mi padre estaba fuera de la ciudad y Caleb hacía un gran trabajo representándolo mientras estaba lejos.

—Hola, amigo. Soy Nathan.

Caleb se presentó y estrechó la mano de Nathan. Pero él ya sabía quién era Nathan. A estas alturas, lo conocía mejor que yo.

Mi teléfono sonó, era mi papá. Le pedí a Caleb que le informara la situación a Nathan mientras yo atendía la llamada. No quería que se fuera. Quería disculparme, pero necesitaba que mi padre me explicara por qué había desaprobado a Nathan.

—Hola, papá… Sí, Caleb me lo acaba de decir… ¿Por qué? Me dijo que todo se veía bien… Papá, por favor. ¿En serio?

Me alejé unos pasos de ellos. Nathan seguía conversando con Caleb. «¿Caleb está riéndose?».

—Mi mamá era doce años más joven que tú. Y solo nos estamos divirtiendo. Es un buen amigo de los Sjöberg y es demasiado tarde para preguntarle a alguien más, no podré entrar a la fiesta si llego sola.

Su problema con Nathan era la diferencia de edad. Decía que era demasiado viejo para mí. Seguía discutiendo con mi padre cuando Nathan se acercó. Alzó el dedo índice, pidiendo que lo escuchara un segundo.

Silencié la llamada y me extendió la mano.

—Déjame hablar con él. —«¡Está loco!»—. Confía en mí. Yo me encargo.

«Mi papá me va a matar».

Le di el teléfono a Nathan porque era la única esperanza que me quedaba.

—No me sigas —me advirtió—. Es mejor que no me escuches. —Me guiñó un ojo y tomó la llamada—. Señor Murphy, soy Nathan Saunders… —Se alejó y eso fue lo último que pude escuchar.

Me apresuré a volver con Caleb y esperé a que Nathan terminara la llamada con mi padre.

—Nathan es agradable —dijo Caleb, metiendo las manos en sus bolsillos.

—¿Es… agradable? —Puse la mano sobre la frente de Caleb—. No parece que tengas fiebre. Espera, tal vez solo estás deshidratado. —Se rio. Me reí. Se sintió bien.

—Yo solo quiero que seas feliz —dijo con una sonrisa tensa.

—Yo también —le devolví la sonrisa y lo miré fijamente durante unos segundos.

—Pero realmente necesito una cita para la fiesta o CJ me matará —me reí—. A estas alturas, no me importa si es Nathan o cualquier otro. Quiero decir, lo conocí ayer. Parece simpático, pero dejaré las citas por un tiempo.

Caleb me miró con los ojos entrecerrados, como si dijera «no te creo». Le di un empujón en el hombro.

Nathan seguía hablando y gesticulando a la distancia. Sonriendo. Riéndose. Frotándose la mejilla. Pasando una mano por su cabello ondulado. Sonriendo de nuevo. Tenía mucha curiosidad de saber cómo iba esa conversación.

—Entonces, ¿ya dejaste de ser un robot? —le pregunté a Caleb—. Me gusta verte así. Sonriendo. Feliz. Pero ahora siempre estás enojado conmigo. Es agotador.

—Lo sé. Lamento lo de ayer y lo de estos últimos días. He sido un idiota. —«Así es»—. No estoy enojado contigo. Tienes que entender… —Se frotó el cuello—. Es difícil lidiar con tu padre. Solo dame algo de tiempo, Rojita. —Eso. Me sentí más ligera con tan solo oírle llamarme así—. Vamos a mantener las cosas dentro de lo profesional cerca de tu padre, ¿de acuerdo?

—Trato hecho. No te abrazaré nunca más, ¿está bien?

Se rio.

—No tiene que ser nunca más. Pero creo que tu padre sería más feliz sin saber los detalles de nuestra amistad.

Sonreí y escuché que la voz de Nathan se acercaba.

Nathan se rio y dijo:

—Por supuesto, señor Murphy… James, sí… Puedes contar con ello… Voy a devolverle el teléfono a tu hija… Saludos, que tengas un buen fin de semana.

Nathan me devolvió el teléfono.

—¿Papá?… De acuerdo… De acuerdo. Por supuesto, eso suena perfecto… Muchas gracias… Se lo haré saber… Sí … No, lo sé… Hablaremos mañana… Gracias… Yo también te quiero… Adiós.

Estaba en *shock*. Caleb me ofreció una pequeña sonrisa, probablemente suponía que Nathan había convencido a mi padre de alguna manera.

—Estaremos abajo, señorita Murphy. Avísenos cuando esté lista para salir.

Se despidió de Nathan asintiendo y me guiñó un ojo antes de desaparecer hacia la salida de emergencias.

—¿Qué le dijiste a mi papá? —le pregunté a Nathan inmediatamente. Estaba más que impresionada—. Creo que podría requerir tus servicios legales más a menudo.

Se rio.

—Yo hice mi propia investigación sobre ti. Y mira, mi jefe, Oliver Chapman, es un buen amigo de tu padre. Hablamos un poco sobre eso y acordamos tomar una cerveza en algún momento de la próxima semana cuando llegue de D.C.

—Estás bromeando, ¿verdad? —Estos abogados. Aparentemente, era un abogado fabuloso.

—Por supuesto que no. Chapman & Payne ha sido el enlace en varios proyectos gubernamentales entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Tu padre participó en un asunto de este tipo hace unos años —me explicó, con voz de abogado—. Has de haber sido una bebé en aquella época. Fue antes de sus días de embajador y, como dije, es cercano al señor Chapman.

—Me refería a la parte de las cervezas, con «James». —Me reí. Ya hasta se tuteaban. Pero me impresionó la historia. Me impresionó él. Y, también, lo pequeño que hacía parecer el mundo.

—Oh, eso. Será prácticamente una reunión de negocios. Con cerveza. —Sonrió—. ¿Serías tan amable de darme su número? —Su acento estaba despertando cosas dentro de mí que me había prometido que no me permitiría en un tiempo. Pero, de alguna

manera, me sentía como una niña a su lado. Parecía un adulto, y eso lo hacía sentir fuera de mi alcance.

Me quedé embobada mirándolo.

—Nadie me había pedido el número de mi papá antes que el mío.

«Una primera vez».

—Eso es porque ya tengo tu número, boba. Tobias me lo dio.

Crucé los brazos delante de mí y torcí los labios hacia un lado. Todavía estaba tratando de descifrar a Nathan. Pero no podía negar que sentía curiosidad por conocerlo mejor.

—Debería empezar a averiguar cómo parecerme a Michelle Pfeiffer —le dije—. ¿Nos vemos a las ocho?

—Estoy ansioso, Murph —dijo mientras se alejaba.

—¡Nathan! —le grité. Miró por encima de su hombro y se encontró con mi mirada—. Gracias. —Sonreí. Lo decía en serio. Le agradecí que hubiera tenido las agallas de hablar con mi padre y de encontrar la manera de ir conmigo a la fiesta.

Nathan levantó la comisura derecha de la boca:

—Un placer.

Luego se dio la vuelta y se marchó. Por alguna razón, no me gustó la creciente distancia que nos separaba. Y yo pensaba que podía tomarme un descanso de las citas por un tiempo.

Bueno, mierda.

CAPÍTULO 15

Sexy, con un lado problemático

Volví a entrar a mi departamento y les conté a Sophie y Cecile lo que había pasado con Nathan y Caleb. Cecile pensaba que Nathan era uno de los chicos más atractivos que había visto.

—Es tan… masculino. No sé cuál sea una buena palabra para describirlo. Pero es muy guapo. William se lo perdió.

Asentí, pero estaba en desacuerdo por dentro. William me había arruinado para siempre. Era como si hubiera confeccionado a William en una especie de máquina para crear tu hombre perfecto. Lástima que tuviera que regresarlo por sus desordenados parámetros de confianza.

Pero sí, obviamente entendía a qué se refería Cecile con respecto a Nathan. No estaba ciega. Solo estaba… molesta. Necesitaba estar sola un rato y tomar un respiro.

Le seguimos dando vueltas al tema, repitiendo una y otra vez las mismas cosas, pero se estaba haciendo tarde. Y si nadie nos paraba, podríamos haber estado toda la noche hablando de todo y de nada.

Sophie y Cecile se fueron a su habitación a prepararse. Yo necesitaba tomarme mi tiempo para saber cómo maquillarme, ya que nunca usaba mucho maquillaje. Busqué imágenes del maquillaje de Michelle Pfeiffer en *Scarface* en Google y, aunque era un *look* sencillo, a veces esos son los más difíciles de lograr.

Me decidí por un sutil *smokey eye* con un toque de sombra de ojos dorada en el interior de los párpados. Utilicé el mismo color ahumado como delineador. Después apliqué mucha máscara de pestañas y acentué mis pómulos con un rubor color durazno. Finalmente, me

pinté los labios con un tono rosado terracota y un brillo transparente.

Sophie me ayudó a fijar la peluca con una red que había comprado en la tienda de disfraces. Para completar el *look* me puse un par de los aretes que le pertenecían a mi madre. Lo único que faltaba era ponerme un poco de perfume y el vestido.

Sophie estaba lista y se veía superlinda con su traje de Cher. Cecile tenía un aspecto extraordinario y sus ojos azules destacaban maravillosamente con la sombra ahumada que se puso en los párpados.

El timbre sonó a las ocho en punto. Al abrir la puerta, sentí calor en el estómago y me llené de nervios.

Nathan llevaba el traje blanco de *Scarface* de Joel y la camisa roja con los primeros tres botones desabrochados. Una gruesa cadena dorada colgaba de su cuello y descansaba sobre un pecho, que parecía muy definido. «Dios, ayúdame».

—¡Hola! ¡Qué bien se ven! —Mi saludo salió un poco agudo. Tobias sostenía la botella de tequila con una sonrisa perversa. Llevaba un traje negro, con una camiseta con el logo de Superman debajo de la camisa blanca abotonada y unos lentes de montura negra. Sophie iba a enloquecer. Este era un Clark Kent muy guapo.

—Guau, Billie. Te ves muy bien —dijo Tobias, mirándome rápidamente de la cabeza a los pies—. El cabello rubio te sienta bien.

—De acuerdo —dijo Nathan, que besó mi mejilla mientras entraba. Besándola realmente. No era uno de esos besos al aire. «No te sonrojes, no te sonrojes, no te sonrojes».

No lo hice.

—Eeeh, gracias. Y tú eres, ¿Clark Kent? —le pregunté a Tobias. No es que no fuera obvio, pero necesitaba redirigir mi atención a algo que me distrajera menos.

—Sí, fue el disfraz más fácil que se me ocurrió. Billy me prestó los lentes.

Nunca había visto a William con gafas. Pero después pensé que debía haber una tonelada de cosas que no sabía sobre él. Sonreí y les hice un gesto para que me siguieran.

—Se ven fantásticas —dijo Tobias al entrar en la sala. Sophie y Cecile se levantaron para saludarlos a ambos con dobles besos en las mejillas.

—Me estoy aficionando a los saludos parisinos —dijo al tiempo que miraba a Cecile.

—Veo que trajiste regalos —respondió ella, mirando la botella de tequila con una sonrisita.

—Sí, pensaba que podíamos hacer un precopeo antes de ir a la fiesta. No queremos estar secos cuando lleguemos. —Le lanzó a Cecile una sonrisa igualmente coqueta y traviesa.

—Húmedo siempre es mejor que seco —dijo Cecile, alzando una ceja. «¡Cecile!». A eso me refería cuando decía que no tenía filtro. Pero a Tobias no pareció molestarle.

Se rio y chocó la mano con Cecile, sonriendo.

—Mi tipo de chica.

«En fin…».

—¿Cómo quieres beber esto? —le pregunté a Tobias, quitándole la botella de las manos.

—¿Caballitos? —propuso.

—Eeeh, claro. Abrí los ojos de par en par con terror.

—¡Ay, vamos! —Tobias me dio un abrazo de costado—. Te dije que nosotros te vamos a cuidar, Billie. A las tres. —Se rio mientras yo caminaba apresuradamente a la cocina para tomar los vasos tequileros —. ¡Vamos a divertirnos!

—¿Nunca has tomado un caballito de tequila? —preguntó Nathan. Me sobresaltó. No me había dado cuenta de que me había seguido hasta la cocina—. No tienes que beber si no quieres.

Era tierno que Nathan sintiera que tenía que protegerme de la presión de los demás, pero sí quería beber tequila. Lo necesitaba. Solo me daba miedo la presentación que Tobias había sugerido: los caballitos.

—Pues, probé algunas de esas cosas de aquavit en el solsticio de verano —dije, agitando una mano mientras buscaba vasitos tequileros en los armarios superiores—. Pero eso es todo. Nunca he probado el tequila. Pero tengo curiosidad.

Me di la vuelta para mirarlo, y estaba apoyado en el refrigerador con el ceño fruncido.

—Sí vives aquí, ¿verdad? —se burló—. Parece que estás perdida en la cocina.

—Muy gracioso —sonreí—. Casi quemo mi departamento hace unos meses, así que trato de mantenerme lo más lejos posible de la cocina.

—¿Hubo llamas de verdad? —se rio.

No era gracioso, pero no pude evitar reírme también.

—Bueno, las llamas no llegaron a salir del horno, pero sí había humo denso por todas partes —le expliqué, mirando los armarios.

Sorprendentemente, encontré los vasos tequileros y los puse en la barra. No pensé que hubiera alguno. Nathan tomó cuatro y yo los otros dos.

—Y ¿cómo apagaste el fuego? —preguntó Nathan con genuina preocupación mientras caminábamos de vuelta a la sala.

—Yo no fui. Fue él. —Señalé a Tobias con la barbilla—. Yo me desmayé por inhalación de humo y probablemente también por vergüenza. —Me reí, pero él no. Volvió a fruncir el ceño.

—Me alegra que estés bien —dijo en voz baja. Estaba a punto de responder cuando Tobias se quejó de que tardábamos demasiado en volver.

—Lo siento, no encontraba estas cosas.

Nathan y yo dejamos los vasos en la mesa de centro. Tobias tomó inmediatamente la botella de tequila y la abrió.

—Me encanta el tequila —le dijo Sophie a Tobias, tratando de llamar su atención.

—Entonces este te va a fascinar. —Sirvió desordenadamente el tequila en los vasitos de cristal—. Billie, ¿tienes limón y sal? Es importante. —Sonrió.

—Sí tengo. Vuelvo ahora mismo.

Corté unos cuantos limones, los puse en un pequeño cuenco y llevé otro plato con sal.

Mi parte aburrida tenía miedo de beber tequila porque nunca lo había probado. Pero la parte enojada y amargada me animó a beberlo. Necesitaba olvidar a William y el tequila olía lo suficientemente fuerte como para alcanzar el objetivo.

—Bien, hagámoslo. —Extendí la mano para que me diera uno de los caballitos. Tobias me explicó que teníamos que lamer la sal, beber el tequila y masticar el limón—. Lamer. Beber. Masticar. Bien.

Nathan se rio.

—Exactamente. Lamer, beber, masticar. Es bastante sencillo. Yo estaré a tu lado por si olvidas alguno de los pasos.

Empujé su hombro con una sonrisa. «Maldita sea».

Seguimos las instrucciones de Tobias y nos tomamos los caballitos de tequila al mismo tiempo.

—Dios mío, Tobias. ¡Te voy a matar! —dije tosiendo. Él se rio. Me sujeté del brazo de Nathan como reacción a la sensación de ardor en

la garganta. Era más potente que el aquavit y el caballito era más alto —. ¿Tu caballito estaba lleno de agua? —le pregunté a Nathan, que no hizo ni una sola mueca y parecía que acabara de beber leche con chocolate.

—Estoy acostumbrado. ¿Estás bien?

—Eeeh, sí. El limón ayudó un poco.

Sonó el timbre.

—Ahora vuelvo. —Traté de sonreír y me apresuré a abrir la puerta con un escalofrío en la espalda. El tequila todavía me ardía en la garganta.

—¡Hola, Ren! —Entró vestido de caballero jedi—. ¡Me encanta tu disfraz!

—Gracias, Billie —dijo mientras cerraba la puerta—. Guau, te ves genial.

—Gracias. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

Mientras les presentaba a Ren a todos, Tobias encendió la televisión y buscó un canal de música que le gustara. Todo el mundo estaba cerca de la mesa del comedor.

Trasladé los platos con sal y limón a la mesa, y aparté un par de sillas para facilitar el acceso. Con la música de fondo y todo el mundo de pie, ahora parecía una minifiesta.

Cecile parecía distraída. Me daba cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por sonreír y seguir el ritmo de la conversación. Pero probablemente todavía estaba molesta por sus problemas con Paul.

—Tomemos otro —sugirió Sophie.

—De acuerdo. —Cecile se encogió de hombros.

—Sí, señora —dijo Tobias, sirviendo de nuevo los caballitos. «Sí, señora». Parecía que el tequila todavía no hacía efecto porque eso me había recordado a William. «Que no dejen de servir caballitos».

Todos nos tomamos otro y Ren me comentó lo bueno que era el tequila. Después empezamos a hablar en español durante un rato. Siempre era divertido practicar con él. Nathan se había alejado de mi lado y ahora hablaba con Tobias en sueco. También podía oír a Sophie y Cecile hablando entre ellas en francés.

Me preocupaba que Ren pensara que le había pedido salir en una cita. Quería que supiera que era libre de vagar y hablar con mis amigas. Era una cita en grupo. Pero él no se apartaba de mi lado y a mí no me molestaba hablar con él. Siempre me la pasaba muy bien con Ren, pero también quería conocer mejor a Nathan.

—¿Por qué no cambiamos todos al inglés? —Todos nos miramos unos a otros y nos dimos cuenta de que cada uno tenía su propia charla en otro idioma, lo cual suena muy elegante pero no es tan divertido.

Ren me hizo una última pregunta antes de reagruparnos:

—¿Tony Montana es tu cita?

—¡Para nada! Todos somos amigos.

—¡Oye! Sigues hablando en español —se quejó Tobias.

—¡Lo siento! —Regresé al inglés y continué explicándole la situación a Ren—. CJ quería que todos llegaran con un acompañante. Por eso les pedimos a los tres que vinieran con nosotras. Y pensé que también era una gran oportunidad para que conozcas a mis amigos.

Esperaba que no se lo tomara a mal. Parecía tranquilo al respecto.

—Entonces, ¿dónde es la fiesta? —preguntó Tobias.

—En un *loft* en el West Village. Un amigo de CJ es artista y lo usa como estudio —expliqué—. Lo iban a vaciar para la fiesta.

Sí. Empezaba a sentir el efecto del alcohol. Había pasado un tiempo desde la última vez que había tomado una copa y el tequila estaba demostrando su fuerza. Sin embargo, la sensación era diferente a la del vino. Me hacía sentir más animada y me hacía reír más.

Los chicos no parecían afectados por el tequila. Sophie no podía dejar de reír y, aunque Cecile mantenía la cara seria, podía decir que estaba alegre.

—Creo que deberíamos irnos —propuse.

—¿Un último trago antes de irnos? —sugirió Tobias.

—Claro. —Cecile levantó su vaso para que Tobias lo rellenara. Él le sonrió y le sirvió el tequila.

—Yo también —dijo Sophie.

—Yo tomaré… medio caballito —le dije a Tobias, pero Ren se rio mientras agarraba su vaso.

—Billie, no existe eso de un medio caballito —dijo Tobias, riendo y llenándolo mi vaso hasta arriba.

Nathan apoyó la mano en mi espalda baja y se inclinó para tomar el caballito que Tobias acababa de llenarme.

—Yo me tomo la mitad.

Miré por encima de mi hombro y su cuello estaba justo ahí, a unos centímetros de mi cara. Alcé la vista para encontrarme con sus ojos y presioné ligeramente los labios.

—Gracias.

Olía delicioso.

Todos los demás se tomaron el tequila antes que nosotros. Así que me di la vuelta para buscar un limón porque no podía tomarme el caballito sin limón, pero solo quedaba uno. Y sabía que no tenía más en el refrigerador.

—Tú cométela. —Le ofrecí el limón a Nathan. Él era un invitado en mi casa.

—Por favor, tú lo necesitas más que yo —se rio.

Pero lo ignoré. Lamí la sal, bebí la mitad del trago, cerré los ojos y sacudí la cabeza dos veces mientras sentía el ardor en la garganta. Cuando abrí los ojos, el limón estaba justo delante de mis labios. Nathan me lo ofreció. Asintió con la cabeza una vez, invitándome a morderlo. Le di un mordisco mientras él me miraba fijamente a los ojos.

Eso. Fue. Sexy.

Nathan se bebió la otra mitad y chasqueó la lengua. Miró el caballito vacío entre sus dedos y tiró el limón adentro, después dejo el vaso sobre la mesa.

Este tipo me estaba matando. Había sido sutil toda la noche. Pero cada coqueteo tenía un toque salvaje. Me dejaba deseando más, preguntándome qué haría a continuación.

«Concéntrate». Pero ¿cómo? El tequila estaba haciendo exactamente lo contrario.

Estábamos listos para irnos, así que fui a mi habitación, tomé mi bolsa dorada, mi abrigo verde favorito y me retoqué los labios. Luego todos salimos del departamento hacia la planta baja.

—¿Estás bien, Billie? —susurró Tobias en cuanto llegamos al recibidor.

—¿A qué te refieres? —me reí.

—No lo sé. ¿Acostumbras beber así?

—¡Todo el tiempo! —Le revolví el cabello y seguí caminando.

Tobias me agarró del brazo:

—Tranquila, ¿sí?

—Tú trajiste el tequila, ¿recuerdas? Además, dijiste que me ibas a cuidar.

—Lo sé, pero me va a matar si te pasa algo malo —susurró Tobias.

—¿Quién? —volví a reír, fingiendo demencia. Supuse que Tobias se refería a William, pero no era una conversación en la que quisiera profundizar—. Relájate, Tob. Vivirás.

Cecile me tomó de la mano y me alejó de Tobias. Probablemente había escuchado nuestra conversación y le agradecí que me apartara de ella. No quería que mi noche se arruinara por hablar con Tobias de cómo su hermano «se preocupaba» por mí. Mentira.

—¡Cohen! —Toqué la espalda de Caleb. Él giró para mirarme y sus ojos se abrieron de par en par. Supongo que la peluca rubia debió sorprenderlo.

—¿Me das un cigarro, por favor? —Le sonreí, pero él no. Sus rasgos faciales volvieron al modo *cyborg* en un tiempo récord.

Mi disfraz necesitaba un cigarro como accesorio. No pensaba encenderlo, pero él no tenía que saberlo.

Los ojos *cyborg* de Caleb me escudriñaron, analizando mi disfraz como si fuera mi sastre buscando imperfecciones en el vestido. No pude notar si le gustaba o no. Sus ojos expresaban una cosa, pero el ceño fruncido otra completamente distinta.

Pero sí, en definitiva estaba empezando a fallar y me alegré de ver que volvía a sentirse relajado cerca de mí, porque la versión robótica de Caleb nunca se fijaba en mí.

Buscó la cajetilla de cigarros en el bolsillo de su abrigo con la mirada fija en la mía como un halcón. Me dio con vacilación un solo cigarrillo. Se dio cuenta de que estaba un poco borracha. Y pude notar fácilmente que eso no le gustaba.

—¡Oh! —dijo Sophie, avanzando rápidamente en nuestra dirección —. ¡Yo también quiero uno!

Caleb sacó otro cigarrillo y se lo dio con expresión de fastidio. Cecile le tendió la mano.

—¿Tienes encendedor, Caleb?

—Sí, pero no puedo encenderlo aquí. Será mejor esperar a llegar a la fiesta.

—¡Aburrido! —respondió Sophie con una risita.

—Oye, amigo, ¿podrías darme un pitillo? —dijo Nathan detrás de mí, saludando a Caleb con un firme apretón de manos. Él miró extrañamente a Nathan y yo me eché a reír.

—¿Qué? —Nathan se rio.

—Dijimos que íbamos a hablar en inglés, ¿recuerdan? —bromeé.

Me pellizcó ligeramente la cintura y reformuló, mirándome.

—Caleb, ¿puedes darme un cigarro, por favor?

Volví a reírme.

Había adivinado que eso era lo que quería, por el contexto, pero la

cara de desconcierto de Caleb no tenía precio. Sacó otro cigarrillo, se lo dio a Nathan y se alejó inmediatamente.

Salimos del edificio y vimos a Big Mike —así lo llamaban los chicos— de pie junto a un coche negro. Nuestro auto estaba estacionado detrás y David tenía el motor en marcha.

—Hola, Mike —lo saludé. «Dios, da miedo».

—Buenas noches, señorita Murphy.

La boca de Caleb se crispó. Supongo que era su nueva versión de sonrisa. Se acercó a mí de nuevo y dijo:

—Tú vas a ir con Mike esta noche. Son órdenes de tu padre. Nosotros llevaremos al resto de tus amigos en el otro auto.

—¿Qué? ¿Por qué? —me quejé amargamente—. ¿Y si tú o Aaron van con Mike? Te juro que dejaré que me lleve a casa después de la fiesta. Por favor, Caleb. Ahora quiero estar con mis amigos. Se van en un par días. Nos estamos divirtiendo —dije con una cara exageradamente triste.

Caleb se rascó la cara y le dijo algo a Aaron en hebreo con un tono brusco. Aaron tampoco parecía contento.

—Vas a hacer que nos despidan —susurró y se subió al asiento delantero del auto. Aaron subió al coche con Big Mike.

«¡Sí!»

Tobias y Cecile se sentaron en la última fila del auto. Sophie y yo nos sentamos entre Ren y Nathan. Era una cita grupal, pero todos sabíamos con quién íbamos a entrar a la fiesta.

Sophie habló con Ren la mayor parte del camino, lo que me pareció perfecto. Tobias no dejaba de hacer reír a Cecile, aunque ella trataba de actuar como si no le interesara. De alguna manera, la escena me parecía familiar.

Estábamos tan apretados en el coche que era inevitable que Nathan y yo nos encontráramos muy cerca uno del otro durante el camino. Se había puesto el cigarro detrás de la oreja.

—¿Fumas? —le pregunté.

—A veces, cuando bebo. Pero en realidad no.

Sabía que, como le había pedido un cigarrillo a Caleb, Nathan probablemente pensaba que fumaba, pero me alegré de que no fuera un fumador.

Sophie me dijo en francés que Ren le había parecido guapo. Cecile coincidió con Sophie y se unió a la conversación. Tobias enloqueció al escucharnos.

—Dios, es tan sexy —dijo, cerrando los ojos durante un par de segundos—. ¿Hay algo más sexy que una chica francesa?

—¡Oye! —me quejé. Tobias se rio de mi enfado. Aj.

—Las estadounidenses son mis favoritas —me susurró Nathan al oído.

«No, no, no. Nada de sonrojarse». Respiré profundamente para alejar la sangre de mi cara. Tal vez se había dado cuenta de que su comentario me había puesto nerviosa porque cambió de tema.

—Entonces, ¿cuántos idiomas más tienes bajo la manga? —levantó la ceja con una sonrisa burlona.

—Solo francés y español. —Choqué mi hombro con el suyo—. Mi madre era española. Y aprendí francés cuando viví en París —le expliqué—. Te he oído hablar en sueco. ¿Viviste en Suecia? —Podía sentir el sutil remolino de tequila balanceándose dentro de mí, más incluso dentro del coche.

—Nos mudamos a Suecia por el trabajo de mi padre cuando tenía unos cinco o seis años. Básicamente crecí ahí y fui a la escuela con los Sjöberg. Joel y yo nos hicimos grandes amigos. Pero me mudé de nuevo a Londres para la universidad. Y luego conseguí trabajo en Nueva York, y Joel ya estaba viviendo aquí. Luego me transfirieron de nuevo a Londres por un tiempo y ahora me enviaron de nuevo aquí.

—Entonces, ¿has trabajado en la misma empresa todo este tiempo?

—Exactamente. Es una empresa inglesa, pero, además de la sede de Londres, está la oficina de Nueva York y otra en Delhi.

—¿Y te gusta lo que haces?

—Me encanta. —Sonrió y yo le devolví la sonrisa. Parecía realmente feliz. Era un hombre sano, maduro, sexy y divertido.

Oh, estaba en problemas…

CAPÍTULO 16

La fiesta de cumpleaños de CJ

Parte 1

Había un par de hombres en la puerta, asegurándose de que todos los que entraran llevaran disfraz y, si alguien llegaba sin disfraz, le proporcionaban un antifaz.

—Vas a necesitar un antifaz para entrar, hermano —le dijo uno de los chicos a Caleb. Tuve que morderme con fuerza el interior de la mejilla para evitar reírme. Caleb protestó, pero no le quedó más remedio que ponerse el antifaz negro o marcharse. Su mal humor se hacía evidente—. Tú también, grandulón. —Aaron recibió el antifaz y se lo puso sin poner objeciones. Probablemente lo tiraría una vez dentro.

El otro tipo apostado en la entrada se ocupaba de David.

—Se me acabaron los antifaces negros, bombón. Odio arruinar tu conjunto, todo negro y feroz, pero tengo algunos de color rosa fosforescente o verde neón para que elijas. —David miró al tipo levantando la ceja, aparentemente divertido—. ¿Qué va a ser?

David tomó una máscara de color rosa fosforescente y todos entramos finalmente a la fiesta. Big Mike se quedó esperándonos afuera.

CJ nos recibió disfrazado de Hades, de la película animada *Hércules*. Su disfraz era increíble. Los dientes puntiagudos, el cabello azul enloquecido y el maquillaje habían sido realizados por profesionales.

Le di a CJ un cálido abrazo de cumpleaños y luego le presenté a mis amigos. Me pellizcó el brazo cuando vio a Tobias.

—Billie, ¿qué demonios? —susurró sin quitar la sonrisa protésica y colmilluda de su cara. No le había contado a CJ lo de William, la revelación de su identidad, ni que toda la familia Sjöberg vivía en mi edificio. Nunca se había topado con ninguno de ellos las pocas veces que había estado en mi casa.

—Hablaremos más tarde —le aseguré.

—De acuerdo —dijo CJ con una sonrisa—. Veré si David quiere ser mi Perséfone.

Me reí y Nathan me puso una mano en el hombro.

Nos adentramos en la galería mientras CJ se acercaba a David, que sonrió muy alegremente al ver el disfraz de CJ. Aaron y Caleb tenían caras de guardaespaldas aterradores.

La fiesta parecía muy divertida. Había un bar instalado al fondo y un montón de gente ya estaba bailando. Nos sentamos en una mesa alta y Nathan me ayudó a quitarme el abrigo.

Nathan se acercó a Caleb que estaba apartado, pero no muy lejos, y le pidió su encendedor. Volvió y encendió los cigarros de Sophie y Cecile.

—¿Quieres que te lo encienda a ti?

—Eh, claro.

Caleb recuperó su encendedor, me lanzó una mirada de desaprobación y se reunió con Aaron y David, evidentemente irritado.

—Te ves tan ruda —me dijo Tobias—. Aunque no creo que a Billy… —Se interrumpió después de que yo le abriera los ojos como si dijera «Ni te atrevas a mencionarlo». ¿Por qué insistía en mencionar a William? Sí, a William no le gustaba verme fumar. Ya lo sabía. «¡Deja de mencionarlo!».

Los seis caminamos hacia el bar. Sophie y Cecile tenían una mayor tolerancia al alcohol que yo, mientras que Ren, Tobias y Nathan apenas iban agarrando vuelo.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Nathan.

—¿Vino tinto?

—No creo que sea buena idea —respondió—. Es mejor no mezclar venenos. Deberías seguir con el tequila. ¿Tal vez una margarita? Tus amigas pidieron un par.

—Suena bien.

Nathan pidió una para mí y tequila con soda para él. Tomó un sorbo de mi margarita.

—Mmm, qué rico. —Se lamió los labios, chasqueó la lengua y me la entregó. La primera margarita de mi vida estaba deliciosa, otra primera vez.

Un tipo apartó a Cecile para hablar con ella. Tobias no parecía demasiado contento.

—Como que me gusta —nos dijo a Nathan y a mí.

—Bueno, tiene un novio en París —le informé.

—¿A quién le importa? —se rio y yo me quedé boquiabierta. Era evidente que respetar las relaciones de los demás no era cosa de familia—. Si a ese tipo no le importa que tenga novio, ¿por qué debería importarme a mí? Prefiero que sea conmigo que con él.

Cecile empezó a bailar con el tipo.

—Entonces, ¿cómo es ella? ¿Es como tú, Billie? —preguntó Tobias, mirando fijamente a Cecile y dando un sorbo a su bebida. No entendí su pregunta.

—Como yo, ¿cómo?

—Que no sabe quiénes somos. —«Estos Sjöberg…».

Quería saber si Cecile no le daba la atención que él deseaba desesperadamente porque no sabía que era un actor famoso.

—Ah, no, ella es todo lo contrario a mí —respondí con indiferencia y apagué mi cigarro en un cenicero.

—¿Cómo?

—Ella sí sabe quién eres. Solo que no le importa.

—¿No sabías quiénes eran estos tipos? —preguntó Nathan, sorprendido. Casi a punto de reírse. Negué con la cabeza dos veces. Rápido. Preciso.

—Solo reconoció a Lily de un evento al que ambas fueron en París —respondió Tobias.

—¿Cómo se lo tomó el ego de William? —preguntó Nathan con una risita, llevándose el vaso a los labios y dando un sorbo. Sus movimientos eran elegantes, pero a la vez poderosos.

Tobias resopló.

—Definitivamente pensó que era… interesante. Una primera vez para él, seguro.

«Conque ahora yo me encargo de sus primeras veces». Okey.

En nuestra conversación en la casa de campo mencionó que todavía quedaban algunas primeras veces, en caso de que yo quisiera reclamarlas. En ese momento me parecía una idea interesante. «Pero ya no».

—Apuesto a que sí —respondió Nathan, mirándome—. Tendré que llevarte al cine pronto. Para que te pongas al corriente en la cultura pop.

—No me han dejado ir en los últimos seis años. —Fruncí los labios hacia un lado.

—Tonterías, tendremos que hablar con tu padre al respecto.

—No creo que ceda. —Esperaba que lo hiciera. Ir al cine con Nathan sonaba a algo que me interesaría probar alguna vez.

—Veré qué puedo hacer. —Me guiñó un ojo. Estaba segura de que iría al cine en un abrir y cerrar de ojos, después de haber visto lo persuasivo que podía ser Nathan.

Tobias se acabó su bebida y dejó su vaso sobre la mesa.

—Allá voy. —Se alejó con determinación en dirección de Cecile. Ya estaba entonado.

Nathan le gritó algo a Tobias en sueco y se rio. Tobias le respondió con un gesto obsceno sin mirarlo, pero eso solo hizo que Nathan estallara en carcajadas. Evidentemente, lo estaba molestando.

—¿Qué? —Nathan sonrió mientras yo lo miraba.

—Suenas bien en sueco.

—Bueno, a mí me suenas bastante bien ahora mismo. —Me rozó la mejilla con el dedo. Resoplé y le lancé una pequeña sonrisa. No quería que Nathan me gustara, pero ¿qué podía hacer? Era la mezcla perfecta de diversión, sofisticación y confianza, pero casual.

—¿Qué? —volvió a preguntar con una sonrisa coqueta.

—No puedo decir si tus ojos son verdes o grises —dije, poniendo mi mano en su mejilla y lo miré fijo a los ojos. Analizándolos—. Unas líneas amarillentas se dibujan alrededor de tu pupila.

—Cambian dependiendo de lo que lleve puesto. —Puso su mano sobre la mía y la apretó—. Creo que tenemos un color de ojos similar, pero los tuyos son más bien de color oliva intenso.

Quité la mano de su cara y él pasó la suya sobre mi cintura.

—¿Puedes decir oliva otra vez? —Lo decía con su hermoso acento británico.

—Oliva.

—No te escuché. ¿Qué? —Sonreí.

—Oliva. —Su rostro se acercó a mí—. ¿Te gusta cómo lo digo?

Asentí. Sus labios estaban a punto de encontrarse con los míos, pero me aparté.

—Lo siento, yo…

—Está bien. Puedo ir más despacio. Me quitó el vaso vacío de las manos y lo colocó en la mesa alta junto a nosotros—. Entonces, ¿por qué no puedes ir al cine? —preguntó, pasándose una mano por la frente.

—No lo sé. ¿Porque está oscuro y lleno de gente? —reflexioné—. Después de que mi madre murió, mi padre se volvió realmente

aprensivo por mi seguridad.

Probablemente no era la mejor idea profundizar tanto. Apenas lo conocía y estábamos en una fiesta de Halloween, pero no sé por qué mi lengua se soltaba a su alrededor. Tenía que ser el tequila.

—Ay, Murph, lo siento mucho. No lo sabía.

—Oye, está bien. —Sonreí. El hecho de que no hubiera sentido que mi pecho estaba a punto de colapsar cuando le mencioné a mi madre a Nathan fue prueba suficiente de que hablar con alguien al respecto había sido útil. Ese alguien fue William el día de la azotea. Pero aparté los recuerdos de esa noche en la carpeta de «Ahora no»—. ¿Podríamos hablar de esto en otro momento?

—Me encantaría. —Me pellizcó la barbilla—. ¿Qué tal si bailamos?

Me arrastró hacia donde otras personas estaban bailando antes de que pudiera decir que sí, aunque no lo iba a rechazar.

Nathan me hizo dar una vuelta y me arqueó hacia atrás. Luego me jaló hacia él, estiró el brazo para alejarme y volvió a jalarme hacia él. Repitió la combinación unas cuantas veces, sin tener en cuenta el ritmo de la música. Me estaba haciendo reír y yo me dejaba guiar por su tonto baile. Me distraía y me ayudaba a cambiar la vibra de la conversación anterior.

Después bailamos lentamente al ritmo de una canción *chill-out*. Los giros, combinados con el tequila, me hicieron sentir mareada y cansada.

—No esperaba encontrarte —me dijo al oído, poniéndome la piel de gallina.

—Yo tampoco lo esperaba —le susurré. Apoyé mi mejilla en su pecho y seguí balanceándome. Mis brazos rodearon su cuello.

Estar con Nathan era fácil. Tranquilo. Como una bocanada de aire fresco. Algo así como lo que sentía con William antes de descubrir que era un mentiroso y un infiel. Había sido una bofetada en la cara.

La canción terminó y Nathan me dio un beso en la mejilla.

—Tengo que ir al baño —dijo, con su acento nítido y vivo.

—Yo también. Vamos.

Había cola para el baño de hombres, pero el de mujeres estaba vacío.

¡Madre santa, qué festival de pepinos! —dijo Nathan, riéndose mientras se formaba en la larga fila. Me alejé, riendo y sacudiendo la cabeza por su tontería.

Volví a salir y él seguía en la cola. Solo había unos pocos tipos por

delante de él.

—Nos vemos en un rato. —Sonreí. Él me respondió con un movimiento de cabeza.

Cecile estaba encendiendo un cigarrillo al lado de Tobias.

—¿Quieres uno? Le robé unos cuantos a Caleb. Tenemos que comprarle una cajetilla nueva mañana —dijo Cecile. Me sorprendió que todavía salieran cigarros de esa cajetilla.

—Claro, gracias.

Ren se me acercó.

—Billie, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto. ¿Qué pasa? —Nos alejamos unos pasos de los demás. Sophie se unió a Tobias y Cecile.

—Realmente no hablo francés, pero tomé algunas clases en la secundaria, así que entiendo algunas palabras —comenzó—. Nosotros somos amigos, ¿verdad?

Estaba tratando de decirme que había entendido que Sophie me dijo que le parecía guapo y probablemente quería comprobar si a mí me parecía bien la situación. Era tan dulce.

—Por supuesto. Somos amigos, Ren. Y Sophie es la mejor. Creo que es genial que hayas aceptado venir con nosotros hoy. Y me alegro de que te estés divirtiendo con ella. —Le apreté el hombro. Él sonrió, aparentemente tan aliviado como yo cuando se dirigió de nuevo hacia Sophie.

Divisé a Nina a lo lejos, disfrazada de la Mujer Maravilla. Se veía guapísima y estaba hablando con Caleb. Qué bien. No veía a Juan Pablo por ninguna parte. Se reían y parecían divertirse. Suponía que por eso Caleb no estaba dando vueltas a mi alrededor como un tiburón famélico.

Pensaba que estaría inquieto porque era la primera vez que salía con Nathan, pero, cuando estás tan entretenido, me imagino que es difícil recordar incluso que estás de guardia. Aj.

CJ tampoco se separaba de David. Ambos se reían, hablaban y coqueteaban. Aaron estaba parado a unos pasos de ellos, observando, como siempre lo hacía. Y no parecía entusiasmado con la dinámica que ocurría a su lado. «Sí, ya somos dos, amigo».

Ver a Caleb con Nina siempre me ponía celosa. Probablemente no me habría preocupado tanto si estuviera hablando con cualquier chica que no conociera. Creo. Simplemente no me gustaba verlo coquetear con mis amigas. Siempre había sido un problema para mí.

No quería que terminara con una amiga mía y pensar en tener que verlos haciendo lo que hacen las parejas delante de mí por toda la eternidad. Era más fácil fingir que dormía solo en su cama todas las noches como un buen chico, eso validaba mi necesidad apremiante de evitar que terminara con una amiga mía.

Por un segundo me quedé sola, esperando a que Nathan saliera del baño, cuando se me acercó un tipo con una capucha negra que llevaba una máscara de Guy Fawkes. Miró por encima de su hombro y se quitó la máscara.

—¿Thomas?

CAPÍTULO 17

La fiesta de cumpleaños de CJ

Parte 2

—Hola, Billie. —Thomas se inclinó y me besó la mejilla—. Te ves preciosa. —Respiró profundamente, sus ojos parecían vidriosos mientras analizaba mi disfraz. Thomas estratégicamente le daba la espalda a mi equipo de seguridad, que no lo había visto todavía.

Caleb y David estaban demasiado distraídos para prestar atención a lo que estaba sucediendo a su alrededor. Y en ese momento el lugar estaba lleno.

Había algo en la expresión de Thomas que me hizo sentir intranquila. No podía decir si estaba borracho o tan solo se veía miserable. Probablemente una desafortunada mezcla de ambas cosas. Mantenía los labios, normalmente suaves y curveados, apretados en una línea dura.

—¿Desde cuándo fumas? —Se acercó y se inclinó para mirarme a los ojos—. ¿Estás borracha?

Di un paso atrás.

—¿Quién vino contigo a la fiesta? —continuó—. ¿Viniste con un acompañante?

«Esto no está pasando».

No respondí ninguna de sus preguntas. Ni siquiera quería hablar con él. Me miró fijamente, esperando una respuesta. Solo para asegurarme, di un par de pasos más hacia atrás, pero Thomas me agarró rápidamente del brazo, haciendo que mi cigarro cayera al suelo.

Las luces se apagaron y un efecto de luz estroboscópica llenó el espacio. La música subió de volumen cuando el DJ cambió a música electrónica, porque, aparentemente, lo habían contratado para poner la banda sonora de mis interacciones con Thomas.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —gritó por encima de la música—. ¡Tú sabes cuánto te amo! ¡No puedo dormir! —Se quitó la

capucha y se pasó la mano con brusquedad por el cabello desordenado.

—Thomas, me estás lastimando —dije con tono tranquilo pero severo. Las luces estroboscópicas hacían que los rasgos de Thomas parecieran duros. Sombríos.

—Necesito que vuelvas conmigo. —Me agarró del brazo con más fuerza—. Te prometo que te voy a contar todo. Y cuando eso pase, entenderás por qué he estado actuando como lo he hecho. Ya estoy listo. —Me miró a los ojos, con la cara demasiado cerca de la mía—. Por favor, no me mires así. Como si fuera una… persona loca.

—¡Me estás lastimando! —Traté de empujarlo, pero él me agarró de ambos brazos y me acercó a él.

—Amor, solo…, por favor —suplicó—. Te juro que todo volverá a ser como era antes. ¿No me extrañas ni un poco?

—Quítale las malditas manos de encima —dijo Nathan con un gruñido. Thomas finalmente me soltó—. Ahora vete al diablo.

Mi brazo iba a estar amoratado al día siguiente. Me dolía muchísimo.

—¿Quién carajos es este? —me gruñó Thomas, exigiendo una explicación.

Entrelacé mis dedos con los de Nathan y apreté su mano rápidamente.

—Él es Nathan, mi novio.

—¿Qué? —Hizo una mueca y miró a Nathan. Entrecerró los ojos mientras lo escaneaba. Tal vez si Thomas pensaba que yo ya estaba con otra persona, se apartaría para siempre y se reconciliaría con la idea de que no íbamos a volver a estar juntos.

Otro tipo se paró al lado de Thomas y reveló su identidad al quitarse una máscara de Guy Fawkes como la que Thomas llevaba sobre la cabeza.

—Hola, pelirroja. Cuánto tiempo sin verte. —Así se ve un idiota sonriendo.

Volví a apretar la mano de Nathan como reacción involuntaria al ver la fastidiosa cara de Nicholas. Él pasó un brazo protector alrededor de mi cintura.

—Vamos, amor.

—¿Amor? —dijo Nicholas antes de estallar en carcajadas—. ¡Oh! ¡Tommy! El británico te la robó. Ya sé que dijiste que ella sabe muy bien, pero ningún culo vale la…

«Bum».

Nathan aplastó la cara de Nicholas contra el suelo antes de que pudiera terminar la frase, agarró su brazo y lo retorció en un rápido movimiento que fue lo que lo hizo caer al suelo.

Tobias corrió hacia nosotros tan pronto como vio lo que estaba sucediendo y le gritó algo a Nathan en sueco. Nathan lo ignoró. Estaba ocupado con el asunto ese de retorcerle el brazo a Nicholas.

—¡Tob, ve a buscar a los chicos! —grité. Se dio la vuelta y salió corriendo a buscarlos.

Todo había pasado tan rápido que cuando Thomas se dio cuenta de lo que había sucedido, se lanzó inmediatamente contra Nathan. Nicholas gimió en el suelo.

Nathan utilizó el peso de Thomas en su contra y lo tiró fácilmente a un lado. Nicholas estaba de nuevo en pie cuando Thomas cayó en el suelo en cuatro patas.

Thomas se levantó de un salto y se lanzó contra Nathan de nuevo, pero fue rápidamente detenido por Aaron y Caleb antes de que pudiera alcanzarlo. Nicholas empujó a Nathan por el pecho y le lanzó un puñetazo, pero Nathan lo esquivó con agilidad, levantó la mano y golpeó la nariz de Nicholas con un movimiento ascendente. Toda la fiesta debió oír el tronido. Miré hacia otro lado después de escuchar a los gritos de dolor de Nicholas. Su nariz estaba destrozada.

David sujetó inmediatamente a Nicholas, pero él se retorcía como un desesperado pez fuera del agua, con sangre chorreando de la nariz. Detrás de ellos, una montaña de hombre se acercó a la escena de la pelea. Big Mike.

Cargó a Nicholas e hizo que dejara de sacudirse en dos segundos.

—¡Me rompiste la nariz, pedazo de mierda! —le gritó a Nathan con los dientes ensangrentados—. ¡Te voy a demandar, hijo de puta! —Estaba desquiciado.

—¡Cuando gustes! —Nathan se rio y eso solo hizo que Nicholas comenzara a insultarlo con una combinación de palabras que nunca había escuchado que alguien usara en una frase.

Nicholas lanzó un escupitajo de sangre en la dirección de Nathan mientras David y Big Mike se lo llevaban, pero la sangre no llegó cerca.

Aaron y Caleb sacaron a Thomas, quien miró por encima de su hombro y le dijo a Nathan:

—Estás muerto, «amigo».

Nathan observó a Thomas mientras se lo llevaban, con los brazos cruzados, claramente impasible ante su amenaza. Ren abrazó a Sophie, que estaba muy asustada por la pelea. Yo me agarré al brazo de Cecile y Tobias se colocó a nuestro lado.

—Billie, ¿estás bien? —me preguntó Tobias. Su mirada se fijó en mi brazo, probablemente tratando de encontrar algún daño.

—Solo un poco adolorida, pero estoy bien, Tob.

No parecía convencido.

Una vez que Thomas desapareció por la entrada principal, Nathan se reunió con nosotros.

—¡Lo siento mucho! —Lo abracé con fuerza por la cintura—. ¿Estás bien? —Se veía perfecto. Ni un solo cabello fuera de lugar.

—Dios mío, Murph. Tienes el brazo rojo donde te agarró.

Sacó su teléfono y tomó una foto de mi brazo.

—¿Qué haces?

—Recogiendo evidencia de abuso físico, amenazas. Tobias me dijo que es tu ex. Está bastante loco si me lo preguntas. Pero realmente metió la pata. Fácilmente podemos solicitar una orden de protección en su contra. Vuelvo enseguida.

«¿Orden de qué?».

—¡Nathan!

Se acercó a Aaron y Caleb, que habían vuelto de echar a Nicholas y Thomas, y habló con ellos. David y Big Mike se quedaron afuera, probablemente asegurándose de que se fueran. Esperaba que Thomas llevara a Nicholas al hospital.

—Billie, ¿qué diablos acaba de pasar? —CJ me abrazó.

—Fue Thomas —respondí. Nina también se había acercado a nosotros.

—Está loco —dijo Nina, abrazándome—. Parecía tan diferente cuando lo conocimos. ¿Qué quería?

—Solo tiene problemas para aceptar que terminamos. —Respiré profundamente y Nina apretó los labios—. ¿Dónde está Juan Pablo? —pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Anoche discutimos muy feo. No hemos hablado desde entonces y no tenía ánimo de venir a la fiesta con él.

—Oh, lo siento mucho, Nina. Espero que puedan arreglar las cosas entre ustedes.

—Estoy segura de que así será —dijo con una sonrisa triste.

—Creo que me voy a ir, CJ. Nos divertimos mucho esta noche,

pero quiero irme a casa, si te parece bien.

—Por supuesto. Me alegro mucho de que hayas venido y lamento que Thomas se haya colado. Hay una lista, pero deben haber…

—No tienes que disculparte. —Les di un abrazo.

—David me tiene todo prendido, ya sabes, después de verlo en acción —susurró CJ con una sonrisa traviesa—. Te preguntaría si puedo pedirlo prestado para el resto de la noche, pero sé que ese tipo grande de ahí no le va a permitir quedarse.

Se refería a Aaron, por supuesto. Me reí porque tenía razón. No había forma de que David se quedara. No después de lo ocurrido.

—Yo podría haberle ayudado a relajarse, si sabes a qué me refiero. —CJ me guiñó un ojo y se alejó con Nina para reunirse con un grupo de amigos que estaban cerca de nosotros. Negué con la cabeza y una carcajada.

A CJ le gustaba mucho David. Era más que evidente.

Me acerqué a Sophie y Cecile, y les dije que quería irme, pero les ofrecí que se quedaran si querían. Su noche no tenía que arruinarse solo porque la mía se había arruinado.

—¿Estás loca? —dijo Sophie, abriendo mucho los ojos—. Definitivamente no. Vámonos. —Parecía asustada y agitada por haber presenciado la pelea. Yo también estaba molesta, pero sobre todo aliviada de que Thomas y Nicholas se hubieran ido.

—Podríamos volver a mi casa si todavía quieren seguir la fiesta —propuse. Ren y Sophie se miraron y luego asintieron. Nathan gesticulaba a la distancia mientras hablaba con Aaron y Caleb. Le dio dos golpecitos en el hombro a Aaron y se dio la vuelta para volver hacia nosotros.

—Me apunto —dijo Tobias, tomando a Cecile de la mano. A ella no pareció molestarle. Parecía borracha.

—Vamos a regresar a mi departamento —le dije a Nathan—. No estoy de humor para quedarme.

—Me lo imagino. Vamos.

Recogimos nuestros abrigos y salimos de la fiesta.

Nathan y yo regresamos en el coche con Big Mike, como prometí que haría. Todos los demás volvieron en el otro auto.

Le pedí a Big Mike que se detuviera en una tienda para comprar una nueva cajetilla para Caleb. Nos habíamos terminado sus cigarros. Nathan se ofreció a comprarlos.

—Verte pelear con ellos fue impresionante —le dije a Nathan

cuando regresó de la tienda—. ¿Es algún tipo de arte marcial?

—Ah, sí. Krav Maga. Es un sistema de autodefensa y de lucha militar israelí.

—Guau. ¿Cómo te entrenaste? —Caleb y yo habíamos hablado de ello. Tanto Aaron como Caleb estaban entrenados en Krav Maga. Caleb insistía en enseñarme cuando estábamos en París, pero nunca encontramos el momento y el lugar para hacerlo, ya que tenía que hacerse a espaldas de mi padre.

—Digamos que fui un adolescente rebelde —dijo Nathan con una sonrisa—. Mis padres me inscribieron cuando tenía trece años para ayudarme a canalizar mis emociones. —Sus ojos me parecieron tristes cuando me lo dijo—. Me sirvió mucho.

—Quizá yo también debería entrenar. —Suspiré. Lo que sea que me ayude a canalizar las emociones.

—¿Por qué? —Entrelazó sus dedos con los míos. Sacudí la cabeza dos veces, lentamente, tratando de descartar mi comentario—. No te preocupes. Tendremos mucho tiempo para hablar.

—Lamento lo que pasó con Thomas. No sabía que iba a aparecerse en la fiesta. —Me sentía avergonzada. También quería saber de qué había hablado con Aaron y Caleb después de tomar la foto de mi brazo—. ¿Mencionaste algo acerca de una orden de protección? ¿Qué es eso?

—¿Quieres que me encargue de ello? —se ofreció Nathan—. Puedo pedirle a alguien de la oficina que hable con el abogado de tu padre y lo arregle para ti. De esa manera, Thomas no podrá acercarse a ti o comunicarse contigo de ninguna manera. Legalmente.

Me sonó demasiado duro. Probablemente tendría repercusiones inevitables para Thomas.

—Me gustaría esperar. No quisiera que le afecte en la escuela o algo así.

—Te hizo daño físicamente y me amenazó a mí… «tu novio». —Sonrió por un segundo—. Hubo testigos. También podemos presentar una orden contra Nicholas, si quieres. Es fácil.

Para Nathan, toda esta jerga legal era normal. Pero yo no quería perjudicar a Thomas. Probablemente lo expulsarían del equipo de remo o algo peor. Sabía que le gustaba el equipo de remo y no me sentía cómoda iniciando un problema legal. Al menos no todavía.

Thomas todavía estaba dolido por la ruptura. Solo necesitaba más tiempo para aceptarlo. Además, tres tipos me cuidaban las 24 horas

del día. Tal vez solo era cuestión de reforzar la seguridad durante un tiempo. Preferiría probar eso primero antes que afectar su vida para siempre. Quería pensar que Thomas no se atrevería a hacerme daño. Aunque, ya lo había hecho.

—¿De eso estabas hablando con Aaron y Caleb hace un momento?

—Sí. Y ellos están de acuerdo conmigo. —Ahora entendía por qué Caleb pensaba que Nathan «era agradable». Ambos eran igual de exagerados en estos asuntos.

—¿Podríamos darle unas semanas más o menos? A ver qué pasa. No creo que sea necesario.

—Por supuesto. Es tu decisión. No la mía. —Sonrió.

—Creo que él es parte de las razones por las que ahora no quiero… salir con alguien —confesé.

Nathan apretó mi mano.

—¿Y cuál es la otra parte?

«Mierda».

—Eh. No lo sé. Solo estoy decepcionada en general —dije, mirando hacia otro lado. Estaba diciendo la verdad, pero no estaba siendo específica.

—Fingir que salimos resulta muy conveniente. En ese caso, podemos tener un montón de citas falsas y yo podría darte un beso falso o dos.

—¿Un beso? —pregunté y giré para mirarlo. Mi mirada instintivamente se dirigió a sus labios.

Se inclinó y susurró:

—O dos. —Su aliento mentolado rozó mis labios. Su mano se paseó por la piel expuesta del corte del muslo de mi vestido—. Pero creo que sí me habías escuchado, ¿verdad?

Big Mike se aclaró la garganta mientras estacionaba el coche afuera de mi edificio. Nathan y yo nos enderezamos en nuestros asientos.

—Solo tengo que informar sobre las cosas que pasan. No sobre las que no pasan —dijo Big Mike cuando nos abrió la puerta. «Entendido». Ya me caía bien.

Aaron, David y Caleb nos esperaban afuera del edificio. El teléfono de Nathan sonó. Me acerqué a Caleb y le di el paquete de cigarros mentolados.

—Lo siento —dije con una sonrisa exagerada.

—No era necesario, señorita Murphy —respondió Caleb. Parecía

preocupado y… ¿avergonzado? ¿Por qué?

—¿Está todo bien? —le pregunté.

—No estábamos prestando la suficiente atención. No vimos a Thomas a tiempo. Ese moretón en tu brazo es culpa nuestra.

—¿Qué? Por supuesto que no —susurré—. Estaba oscuro y lleno de gente. No se preocupen por eso. Yo estoy bien y ustedes lo solucionaron perfectamente, ¿de acuerdo?

Caleb me miró como si no hubiera nada que pudiera decir para convencerlo de lo contrario.

Nathan volvió, así que nuestra conversación se detuvo.

—¿Dónde están todos? —les pregunté a los chicos.

—No nos dijeron, señorita Murphy —respondió David—. Acaban de subir.

—Era Tobias —dijo Nathan—. Todos están en el departamento de Lily y Joel.

«¿Quiénes son todos?». Necesitaba una aclaración al respecto.

Nathan agradeció a los chicos otra vez y entramos en el recibidor.

—¿Quieres subir un rato? —preguntó mientras esperábamos el elevador.

—No lo sé. Debes estar cansado después del Mortal Kombat que exhibiste en la fiesta. —Me reí. No quería encontrarme con William ahí, pero estaba segura de que Sophie y Cecile me hubieran avisado si estaba. Además, tenía ese evento benéfico del que me había hablado Tobias. Tal vez todavía no había regresado.

—No lo estoy —dijo y pulsó el botón del undécimo piso—. Te juro que estoy bien. ¿Tú estás bien?

—Sí, por supuesto. Vamos.

Lily nos abrió la puerta y chilló de emoción.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Se ven tan bien! Nunca me mandaron la foto de cómo se arreglaron —dijo—. ¡Pasen, pasen! —Parecía entonada y sus dientes estaban morados. Me reí. Me daba gusto verla.

—¿No estamos un poco achispados? —Nathan le dijo a Lily. Ella chocó su hombro con el de él.

—No estoy segura de qué significa —respondió—. Pero estoy segura de que yo sí. —Se dio la vuelta riendo y se fue tranquilamente hasta la sala, donde se sentó junto a Joel.

Sophie, Cecile, Ren y Tobias estaban sentados con ellos. Sophie y Ren ya no estaban bebiendo, pero Cecile tenía un vaso de vino en la mano. Tobias había sacado otra botella de tequila.

Me disculpé para ir al baño y colgué mi abrigo en el perchero del recibidor. La peluca me picaba y se sentía incómoda. Era el momento de quitármela. El cabello me cayó sobre los hombros cuando saqué los pocos pasadores que sostenían la peluca. Me peiné con los dedos para desenredarme el cabello y que se viera mejor.

Salí del baño y le devolví la peluca a Lily.

—Murph, te ves exquisita —dijo Nathan delante de todos.

Perdí la batalla. Fue la primera vez que me sonrojé por Nathan. La forma como lo dijo, como si lo sintiera de verdad, hizo que me derritiera en la sala de Lily.

Le agradecí con una sonrisa tímida y me desvié hacia la cocina con la excusa de tomar un vaso de agua. Él me siguió.

—Entonces, ¿cuánto tiempo te vas a quedar en casa de Lily? —le pregunté a Nathan mientras buscaba un vaso en los armarios.

—Arriba a la izquierda —dijo—. Más o menos una semana. Hoy encontré un departamento, pero aún no está listo. —Levanté el labio inferior con decepción.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Vas a extrañar tenerme por el edificio? —Me quitó el vaso de las manos y me sirvió un poco de agua.

—Por supuesto que no —dije con cara de orgullo, claramente bromeando.

—No estaré muy lejos de aquí. —Dio unos pasos hacia mí y se lamió el labio inferior—. ¿Sabes?, así es exactamente como te conocí. Vestido verde azulado, cabello rojizo junto a tu cara. Nunca lo olvidaré. —Puso las manos sobre mis hombros y acarició los tirantes de mi vestido con la punta de los dedos—. Es injusto si me lo preguntas. Yo acababa de llegar del aeropuerto. Estaba hecho pedazos. —Me rozó el brazo con el dorso de los dedos donde estaba el moretón.

—Bueno, si eso es estar hecho pedazos…

Se mordió el labio inferior con una sonrisa y me tomó de la mano para acercarme a él.

Me mojé los labios y tragué saliva.

—Billie, ¿qué pasó en la fiesta? —preguntó Lily al entrar en la cocina—. ¿Thomas te lastimó? —Estaba segura de que Tobias fue quien se lo dijo.

—Thomas se apareció. Pero Nathan… se encargó de él.

—Estuvo a punto de arrancarle el brazo —dijo Nathan.

—¿Thomas qué? —Lily parecía más que sorprendida. Probablemente había recuperado la sobriedad.

—Estoy bien. Lo juro.

—El cretino se le acercó cuando yo estaba en el baño —continuó Nathan.

—Y dónde estaban Aaron y Caleb y…

—No es culpa de ellos. Thomas y Nicholas llevaban máscaras cuando entraron a la fiesta. El lugar estaba oscuro y lleno de gente. Y yo siempre les pido que se mantengan alejados. En todo caso, fue mi culpa.

—No lo es —dijo Nathan con firmeza.

Lily me ofreció una bolsa de verduras congeladas y la acepté. Se sintió muy bien sobre mi piel adolorida.

Nos reunimos con los demás en la sala y conversamos un rato, pero cada vez sentía los ojos más pesados. Estaba agotada.

Ren y Sophie seguían hablando y riendo. Cecile tenía la cabeza reclinada en el respaldo del sofá y Tobias se sentó de lado para inclinarse más hacia su cara. Susurraban y se reían. Los ojos vidriosos de Cecile delataban su nivel de intoxicación, que todavía no era preocupante. Ella puso la mano en la cara de Tobias y él se acercó más a ella. Rayos. Aparté la mirada.

—Creo que ya me voy —le dije a Nathan, bostezando.

—¿Puedo acompañarte a tu casa? —preguntó. Asentí.

Sophie y Cecile querían quedarse un rato más. Les dije que les enviaría la llave con Nathan.

Mientras esperábamos el elevador, dos chicas sonrientes salieron del departamento 11A. Una llevaba un vestido elegante y cabello largo ondulado y castaño. La otra llevaba jeans, un suéter azul claro y el cabello dorado recogido en una cola alta. Se veía muy linda con las mejillas rosadas y pecas. ¡Aj!

William salió con el cabello desordenado, shorts de algodón y una sudadera con capucha. Y, como si fuera posible, los restos de tequila que fluían por mi cuerpo hicieron que William se viera aun más guapo, seductor, sexy… e infiel.

¿Entonces llevó a la chica del vestido a la gala porque Erin está lejos y luego llamó a la otra para un poco de acción de dos contra uno? «¿Qué diablos está pasando? ¡Este tipo está loco!».

—¡William! —exclamó Nathan con una sonrisa y estrechó su mano con una palmada. Respiré profundamente y saludé a las dos chicas con una sonrisa tensa. William nos las presentó. Alice era la morena y Luna era la rubia con pecas. Las dos intercambiaron miradas después

de la presentación.

William puso las manos sobre los hombros de Luna.

—¿Cómo estuvo su noche? ¿Se divirtieron? —preguntó, tratando de parecer casual.

—Sí —respondió Nathan, rodeándome con el brazo.

William me miró y luego redirigió su mirada hacia el moretón de mi brazo, que ya empezaba a tener un poco de color.

Se mordió el labio inferior y abrió las fosas nasales solo un poco, pero me di cuenta. Probablemente quería saber qué me había pasado, pero no preguntó.

Y como claramente nos habíamos quedado sin tema de conversación, tomé a Nathan de la mano, de manera que nuestros dedos se entrelazaran de un modo que molestara a William. Sin embargo, sus habilidades de actuación eran de primera categoría, como era de esperarse. Hizo una gran interpretación de «Esta es mi cara de me importa una mierda, que pases buenas noches».

—Nos vemos, amigo —dijo Nathan cuando entramos en el elevador.

Tenía que cambiarme de edificio. Se estaba volviendo más difícil ver a William con otras chicas. Cada vez dolía más que la anterior. Pero verlo actuar como si le importara un día y al siguiente no era lo peor de todo.

Probablemente no le importaba.

CAPÍTULO 18

Un beso como Dios manda

—¿Quieres pasar? —le pregunté a Nathan mientras abría la puerta de mi departamento. Nuestro encuentro con William me había dejado aturdida. Quería distraerme y Nathan había demostrado que era un gran distractor. Tampoco estaba lista para darle las buenas noches.

—Me encantaría. —Sonrió y entró.

—¿Te importa si me cambio primero?

—Solo un poco —respondió, echando una última mirada a mi vestido. Supongo que estaba bromeando, pero no se rio—. Te espero en la sala.

Parecía un poco serio.

Me quité el vestido y me puse unos leggins y una sudadera enorme. Me recogí el cabello en una cola y me reuní con él en la sala.

Nathan levantó una ceja cuando me vio. Le ofrecí agua, pero no quiso. Me serví un vaso y me senté a su lado.

—¿Él es la otra parte de la razón? —preguntó Nathan, con un rostro ilegible.

—Sí —respondí, mirándolo a los ojos, ambos sabíamos bien quién era «él»—. Es él.

No podía mentirle. Ya se habían dicho suficientes mentiras en los últimos meses. Quería hacer borrón y cuenta nueva. Nathan necesitaba saberlo porque me gustaba, por mucho que intentara negarlo. Y me daba cuenta de que yo también le gustaba.

Era estúpido pensar que no se daría cuenta de las extrañas interacciones entre William y yo, especialmente con la forma como usualmente manejaba las cosas.

—¿Fue tan obvio? —le pregunté, sintiendo que se formaba una arruga entre mis cejas.

—Más o menos —respondió rápidamente.

Me mordí el labio inferior y sacudí la cabeza, mirando hacia otro lado. No quería causar un drama entre ellos. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Nathan podía haber escogido a cualquier otra chica de Nueva York. Además, estar soltera era la decisión más inteligente para mí.

—Eres muy cercano a los Sjöberg. Los conoces desde que eras un niño —dije, sintiéndome triste por ello. Deseaba que no se conocieran —. Me divertí esta noche, pero creo que es mejor si lo dejamos así.

—Joel es mi amigo y William es el hermano de Joel. Eso es todo. Siempre ha sido así con él. Desde niños, nunca pudimos llevarnos bien —dijo, buscando mi mano—. ¿Todavía pasa algo con él?

—No, claro que no. No confío en él. Tuvimos una especie de romance de veinticuatro horas —sacudí la cabeza otra vez para alejar las imágenes— en el que nos besamos algunas veces, y eso fue todo. Luego él volvió con Erin. Y yo creía que seguían juntos hasta hace unos minutos, cuando vi a esas dos chicas saliendo de su departamento. Tal vez todavía salen. Con William, nunca se sabe, pero puedes contar con que hay chicas dando vueltas a su alrededor todo el tiempo, esté soltero o no. —La amargura brotaba con cada palabra que pronunciaba—. Lo siento, estoy segura de que no te lo esperabas.

—Lo único que no me esperaba era conocerte el primer día —dijo mientras dibujaba una línea con el dedo en el dorso de mi mano—. Acabo de salir de una relación de tres años y, para ser honesto, pensé que no quería tener algo serio por un tiempo, pero tu mano se siente muy bien entre las mías.

Los dedos de Nathan se entrelazaron con los míos y se fundieron en un puño perfecto.

—Estoy de acuerdo. —Apreté su mano con una suave sonrisa.

—Podríamos ir despacio. Sé que todavía estás lidiando con tu exnovio totalmente desquiciado. Además, ese inmoral vecino de arriba no va a ir a ninguna parte. —Sonrió—. Tal vez yo podría hacer una cosa o dos para ayudarte a ordenar las cosas.

Me reí. El increíble sentido del humor de Nathan me ayudaba a relajarme y a dejar de tomarme las cosas tan en serio.

—Podríamos empezar por tener una o dos citas de mentira, si quieres. Ver hasta dónde llega la cosa —propuso. Asentí y sonreí—. Al

fin y al cabo fue tu idea. La parte de fingir.

—Bueno, no parecías incómodo con la idea —bromeé y dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—También tengo que enseñarte cómo es un beso como Dios manda. —Se lamió los labios, se acercó a mí, y se dio cuenta de que quería que me enseñara.

Sus labios estaban justo enfrente de los míos, ansiosos pero pacientes a la vez.

—¿Algo así? —Me incliné y presioné mis labios contra los suyos en un beso corto y suave.

—Exactamente —susurró mientras nuestros labios se tocaban aún —. Y algo así también. —Apretó esta vez sus labios contra los míos mientras yo acariciaba su suave barba. Luego colocó una mano detrás de mi nuca mientras la otra se paseaba por mi muslo, cada vez más arriba.

Le detuve la mano y él gimió en señal de protesta. Quería seguir con lo que tenía intención de hacer. En otro momento, tal vez. No antes de que yo estuviera segura de lo que deseaba. Pero, en ese momento, lo deseaba a él.

Sabía que tenía que parar, así que convencí a mis labios de que se despegaran de los suyos.

—Eso fue un beso —dijo, acariciando mi mejilla cálida y sonrojada con el dorso de los dedos—. Hazme saber si no fui lo suficientemente minucioso en mi demostración.

—Me inclino por el olvido. —Pasé mis dedos por sus suaves ondas castañas, peinándolas ligeramente, familiarizándome con él.

—Espléndido —dijo en voz baja. Sus labios se acercaron a los míos.

—¿No vas a poner a prueba mi recién adquirida habilidad? —pregunté—. Espero superar la prueba.

—Oh, Dios, sí.

CAPÍTULO 19

Amantes por una noche

31 de octubre de 2009

Nathan se fue después de «una sesión de besos como Dios manda», cuando vio que ya no podía mantener los ojos abiertos por el cansancio. Se llevó la llave de mi departamento para dárselas a Sophie y a Cecile. Lo único que yo quería era dormir.

Me desperté unos minutos después de las nueve de la mañana, con un ligero dolor de cabeza. Abrí un poco la puerta de la habitación de invitados y vi que Sophie dormía sola en la cama. No había nadie en la sala ni en la cocina. Qué extraño.

Después de servirme una gran taza de combustible matutino, tomé mi teléfono para revisar mis mensajes.

Tobias: El teléfono de Cecile está muerto. Se va a quedar conmigo.

Ese mensaje llegó a las 3:47 a.m. Maldición. Era extraño viniendo de Cecile. Todavía era novia de Paul. Una cosa era ir a una fiesta y divertirse en un ambiente grupal, pero ¿pasar la noche con Tobias? Solo esperaba que no hubiera estado demasiado borracha o tomado una estúpida decisión de la que se arrepintiera después.

Mientras miraba por la ventana, el día me mandó un mensaje de «regresa a la cama». Se veía frío y gris. Salir a correr en el frío no era opción para mí en un día como ese. Estaba agotada de la noche

anterior.

Terminé mi café y me bañé. No podía dejar de pensar en Nathan. Él había sido realmente una sorpresa que no vi venir. Lo único que me preocupaba era la relación de tres años que acababa de terminar. Pero tomarse las cosas con calma, como él sugirió, ayudaría a aliviar esa preocupación. No quería enamorarme de otro tipo que no sabía lo que quería.

Por otro lado, no podía deshacerme de la frustración que sentía por el comportamiento de William. Un segundo está todo ansioso, exigiéndome cosas, pidiéndome que cancele mis planes con Nathan para ir conmigo a la fiesta, y al siguiente está saliendo de su departamento con dos chicas. ¡Dos!

Y la forma como salió, con el cabello alborotado y la ropa cómoda que probablemente se había puesto después de lo que fuera que hubiera pasado en su dormitorio, fue aun más decepcionante. Ni siquiera podía imaginar cómo sería, aunque no quería detenerme mucho en esa imagen.

Una parte obstinada y tonta de mi mente quería imaginarse un escenario alternativo. Algo que explicara qué significaba que dos chicas salieran de su casa a altas horas de la noche, viéndose exuberantes y guapas.

No se me ocurría ninguna otra opción: «día de trío». Aj. Era insoportable. Era más confuso aun porque algo dentro de mí insistía en que William no era ese tipo de hombre. No podía serlo. No el William que había tenido la oportunidad de conocer. Pero las pruebas estaban ahí, delante de mí, y eso era lo más agotador. Me estaba volviendo loca.

Lo mejor era terminar con esa ilusión, pasar la página y seguir adelante.

Mimi llegó a salvar el día y me ofreció preparar el desayuno. Acepté, ya que Sophie seguía durmiendo y quería que descansara.

Me preocupaba Cecile. Solo quería saber si estaba bien, pero supuse que seguía dormida. Mimi dijo que prepararía el desayuno para todos. Así podrían comer más tarde, cuando despertaran.

Nathan: Buenos días, Murph.

El mensaje de Nathan me provocó un vuelco en el estómago. ¿Cómo

era posible que ya lo extrañara?

> **Yo:** ¡Hola, tú! ¿Qué estás haciendo?
>
> **Nathan:** Me desperté hace cinco minutos pensando en ti.
>
> **Yo:** Probablemente yo también estaba pensando en ti. ¿Quieres bajar a desayunar? Mimi cocina todo tipo de cosas deliciosas.
>
> **Nathan:** No sé quién es Mimi, pero seguro que quiero comer lo que sea que haga.
>
> **Yo:** Seguro.
>
> **Nathan:** Estaré ahí en unos minutos.

Ayudé a poner la mesa con una sonrisa enorme. Mimi me miraba con curiosidad. Parecía feliz de verme alegre, aunque no supiera por qué.

Corrí a mi habitación y me eché perfume detrás de las orejas y en el cuello. Me pinté los labios con mi labial rosado favorito, y sonó el timbre.

«¡Ay, Dios mío!».

Los nervios eran reales.

—Yo voy, Mimi, gracias —le dije con una sonrisa radiante. Ella estaba a punto de abrir la puerta, pero giró sobre los talones y volvió a la cocina apresuradamente.

—¡Ah! Estás preciosa —dijo Nathan, puso su mano en la parte baja de mi espalda y me dio un rápido beso en los labios. Me quedé boquiabierta ante su gesto atrevido pero encantador.

—¿Por qué te sorprende tanto? —Se rio—. No hacías esa cara anoche.

—Bueno, anoche estábamos fingiendo que estábamos en una cita.

—Pensaba que no habíamos terminado de fingir.

Frunció el ceño, divertido.

—Desde luego que no. —Mi mano buscó la suya. Tenía razón, se sentían muy bien juntas.

—Me alegro de oírlo. —Sonrió y se acercó para darme un abrazo cálido y acogedor—. ¿Cómo está tu brazo? —Puso sus brazos alrededor de mis hombros, con fuerza.

—Se está volviendo morado con diferentes tonos asquerosos y verdosos. —Sonreí y busqué su mirada. No me devolvió la sonrisa.

—Mmm. —Hizo una expresión de disgusto. Estuve tentado a ir a buscar a tu ex anoche. Si supiera dónde duerme ese cretino.

—Supongo que no eres de los que amanece de buenas —respondí, alejándome suavemente. Tenía los párpados todavía pesados y la voz gruñona y áspera. Me pareció adorable.

—No te equivocas. Pero solo me preocupa que el cretino te haya hecho daño de esa manera.

—Te juro que estoy bien, no te preocupes —Lo agarré de la mano y lo jalé hacia el comedor—. Necesitas comida y café.

—Sí, por favor.

La mesa parecía un buffet. Había muchas cosas para elegir: huevos, tocino, croissants, mermelada de moras, salchichas, fruta, yogur, queso cottage y una gran jarra de café. Mimi fue con todo.

—Todo parece delicioso —dijo Nathan, ayudándome a sentarme.

Nos sentamos a comer y, cuando estábamos a medio camino del desayuno, Mimi se acercó a la mesa. Quería ver si necesitábamos algo más. Aproveché la oportunidad para presentarlos.

—Nathan, ella es la señora Mullins, o Mimi, como nos gusta llamarla. Mimi, él es Nathan. Se está quedando con los Sjöberg por unos días.

—Encantado de conocerla, señora Mullins —Nathan se levantó y le tendió la mano.

—El placer es míou. Pour favour, llámame Mimi —dijo con una sonrisa cálida y un firme apretón de manos.

—¿Su acento es escocés? —le preguntó Nathan.

—Sí. Algo oxidado. Demasiados años lejos de casa.

No estaba tan oxidado como ella pensaba. La invité a sentarse con nosotros durante el resto del desayuno. Se sirvió un poco de café y siguió conversando con nosotros.

—Sabes, lous abuelous de Billie eran escouceses pour parte de su padre. Nou poudrían haber sido más amables cuandou me countrataroun, ya que you era soulou una muchacha, sin experiencia, que acababa de llegar a Estadous Unidous. James, el padre de Billie —dijo, mirándome—, me countratóu cuandou ellos murieroun.

—Es de la familia —dije y le sonreí.

—Ahora veo de dónde viene el cabello rojo —dijo Nathan, acomodándome un mechón detrás de la oreja—. Es precioso.

—¿Eres nouviou de Billie, queridou? —le preguntó Mimi a Nathan—. Nou puede dejar de sounreír desde que salióu de su habitacióun esta mañana.

—¡Mimi! —Me reí.

—Soy su novio de mentira. —Él también se rio, tomando mi mano libre—. Imagínese lo grande que será su sonrisa cuando seamos novios de verdad.

—¿Cóumou nou? ¿Pour qué fingir, entounces? —preguntó Mimi, con cara de perplejidad—. ¿De qué se trata?

—Te explico. —Le conté a Mimi lo que había pasado la noche anterior. Mi padre se iba a enterar de todos modos cuando recibiera el informe. Le dije que Thomas y Nicholas se habían presentado en la fiesta y comenzaron una pelea con Nathan después de que les había dicho que era mi novio.

Mimi pareció sorprendida cuando me levanté la manga y le mostré el moretón que Thomas me había dejado en el brazo.

—¿Y dónde estaban Aaroun y…?

—Detuvieron la pelea a tiempo y sacaron a Nicholas y a Thomas —la tranquilicé.

—Tu padre nou va a estar countentou —dijo Mimi, dando un sorbo a su café.

«Lou sé».

Sophie salió de su habitación, muy bonita, con unos jeans y un suéter café. Todavía tenía el cabello húmedo por el baño.

—*Bonjour* —dijo dulcemente. Todos le dimos los buenos días.

Le ofrecí el desayuno. Mimi se disculpó y se levantó de la mesa, llevándose su taza.

—¿Dónde está Cecile? No la oí llegar —preguntó Sophie, sirviéndose una taza de café.

—Eeeh, pasó la noche con Tobias —dije, mirando a Nathan—. Al menos eso fue lo que entendí por el mensaje de Tobias.

—¿Qué? —Sophie hizo una mueca y dio un sorbo a su café—. Es tan poco característico de ella. ¿Ya intentaste mandarle un mensaje o llamarle?

—El teléfono de Cecile no tiene batería. Supongo que tendremos que esperar a que vuelva.

Nathan y yo acompañamos a Sophie mientras desayunaba. Seguimos hablando de lo desagradable que había sido la visita sorpresa de Thomas. Sophie parecía preocupada y estaba de acuerdo con Nathan sobre la orden de protección. Le expliqué por qué no quería solicitarla todavía, pero no entendía mis razones o no quería hacerlo. Era mejor cambiar de tema.

—¿Te divertiste con Ren? —le pregunté a Sophie con una gran

sonrisa.

—¡Dios mío, sí! ¡Es tan guapo, Billie! Un tipo tan agradable y decente. Inteligente, divertido…

Me alegré mucho de que congeniaran.

—Es un tipo muy agradable. —Estuve de acuerdo.

—Lo es. Tipos como él son difíciles de encontrar. Lástima que nos vayamos mañana. Pero va a España para las vacaciones de Navidad y dijo que es posible que haga un viaje a París para Año Nuevo. —Sonrió.

—¡Sophie, eso suena increíble!

Se oyó un débil golpe en la puerta y corrí a ver quién era.

Era Cecile con su vestido de los años veinte. Se cubrió la boca para ahogar un sollozo en cuanto me vio. La abracé inmediatamente.

«Voy a matar a Tobias».

CAPÍTULO 20

Estira y afloja

—Ya, tranquila. —La tomé de los hombros para ver su cara—. ¿Qué pasó? —le pregunté, viendo cómo su alma se deshacía en lágrimas. Me rompió el corazón. Nathan se nos acercó en el recibidor. Se disculpó y dijo que me llamaría más tarde. Probablementee quería darnos privacidad para que pudiéramos hablar.

Cecile y yo llevamos la conversación a la habitación de invitados. Sophie nos siguió.

—Me siento fatal. Tan culpable —dijo Cecile entre sollozos—. No sé por qué lo hice. ¿Qué voy a hacer ahora? —Se cubrió la cara con las manos—. Tengo que decírselo a Paul. Definitivamente querrá terminar después de esto.

—¿Te acostaste con él o…? —preguntó Sophie.

—¡Por supuesto! Míralo. Es tan… —No podía dejar de llorar—. ¡Ah! Lo odio.

Estaba deshecha.

—Fue con tu consentimiento, ¿verdad? —reflexioné—. Solo quiero asegurarme de que no…

—No, no, no. No fue así. —Cecile me cortó rápidamente—. Estaba borracha, pero lo recuerdo todo. Recuerdo que deseaba a Tobias. Pero estaba tan enojada con Paul por la estúpida pelea que tuvimos y ahora soy una infiel. ¡Lo arruiné todo!

Cecile se lanzó a mis brazos de nuevo.

Veía todo rojo. Sabía que Cecile no era una víctima. Se había acostado con Tobias porque pensaba que eso era lo que quería. Pero los hermanos Sjöberg me estaban colmando la paciencia; siempre

tomaban lo que querían, cuando lo querían, sin respetar las relaciones de los demás o pensar en las consecuencias.

Sé que Cecile lo había hecho porque le dio la gana. Pero también recordaba cómo William era tentador cuando estaba con Thomas y cómo se metía en mi cabeza; siempre se entrometía donde no debía porque no le importaba nadie más que él mismo.

Y ahora Tobias estaba demostrando que era exactamente como su hermano.

No estoy segura de que Cecile se hubiera acostado con él si hubiera estado sobria. Eso era lo que me enfurecía. Que Tobias pudiera haberse aprovechado de la situación.

—Vuelvo enseguida —les dije y solté suavemente a Cecile. Salí de la habitación sin mirar atrás. Necesitaba hablar con Tobias. Lo consideraba mi amigo y le había confiado a una de mis mejores amigas. ¿Y había vuelto empapada en lágrimas? No bajo mi turno de guardia.

—¡Billie!, *Attends!* —gritó Cecile, pero me fui de todos modos. Tenía que hacerlo.

Tomé el elevador al undécimo piso, plenamente consciente de que me dirigía al territorio de William, pero no me importaba.

Después de llamar varias veces, Tobias abrió la puerta con los ojos rojos y pesados, y solo con unos bóxers de algodón negro. «Dios mío».

—Vístete —dije, aparté la mirada e hice un gesto hacia él—. Tenemos que hablar.

Todos eran tan molestos con sus abdómenes perfectos y todo lo demás.

—Buenos días a ti también —dijo con voz grave y áspera. Parecía destruido, lo que me puso de buen humor. Espero que también tuviera un terrible dolor de cabeza. Tobias me hizo un gesto para que entrara y fue hacia su habitación.

Por fortuna, William no estaba por ninguna parte. Probablemente estaría ocupado haciendo planes para esa noche, preguntándose cuáles y cuántas chicas llevar en esa ocasión. El tipo era codicioso.

Esperé a Tobias en la sala, demasiado enojada para darme cuenta de que era la primera vez que ponía un pie en el departamento de William. Todo estaba impecable. Tenía un estilo y una paleta de colores similar a la de la casa de campo, pero con algunos toques más de color en algunas partes. Había un hermoso piano de cola negro que ocupaba casi la mitad del espacio de la sala.

Y estos chicos tenían incluso más libros que yo. Había un librero enorme del suelo al techo, ordenado por los colores de los lomos. Me dieron ganas de levantarme y averiguar de qué otra manera estaban catalogados. No entendía cómo encontraban tiempo para leer, ya que siempre estaban ocupados con sus mujeres y otras cosas.

Puse los ojos en blanco frente al librero porque era muy bonito. Tobias salió de su habitación mientras se ponía una camiseta con un movimiento perezoso.

—¿Por qué me miras como si quisieras matarme o algo así? —Se pasó las manos por la cara mojada, tratando de secarla. Su cabello goteaba. Menos mal que se había echado agua en la cara. Necesitaba que estuviera totalmente despierto.

—Porque lo estoy considerando seriamente —le advertí—. Cecile acaba de volver a mi departamento llorando, Tob. Se siente muy mal por lo que pasó anoche. —Tobias tomó asiento frente a mí—. Tiene novio. Te lo dije. Varias veces. Pero no te importó. Pensé que podía confiar en ti, pero eres igual que William. Egoísta hasta la médula.

Deseé que William pudiera escucharme. La conversación podría parecerle esclarecedora.

—Billie, no hice nada que ella no quisiera hacer. Tú me conoces. Sabes que nunca…

—¡Estaba borracha, Tob! Y, por favor, como si no supieras que eres agradable a la vista.

Tobias sonrió por un segundo, pero se aclaró la garganta y frunció el ceño cuando se dio cuenta de lo seria que era la conversación. No había ido para levantarle el ego. Solo estaba poniendo los hechos sobre la mesa. Tobias era guapísimo. Era un hecho. Y Cecile estaba de acuerdo. Otro hecho.

—¡Qué quieres que te diga! Lo siento, ¿de acuerdo? —dijo bruscamente, frotándose las sienes—. No quería hacerle daño. Me gusta, de verdad, mucho. Ojalá no tuviera que irse. Si por mí fuera, no lo dejaría en una aventura de una noche. Querría que siguiera aquí conmigo ahora mismo. Pero se despertó y simplemente… se fue.

—Ayer te gustaba ella. Hoy te va a gustar alguien más y mañana, quién sabe. —Resoplé lentamente—. Pensé que eras diferente. —No pude evitar apartar la mirada.

—Mira, sé que le encanta el helado de grosella negra. Es su favorito. Le gusta ir a un lugar en Saint-Michel donde hacen que el helado parezca una flor. —Tobias se puso de pie para deleitarme con

lo que parecía un emotivo discurso. El actor que lleva dentro tomó la batuta.

Levanté una ceja, crucé los brazos y me recosté en el sofá. Estaba en primera fila en el monólogo de Tobias, lo vería hasta el final.

Me miró y yo asentí, haciéndole un gesto para que continuara.

Caminó por el espacio entre el sofá y la mesa de centro.

—Sé que está estudiando *marketing* y que le encantaría trabajar aquí en Nueva York después de graduarse. Sé que te quiere mucho —me miró—, porque no podía dejar de hablar de eso.

Sonrió y sus ojos azules se clavaron en los míos. Diablos, eran iguales a los de William.

Volví a apartar la mirada, muy molesta por eso.

Se sentó y apoyó los codos sobre sus rodillas, inclinándose, y juntó las manos en un solo puño.

—Sé que me gusta Cecile y sé que es una de las chicas más hermosas que he visto. Es una mierda que esté en una relación con otra persona y que se sienta fatal por lo que pasó anoche, pero yo no. Me alegro de haberla conocido y de que haya sucedido.

—Sí le gusta mucho ir a Amorino —dije entre dientes. A menudo íbamos a tomar helado ahí. Tuve que respirar profundamente. Este discurso-monólogo que Tobias me había lanzado había sido medio romántico. Ya no sabía qué pensar.

—No quería hacerle daño. Lo juro —insistió Tobias. Me quedé mirándolo, intentando hacerlo sufrir mientras esperaba mi veredicto. Me miró fijamente durante unos segundos, esperando mi respuesta—. ¿Entonces? No vas a matarme, ¿verdad?

—¿Quién va a matar a quién? —preguntó William detrás de mí. Me sobresaltó. Como siempre. Ahí estaba, todo… masculino, oliendo a otoño y a cítricos, con una gorra verde hacia atrás, unos pantalones joggers y una camiseta blanca, por supuesto. La tortura en una imagen.

—Bueno, mientras el discurso de Tobias fuera genuino y no un ejercicio de actuación o un diálogo que sacó de algún guion, vivirá —dije, todavía mirando a Tobias—. Pero tú puedes tomar un turno.

—¿Qué hice? —se quejó William con una carcajada. Lo miré de reojo.

—Entonces, ¿eso es todo? ¿Me odia? Maldición —dijo Tobias con una mueca. Parecía realmente decepcionado por la situación, rozando la amargura.

—Cecile se siente fatal. No te odia, pero no creo que quiera verte pronto. —Sí había dicho «lo odió», pero yo sabía que no. Entendía perfectamente lo que sentía. Era cualquier cosa menos odio, pero los sentimientos a veces se confunden así. Es una línea confusa, peligrosa y delgada entre el amor y el odio. A veces tienes que bajar la mirada hacia tus pies para ver exactamente de qué lado de la línea estás.

—Puta madre —murmuró, peinándose hacia atrás el desordenado cabello castaño claro con los dedos. Supongo que le gustaba mucho. Mis problemas de confianza e instintos de protección se disparaban y se interponían, pero tenía que darle a Tobias el beneficio de la duda.

—Voy a ver cómo está. —Me levanté—. Hablaremos más tarde.

—Por favor, discúlpate por mí, ¿sí? —dijo Tobias, con ojos tristes pero esperanzados—. Lo haría yo mismo, pero no estoy seguro de que sea una buena idea.

Asentí.

—Podrías aprender un par de cosas de tu hermano —le dije a William, dándole un golpecito en su pecho con un dedo cuando pasé enfrente de él para salir. Él me siguió hasta la puerta. Podía sentir su imponente presencia detrás de mí, su uno noventa y tantos de estatura.

Vi la cita de Emily Dickinson, que estaba detrás de la fotografía que me había tomado durante el solsticio de verano, colgada en la pared junto a la puerta.

«¿Qué?». No la había visto cuando llegué.

Aparté la mirada rápidamente y abrí la puerta.

—Me gusta leerla todos los días antes de salir del departamento —dijo William, empujando la puerta para cerrarla. Me di la vuelta y vi los músculos de su brazo a mi lado, su palma estaba firmemente apoyada contra la puerta, qué inconveniente.

—Es mi turno. Hora de que me regañes. ¿Qué hice esta vez? —Sin sonrisa, sin gestos.

«¿Está loco?». ¿Cómo es posible que no se diera cuenta de que vi dos chicas saliendo de su departamento la noche anterior? ¡Dos!

—No sabría por dónde empezar. Podríamos estar aquí todo el día. Así que es mejor que ni siquiera empiece. —Me di la vuelta y quise abrir la puerta de nuevo.

—Quiero que empieces —dijo con su habitual voz grave—. Y no me parece una mala idea. Tú, aquí. Todo el día. Conmigo.

«Su maldita voz».

—Nathan me está esperando. —Miré mi reloj—. Probablemente vayamos al cine. —Una mentira. Solo quería lastimarlo, aunque ni siquiera sabía si le importaba. Pero no me hacía daño intentarlo—. Será la primera vez que vaya en casi siete años. ¿Lo puedes creer? Supongo que cuenta como una primera vez. ¿Qué te parece?

William se pasó la lengua por los dientes y su cara se puso roja. Puso en su rostro una sonrisa de enojo que tenía mi nombre.

«Entonces, ¿le importa? ¿O es solo su ego?».

Solo había una forma de averiguarlo, y era picándolo con un cuchillito de palo.

—Sabes, ayer probé el tequila por primera vez. También me tomé mi primera margarita —dije, levantando la vista con una pequeña sonrisa para encontrarme con sus fieros y salvajes ojos azules—. Estaba muy rica —lo dije con el acento británico de Nathan, una vez más, solo para hacerlo enojar. Funcionó.

—Guille —su manzana de Adán se movía mientras se tragaba el veneno—, detente.

No.

No podía decir mi nombre así. Como si le perteneciera o algo.

—Nathan también es mi primer novio de mentira —continué—. Estoy segura de que Tobias te lo puede contar. Es una historia bonita.

—Ya lo sé todo. Lo sé todo. —Respiró profundamente, mirándome como un halcón, negándose a moverse. Le devolví la mirada, sin pensar en apartar la vista. Podía hacer eso todo el día.

No iba a retroceder. No hasta que lo dejara ardiendo de rabia. La misma rabia que sentí cuando vi las fotografías de él y Erin, cuando descubrí que era un mentiroso y cuando vi a esas dos chicas saliendo de su departamento, cuando unas horas antes me había dicho que quería dejar de ir al evento para llevarme a la fiesta de CJ.

—Pensé que Nathan podría llevarme al Metropolitan Opera. Sería la primera vez que iría. Acabo de ver que *L'Elisir d'Amore* se estrena a mediados de diciembre. Sería una enorme y deliciosa primera vez. —Fingí que me revisaba las uñas mientras esperaba una respuesta.

William me tenía acorralada contra la pared. No tenía espacio para moverme, pero estaba segura de que me soltaría en cualquier momento.

—Es una función especial de dos días y, desafortunadamente para Nathan —casi escupió su nombre—, está agotada. —Aparté la mirada con hartazgo. Realmente quería ir. Pero, espera. «¿Había buscado

boletos disponibles?».

«¿Por qué?».

—Yo solo fingí salir con Erin para los estrenos. Fue una cosa de trabajo y acepté porque estaba furioso. Te había visto besando a Thomas un día después de que nos besáramos nosotros. Un día después de que me había abierto contigo y te había contado que ella me había engañado. ¿Qué querías que pensara? Estaba decepcionado. —Cerró los ojos un segundo y continuó—. Te lo he dicho muchas veces, pero parece que no te importa o que no me escuchas.

Importar. Guau. «Mira quién habla».

—Podrías haberme escuchado tú a mí y no habrías tenido que pensar… cosas —le dije—. Habrías sabido la verdad. Pero eres demasiado orgulloso para escuchar.

—No me importa ese beso ni la razón que haya detrás. No me importa. Lo único que quiero es que me creas porque yo no te he mentido. Nunca.

—Esa es la parte que más me cuesta —dije, sin espacio para dar un paso atrás. No podía pensar con claridad cuando él estaba tan cerca de mí, pero a William no parecía importarle la falta de espacio entre nosotros—. A veces las palabras no son suficientes. Ya no confío en ti. Lo hice al principio, pero ahora… —La conversación era inútil. Me estaba ofreciendo solo más palabras. Palabras en las que no podía confiar. Palabras que podía fácilmente tirar a un lado.

—Tienes que dejar de fingir que sales con Nathan… porque yo ya terminé de fingir que salgo con Erin. Esto es ridículo.

¿Y las fotos de él y Erin tomados de la mano y besándose de hace unos días? No iba a entrar en eso de nuevo. Él sabía que había visto algo en una revista. Y decía que no sabía a qué me refería.

Pero las fotografías no podían ser más explícitas. Y no estaba caminando sonámbulo por Europa tomado de la mano con Erin y lamiendo helado de su boca sin ser consciente de sus acciones. Así que no entendía por qué pensaba que podía seguir mintiéndome sobre ella. Sobre eso.

—Vamos a dejar de fingir cuando nosotros queramos. —Me di la vuelta, abrí la puerta una vez más y salí furiosa de su departamento. Esta vez no me detuvo.

—¿Te besó? —me preguntó en un susurro mientras esperaba el elevador.

—No —respondí sin darme la vuelta. William suspiró con alivio—.

Yo lo besé a él.

Entré al elevador y oprimí el botón de cierre de la puerta —que no funciona nunca— cinco veces, esperando un milagro. Pero William entró conmigo y las puertas se cerraron un segundo detrás de él.

—Solo lo dices porque estás herida. Lo sé —dijo con voz áspera.

—No. Lo digo porque es la verdad. No soy una mentirosa como tú. Yo lo besé primero. Fue la primera vez que besé a un chico antes de que él me besara a mí. Espero que estés tomando nota de las cosas que debes tachar de tu lista de primeras veces. Pronto no te quedará nada que reclamar.

William maldijo en voz baja.

—Crees que soy un mentiroso porque no quieres escuchar lo que tengo que decir. Y cuando tengo la oportunidad de decir algo, no me crees. Así que voy a tener que demostrártelo en lugar de decírtelo. Y sé cómo hacerlo.

—No lo entiendes, ¿verdad? Ya has demostrado bastante, créeme —respondí con exasperación en cada palabra que pronunciaba.

Llamé a la puerta de mi departamento porque me había ido sin llaves. Todavía las tenía Sophie. Ella apareció tras la puerta y abrió los ojos de par en par con sorpresa. Estaba asombrada.

—Espero que hayas disfrutado el trío de ayer —dije y di un paso dentro de mi departamento. Miré por encima de mi hombro y añadí—: Oh, y las fotos de ti y Erin besándose en Londres también son bonitas.

No podía callarme, ¿verdad?

—Ya veo —dijo con una expresión de sorpresa, casi divertido—. ¿Eso es lo que crees que pasó? ¿Un trío?

—Sé que lo fue. Saluda a Erin de mi parte. Tal vez podamos salir en una cita doble cuando vuelva de Europa. O una cita triple. Dios sabe con cuántas mujeres aparecerías.

Se rio, cínico.

Le cerré la puerta en la cara, dudando de mis suposiciones sobre el trío. Sin embargo, ya no me importaba saber cuál era la verdad. Bueno, tal vez un poco.

Odiaba que William tuviera esa poderosa atracción magnética sobre mí. Pero sabía una cosa con certeza: Nathan estaba empezando a tener una atracción igual de fuerte.

CAPÍTULO 21

No se puede fingir para siempre

28 de noviembre de 2009

Sonó el timbre, pero yo seguía hablando por teléfono con Cecile. Llevábamos más de una hora hablando. Ella seguía teniendo dificultades para superar la ruptura con Paul. Le había contado todo lo que pasó con Tobias en cuanto volvió a París. Yo admiré su honestidad. Podría no haberle dicho nada y él probablemente nunca se habría enterado. Pero Cecile no era así.

Paul estaba profundamente herido, pero ella no habría sido capaz de lidiar con la culpa por mucho tiempo si se lo guardaba para sí misma.

Abrí la puerta y vi a Nathan con su ropa para hacer ejercicio y una sola rosa roja. Íbamos a salir a correr a Central Park.

—Te llamo más tarde —le dije a Cecile, radiante.

—Hola, tú. —Le tendí la mano, lo jalé hacia dentro y cerré la puerta tras él.

—Siento que te conozco desde hace mucho más tiempo que unas cuantas semanas —dijo y dejó caer una pequeña bolsa de lona en el suelo—. Es como si te conociera desde siempre, pero no te hubiera visto en un tiempo, y luego te volví a encontrar de nuevo. ¿Tiene sentido?

—Sí. —Le di un beso en la mejilla, y él hizo lo mismo. Todo había sido tan rápido con Nathan. Cuando nos conocimos, me sentí exactamente igual, como si ya lo conociera. Inmediatamente confié en

él y sentí que podía hablarle de cualquier cosa. Sabía que nunca me juzgaría, y eso me hacía sentir segura a su lado.

—Es para ti —dijo y me dio la rosa. Fue mi primera rosa «sin motivo». Y la amé más que todos los enormes arreglos florales de «perdóname» de Thomas.

Nathan y yo seguíamos jugando a fingir. Habíamos salido a cenar algunas veces, también salíamos mucho con Lily y Joel, y había venido a mi casa un par de veces para ver una película.

Incluso, una vez vimos una de las películas de Joel. Fue surrealista. Ahora entendía por qué Lily era tan celosa. Todos esos besos en la pantalla… debía ser difícil de digerir.

El trabajo de Nathan era exigente, pero también mi escuela. Ambos sentimos una energía que nos atraía y no luchamos contra ella. Nos entregamos a ella.

Y no me había mentido cuando dijo que estaría cerca. Su departamento estaba solamente a cuatro cuadras sobre la Tercera Avenida, en el piso treinta y tantos. Tenía una vista fantástica. Ya me había dado una visita guiada. Su oficina también se encontraba cerca, justo en Park Avenue, así que para él era conveniente vivir en Midtown East.

Me llevé la flor a la nariz y la olí.

—Gracias. Es hermosa. —Lo miré a los ojos y le sonreí.

Me sujetó de la cintura y me acercó a él.

—Amo esa sonrisa. Y amo el gesto que haces cuando digo algo estúpido, que es la mayoría de las veces. Y amo tu olor —dijo, acercando su nariz a mi cuello e inhalando. Lo besó suavemente después—. Eres lo primero en lo que pienso cuando me despierto y lo último antes de irme a la cama por la noche. Lo juro.

Nathan rozó sus labios con los míos

—Y no quiero seguir fingiendo. —Podía sentir su aliento fresco, dulce y mentolado fusionándose con el mío.

—Yo tampoco. —Suspiré. Sus dedos abrieron la cremallera de mi chamarra para correr y me la quitó.

—Gracias a Dios —susurró.

Nathan me besó el cuello y podía sentir que mi cuerpo lo deseaba, la necesidad se me acumulaba entre las piernas. Sus labios viajaron desde mi cuello hasta mi mandíbula mientras dábamos pasos lentos hasta que mi espalda se apoyó en la pared vacía de la galería.

Finalmente, sus labios se encontraron con los míos y, por primera

vez, sentí que se soltaba conmigo. Las últimas semanas él había estado conteniendo la energía salvaje e intensa que percibí el día que lo conocí, y ahora finalmente volvió a liberarla.

Jaló suavemente mi liga para el cabello, aflojando mi cola de caballo y haciéndolo caer sobre mis hombros.

Mierda. «Concéntrate».

—Amo tu cabello —susurró— y no puedo dejar de pensar en lo mucho que te deseo.

Me quitó la camiseta de manga larga con un rápido movimiento por encima de mi cabeza. Su mano subía lentamente por mi muslo, haciéndome jadear. Esta vez no lo detuve. Quería que siguiera.

Sus dedos me provocaron por un segundo, pero enseguida me cargó, envolvió mis piernas alrededor de su cintura y me llevó a mi habitación mientras yo me aferraba a su cuello; nuestros labios no querían romper el beso. Me bajó suavemente de espaldas y se quitó la camisa.

«Dios mío».

Hasta ahora solo me había imaginado su cuerpo. Era perfecto. Pude ver su erección presionando sus shorts de algodón, que se quitó rápidamente junto con su ropa interior.

Nathan se acarició unas cuantas veces conforme se acercaba a la cama, se colocó encima de mí y puso sus manos a los costados de mi cabeza para besarme, su lengua abría mis labios y jugueteaba con la mía como si quisiera dejar claro que su intención era poseerme.

Su boca bajó por mi cuello, dejando un caminito de besos hasta mi estómago. Sus manos bajaron a mis muslos y los abrieron.

—Demonios —murmuró. Su mirada buscó la mía y con su lengua recorrió mi centro, encontrando rápidamente mi punto sensible y lo lamió con la punta. Yo pasé los dedos por su ondulado cabello y gemí echando la cabeza hacia atrás.

—Necesito tenerte —dijo y besó la parte interna de mi muslo—. ¿Necesito usar condón o estás…?

—En la píldora, sí —murmuré entre gemidos—. Y tú estás…

—Limpio y sano —dijo con una sonrisa. Confiaba ciegamente en él.

Estaba lista para él, pero no estaba preparada para lo que vino después. Era algo diferente. La forma como me miraba. La forma como me tocaba con tanta dulzura y desesperación.

Me penetró lentamente, dejando que me ajustara a él.

—¿Estás bien?

Asentí y logré sonreírle. Ya no podía pensar. Todo giraba a nuestro alrededor, pero lo único en lo que podía concentrarme era él. Mis sentidos le pertenecían. No había otros brazos que prefiriera tener alrededor de mi cuerpo más que los suyos.

—Eres hermosa. Exactamente como te imaginaba, y más —me susurró en el oído, aumentando el ritmo. Me puso las manos sobre la cabeza y me besó. Choques eléctricos subieron por mi columna vertebral en constantes olas que rompían contra mi frente, nublándome la vista, pero aumentando mis otros sentidos.

Nathan me iba a volver loca.

Nathan y yo no salimos a correr ese día y fuimos a almorzar con Lily y Joel para celebrar que nuestra relación era oficial.

Mi equipo de seguridad siempre tomaba precauciones adicionales cuando salíamos con ellos. Aunque la mayor parte del tiempo éramos invisibles, había ocasiones en que un paparazzi o dos, a veces más, intentaban acercarse demasiado para conseguir una foto de Lily y Joel juntos.

Lily estaba extasiada cuando le dijimos que estábamos oficialmente juntos.

—Estoy feliz por ustedes. Los dos se merecen ser felices. —Sonrió y apoyó la cabeza sobre el hombro de Joel.

Nathan me tomó de la barbilla.

—Estoy encantado —respondió y me dio un beso rápido en los labios.

—Yo también —dije con una risita.

—Está *encantado* —dijo Joel con acento británico. Todos nos reímos. Seguramente Joel estaba acostumbrado a las expresiones de Nathan. Yo todavía tenía que familiarizarme con ellas. Tenía demasiadas.

—Así es —dijo Nathan, besándome de nuevo.

—Consíganse un cuarto —dijo Joel con una risa. Lily golpeó el hombro de Joel con el suyo.

—De hecho, ya lo hicimos antes de venir aquí—dijo Nathan casualmente.

—¡Nathan! —Lo miré con los ojos muy abiertos. Tomó la cuenta y se rio al ver la expresión de mortificación en mi cara. Joel quería dividir la cuenta, pero Nathan se negó.

—¡Ja! Me gusta la nueva versión encantada de Nate —dijo Joel, golpeando el puño en la mesa—. Sigue con el buen trabajo, Billie. Me gustaría que las comidas gratis continuaran.

—No te emociones demasiado —respondió Nathan, alzando una ceja y con una risa sutil—. No estoy saliendo contigo.

—¿Quieres ponerme celoso? —respondió Joel con una sonrisa—. Porque está funcionando.

—Aj —se quejó Lily, sacando la lengua, fingiendo disgusto—. Te vas a tener que acostumbrar al bromance, Billie. Está muy arraigado. —Ambos se rieron, sin negarlo—. Entonces, ¿se sabe algo del exterior? —me preguntó Lily

Saqué mi teléfono de la bolsa para revisar. No podíamos ver lo que sucedía en la calle desde donde estábamos sentados. Los chicos normalmente me enviaban mensajes de texto para hacerme saber si algún paparazzi esperaba a que Lily y Joel salieran. Nathan y yo salíamos primero y nos metíamos al coche, si ese era el caso. Joel y Lily salían después. De esa manera era más fácil que todos volviéramos a salvo al coche.

—No hay moros en la costa —respondí, guardando mi teléfono.

Los cuatro nos levantamos y salimos del restaurante juntos.

—Tengo que ir a una prueba de vestuario. Es solo a unas cuadras —dijo Lily—. Joel me va a acompañar, así que nos vemos más tarde.

Lily y Joel le agradecieron a Nathan de nuevo por haber pagado la cuenta. Abracé a Lily y nos sobresaltaron unos gritos que venían de lejos.

Un pequeño grupo de chicas adolescentes que iban por la calle se emocionaron al ver a Joel. Le rogaron que se tomara unas *selfies* con ellas. Lily se alejó unos pasos con cara de enojo. David ya estaba al volante del auto. Aaron y Caleb se quedaron cerca, asegurándose de que la situación estuviera bajo control.

Joel, un encanto total, accedió a la petición de las chicas. Lily, Nathan y yo vimos cómo se tomaban *selfies*.

Una vez que terminaron, le dieron las gracias a Joel, pero una de ellas lo agarró de la camisa, se puso de puntitas y lo besó en los labios. Me estremecí.

—¡Gracias, chicas! Que tengan un buen día. —Joel parecía nervioso. Dio unos pasos hacia atrás, negando con la cabeza con una expresión preocupada. Lily estaba furiosa. Se dio la vuelta y se alejó. Nathan siempre se reía y se burlaba de Joel. Pero no esta vez. Había

sido demasiado para Lily.

—*Sötnos!* —gritó Joel. Pero Lily siguió caminando—. Deberías ver cómo es salir con Billy. Esto no es nada. —Se disculpó por tener que irse así y corrió para alcanzar a Lily.

Qué locura.

Todavía no podía escuchar hablar de William sin sentir escalofríos.

—Vamos. —Nathan me tomó por los hombros y me condujo hacia el coche.

—¿Qué es *sötnos*? —pregunté al subirme al coche. Había oído a Joel llamar a Lily así antes, pero nunca le había preguntado.

—Es un término cariñoso. Algo así como «cariño». Literalmente, significa «nariz dulce». —Me picó la nariz y sonó su teléfono. Contestó la llamada y entrelazó los dedos con los míos. La llamada solo duró unos segundos—. Era de la oficina. Tengo que ir a una breve reunión y a firmar unos papeles —dijo, decepcionado—. Lo siento. De verdad quería pasar todo el día contigo.

—Está bien, no te preocupes. Pero es el fin de semana de Acción de Gracias. Es absurdo que te pidan que vayas a trabajar hoy.

—En la oficina eso no les importa —se rio y me prometió no tardar mucho. Lo dejamos de camino a mi casa.

David se estacionó afuera de mi edificio y había una zona acordonada en la acera junto a la entrada principal. No podía decir si la grúa gigante que había ahí estaba subiendo o bajando un piano de cola. Un montón de gente miraba la maniobra con curiosidad desde lejos.

«Me pregunto…».

—Rojita, vamos —dijo Caleb, indicándome que entrara al edificio —. Te acompaño.

Caleb y yo volvimos a ser nosotros. Era extraño, pero una vez que Nathan entró en escena, sentí que estaba más a gusto. No podía entender por qué.

Mi papá estaba encantado cuando se enteró de que estaba saliendo con Nathan. Sí habían ido a tomar cerveza unos días después de la fiesta de Halloween. Mi papá no dejaba de hablar de lo genial que era Nathan y viceversa. Tenían mucho en común. Simplemente congeniaban.

—Hoy te ves diferente —dijo Caleb mientras el elevador subía al noveno piso—. Más feliz. —Siempre era hiperconsciente de cada pequeño matiz de mi estado de ánimo.

—Eh, Nathan y yo somos oficiales.

—Oh. Bueno, felicidades —dijo con una sonrisa tensa—. Sé que puede hacerte feliz. —Frunció un poco el ceño, pero luego sonrió cuando salimos del elevador.

—¿Aún es incómodo para ti? Sé que a veces lo es para mí y…

—No, oye. Está bien —dijo, agarrándome del brazo para detenerme—. Mira, Rojita, siempre hemos sido amigos. Sé que lo intentamos, pero es que, no sé, no quería perderte.

—Yo tampoco quería perderte. Y mi padre… era tan difícil lidiar con eso. La idea de que se enterara y… —me interrumpí, asustada por mis pensamientos.

Buscó mi mirada.

—Te prometí que me quedaría. Parece que no era nuestro destino. Y sí, fue difícil lidiar con la desaprobación de tu padre. Pero bueno, prefiero verte con Nathan que con… él —dijo, mirando por encima de mi hombro y alzando la barbilla.

Me di la vuelta y había una tonelada de cajas afuera del departamento 9B. William llevó un par al interior. A Caleb le disgustaba William, pero aún no sabía exactamente por qué. Con Thomas era evidentemente un problema de confianza. Pero nunca habíamos hablado de su opinión sobre William. Ahora no servía para nada.

Unos cuantos hombres sacaron unos muebles nuevos del elevador de servicio, mientras otros acomodaban todo adentro.

Caleb gruñó, levantando una ceja.

—Me parece que tienes un nuevo vecino al lado. —Negó con la cabeza—. ¿O vecinas? —Inclinó la cabeza y entrecerró los ojos.

Alice y Luna, las chicas del trío, también llevaban cajas dentro. ¿Se irían a mudar todos juntos? Tal vez era una de esas relaciones poliamorosas. No es que tuviera algo en contra. A cada quien lo suyo. Es solo que no sabía realmente cómo funcionaba, pero sí sabía que no iba a estar muy de acuerdo si involucraba a William.

—Ya veremos —respondí, mi tren de pensamiento se desvió de la estación oportunamente—. Gracias, Caleb. Nos vemos luego.

Caleb se marchó y yo me encaminé hacia mi departamento. Mi curiosidad estaba a punto de hacer que me explotara la cabeza. No podía dejar de mirar todo el movimiento que ocurría frente a mí. Necesitaba saberlo todo.

William dejó caer una caja en el suelo y caminó hacia mí.

—Hola, soy el vecino del 9B. Encantado de conocerte —dijo y me dio un beso en cada mejilla. Crucé los brazos y negué un par de veces con la cabeza. William sonrió por mi reacción—. Alice, ¿podrías llevar esas dos cajas a mi habitación, por favor? No pesan.

—Hola, Billie —me dijo con una dulce sonrisa—. Soy Alice. Nos conocimos el otro día.

Así fue.

—Hola, Alice. Sí, por supuesto que me acuerdo. —«¿Cómo olvidarlo?». Me obligué a sonreír—. ¿Te estás mudando?

Se rio. Llevaba ropa deportiva Adidas de color vino y el cabello suelto.

—No, no, no. Este es el departamento de William. Ahora que Eric se muda con Tobias, William finalmente se convertirá en un adulto —dijo y se rio—. Está a punto de dejar atrás sus días de vivir con la familia. —Le sacó la lengua a William y él puso los ojos en blanco. Todavía no podía entender la dinámica entre ellos.

Cosa 2 salió del departamento, sonriendo.

—¡Hola, Billie! —dijo Luna con voz aguda. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta. Se veía muy bonita con un suéter rosa pálido, jeans azul índigo y tenis blancos.

—Ella es mi novia, Luna. También la conociste el otro día —dijo Alice mientras llevaba otra caja adentro.

«¡Oooh! Eso…». No era lo que yo pensaba.

—¡Ah, sí! Hola, Luna.

—Alice es mi asistente personal y Luna solo viene a todas partes porque le encanta estar cerca de mí —bromeó William.

—Y sin paga. —Luna resopló con una sonrisa y se alejó—. Nos vemos, Billie. —Luna llevó otra caja adentro y Alice instruía a los de la mudanza sobre dónde poner algunas sillas.

Parecía que William disfrutaba mis reacciones. Estaba muy avergonzada por haberlo acusado de hacer un trío. Mi cara seguramente indicaba sorpresa porque se acercó más a mí y me susurró al oído:

—Los tríos realmente no son lo mío. No me gusta compartir.

Me mordí el interior del labio, sin saber qué más decir. Me sentía sumamente estúpida.

—¿Puedes darme dos segundos? —me preguntó William—. No te vayas.

Se acercó a Alice y le dijo algo, pero no pude escuchar nada desde

donde estaba. Alice entró rápidamente y salió con dos sobres blancos, como los que había usado para enviar los rollos y la fotografía hace unos meses.

—Aquí tienes —dijo William y me los entregó. Ambos decían «Guillermina Murphy» por fuera y estaban numerados 1 y 2, respectivamente. Un *déjà vu*—. Como ahora somos vecinos de piso no tiene caso que baje a ponerlas en tu buzón.

Entorné los ojos y lo miré con curiosidad. Quería abrir los sobres y revelar su contenido como una niña en Navidad.

—Me llevó un tiempo encontrar lo que hay en el sobre número uno. Bueno, a Alice le llevó un tiempo —dijo con una leve risa—. Pero el contenido del sobre número dos es mi parte favorita.

Seguí mirando los sobres, deseando tener visión de rayos X.

—Cuando vi la grúa moviendo el piano pensé que te estabas mudando del edificio. —Seguía palpando los sobres con mis manos, tratando de adivinar lo que había en su interior. Ambos se sentían planos y suaves.

—¿Y cómo te hizo sentir eso? —Inclinó la cabeza, esperando una respuesta.

—Aliviada.

Soltó una carcajada que se me metió bajo la piel en una fracción de segundo. Pero sí, cómo podía culparlo por reírse cuando yo misma no creía lo que decía.

—Siento decepcionarte, pero nunca te abandonaría así —dijo con un guiño. Se dio la vuelta y caminó hacia la pila de cajas que aún esperaba afuera de su departamento—. Te dije que te iba a demostrar la verdad. —Se dio la vuelta y señaló los sobres con la barbilla—. La tienes en tus manos. Hazme saber qué te parece.



CAPÍTULO 22

Una divergencia

Los sobres eran dos tambores de Jumanji que no dejaban de resonar, insistiéndome en que los abriera. Podía oír que arrastraban muebles sobre el suelo de la habitación que había de espaldas a la mía y era incapaz de asimilar que William iba a dormir a una pared de distancia de mi cama cada noche.

«En fin».

El sobre número uno incluía otro sobre más pequeño que decía «Lo siento» y una de esas revistas sensacionalistas con fecha de noviembre de 2008. La portada mostraba una fotografía de William y Erin en una alfombra roja. El título de la foto decía:

«¡El romance secreto de William y Erin!».

Había una etiqueta roja pegada a una página de la revista. La abrí ahí mismo y vi media página dedicada a los detalles de su relación. No tenía ganas de leerla. El artículo incluía también una foto de paparazzi de William y Erin caminando por la calle mientras estaban agarrados de la mano y otra de ellos tomando un helado, las mismas fotografías que había visto hace unas semanas en el puesto de revistas y en el teléfono de Sophie.

Abrí la carta, todavía en estado de *shock*.

Hej älskling:

Lo siento mucho por todo. Debería haberte escuchado después de lo que pasó con Thomas. Mi orgullo me cegó y admito que me equivoqué. Sé que no merezco una oportunidad para explicarme, pero no puedo vivir en un mundo en el que crees que soy un mentiroso y un infiel. Sé que tengo un pasado y que no puedo cambiarlo, pero nunca te mentiría. Deja que te lo demuestre. Por favor, perdóname.

Siempre tuyo,

W.S.

P.D. ¿Me devuelves mi liga para el cabello verde con estrellas doradas?

Una lágrima corrió por mi mejilla y cayó sobre la carta de William. Me la quité rápidamente, me tragué el resto y sacudí el papel para secarlo. Jamás me atrevería a romper esa carta como la primera que me había enviado, siempre mía. Y sí, todavía tenía la liga verde. Estaba en el cajón de mi mesita de noche.

Respiré hondo y abrí el sobre número dos. Había otra revista sensacionalista con la fecha del 28 de noviembre de 2009. Uno de los pocos títulos de la portada decía:

WILLER: ¡SE ACABÓ!

Había una foto de William y Erin dentro de un corazón roto justo debajo del título.

«¿Quién autoriza estos diseños?».

Abrí la revista en la página marcada, donde estaba la noticia de la ruptura. Este sí era el tipo de periodismo que despertaba mi interés. El breve artículo decía:

Fuentes cercanas a la pareja confirman que su relación terminó oficialmente sin posibilidad de reconciliación en un futuro cercano.

La pareja había dado por terminada su relación el pasado mes de abril, después de tres meses de hacer oficial su relación, pero reavivaron su

romance en agosto del presente año. Una fuente cercana a la pareja confirma que su ruptura ocurrió el mes pasado, a principios de octubre. «No sienten más que el máximo respeto el uno por el otro. William solo le desea lo mejor a Erin», añadió la fuente. El representante de Powell no estuvo disponible para hacer comentarios.

Una pequeña nota decía: *Tuve que trabajar alrededor de las fechas de la ruptura para evitar un incumplimiento de contrato con los directivos de la película. Descubrimos que Erin y su equipo estaban proporcionando nuestras viejas fotos de paparazzi a los medios.*

Cerré la revista y la lancé sobre el sofá de mi habitación. Me tiré en la cama y me abracé a la almohada en posición fetal. Una parte considerable de mi corazón se rompió en mil pedazos. Realmente era demasiado tarde: acababa de formalizar las cosas con Nathan. También había sido mi culpa, yo también había sido demasiado orgullosa para escucharlo, para permitirle explicarse y, sobre todo, para creerle. Solamente lo hice cuando vi las pruebas que había logrado reunir hasta ese día.

«¿Qué voy a hacer ahora?».

Le envié un mensaje.

Yo: Hola. ¿Podemos hablar?

Unos cuantos minutos después lo oí gritar desde el otro lado de la pared: «¡Ya voy!». El sonido era amortiguado y apagado, como si hablara con un trapo sobre la boca, pero le entendí.

Diez segundos después tocó mi puerta dos veces.

—Las paredes son delgadas como el papel —le dije cuando abrí la puerta. Él se rio.

—¿Me oíste? Entonces, será mejor que te comportes —bromeó.

—¿Yo? —Abrí los ojos de par en par—. Tú eres el que debería estar preocupado por el grosor de la pared.

—Oh, sí, con todos los tríos que hago, mi habitación seguro será una locura. Probablemente deberás comprar una de esas máquinas de ruido blanco o conseguir tapones para los oídos si quieres dormir un poco por la noche.

—Muy gracioso. —Arrugué la nariz y respiré profundamente—. Leí

tu carta.

—¿Puedo… pasar? —preguntó, alzando una ceja. Dudé si debía dejarlo pasar, pero teníamos que hablar y no quería hacerlo en el pasillo con gente entrando y saliendo de su departamento. La última vez que puso un pie en mi departamento, todo se fue a la mierda en cinco segundos.

—Claro. —Abrí la puerta por completo y él pasó, observando el espacio como si fuera la primera vez que entraba. Nos quedamos en el recibidor porque no quería que la conversación fuera más íntima de lo que tenía que ser—. También vi las revistas. Lo siento. Debería haberte creído y no lo hice, pero…

William avanzó dos pasos hacia mí y me abrazó. Dejé de hablar. El apetitoso olor de siempre me rodeó y no me alejé de sus brazos.

—Necesitaba que lo supieras —dijo, apoyando la barbilla en la parte superior de mi cabeza—. Creo que los dos estábamos heridos, y por eso reaccionamos como lo hicimos. Solo espero que puedas perdonarme. Por todo.

Su abrazo era cálido y protector. Y también un montón de otras cosas. Maldita sea. Permitir que William me abrazara así se sentía al mismo tiempo sumamente bien y mal.

Lo único que podía ver en mi mente era la cara de Nathan y un sentimiento desgarrador de «le estoy fallando a Nathan» se apoderó de mí. No quería sentirme así.

Lentamente, pero contra mi voluntad, me separé del abrazo de William.

—Gracias por haber reunido todo esto para mí. Todavía estoy avergonzada por haber juzgado las cosas tan rápidamente. No fue mi intención —le expliqué. William no dejaba de intentar captar mi mirada errante.

—¿Ya pueden dejar de fingir? —dijo en voz baja, casi como una súplica—. Ya aprendí la lección. El solo hecho de pensar en Nathan contigo me vuelve… —Cerró los ojos por un segundo y miró hacia otro lado—. Por favor, dejen de fingir. —Su voz era baja y grave de nuevo.

No lo sabía. Pensé que tal vez Joel le había llamado después del almuerzo para decirle que Nathan y yo ya éramos oficiales. Pero William no lo sabía y ahora tenía que ser yo quien se lo dijera. Iba a ser muy difícil.

—Ya no estamos fingiendo —empecé. Él sonrió y se acercó un paso

más. Ojalá no tuviera que ser yo quien se lo dijera—. Estamos juntos oficialmente. —La parte de mi corazón que seguía intacta al fin se despedazó dentro de mi pecho cuando se lo dije. Y el desánimo de su mirada me quebró, me rompió el alma por la mitad.

—No.

—Lo siento mucho. Pensé que tú estabas con Erin y yo no podía…

—Pero ya se aclaró todo. —William dio otro peligroso paso en mi dirección y tomó mis mejillas con ambas manos—. Mírame —me exigió. No pude. Sabía que no podía—. Mírame y dime que no sientes nada.

—William, por favor —rogué con los ojos cerrados. Una lágrima traicionera rodó por mi mejilla.

—Mírame.

Abrí los ojos y miré sus hipnotizantes ojos azules.

—¿Cómo puedes negar esto? —Agitó una mano entre nosotros—. Tienes que decirme cómo lo haces porque yo no puedo. —Se rozó el labio inferior con el pulgar—. ¿Te acuerdas de esto? —Asentí.

Era nuestra señal.

—Ahora tócate los labios o dime que no sientes nada, y me iré. Ahora mismo.

Él sabía que siempre había sentido algo por él. Desde el día que lo conocí algo dentro de mí hizo clic, como una campana que no podía parar de sonar. Y la única manera de hacer que parara era que estuviera cerca de mí. Que escuchara su voz. Mirara su cara. Sintiera su contacto en mi piel. Que me besara. Pero mientras mis sentimientos por él crecían, también lo hacían mis dudas, mi incertidumbre y mis sospechas.

Era como si no pudiera creer que había encontrado a alguien tan perfecto para mí. Entonces había llegado Nathan y me dio todo lo necesario para aliviar los sentimientos negativos que me nublaban la mente. Sentimientos que no debería haber tenido, pero que salieron a la superficie porque era orgullosa y obstinada, igual que William.

—Lo siento.

—Pues dilo —insistió. Sus manos volvieron a sostener mi cara.

—No puedo. Pensé que estabas con Erin, y Nathan llegó y…

William escupió unas palabras en sueco en voz baja. ¿Qué quería que dijera? Si le decía que no sentía nada, probablemente caería muerta en el acto, y no podía admitir que mi corazón necesitaba reiniciarse cada vez que lo veía.

Pero ahora un trozo de mi corazón también le pertenecía a Nathan. No quería terminar con él. Ya le había guardado luto a William y ahora estaba resucitando de entre los muertos, haciéndome una escena de *Notting Hill*.

—Dejaré de luchar cuando estés dispuesta a decirme que no sientes nada. —Se dio la vuelta y abrió la puerta para marcharse.

—¡William! —grité. Él miró por encima de su hombro, todavía sosteniendo la manija de la puerta—. ¿No podemos intentar ser amigos?

Resopló.

—Tal vez en otra vida, cuando no te veas… así y yo no me sienta de esta manera. —Se dio la vuelta de nuevo, pero se quedó quieto, apoyando la frente en la puerta.

—William.

—Me abrí de capa contigo. Más de lo que nunca… —Se interrumpió bruscamente y dijo en apenas un susurro—: Nunca. —Salió y cerró la puerta.

¿Cómo podía estar en desacuerdo con él? ¿Amigos?

Quizá en otra vida, dentro de mil años. E incluso así…, no. Nunca.

CAPÍTULO 23

Uni

Nathan: Voy saliendo de la oficina. ¿Estás en casa?

Yo: Sí. ¿Nos vemos aquí?

Nathan: Llego en 15 minutos.

El estómago se me llenó de escalofríos solo de pensar que Nathan iba a llegar al noveno piso e iba a ver que William se había mudado justo a mi lado.

Me paseé de la sala al recibidor y de regreso mil veces esperando la llegada de Nathan. Necesitaba sentir sus brazos a mi alrededor y, de esa manera, sabría que todo iba a estar bien.

Finalmente llamó a la puerta.

—¿Qué demonios está pasando al lado? —preguntó Nathan en cuanto lo saludé. Miraba hacia el departamento 9B, viendo que todo el mundo movía cosas. William hablaba con uno de los encargados de la mudanza en el otro extremo del pasillo.

—¿Por qué no entras?

—¿William se va a mudar al lado?

—Así es. Al parecer es dueño de ese departamento desde hace tiempo. Y ahora que Eric se muda con Tobias, bueno, necesitaba mudarse también —expliqué. No estaba segura de que esa versión fuera verdad—. Al menos eso es lo que entendí de lo que me contó Alice.

—¿Quién es Alice? ¿Su nueva novia? —Nathan preguntó mientras caminábamos a la sala.

—No. Alice es la asistente personal de William. ¿Recuerdas a las dos chicas que vimos fuera de su departamento después de la fiesta de CJ? Una de ellas era Alice. La otra, Luna, es la novia de Alice —le expliqué.

Movió las cejas de arriba abajo.

—Pensé que era algo totalmente diferente —respondió con el ceño fruncido. Al menos yo no había sido la única. Yo me sentí aliviada cuando descubrí que Alice era solo su asistente, mientras que Nathan parecía decepcionado de que siguiera soltero.

—¿Por qué no se llevan bien? —pregunté—. Eres el mejor amigo de Joel y, siendo tan cercano en edad a William, es raro que no se lleven bien.

—Sí me cae bien —replicó rápidamente Nathan—, pero siento que siempre ha sentido celos de mi relación con Joel. Siempre ha puesto un muro. Y luego Joel y William se hicieron famosos, que es la cosa más extraña del mundo. Y no vi mucho a William después de eso —dijo, apoyando su cabeza en mi regazo y poniendo mi mano sobre su cabeza. Le encantaba que jugara con su cabello. Era un consentido—. Además, tú me dijiste que había sido solo una aventura rápida —añadió—. No veo ningún problema con que seamos civilizados. Tenemos casi treinta años, por el amor de Dios.

El único problema era que William había dejado claro que no quería ser mi amigo. Nunca. Y supuse que eso incluía a Nathan. No veía un escenario en el que todos nos lleváramos bien. Nunca iba a suceder y no creo que tuviera nada que ver con la edad.

Nathan probablemente quería sentir la seguridad de que el hecho de que William viviera al lado no sería un problema o una amenaza para nuestra relación. No lo sería. No podía serlo. No sabía si «una aventura fugaz» era la forma correcta de definir mi relación con William. Diablos, ni siquiera sabía lo que había sido o cómo describirla yo misma. Así que, claro, aventura fugaz, respuesta final.

Pero ¿qué le iba a decir? ¿No podemos ser civilizados?

—No me importa si William vive al lado, arriba o donde quiera vivir. Tú eres el único con el que quiero estar y hoy no podría haber sido más perfecto —dije, retorciendo su cabello alrededor de mis dedos. Era mejor cambiar de tema y no darle mucha importancia. Todos sabíamos lo que estábamos haciendo—. Estoy muy feliz por «nosotros» —dije, tratando de tranquilizarlo—. Esperaba que mi novio me llevara a cenar esta noche. Solo nosotros dos. —Nathan se sentó

para mirarme. Puso la mano detrás de mi cuello y me acercó hacia él para darme un beso. Eso era lo que necesitaba: volver a centrar mi atención en él y recordarme lo bien que estábamos juntos.

—Me encantaría —respondió. Lo abracé y apoyé mi cara sobre su pecho. Escuché el latido fuerte y constante de su corazón, pensando en lo mucho que me importaba y cómo quería protegerlo. Era lo menos que podía hacer cuando él estaba ayudando a recomponer el mío.

A Nathan le encantaba el sushi. Fuimos a su lugar favorito en la calle Bleecker. Conocía a algunos empleados que trabajaban en ese lugar desde hacía unos años. Estaba emocionado de llevarme allí, porque sabía que yo era una amante de la comida y que me gustaba el sushi tanto como a él.

El restaurante parecía un lugar tradicional japonés. Muy minimalista. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera del mismo color natural que los muebles. Solo había unas pocas mesas y ocho lugares en la barra de sushi, donde nos sentamos.

Acabábamos de pedir nuestras bebidas cuando dos chicas entraron al restaurante. Parecían tener la edad de Nathan. Él las reconoció y se volvió para mirarme, aclarándose la garganta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Estaba a punto de responder cuando una chica entornó los ojos en nuestra dirección.

—¿Nate?

Nathan se levantó de su asiento y me apretó un hombro.

—Hola, Hannah. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias —dijo ella, reajustándose la correa de la bolsa en el hombro—. Ha pasado un tiempo. —La otra chica saludó a Nathan desde lejos y tomó asiento en una de las mesas.

—Hannah, ella es mi novia, Billie —le dijo. Billie, ella es Hannah.

—Encantada de conocerte —dijo Hannah, con los ojos muy abiertos, frunciendo las cejas y sin sonreír. Parecía sorprendida. Me di cuenta de que estaba tratando de actuar normal, pero no podía ocultar su sorpresa.

«¿Por qué?».

—Saluda a Nikki de mi parte —dijo Nathan, tomando asiento.

—De hecho, vendrá a cenar con nosotras en unos minutos —le respondió Hannah. No sabía quién era Nikki, pero algo me decía que

no quería que se reuniera con ellas para cenar—. Me dio gusto verte, Nate. —Hannah asintió una vez hacia mí y se dio la vuelta para reunirse con su amiga en su mesa.

—Eso fue incómodo —le susurré a Nathan—. ¿Quién es Nikki?

—Dominique. Mi ex. Hace tiempo que no la veo. Desde que rompimos. Hannah es su mejor amiga. —Parecía incómodo mientras le pedía algunas cosas al chef que estaba detrás de la barra de sushi.

—¿Quieres irte? —pregunté en un susurro—. Ella dijo que tu ex se va a reunir con ellas para cenar. —«¡Vámonos!».

—No, por supuesto que no. Este es mi lugar. Siempre ha sido mi lugar —dijo como si tratara de convencerse a si mismo de ello. Pero, después de tres años, probablemente también era el lugar de Dominique—. Hace tiempo que quería traerte. Ya ordenamos. —Me miró y sonrió. Le devolví la sonrisa.

—¿Por qué no llevamos la comida a mi departamento? Podemos volver en otro momento para sentarnos en la barra de nuevo. Este lugar es muy pequeño. ¿No crees que va a ser incómodo?

Sentí que no sería capaz de hablar con Nathan libremente si nos quedábamos. La mesa de ellas estaba a unos metros de donde estábamos sentados.

—¿Cuáles eran las probabilidades…? —Nathan suspiró—. De acuerdo. Hagámoslo. Pero voy a pedir todo —advirtió juguetonamente —. Vamos a salir de aquí con dos bolsas cada uno, por lo menos.

Tomó un menú, añadió algunas cosas a nuestro pedido y le pidió al mesero que fuera para llevar.

Sentía mucha curiosidad por su ex, su relación, por qué rompieron, cuándo… Pero esa conversación tendría que esperar hasta que estuviéramos solos en mi departamento. Podía ver de reojo que las amigas de Dominique seguían mirando hacia nosotros. Me hacían sentir incómoda.

Un rato después, nuestro pedido estuvo listo. Afortunadamente, Dominique todavía no había llegado.

—Vamos a necesitar unas cuantas manos más —reí. Eran cuatro bolsas y dos recipientes de sopa caliente esperándonos para llevar—. Déjame pedirle a Caleb que nos ayude. —Le envié un mensaje a Caleb y él entró unos segundos después; su abrigo flotaba sobre las mesas.

Caminamos hacia la salida y nos despedimos de Hannah y su amiga. Las dos se quedaron mirando a Caleb, por supuesto.

Acababa de salir del restaurante cuando vi que dos chicas se

acercaban. Una de ellas obviamente tenía que ser Dominique porque, por supuesto, teníamos que encontrarnos. Y, por su mirada, era evidente que sabía todo sobre Nathan y «su nueva novia».

Hola.

Dominique se dirigió hacia nosotros, mirando fijamente a Nathan. Era una mujer con una misión.

Subí al coche, huyendo de la escena, y Caleb me entregó las bolsas que llevaba. Las puse en el suelo. No me interesaba interactuar con ella. Para nada.

—Nate —dijo con una sonrisa vacía. Podía verlos y oírlos. Caleb dejó la puerta abierta, probablemente pensando que Nathan entraría en el coche en cualquier momento. Ya éramos dos.

—Hola, Nikki.

—¿Podemos hablar un minuto? —preguntó, echándome una mirada rápida, pero sin hacer contacto visual. Nathan me miró a los ojos y yo asentí, esperando que fuera breve. Un minuto no le hace daño a nadie.

La chica que llegó con Dominique saludó a Nathan y fue a reunirse con sus amigas dentro del restaurante. Caleb tomó las bolsas de Nathan y me las pasó.

Dominique se alejó unos pasos del auto para tener privacidad. Parecía consternada. Caleb cerró la puerta. Y ahora no iba a poder escuchar su conversación. «¡Caleb!».

Un minuto se convirtió en quince malditos minutos y Nathan por fin se reunió conmigo en el auto con una extraña sonrisa.

—Lo siento mucho, Murph. —Tomó mi mano y la apretó. Asentí con la cabeza, disgustada, porque ¿en serio? ¿Tuve que esperar quince minutos en el auto para que hablara con su ex? No, demonios.

—¿Estás bien? —preguntó, aparentemente aliviado de estar de vuelta en el auto conmigo, pero todavía podía notar un poco de preocupación en sus ojos. Y yo no estaba bien. Estaba furiosa.

Apreté los labios y respiré profundamente.

—¿De verdad ya no hay nada de nada con ella? —No le iba a endulzar las cosas. Estábamos empezando y era mejor saber de inmediato cuál era su postura con ella. No quería ser la chica con la que salía para darse cuenta de que amaba a su ex y cabalgar al atardecer con ella.

—¿Qué? Por supuesto que terminamos —dijo, agarrando mi otra mano también—. Murph, mírame. —Lo miré con desgana—. Siento

haberte hecho esperar. No quería que nuestra conversación se alargara tanto. No dejaba de hacerme preguntas. Pensé que era mejor terminar ese incómodo intercambio para siempre. Porque ya terminé con ella, lo juro.

—De acuerdo —dije en un susurro. Confiaba en Nathan. No solo sabía que no mentía, sino que lo notaba en cómo mi estómago no se anudaba ni se sentía atacado por pequeños cuchillos calientes. Me había acostumbrado a dudar y a sentir todas esas cosas horribles cuando Thomas se explicaba sobre cualquier cosa. Como si mi cuerpo pudiera detectar las mentiras y reaccionara ante ellas—. ¿Estás bien?

Habíamos enfocado la conversación en mí, pero eso no significaba que Nathan no hubiera pasado también por una situación incómoda. Quería saber cómo se sentía al respecto.

—Ahora sí. —Me besó la mejilla y yo apoyé mi cabeza en su hombro.

—Juraba que tu ex era británica. No tenía ni idea de que vivía en Nueva York.

—La conocí unos meses después de que empecé a trabajar aquí. Cuando me trasladaron a Londres, mantuvimos nuestra relación. Yo seguía viajando a Nueva York por trabajo, así que nos veíamos bastante a menudo. Pero era prácticamente una relación a distancia en su mayor parte —me explicó. No le había pedido ninguna explicación sobre su relación, pero agradecí que se abriera conmigo. Fue reconfortante.

—¿Por eso terminaron? ¿La larga distancia?

—Sí, y no. La larga distancia siempre es difícil, pero, a fin de cuentas, la razón por la que rompimos fue que ella quería casarse. Y yo no —respondió, respirando profundamente. Era como si estuviera reviviendo el estrés de su relación solo por hablar de ella—. Nikki es un año mayor que yo. Llevábamos tres años saliendo. Pensó que comprometerse era lo obvio, el siguiente paso.

Pensar en Nathan comprometido con otra persona hizo que mi nivel de glucosa cayera.

—¿Cuándo terminaron?

—A mediados de agosto.

«Maldita sea».

Nos estacionamos afuera de mi edificio y Caleb nos ayudó a llevar algunas bolsas de comida a mi casa. Todavía había gente llevando muebles al departamento de William. Podía ver a Alice caminando de

un lado a otro en la distancia, pero William por suerte no se veía por ninguna parte. No necesitaba más drama.

Puse rápidamente la mesa mientras Nathan desempacaba la comida. Sin embargo, todavía tenía curiosidad por algunas cosas sobre su relación con Dominique.

—¿Por qué no querías casarte? No me malinterpretes, me alegro de que no lo hicieras —dije con una risa nerviosa—. Solo me pregunto por qué.

—No lo sé. No lo veía. No estoy particularmente en contra del matrimonio. Es difícil de explicar, pero me sentía destruido cada vez que pensaba en ello. No quería hacerlo solo para hacerla feliz. Quería sentirme feliz también. Y estaba claro que no lo era con ella.

Yo nunca había pensado en el matrimonio. Era una de esas cosas que uno supone que puede o podría suceder en algún momento, pero fue entonces cuando me di cuenta de que la relación anterior de Nathan había sido importante y me asustó pensar que podríamos estar en diferentes etapas de nuestras vidas.

Y ni pensar en el tema de tener hijos. Me parecía aterrador.

—¿Se molestó? ¿Por verte con otra persona? —Necesitaba saber si ella iba a ser un problema para la relación. O si iba a tratar de interponerse de alguna manera.

—Se decepcionó —respondió, sirviendo un montón de comida en mi plato—. Cuando rompimos, aparte de decirle que no estaba preparado para el matrimonio, le dije que necesitaba estar solo un tiempo. Eso es lo que pensé que necesitaba. Se sorprendió al verme con otra persona tan pronto. Tampoco dejaba de preguntarme tu edad. Creo que estaba bastante perturbada por lo joven que eres.

Arrugué el entrecejo. Esperaba que Nathan estuviera listo para tener una relación después de haber salido de otra tan recientemente. De una seria, para ser exactos. Una cosa es pensar que estás preparado y otra es estar preparado. No quería que me hicieran daño. Pero él leyó mi expresión en un instante.

—El día que te conocí fui sincero contigo. Te dije que no te esperaba. —Dejó los palillos y me tomó de la mejilla—. Has sido la mejor sorpresa de mi vida. Se levantó un poco de la silla y se acercó para besarme la mejilla.

Me quedé mirando sus pálidos ojos verde ceniza durante unos segundos y luego sonreí con un poco de timidez. No podía creer que ese tipo estuviera sentado frente a mí. Era perfecto. Necesitaba confiar

en él y relajarme.

Después de mi relación con Thomas y los pocos contratiempos que pasé con William, pensé que tendría dificultades para confiar en alguien nuevo. Pero no era el caso con Nathan. Cada palabra que salía de su boca exudaba honestidad. Podía sentirlo en mis huesos. Volví a sonreír.

—Este plato es una locura. —En mi plato había un poco de todo lo que pidió, que era mucho. Además, la sopa miso se veía increíblemente buena.

Nathan me explicó qué era cada cosa antes de que la probara. Él amaba ese lugar. No paraba de gemir de placer cada vez que se metía algo en la boca, diciendo una y otra vez lo buena que era la comida. Me mantenía distraída, eso sí. Incluso me burlé de él.

—El uni estaba delicioso —coincidí con él. No pude terminarme todo lo de mi plato, pero lo probé todo.

—Me da gusto que te haya gustado. ¿Sabes?, el uni se considera afrodisiaco.

Me lanzó una sonrisa pícara y mi interior se derritió.

—¿Ah, sí? No creo que necesite motivación extra —me reí—. Verte comer tu sushi favorito fue suficiente.

Se levantó y empujó su silla hacia atrás, levantándome de mi asiento.

—¿Ah, sí? —Me cargó y caminó hacia mi habitación—. Bueno, yo comí un montón de uni y descubrí que soy bastante susceptible a sus efectos —me susurró al oído—. Espero que tú también lo seas. Solo tengo que hacer una comprobación rápida.

Después de que me mostrara lo susceptible que era al uni, no tuve más remedio que añadirlo a mi top tres de comidas favoritas de todos los tiempos.

CAPÍTULO 24

Un suéter crema y una sudadera verde

3 de diciembre de 2009

Eran unos minutos después de las cuatro de la tarde y acababa de llegar de la escuela con Nolan. Íbamos a trabajar en nuestros proyectos juntos. Salimos del elevador y vimos a Eric sentado en el suelo, apoyado en la puerta de William. Tenía la frente sobre las rodillas.

—¿Eric? —lo llamé, yendo hacia él—. ¿Estás bien?

—Hola, Billie —respondió con un ligero temblor de los labios. Tenía los ojos vidriosos. Le di a Nolan la bolsa de mi cámara y las llaves de mi departamento, y le dije que iría en unos minutos.

—¿Qué ocurre? —Me senté en el suelo junto a Eric, que ya estaba llorando. Lo abracé y él me devolvió el abrazo—. Por favor, dime qué está pasando. —Temí que alguien hubiera muerto y él no me decía quién.

—Mis papás se van a divorciar —dijo entre sutiles jadeos. Estaba devastado—. Por eso me mudé con Tobias.

«¿Entonces por eso se mudó William?». Mi parte tonta y banal había pensado que William quería estar más cerca de mí. Pero no era el caso. La situación lo obligó a mudarse para hacerle espacio a Eric. Constantemente malinterpretaba las acciones de William.

—Oh, Eric. Siento mucho oír eso. —Me separé del abrazo y le puse

la mano en la espalda—. ¿Te acabas de enterar?

—Al parecer, fui el último en enterarme. No entendía por qué me iba a mudar con Tobias. No me molesta. Me hace ilusión, de hecho. Pero mi mamá no quería que me mudara hasta que cumpliera dieciocho años y cumplo dieciséis en febrero. Por eso no entendía.

—Pero ¿por qué tienes que mudarte? ¿No puedes seguir viviendo con tu mamá?

—Se fue. —Esas dos palabras parecían haberle hecho mucho daño —. Se fue a Estocolmo hace unas semanas. No sé cuándo volverá y mi padre siempre está trabajando en Los Ángeles. No querían que viviera solo en su departamento. Acabo de hablar con ella y me lo explicó todo —dijo Eric, resoplando—. Estoy muy enojado con mis hermanos porque no me lo habían dicho. Todo el mundo sigue tratándome como un puto niño. Estoy harto.

Respiré hondo porque me identificaba con ese sentimiento.

—Entonces, ¿estás esperando a que llegue William?

—Se supone que los cuatro nos vamos a reunir aquí para hablar de esto. Están por llegar en cualquier momento —explicó con la voz quebrada de nuevo. Se me partió el corazón. No creo que nadie quiera que sus padres tengan problemas y se separen, pero cuanto más joven eres cuando sucede, más difícil debe ser entenderlo.

Le pregunté a Eric si quería esperar en mi departamento. No me gustaba verlo sentado solo en el piso cuando sabía que se sentía tan triste. Eric entró y preguntó si podía usar el baño.

William y Tobias salieron del elevador cuando estaba a punto de cerrar la puerta de mi departamento. No había hablado con William desde que acordamos no ser amigos en esta vida ni en ninguna otra.

Por lo general oía que se cerraban las puertas o el débil sonido de la guitarra de William, especialmente por la noche, así que sabía que oficialmente vivía a mi lado, pero no nos habíamos encontrado hasta ahora.

—¡Billie! —dijo Tobias, caminando hacía mí.

William se acercó a mi puerta con un suéter crema de cuello redondo y jeans. Me besó las dos mejillas. «¿De verdad?». Tobias resopló con una leve risa mientras yo me quedaba de pie con aspecto de robot fuera de servicio, sin saber cómo reaccionar a la forma habitual de William de saludarme. Sin embargo, su colonia casi me hizo caer de espaldas. Era embriagadora, como era de esperar.

Sacudí la cabeza un par de veces con la esperanza de volver a la

realidad.

—Eric está en el baño. Estaba bastante triste cuando llegué hace unos minutos. Me contó lo del divorcio de sus padres. Lo siento mucho. Sé lo unidos que son. —William no dejaba de mirar la sudadera que llevaba puesta, analizándola.

—Sí, es bastante complicado —dijo Tobias—. No lo vi venir.

También llegó Joel. Estaba caminando hacia nosotros cuando Eric salió del baño y miró a sus hermanos entornando los ojos, enrojecidos e irritados; su piel pálida estaba manchada por el llanto.

—Hola, Billie. —Joel me abrazó. Nos habíamos hecho íntimos. Nathan y yo los veíamos a él y a Lily a menudo. Sus gestos parecieron sombríos cuando notó lo triste que se veía Eric.

—Te veré en el gimnasio dentro de unas horas —dijo Tobias.

—Oh, cancelé mi clase de hoy —respondí—. Tengo que hacer un montón de tarea.

William echó una última mirada a mi sudadera, frunció los labios ligeramente y se disculpó para abrir la puerta de su departamento.

«¿Cuál es su problema?».

Abracé a Eric.

—Todo va a salir bien. Sabes que siempre estoy aquí para ti si necesitas algo. —Él forzó una sonrisa. Joel se giró para mirarme y articuló un «Gracias» mientras tomaba a Eric de los hombros y lo conducía al departamento de William.

Nolan se había ido hacía más de una hora cuando oí que llamaban a mi puerta. Nathan estaba en el trabajo, así que sabía que no era él. Vi por la mirilla. Era William. Todavía llevaba puesto el suéter crema que le quedaba tan asquerosamente bien.

—Hola, vecino. ¿Necesitas una taza de azúcar? —bromeé cuando abrí la puerta.

Aj. No se rio ni sonrió ni hizo ningún gesto. Probablemente tenía diferentes variedades de azúcar elegante para elegir.

Respiró una vez, fuerte y rápidamente.

—Por favor, quítate eso —dijo, señalando mi sudadera de Hammarby con la barbilla.

—¿Perdón?

—No te queda bien. —Frunció el ceño—. Es demasiado grande.

—Es verde. Es cálida y acogedora. Me gusta. —Me encantaba el

verde.

Ni siquiera sabía qué era Hammarby antes de conocer a Nathan, pero me encantaba usarla. Olía a él. Pero William ya sabía que no era mía y, aparentemente, eso era lo que le molestaba, que yo usara la ropa de Nathan.

Recordaba lo mucho que le gustó que me pusiera su camiseta blanca cuando pasé la noche en la casa de campo. No le molestó que me quedara demasiado grande. En realidad, le gustaba, si no mal recuerdo.

—No me voy a ir hasta que te la quites. —Cruzó los brazos; le creía.

Nathan me había contado que todos eran fans acérrimos del Hammarby. Se reunían a ver algunos partidos, pero William nunca iba. Me entristecía pensar que se negaba a ver un partido de futbol con sus hermanos porque Nathan estaba allí. No podía evitar sentir que era mi culpa.

—William, por favor —dije y me reí. Estaba siendo inmaduro. Aunque no sabía qué sentimientos habrían hervido en mi interior si él le prestara su ropa a alguna otra chica.

Ninguno. La respuesta debería haber sido ninguno. Probablemente lo odiaría en secreto, por supuesto. Pero esa no era la cuestión. Él sabía que yo estaba con Nathan. ¿Qué esperaba?

—Me quedaré aquí toda la noche si es necesario —dijo, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados y un tobillo delante del otro, plantado.

Hacer que respetara mi relación con Nathan iba a ser más difícil de lo que pensaba. Pero no podía permitir que se quedara ahí parado para siempre. Sabía lo testarudo que podía ser, y sabía que yo tampoco era lo suficientemente fuerte físicamente para empujarlo. Cuando quería actuar como un árbol, era una secuoya. Imposible de mover.

Por desgracia, no estaba borracho como cuando había tratado de besarme en el solsticio de verano. Ese día fue más fácil apartarlo.

Me quité la sudadera y la dejé en la mesa del recibidor. Llevaba una camiseta blanca de manga larga debajo.

—¿Algo más? —pregunté.

William alzó ligeramente la comisura derecha de la boca, con cara de triunfo.

—¿Aceptas peticiones? Tengo una lista, ¿recuerdas?

—No —respondí, sin poder contener una sonrisa.

—Espera. —Avanzó unos pasos y me quitó la liga del cabello, haciendo que cayera sobre mi espalda, lanzándome los recuerdos y sentimientos a la cara como una bofetada fría y dura.

—Me encanta esa liga —protesté. Intenté quitársela, pero William la sostuvo sobre su cabeza. No iba a hacer el ridículo de empezar a saltar como un perro de circo.

«Pues quédatela».

—Sabes que me gusta tu cabello suelto. —Me ofreció la sonrisa más juguetona del mundo—. ¿Quieres intercambiar? —preguntó, mirando la sudadera de Nathan.

—¡Nunca! —Agarré la sudadera y la abracé. Me daba miedo que me la arrebatara también.

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua un par de veces con desaprobación. Mis ojos siguieron sus manos mientras se ponía mi liga en la muñeca; se dio la vuelta para irse. Era todo tan agridulce.

—¿Eso es todo? ¿Para eso viniste a buscarme? ¿Para que me quitara la sudadera y me robaras la liga?

—Sí. —Regresó y se paró justo donde estaba antes, ni un paso más adelante. No lo había invitado a entrar. Ni pensaba hacerlo. Él ya lo sabía.

—Por lo menos dime cómo está Eric.

—No está bien. —William dirigió la mirada al suelo con el ceño fruncido—. Ahora mismo está enojado y decepcionado. Tardará un tiempo en entenderlo. Es normal, supongo.

—¿Y cómo estás tú?

—Yo hace tiempo que sé de sus problemas. Joel también. Más o menos lo vi venir. Soy cercano a mi padre. Hablamos mucho sobre este tipo de cosas. Tobias y Eric no tenían ni idea.

—Todavía no me respondes. —Quería actuar como si estuviera bien, pero me daba cuenta de que la situación lo había conmovido también. Intentaba ser fuerte por sus hermanos, pero no era su carga.

—Estoy bien. Solo decepcionado. Mi madre no pudo lidiar con la profesión de mi padre, que también es mi profesión. Y algunas otras cosas de las que no puedo hablar. —Desvió la mirada—. Te pone a pensar.

Su padre siempre estaba fuera por trabajo durante largos periodos de tiempo. Solo lo había visto dos veces desde que me mudé a Nueva York. No debe haber sido fácil para su madre.

—Estoy segura de que todo saldrá bien —dije y mis labios se convirtieron en una sonrisa tensa.

William asintió una vez, pero parecía incómodo con la conversación. Hablar así de sus sentimientos no era su fuerte. Le costaba trabajo.

—Gracias por hablar con Eric. Que tengas buenas noches, Guille. —Se alejó cinco ridículos pasos de donde estaba parado y llegó a su puerta—. No te atrevas a volver a ponerte la sudadera de nuevo —dijo con una sonrisa—. Te traeré una nueva. Tu primera sudadera de Hammarby. También va a ser verde y acogedora. —Me guiñó un ojo y rápidamente se rozó el labio inferior antes de desaparecer en su departamento mientras una voz traicionera dentro de mi cabeza me sugería que me tocara el labio inferior tal como lo había hecho él. Ignoré esa voz, por supuesto. En su lugar, me volví a poner la sudadera de Nathan.

«¡Ay! ¡Odio a William Sjöberg!».

Pero odiaba aún más que no fuera ni tantito cierto.

CAPÍTULO 25

Una caja verde

11 de diciembre de 2009

Íbamos a celebrar el cumpleaños de Nathan yendo a cenar con Lily y Joel. Llevaría su regalo a que lo envolvieran profesionalmente. Estaba segura de que iba a hacer un desastre si intentaba hacerlo yo misma. Estaba muy emocionada por el regalo de Nathan. Sabía que le encantaría.

—Te ayudo a cargarlo —dijo Caleb, saliendo del coche. Abrió la cajuela y sonreí cuando lo vi de nuevo. Era un retrato mío de 20 por 20 pulgadas. Normalmente los imprimía de 40 por 40, pero no quería parecer demasiado intensa y territorial dándole un retrato enorme de mí misma. Quería que fuera discreto, sin ser demasiado pequeño.

Caleb lo cargó y me siguió adentro de la tienda. Lo puso cuidadosamente sobre el mostrador y un empleado de la tienda con un delantal azul claro se acercó a nosotros rápidamente después. Gary.

—¡Guau! Buena toma —dijo Gary—. ¿Lo quieres envuelto o solo con un gran moño?

—Eh, ¿ambas cosas? —Quería que Nathan lo desenvolviera sin saber qué era. Gary sugirió envolverlo en papel kraft natural, con un moño azul marino de cinta sedosa.

—Me llevará unos quince minutos. Hay una zona de espera en el mezanine. O siéntanse libres de echar un vistazo. No tardaré mucho.

Caleb me siguió mientras caminaba por el lugar, mirando diferentes papeles, cintas y lazos. Era una tienda preciosa.

—¿Quién te tomó esa fotografía? ¿También me vas a dar una en mi cumpleaños? —Caleb se rio—. Sé exactamente dónde colgarla.

Le di un codazo en el brazo de forma juguetona.

—No. Ya compré tu regalo de cumpleaños. —Su cumpleaños era hasta marzo, pero, cuando lo vi, lo compré.

Parecía sorprendido, pero no sé por qué si sabía lo mucho que me importaba.

—Y me hice el retrato con un tripié. Nolan insistió en tomármelo, pero pensé que sería más especial si lo hacía yo misma. Tuve que ir y venir muchas veces hasta que conseguí la iluminación correcta.

—No creo que sea justo que tú tengas un retrato mío y yo no tenga uno tuyo —dijo Caleb, tamborileando los dedos sobre el mostrador, actuando como si estuviera indignado.

Era cierto.

Yo tenía el retrato de Caleb que tomé en París. Y era precioso. Mirarlo siempre me hacía suspirar. Se veía tan guapo. Imprimí una foto de cuatro por seis pulgadas y lo guardé en mi caja de recuerdos de París, donde guardaba muchas otras fotografías.

—Bueno, la vida no siempre es justa —respondí riéndome—. Pero buen intento.

Miré hacia Gary y me di cuenta de que ni siquiera había empezado a envolver el retrato. Entonces sugerí subir al mezanine para esperar a que Gary terminara.

Caleb se puso detrás de mí cuando me senté en el *loveseat*. Miré por encima de mi hombro y le dije:

—¿No puedes sentarte un minuto?

—¿Cuándo me he sentado con usted, señorita Murphy? —preguntó juguetonamente. Estaba de un humor fabuloso. Llevaba un tiempo de muy buen humor, me había dado cuenta.

—Puedo recordar algunas veces —dije—. ¿Cuando me esguincé el tobillo y te sentaste junto a mi cama en el hospital? Y en el Bassin Octagonal, en nuestro último día en París. ¿Te acuerdas?

—Ese día fue una excepción —respondió—. Era tu cumpleaños.

—Y la vez afuera de la iglesia en el aniversario de la muerte de mi madre. Era tu primera semana de trabajo. Te sentaste conmigo y hablamos un rato antes de irnos.

—Oh, sí. Así es. —Su mirada se desvió hacia el recuerdo—. Claro que recuerdo ese día. Era un día difícil para ti. No podía permitirlo. No durante mi guardia.

—Lo sé. —Sonreí. Había sido tan amable conmigo ese día. Fue nuestra primera conversación. Nos miramos fijamente por un segundo, recordando, supongo. Pero aparté la mirada y dije—: Ay, por favor, siéntate. Solo por unos minutos. —Le di dos golpecitos al asiento de al lado—. Aunque tal vez quieras catear a la viejita que está junto a las cintas. Se ve peligrosa.

Se rio, pero miró a la pobre señora antes de sentarse junto a mí. «Dios».

Caleb recordó una historia de uno de los chefs que llevaba un pastel enorme para un evento y cómo se cayó de sentón y arruinó el pastel. Recreaba los gestos del chef y yo no podía parar de reír.

—El karma es terrible —dije entre risas—. Qué malo eres.

Mi teléfono sonó.

—Hola, tú —dije con una sonrisa. Caleb puso la cara de chef de nuevo y yo me reí.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Nathan, riéndose un poco. Me puse de pie y me alejé para poder concentrarme en la llamada. Caleb también se levantó.

—Lo siento. Caleb me está haciendo reír. ¿Listo para esta noche? —Estaba emocionada por celebrar su cumpleaños y aún más por darle su regalo.

—De eso quería hablarte. Por cierto, ¿dónde estás? —Sonaba sombrío.

—Solo estoy haciendo unos pendientes. ¿Qué querías decirme?

—Estoy atascado en la oficina. Hay un maldito inconveniente que necesitamos arreglar de inmediato y no puedo irme hasta que se solucione. Así que, al parecer, no podré llegar a tiempo a la cena con Lily y Joel. Ya les avisé. Pero seguro que los veré en cuanto termine. No me importa lo tarde que sea. Quiero estar contigo a medianoche.

—¿Lo prometes? Quiero ser la primera en desearte feliz cumpleaños.

—Te juro que haré todo lo que esté en mis manos para salir lo antes posible. Lo siento mucho, Murph. —Se notaba que estaba frustrado.

—No te preocupes. Te esperaré, ¿sí?

—Sé que ha sido una semana de locos, pero así es cada año justo antes de Navidad. —Suspiró. Estaba muy estresado por el trabajo—. No puedo dejar de pensar en ti. Te extraño.

Entre mis finales y su loco horario, no nos habíamos visto mucho.

Lo único que quería era sentir sus brazos alrededor de mí y sus labios derritiéndose sobre los míos.

—Yo también te extraño.

—Sé que mañana es mi cumpleaños, pero tengo una sorpresa para ti. Sé que te va a encantar.

—¿Qué es? —La intensa curiosidad ya me carcomía por dentro.

—Por eso es una sorpresa. De verdad me tengo que ir, pero te veré más tarde, ¿sí?

—De acuerdo, suena bien.

—Señorita Murphy, llegó un paquete para usted —dijo Aaron cuando volvimos de la tienda. Caleb llevaba el regalo de Nathan y Aaron sostenía una gran caja verde oscuro—. Le ayudaremos a llevar todo arriba.

Caleb puso el regalo de Nathan sobre una silla en el recibidor. De esa manera sería lo primero que vería Nathan al entrar. Aaron dejó la caja verde en la mesa del recibidor.

La caja en sí era preciosa. La llevé a mi habitación y la abrí. Adentro había un hermoso vestido de noche y dos sobres plateados. Saqué el vestido y lo extendí sobre mi cama. Era un vestido negro, sin tirantes, de terciopelo. El escote recto y cruzado tenía una gruesa franja blanca de terciopelo también. El dobladillo del vestido tenía un fino cordoncillo blanco alrededor. La etiqueta del vestido decía Enzio de Luca. No era de extrañar que pareciera tan caro.

Abrí uno de los sobres plateados y había un solo boleto para *L'Elisir d'Amore*.

«¡Dios mío, Nathan!». Era un regalo inesperado. William me había dicho que las dos fechas estaban agotadas. Estaba impresionada por el ingenio de Nathan. Sabía lo mucho que quería ir.

Metropolitan Opera
L'Elisir d'Amore
Viernes 11 de diciembre de 2009, 8:00 p.m.
Palco 26 Fila 1 Asiento 1

El segundo sobre plateado tenía una pequeña nota impresa.

Sé lo mucho que te gusta L'Elisir d'Amore, y nada me gustaría más que ser quien te lleve al Metropolitan Opera por primera vez. Estoy un poco atorado con el trabajo, pero te prometo llegar antes de que empiece. El vestido te va a quedar espectacular. No puedo esperar a verte con él puesto. Lo elegí yo mismo.

—¡Quanto è bella, quanto è cara!
Più la vedo e più mi piace…

Me dolía la quijada de tanto sonreír. Las dos últimas líneas eran parte de un aria en la que Nemorino canta sobre Adina:

¡Es tan hermosa, es tan dulce!
Cuanto más la veo, más me gusta…

Nathan me conocía muy bien.

El vestido me quedaba perfecto. Estaba convencida de que Nathan le había pedido a Lily que le ayudara con mi talla. La tela era deliciosa, suave y flexible, lo que hacía que fuera un vestido muy cómodo. Llevaba el cabello recogido en un chongo bajo y elegante, y mis labios no podían ser de otro color que rojos.

La ocasión justificaba que sacara de la caja fuerte los aretes de diamantes con forma de gota de mi madre. Completaban el atuendo maravillosamente. Nunca me los había puesto.

Aaron, Caleb y David iban a llevarme a la ópera. Como se esperaba que asistiera mucha gente, querían mantener la seguridad más estricta esa noche. Y no me importaba. Estaba tan feliz y emocionada de ir al Metropolitan Opera con Nathan que hasta Big Mike podría haber ido y no me habría importado.

Me bajé del coche justo delante de Lincoln Square y me quedé impresionada por la extraordinaria arquitectura.

Aaron y Caleb me acompañaron al interior mientras que David se quedó en el auto. «Por si acaso», dijo Aaron.

Llegaron más personas, todas con esmoquin y hermosos vestidos de noche. Me moría de ganas de ver a Nathan arreglado. Se iba a ver

muy guapo.

«Palco veintiséis».

Aaron lo inspeccionó rápidamente antes de que entrara. Estaba vacío. Fui la primera en llegar. La vista desde nuestro palco era increíble. Tomé mi asiento y decidí enviarle un mensaje a Nathan, pues eran casi las 8:00 p.m.

Yo: ¡Hola, tú! ¿Estás en camino?

Las luces se apagaron y la orquesta comenzó a tocar la obertura. Esperaba que Nathan hubiera podido salir del trabajo. No quería quedarme sola. Esperaba que estuviera en camino.

La puerta se abrió detrás de mí y vi que entraba una silueta que caminó hacia mí.

—*Hej, älskling* —susurró William, sentándose a mi lado. Me besó las mejillas lentamente—. Te ves impresionante. Sabía que ese vestido te quedaría perfecto.

«William, hijo de…».

Mi teléfono vibró en mi mano.

Nathan: Murph, estoy en una conferencia telefónica. No puedo contestar. Te llamaré más tarde.

«Mierda».



CAPÍTULO 26

Quanto è bella, Quanto è ingenua

¿Qué palabra es más fuerte para decir furiosa? ¿Encolerizada? Sí. Podía sentir la indignación serpenteando por mis venas, llenando cada célula de mi cuerpo y haciendo hervir mi sangre. Debería haberlo sabido. La mención de Nathan de una sorpresa me hizo creer que él era quien había enviado la caja verde.

Caer en la trampa de William me hizo sentir estúpida e ingenua.

Después de ver el hermoso vestido, respiré hondo y me levanté para irme. William me tomó de la mano.

—Quédate.

—No. —Me dirigí hacia la puerta, pero él me sujetó suavemente del brazo antes de que pudiera agarrar la manija.

—Estás aquí. Ya empezó. Te ves hermosa, por cierto. —Sonrió y siguió mirándome de los pies a la cabeza, analizando el vestido que él había elegido para mí. No Nathan.

—Nathan va a estar furioso. Yo estoy furiosa. ¿Por qué lo hiciste?

Sin mencionar lo ridículamente guapo que se veía William. Enloquecedor, maldición. Ese esmoquin… Ese olor… Esa cara.

Enciérrenme en una torre y tiren la llave. No merecía salir en años. Era demasiado estúpida para vivir en el mundo real.

—Porque amas esta ópera y es la primera vez que vienes. Por eso lo hice. —La orquesta que tocaba de fondo hacía que la situación se sintiera más dramática de lo que ya era—. Estoy seguro de que Nathan querría que te quedaras. Él debe saber lo mucho que la querías ver.

Por favor, tomemos asiento —insistió.

Me pellizqué el puente de la nariz y sacudí la cabeza con incredulidad. ¡No quería irme! Pero me sentí engañada. No, me había engañado.

—Pensé que no querías ser mi amigo. —Me encontré con su mirada.

Se rio.

—No lo entiendes, ¿verdad? Estoy siendo amistoso. Es diferente.

Caleb abrió la puerta.

—¿Está todo bien, señorita Murphy? —preguntó con una mirada mortal que llevaba el nombre de William.

«No estoy bien. No sé qué hacer».

—Eh, sí. Solo…

—¿Quiere irse, señorita Murphy? —La mirada de Caleb estaba fija en mí. Sabía lo que estaba pasando. Podía verlo en sus ojos. Ambos, William y Caleb, se negaban a quitarme los ojos de encima, esperando mi respuesta.

«¿Sí o no? ¿Me quedo o me voy?».

La orquesta continuó con *Quanto è bella*.

—Maldición —dije en voz baja, sintiéndome derrotada. Miré al suelo y me rocé la frente mientras pensaba qué hacer. Me asomé y vi a Rolando Villazón saliendo del escenario. «Maldición, efectivamente». ¿Cómo iba a irme ahora?

—Se queda —respondió William, poniendo las manos sobre mis hombros y conduciéndome hacia nuestros asientos—. Gracias, Caleb.

—Señorita Murphy. —Caleb insistió en mi confirmación.

Estaba avergonzada de mí misma por querer quedarme, pero era una de mis arias favoritas cantada por el mismísimo Rolando Villazón. Miré por encima de mi hombro y asentí rápidamente hacia Caleb, negándome a hacer contacto visual con él. Me senté y no miré hacia atrás porque no quería verlo juzgarme por haber decidido quedarme.

—¿Por qué no disfrutas hoy y mañana vuelves a fingir que me odias? —me susurró William al oído—. Ya sabes, así como sigues fingiendo que Nathan te gusta más que yo.

—¡Basta! —le susurré. Si planeaba molestarme de esa manera durante las próximas tres horas, me sería imposible aguantar la obra. Tres horas. Al lado de William. Tragué saliva con fuerza cuando lo pensé.

Respiré hondo y traté de desconectarme de la situación, y en

cambio me concentré en la interpretación. Pero no dejaba de pensar en que *Una furtiva lagrima* no saldría sino hasta los últimos veinte minutos del segundo acto. Y no ver a Rolando Villazón cantándola sería una tragedia. Necesitaba hablar con Nathan y hacerle saber dónde estaba y que pensaba quedarme.

Le mandé un mensaje cuando terminó *Quanto è bella*.

Yo: Sé que estás ocupado. Siento mucho seguir molestándote, pero pasó algo y necesito contarte.

Pasó media hora y no hubo respuesta de Nathan. William se comportó y pareció disfrutar la ópera. Seguía la traducción en la pantalla y se rio un par de veces con el aria de Dulcamara, en la que hace la lista más larga y sospechosa de los efectos milagrosos de su poción. Finalmente, convence a Nemorino de que la compre para que Adina se enamore de él.

Yo no dejaba de ver la pantalla de mi teléfono, pero aún no había respuesta de Nathan.

Y así, noventa minutos pasaron como si nada y bajó el telón para el intermedio.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó William.

Acepté. Tenía la garganta seca y necesitaba estirar las piernas.

Salimos de nuestro palco y William me condujo por los pasillos. Aaron y Caleb nos siguieron de cerca.

—¿Por qué la prisa? —me quejé— No puedo seguirte el paso. Quería echar un vistazo al lugar. Era precioso.

—Es mejor que no nos detengamos —respondió él, manteniendo la cabeza hacia abajo. Supongo que no quería que lo reconocieran. Recordé lo que Joel nos dijo acerca de lo loco que podía llegar a ser salir con William.

Algunas personas nos miraban e incluso vi que una mujer joven señaló a William mientras pasábamos por un bar. Me pregunté por qué no nos deteníamos en ese lugar, porque había dicho que íbamos a tomar algo.

Nos dirigimos a la planta superior y caminamos hasta una puerta que estaba justo al lado de las escaleras.

Sala de patrocinadores.

Entramos y encontramos a unas cuantas personas que estaban

pasando el rato.

La sala privada estaba dividida en dos salones interconectados, elegantes y de decoración clásica. Uno tenía paredes de color ciruela con sofás de color beige y una barra de madera. El otro espacio tenía paredes de color gris con sofás grises y color ciruela. Había enormes ventanales con hermosas vistas de la ciudad.

—¿Eres patrocinador? —le pregunté a William.

Un mesero se acercó a nosotros y nos ofreció champán. William tomó dos copas y me dio una.

—Desde hace poco, sí —respondió casualmente—. Skål.

Golpeó su copa contra la mía y le dimos un largo sorbo.

—No sabía que eras donante. —Me pregunté si me arrestarían por beber siendo menor de edad. Eso habría rematado mi noche muy bien.

—Como se agotaron los boletos para el evento, tuve que hacer una gran donación.

«¿Hizo eso solo para traerme a mí?». No podía creer lo que estaba escuchando.

Apenas le había dado unos sorbos a mi copa cuando otro mesero se acercó con más champán y cambió la copa vacía de William por una nueva.

—¿Tienes sed? —pregunté, sonriendo.

—Me muero de sed. —Me devolvió la sonrisa—. Tuve un día estresante.

—¿Por qué? ¿Por motivos de trabajo?

—En realidad no. —Vació la mitad de su copa de un solo trago.

«Mmm». William siempre era demasiado vago para mi mente curiosa.

Me miré.

—Es un vestido precioso. ¿Dijiste que lo elegiste tú mismo?

—Por supuesto. Me mostraron unas cuantas opciones, pero estaba indeciso entre este y un vestido azul muy sexy, que tenía un escote en V… —me picó la panza un par de centímetros por encima del ombligo — hasta aquí. Y me tentaba verte con él puesto. Quizá en otra ocasión.

No iba a haber otra ocasión. Había aprendido la lección. Estaba haciendo una lista minuciosa de los trucos de William.

Levantó una ceja y se lamió los labios antes de dar otro sorbo a su champán.

—Fue divertido elegir algo para que te lo pusieras tú.

—William Sjöberg. Te apasiona la moda, ¿verdad? —Sonreí y él

puso los ojos en blanco.

Era evidente. William siempre estaba impecable, pulcro, perfectamente vestido para la ocasión. E incluso sus camisetas blancas no eran de cualquier tipo de algodón. Eran suaves pero resistentes. Lo sabía porque yo me había puesto una y recordaba cómo se deslizaba sobre mi piel como si fuera mantequilla.

—Por cierto, ¿cómo sabías mi talla de vestido? ¿Le preguntaste a Lily? —Me quedaba como un guante. Y era suave, suave, suave.

—¿A Lily? —Hizo una mueca, casi escupiendo su nombre. Como si reclamara que me atreviera a hacer esa pregunta—. Te olvidas de que ya te he tenido en mis brazos. Cuando nos besamos en la alberca, adquirí una noción precisa de tu tamaño. —Torció la boca en una sonrisa perversa.

Abrí los ojos de par en par.

Me mordí el labio y miré hacia otro lado, tratando de alejar los recuerdos del beso en la alberca. Se acercó un paso hacia mí.

«Alto». Pero no hice nada para detenerlo. Mi mente había monopolizado mi energía y paralizado el resto de mis funciones corporales.

—Tienes algo en el cabello —dijo con el ceño fruncido—. ¿Puedo?

—Claro. —Seguí los movimientos de su mano con los ojos.

Sacó las dos horquillas con incrustaciones de perlas que sostenían mi peinado y mi cabello cayó sobre mis hombros.

—¡William! —Cerré los ojos y exhalé lentamente. Extendí la mano y me las dio—. Gracias. —Las metí en mi bolsa.

—Insistes en recogerte el cabello. —Sonrió como si disfrutara mi reacción, como si planeara hacerlo cada vez que pudiera y no le importara.

Mi teléfono vibró. Era Nathan. Negué con la cabeza a William y me alejé para responder la llamada. Unas cuantas personas se acercaron a William para hablar con él. Una mujer incluso sacó su teléfono para tomarse una *selfie*. William sonreía, pero se notaba que era forzada. No eran las sonrisas reales que había visto en su cara muchas veces.

—Murph, siento no haberte llamado antes —dijo Nathan con voz apresurada—. Pero por fin salí. Voy camino a tu casa.

—Nathan, espera…

—¿Todo bien?

Una losa de acero cayó sobre mí. Sonaba agotado y ahora tenía que empezar a explicarle lo que pasó. Mientras, William me miraba desde

lejos con «esa» mirada. La misma que recordaba de cuando nos besamos en la alberca. Y en su habitación. Y en el auto.

«¡Mira hacia otro lado! ¿Por favor?».

Me aclaré la garganta, bebí lo que quedaba de mi champán y comencé a hablar.

—Eh, ¿te acuerdas de que mencionaste algo sobre una sorpresa? —Me resultaba difícil decirlo. También estaba avergonzada por lo que había pasado.

—Sí, amor. Te enseñaré qué es en cuanto llegue.

—Bueno, me temo que hubo una especie de confusión. —Miré a William y él todavía estaba mirándome. Sabía que estaba hablando con Nathan, pero su cara me decía que no le importaba—. Cuando llegué a casa hace rato, Aaron me dio una caja con un vestido, una carta y una entrada para la ópera de hoy en el Met. —Suspiré—. Pensé que era de tu parte. Pensé que era tu sorpresa.

—¿William? —preguntó. Pero supongo que ya sabía la respuesta.

—Sí. Lo siento muchísimo. Intenté llamarte tan pronto como William llegó en tu lugar, pero estabas ocupado, y después Rolando Villazón empezó a cantar y no pude encontrar la forma de irme. Pero te juro que lo haré ahora mismo si quieres. Me está matando que no estés aquí conmigo.

—Se le zafó un tornillo —dijo Nathan, evidentemente molesto.

—Lo siento. Me voy a ir. No debería haberme quedado.

—No. Ya estás vestida y a medio camino de esa cosa. William te engañó. No es tu culpa. Deberías quedarte. Sé perfectamente cómo es él. Ya me ocuparé de él más tarde.

—No me siento cómoda quedándome, sabiendo lo molesto que estás. No quiero causarnos ningún problema. Créeme. Yo también estoy enojada por cómo sucedió todo. Pero solo estoy tratando de disfrutar la oportunidad de estar aquí.

—¿Ya escuchaste tu canción favorita? ¿De la que me hablaste? —Suspiró.

—No. Sale hasta el final del segundo acto.

—Entonces, más razón para que te quedes hasta el final. Estaré en casa de Joel. Nos vemos ahí cuando vuelvas.

—Prometo estar ahí antes de medianoche. Todavía quiero ser la primera en darte un gran abrazo de cumpleaños. Te lo compensaré, lo prometo.

—Mmm. ¿Qué tenías pensado exactamente? —preguntó con un

tono pícaro. Me reí, sobre todo porque me sentí aliviada de escuchar que dejaba de hablar enojado.

—Muchas cosas. Pero tendrás que esperar.

—No puedo esperar a que vuelvas. Yo también tengo varias cosas en mente.

William señaló la salida con la cabeza y golpeó su reloj dos veces.

—El intermedio está a punto de terminar. Te veré más tarde, ¿sí?

—Por supuesto. Disfruta, amor.

William y yo volvimos corriendo al palco y, justo antes de que entrara, Caleb me pidió que habláramos. William entró solo.

—¿Segura de que todo está bien? —me preguntó Caleb. Apuesto a que no podía entender por qué había elegido quedarme con William.

—Sí, por supuesto. Hubo un pequeño malentendido, pero todo está bien.

—¿Pequeño? —preguntó alzando las cejas.

—Caleb, por favor. No tú también. Ya estoy malabareando con William y Nathan. No puedo hacer esto ahora mismo. Te juro que estoy bien —respondí con un toque de exasperación.

La fabulosa racha de buen humor de Caleb se había ido por el desagüe en un instante. Había intentado mantener la calma, pero no podía lidiar con él. Me había quedado sin memoria RAM, pero no quería que se sintiera mal por preocuparse por mí.

—Lo siento. —Suspiré—. Ha sido una noche extraña. Sé que solo te preocupas por mí.

—No hace falta que te disculpes. —Me abrió la puerta—. Adelante. Ya empezó.

Cuando me reuní con William, vi que estaba silenciando una llamada de Nathan. Tan solo pensar en que Nathan iba a llamar a William me ponía nerviosa, pero tenía que permitir que Nathan hiciera lo que tuviera que hacer para sentirse tranquilo. Confiaba en él.

Saber que al final escucharía *Una furtiva lagrima* me motivó durante el segundo acto. Habría podido irme después de hablar con Nathan por teléfono. Pero él me había dicho que me quedara y sabía que era sincero.

La ópera terminó por fin. Cuando salimos del palco, William me preguntó si quería conocer a Rolando Villazón.

—Lo siento, ¿qué? —estaba en *shock*. ¡Por supuesto que quería conocerlo!

William sacó un par de pases *backstage* con nuestros nombres.

—Entonces, ¿qué dices? —Miró su reloj. Saqué el teléfono de mi bolsa: las 11:15 de la noche. Tenía que volver a casa. Él sabía que a medianoche era el cumpleaños de Nathan. Lo sabía todo. Me estaba tentando.

—Lo siento. No quiero llegar tarde a…

—Nathan. —Resopló y sacudió la cabeza dos veces—. Míranos, terminando las frases del otro —dijo sarcásticamente, quizá molesto porque estaba eligiendo a Nathan en lugar de a él.

Por muy enojada que estuviera con William por haberme engañado para que fuera, quería darle las gracias. Había sido un gran gesto por su parte. El vestido, la donación para conseguir los boletos, las notas. Él sabía lo mucho que amaba las notas y las cartas.

—Gracias. Por todo —dije, mirando mi vestido—. Me imagino que es lo más cerca que voy a estar de ir a un concierto. No tenías que hacerlo.

—Sí tenía que hacerlo. —Íbamos bajando las escaleras y sentía las miradas que la gente nos dirigía como misiles programados. Se inclinó hacia mí y susurró—: Me dijo un pajarito que Nathan te iba a traer mañana. Pero es una gran primera vez que no podía permitir que nos quitara.

«¡Nooooo!».

—¡William, cómo pudiste! —le respondí con una mirada de odio. Podía sentir que los labios me temblaban de rabia. Sacudí la cabeza, llena de decepción, y salí y me alejé en la frialdad de la noche. Aaron y Caleb caminaban cerca de mí.

Miré por encima del hombro y vi que William intentaba seguirme, pero una horda de fotógrafos y de fans lo rodeó una vez que se dieron cuenta de que William Sjöberg había asistido al evento. Aaron y Caleb respondieron de inmediato, dirigiéndome apresuradamente hacia el auto en el que David nos esperaba a la distancia.

Eché un último vistazo hacia William y vi que me estaba mirando fijamente, viendo cómo me marchaba. Se rozó el labio inferior con el pulgar y miró hacia otro lado para ofrecer la sonrisa sintética que usaba para las cámaras.

Definitivamente, a William se le había zafado un tornillo.

CAPÍTULO 27

A mano

Eran las 11:37 de la noche y llegué justo a tiempo para el cumpleaños de Nathan. Llamé al departamento de Lily y Joel, y Nathan abrió la puerta.

—Ese desgraciado tiene buen gusto. Tengo que reconocerlo —dijo, mirándome de arriba abajo. Su expresión era una mezcla de ira, molestia y hambre.

—No deja de ser un desgraciado. —Me arrojé a sus brazos. Los labios de Nathan buscaron los míos inmediatamente. Nos besamos como si no nos hubiéramos besado en años. Los dos estábamos deseando que llegara esa noche, deseábamos vernos. Lo extrañaba y sabía que él también a mí.

—Él puede darte todos los vestidos que quiera, pero yo siempre seré el que te los quite —me susurró al oído. Mi piel reaccionó a su aliento y pequeñas chispas llenas de electricidad se enroscaron a mi alrededor.

—¿Qué tal ahora mismo?

Nathan le gritó algo a Joel en sueco y cerró la puerta después de salir.

—Ahora suena perfecto. —Me tomó de la mano y me condujo hacia el elevador.

Abrí mi departamento y vi el regalo de Nathan en el recibidor.

—Tu regalo. —Sonreí—. ¿Quieres abrirlo ahora o después?

—Después. Definitivamente, después —dijo y bajó el cierre de mi vestido—. No puedo dejar de pensar en el montón de cosas que dijiste que tenías en mente para compensarme. —El vestido cayó al suelo, se

arrodilló para presionar sus labios contra mi abdomen y siguió besando suavemente mi piel hacia arriba, haciéndome jadear—. Estás exquisita.

Se puso detrás de mí y me besó el cuello y los hombros mientras me conducía hacia mi dormitorio.

Me acosté en la cama de espaldas y observé a Nathan quitarse el traje. Pieza por pieza. Sus ojos estaban clavados en los míos mientras esperaba a que se acercara.

Se puso encima de mí.

—Te amo — susurró, depositando un suave beso en mis labios. Era la primera vez que me decía que me amaba. Mi pecho se llenó de alegría y emoción. Mi corazón dijo que sí.

—Yo también te amo. —Lo besé despacio. Fue un beso lento y delicioso. Pasó los dedos por la costura de mi ropa interior y la bajó.

—Esta noche no vamos a tener sexo —dijo Nathan, interrumpiendo el beso, y luego aventó mis bragas al suelo.

—¿Por qué? —me quejé, apoyándome sobre los hombros—. ¿Estás molesto conmigo? Te juro que…

—Shhh. —Puso un dedo sobre mis labios y le di un mordisco juguetón. Un gemido bajo escapó de su garganta—. Esta noche, te voy a hacer el amor.

—Feliz cumpleaños —susurré al oído de Nathan. Ya era más de medianoche. Los dos seguíamos acostados en la cama, negándonos a soltarnos. Peiné las suaves ondas de su cabello con los dedos—. ¿Veo una cana?

Su cabello era de un intenso color castaño. Todavía no tenía ni una sola cana. Se rio.

—Muy gracioso, jovencita. —Nathan me hizo cosquillas.

—¡Nathan! —Era muy cosquilluda—. ¡Para!

—Tú también tendrás veintiocho años algún día —dijo, liberándome finalmente de la tortura.

—Sí, dentro de ocho años. Tengo toda la vida por delante —reí de nuevo.

—Qué descarada —Nathan volvió a hacerme cosquillas.

—¡Tregua! —grité entre carcajadas. Él se detuvo y respiré profundamente, todavía se me escapaba la risa de repente—. ¿Qué tal una pizza?

—Espléndido —respondió Nathan con su encantador acento.

—Les mandaré un mensaje a los chicos para ver si nos la pueden traer —contesté—. Me muero de hambre.

—¿Estás segura? También podemos pedir que la traigan del restaurante.

—Su turno no termina hasta que te vayas. —Tomé mi teléfono de la mesita de noche—. Y será más rápido así.

—Oh. Pensé que podría quedarme a pasar la noche. —Me besó la mejilla—. No he terminado contigo.

Sentí que mi cara se calentaba. Me volví para mirarlo y mi corazón se agitó. Se veía tan guapo y nos estábamos divirtiendo. Yo tampoco quería que se fuera.

—Podríamos decirles que te vas a quedar en casa de Joel. No nos van a creer, por supuesto. —Sonreí—. Pero al menos el informe no dirá que te quedaste a dormir.

Aaron me respondió inmediatamente el mensaje, me decía que con gusto nos traerían la pizza.

—La pizza está en camino. —Me levanté y fui al baño. Abrí el agua de la regadera y Nathan se metió conmigo cuando había terminado de lavarme el cabello.

—Hola —dijo, poniendo sus manos en mi cintura y besando mi hombro. Sus manos subieron para sujetar mis senos y dejé caer la cabeza sobre su pecho.

—¿Me ibas a llevar a la ópera mañana? —pregunté, aun cuando era claro que Nathan no quería hablar, pero necesitaba saber—. Es decir, hoy.

Nathan bajó las manos y me besó en el cuello.

—Sí. El señor Chapman pidió un favor y nos consiguió un par de asientos en un palco. —Tomó el bote de champú y se echó en la mano para lavarse el cabello—. ¿Cómo supiste que te iba a llevar?

—Me lo dijo William. De alguna manera se enteró. Estoy segura de que Tobias se lo dijo. Ya ha demostrado en el pasado que es un chismoso —dije con una risa triste.

—Ya no importa. No vamos a ir. Voy a devolver los boletos. Estoy seguro de que a alguien más de la oficina le gustaría asistir.

Su tono había vuelto a ser serio. Se metió bajo el chorro de agua y se enjuagó el champú del cabello.

—Podríamos ir. Me encantaría ir contigo —dije, peinándolo con los dedos—. No me importa ir otra vez.

—Está bien, de verdad. William arruinó la sorpresa. —Nathan tomó la esponja, añadió gel de baño y me enjabonó la piel con él—. Ya viste la ópera y eso era lo que quería, que la volvieras a ver. Podemos hacer cualquier otra cosa. De verdad que no me puede molestar ese cretino.

Mierda.

Nathan le puso más gel a la esponja y se enjabonó.

—Lo siento. Yo también siento que es mi culpa. Debí haberte llamado primero, pero estabas ocupado trabajando y nunca imaginé que el regalo sería de él.

—Por favor, no te disculpes. No hiciste nada malo.

Sonó el timbre.

—Debe ser la pizza.

—Yo voy. —Me besó los labios, salió del baño y se secó rápidamente. Se puso un par de pantalones de algodón que dejaba en mi casa. Le gustaba cambiarse el traje cuando venía directamente del trabajo.

Nathan salió de mi habitación sin camisa y estaba lista para morir de vergüenza. Solo rezaba por que no fuera Caleb el que traía la pizza. Cabello mojado, pantalones de algodón y sin camisa. Demasiado obvio.

Salí del baño y me puse unos leggins negros y la sudadera verde de Hammarby de Nathan. Era la más cómoda de todas y una de las prendas favoritas de mi armario.

Escuché una conversación a la distancia. Nathan estaba hablando en sueco. No: gritaba en sueco.

Corrí a ver qué pasaba, dejando un caminito de agua proveniente del cabello empapado. Aaron estaba de pie justo al lado de la puerta. Nathan sostenía la caja de la pizza y discutía con William, que al parecer acababa de llegar a casa. Estaba solo a pocos pasos de Nathan.

—¿Qué está pasando? —Dejaron de hablar y se volvieron para mirarme. Los ojos de William ardían de ira. No sabía si su mirada de furia era por tener que ver a Nathan recién bañado y sin camisa a mi lado, porque el vestido que me regaló estaba tirado en el suelo o por la sudadera que llevaba puesta. Probablemente una mezcla explosiva de todo lo anterior.

—Gracias, Aaron. —Tomé la pizza de las manos de Nathan—. Buenas noches, William.

Pero Aaron y William no se fueron.

Miré a Nathan y asentí. No quería que nuestra noche se arruinara. Era su cumpleaños, por el amor de Dios. No quería que lo pasara discutiendo con William. No valía la pena.

Pero no fui lo suficientemente convincente.

Las fosas nasales de Nathan se ensancharon por un segundo, antes de levantar el vestido del suelo. Se lo lanzó a William.

—Es un vestido hermoso. —William lo atrapó en el aire con una expresión de aburrimiento—. Le queda perfecto.

—Nathan, la pizza se está enfriando. Vamos.

Estaba provocando a William innecesariamente. Ambos se miraron como un par de cobras rey a punto de pelear. Quería que Nathan cerrara la maldita puerta para poder seguir celebrando su cumpleaños en paz.

Dejé la caja de la pizza en la mesa del recibidor y jalé a Nathan del brazo, intentando que saliera de su trance.

—También fue muy fácil quitárselo —añadió Nathan—. Gracias, amigo.

Aaron hizo clic en su auricular y supe que necesitaba dar unos pasos atrás.

William se acercó a Nathan, pero Aaron le puso la mano en el pecho y lo invitó cortésmente, pero con firmeza, a que se alejara. Se volvió para mirarme, pasándose la lengua por los dientes, y desapareció en su departamento antes de que pudiera darme cuenta de que se había ido.

Respiré profundamente y exhalé despacio por la boca. Aaron se disculpó después de que le diera las gracias una vez más. Me sentía muy avergonzada porque hubiera presenciado el drama, incluyendo la parte sobre lo fácil que fue para Nathan quitarme el vestido.

—¿Estás bien? —le pregunté a Nathan, cerrando la puerta por fin.

—Mejor que nunca. —Sonrió—. Él no puede tenerte y eso lo está matando. Así que tuve que recordárselo. Pero ahora estamos a mano.

Me alegré de que no tuvieran un enfrentamiento físico. Recordar con qué facilidad Nathan le había roto la nariz a Nicholas me hacía estremecer. Y con solo mirar el tamaño de William, estaba segura de que era capaz de hacer bastante daño también. No quería que William o Nathan salieran heridos.

—¿Quieres abrir tu regalo? —Le pregunté, tratando de cambiar la vibra. Era mejor continuar donde lo habíamos dejado y hacer como si no hubiera pasado nada. Aceptó y lo desenvolvió.

—¡Oh, Dios! Me encanta —dijo emocionado mientras lo miraba—. Te ves hermosa. Gracias, Murph.

—Qué bueno que te gustó. —Le di un gran abrazo y un beso en los labios—. Yo misma la tomé.

—¿De verdad? Es perfecta.

Comimos nuestra pizza con una botella de vino y hablamos durante horas. Había sido un día muy largo y sentía los párpados pesados, pero quería seguir hablando con Nathan.

Sonó su teléfono. Eran las dos y pocos minutos de la madrugada.

—Es la oficina de Londres. Tengo que contestar —dijo, frotándose la cara. Su trabajo era increíblemente exigente. Me pregunté cuántas llamadas tomaba mientras dormía cada noche.

—Estaré en mi habitación. —Me levanté y le besé el cabello. Me cepillé los dientes con planes de esperar a que Nathan terminara su llamada, aunque no creía que pudiera mantenerme despierta mucho más tiempo.

Estaba a punto de poner mi teléfono en modo avión, aun cuando no tenía permitido hacerlo, cuando un mensaje de William apareció en mi pantalla. «¿Ahora qué?». Lo único que quería era desconectarme esa noche.

W.S: Mi oferta sigue en pie. Me retiraré cuando estés dispuesta a decirme que no sientes nada.

Yo: Siento muchas cosas. Ira, exasperación, decepción y frustración, por nombrar algunas. Una cosa fue engañarme para que fuera contigo, pero ¿arruinar la sorpresa de Nathan? Eso fue un golpe bajo.

W.S: Conmigo siempre tendrás la libertad de elegir. Dilo y me detendré.

Yo: Déjame en paz.

W.S: No funciona así.

Yo: ¿Qué quieres?

W.S: Dime que no sientes nada. Esa es la señal.

Yo: No siento nada.

W.S: Ese es el espíritu. El único problema es que no te creo. Pero aprecio el esfuerzo.

Esta vez me llegaron pequeñas dagas al pecho. Un millón. William tenía que desvanecerse con el tiempo y entonces sería capaz de decir que no sentía nada por él, y en realidad no sentiría nada. Odiaba que

pudiera ver a través de mí. No había forma de ocultarme de él.

Yo: No siento nada.

Quizá si lo escribía varias veces, se haría realidad.

Y juro que oí una risa al otro lado de la pared.

W.S: Puedes volver a intentarlo en otro momento porque no me llegan vibras de «nada» por aquí. Dulces sueños, *älskling*.

¡Dios mío! Tenía una fórmula mágica a la medida para meterse impecablemente bajo mi piel hasta llegar al hueso. Tuve la tentación de lanzar mi teléfono contra la pared. En lugar de eso, respiré hondo y lo apagué.

Una vez que mi cabeza estaba cómodamente apoyada sobre la almohada, se hizo audible el sonido del piano de William. El sonido era suave y distante, pero podía oírlo.

Era la primera vez que lo oía tocar. No estaba tocando con fluidez. Era como si estuviera aprendiéndose una canción nueva, pero no podría distinguir cuál era. Las notas eran hermosas y, aunque estaba jugando con ellas, el sonido me arrulló en un sueño irónicamente profundo y pacífico.



CAPÍTULO 28

Interludio navideño

22 de diciembre de 2009

Sonó el timbre. Lo oí alto y claro, pero mi cuerpo no respondía. Sentía los ojos pesados y me quedé dormida de nuevo.

«Debe haber sido un sueño».

Mi teléfono sonó en mi mesita de noche. «¿William?».

—Mmm —gemí, todavía medio dormida, con los ojos cerrados.

—Guille. Necesito que te despiertes —urgió—. ¿Puedes abrir la puerta? Tengo prisa.

—Ajá. —Colgué el teléfono y volví a cerrar los ojos porque definitivamente era un sueño.

Mi teléfono sonó en mi mano y me sobresaltó. Contesté de nuevo.

—Guille. La puerta. No es un sueño.

—Ya, okey —respondí con voz ronca—. Dame dos segundos.

5:14 a.m. «Tiene que ser una broma». Me senté en la cama con los ojos cerrados durante un tiempo indeterminado hasta que mi teléfono sonó de nuevo.

W.S: Dejé algo en la puerta.

Todavía estaba oscuro. Me arrastré fuera de la cama y fui a ver qué era. Había una caja verde, como la que usó para enviarme el vestido y el boleto para la ópera, pero esta tenía un moño rojo.

William estaba entrando en el elevador con unos jeans y un abrigo negro sobre un suéter gris. Llevaba su equipaje detrás de él cuando me oyó salir. Dejó abierta la puerta del elevador con su maleta y se rio un poco.

—Buenos días, *älskling*. —Me pasé los dedos por el cabello, tratando de aplacarlo—. Te ves linda, no hace falta que te peines. —Sonrió. Estoy segura de que no me veía para nada linda en mi pijama de franela.

«Y tú te ves… demasiado bien». Igual que siempre. Ese era su rasgo más molesto.

El rastro del olor que había dejado cuando se apartó de mi puerta me estaba quitando la somnolencia.

—Tienes algo en los labios —dijo, frunciendo el ceño.

Todavía medio dormida, me rocé los labios con el pulgar y me di cuenta de que se trataba de uno de sus trucos. Sacudí la cabeza y William se rio mientras desaparecía en el elevador.

—¡Nos vemos en marzo!

—¡¿En marzo?! —pregunté con un tono de voz muy agudo, viendo cómo las puertas del elevador se cerraban detrás de él. Sabía que los Sjöberg iban a pasar la Navidad en Suecia, donde se encontrarían con su madre. Incluso me había despedido de Joel y de Tobias el día anterior. Eric se había ido antes, cuando terminaron las clases.

Sentí un hueco en el estómago. Me había dormido todas las noches escuchándolo tocar el piano. Iba progresando en el aprendizaje de la canción que seguía practicando. Lo iba a extrañar en secreto.

Pero no era mala idea que se fuera por un tiempo. Después del truco de la ópera, un poco de distancia crítica no le haría daño a nadie. Tal vez, una vez que volviera, podríamos llevarnos bien.

Llevé la caja a mi habitación e inmediatamente desaté el moño rojo. Quité la tapa y fue como si William estuviera ahí mismo conmigo. El aroma de su colonia invadió mi habitación en dos segundos.

«Maldita sea». Miré la caja y fruncí el ceño.

Una sudadera verde de Hammarby. No era de mi talla, sino incluso más grande que la de Nathan. Es como si William hubiera sumergido la sudadera en una bañera con su colonia para impregnarla de su olor. Sin duda lo hizo a propósito.

Todo lo que William enviaba siempre iba acompañado de una nota. Esta vez tampoco me decepcionó. Y, a diferencia de la carta de la

ópera, esta estaba escrita a mano, como las otras. Reconocía su letra, probablemente por eso escribió la carta anterior a máquina. Lo habría delatado en un segundo.

Guille:

Estoy seguro de que esta sudadera es más cómoda y te quedará mucho mejor. Como no pude conseguir que nadie me enviara una nueva desde Suecia, decidí darte la mía. No te preocupes. Me compraré una para mí en unos días.

Feliz Navidad.

W.S.

«No pudo conseguir que nadie le enviara una». ¿Quién se iba a creer eso? Solo quería que tuviera su sudadera. Una sudadera que nunca podría usar.

Doblé la sudadera y la puse de nuevo en la caja. Y ahora mi habitación olía a William. Incluso aunque no estuviera, encontraba la manera de hacerse presente.

Volví a meterme a la cama y cerré los ojos. Sin piano. Puro silencio.

«Hasta marzo, entonces». Era mejor así.

CAPÍTULO 29

Feliz Navidad

22 de diciembre de 2009

Llamé a la puerta de Nathan y me abrió con una sonrisa.

—Hola, tú. —Me levantó del suelo con un abrazo y me besó. Mi retrato estaba colgado en la pared de la izquierda.

Nathan también se iría a la medianoche. Iba a Londres para pasar las vacaciones, pero planeaba volver el 29. Quería pasar el Año Nuevo conmigo.

—Ya te extraño. No quiero que te vayas.

—Probablemente debería robarte —dijo, bajándome al suelo.

—Ésa sería una forma rápida de caerle mal a mi padre —bromeé.

—Me encantaría pasar las vacaciones contigo. Pero mis hermanas me matarían si no fuera. Olly también. Todos se mueren por conocerte. Olly no deja de preguntarle a mi hermana por ti. Le han mostrado fotos de nosotros juntos. —Sonrió.

—¡Qué tierno! Tengo muchas ganas de conocer a Olly. ¿Eres un buen tío? —No podía creer que fuera tío. Eso era cosa de adultos.

Caminamos hacia su dormitorio. Nathan necesitaba empezar a empacar y quería apoyo moral. Odiaba empacar. ¿Quién no?

—Soy el mejor —dijo y se rio—. Siempre y cuando no se haga popó, porque entonces me convierto en el peor tío de la historia.

Me reí, pero después me mordí el interior de la mejilla mientras mi mente se sumió en sus pensamientos. Nathan tenía tres hermanas: Evie, Charlotte y Zara. Evie, la madre de Ollie, era dos años mayor

que Nathan. Charlotte tenía cuatro años menos que él y Zara tenía mi edad.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me di cuenta de que nunca seré tía. —Nunca había pensado mucho en eso hasta que Nathan me habló de Ollie y lo mucho que lo quería y se preocupaba por él.

—Claro que sí. Los hijos de mis hermanas serán tus sobrinos —dijo despreocupadamente, metiendo unos cuantos pares de calcetines en su maleta. Demasiado despreocupadamente—. Cuando nos casemos.

«Casarnos».

Pensé que Nathan no quería casarse. Bueno, no quería casarse con Dominique. Aun así. Guau.

Su comentario me sorprendió. Una parte de mí se sintió emocionada por la idea. Pero otra parte se asustó muchísimo. Solo llevábamos saliendo casi dos meses si contábamos la parte de fingir, que a Nathan le gustaba considerar.

Le gustaba pensar que oficialmente habíamos empezado a salir al día siguiente de conocernos, que más o menos había sido así. Fue bastante sorprendente. Todo pasó tan rápido con Nathan. Todo seguía sucediendo tan rápido. Solo esperaba ser capaz de seguirle el ritmo.

Nathan estaba tan decidido. Él sabía lo que quería y nunca se limitaba en decir lo que pensaba sobre las cosas. Eso me encantaba. Era una forma nueva y relajante de conocer a alguien. Nathan siempre fue honesto y transparente conmigo. Nunca tuve que sacarle respuestas a la fuerza.

Siguió doblando y empacando mientras yo pensaba en una respuesta adecuada a su comentario anterior.

—Lo haría todo contigo —dijo—. Boda, niños. Pero no antes de un gran anillo, por supuesto.

Anillo. Boda. Niños. Sabía que esas cosas no pasarían de inmediato, pero estaba a punto de hiperventilar. Me hacía muy feliz escuchar sus planes. ¿Cómo no iba a ser así? Me volvía loca y me hacía sentir la chica más deseada del mundo, todo el tiempo. Pero, aun así, era abrumador.

Sonreí.

—Pensé que no querías casarte.

No creo que fuera lo que él quería oír como respuesta, pero fue lo mejor que se me ocurrió y tenía curiosidad por escuchar qué decía al respecto. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

—Lo sé. Yo tampoco. —Se levantó y se sentó a mi lado en la cama —. Siento que quiero hacerlo todo contigo. Quiero ser quien te haga feliz. Siempre. —Me recostó suavemente en la cama y me besó—. Pero no te preocupes, amor. No hay prisa. Además, tú todavía estás estudiando —dijo, jugando con mi cabello con los dedos—. Siento haberte sorprendido con mi… entusiasmo.

Estoy segura de que la expresión de mi cara me delató.

—No, no. No es eso. Es solo que nunca había hablado de estas cosas con nadie. Pero me hace feliz saber que te sientes de esta manera.

—Tendremos que ir a Londres en algún momento del próximo año —dijo, dándome un último beso en los labios antes de volver a empacar—. Mi familia te va a adorar.

Rodé boca abajo, apoyé los codos en la cama y me sujeté la barbilla con las manos.

Solo pensar en la idea de ir a Londres me estresaba. Una persona normal compraría un boleto e iría. Fin de la historia. Pero yo tenía tres tipos siguiéndome y un padre extremadamente aprensivo. No sabía cómo iba a conseguirlo. Estaba segura de que Nathan podría convencer a mi padre de alguna manera. Eso esperaba.

—Es fácil para ti decirlo cuando te hiciste amigo de mi papá antes de que empezáramos a salir —dije con una risa nerviosa—. Yo tengo que impresionar a tus tres hermanas, tus padres y a Olly.

Nathan se rio.

—Te juro que te querrán como yo te quiero.

—Yo también te quiero.

Como era hija única y mi madre había muerto, apreciaba que Nathan tuviera una familia grande. Me alegraba que todos fueran unidos porque sabía que los problemas familiares de Thomas habían sido una carga para nuestra relación. Lo hacían sufrir y, en cierto modo, eso era lo que desencadenaba sus inseguridades.

El teléfono de Nathan sonó y contestó la llamada delante de mí.

—¡Zara…! Haciendo las maletas, nena. ¿Cómo va todo…? Sí, ella está aquí conmigo.

Nathan me dirigió una gran sonrisa y dijo: «Es Zara», y continuó con la llamada. Sí, me había dado cuenta de que era ella. Era entrañable verlo tan emocionado por hablar con ella.

—Claro… ¿Qué quieres decir? ¿Ya hablaste con mamá de eso…? ¡Cristo! No otra vez esta tontería… ¿No puedes hacerlo por Skype?

Nathan se pellizcó el puente de la nariz y cerró los ojos por un segundo. Parecía molesto.

—Exactamente, no lo entiendo, y no sé si alguna vez lo haré… Estaré en Londres solo unos días y además hace tiempo que no te veo… Sí, sí, sí… Gracias por avisarme y esperemos que tu vuelo llegue a tiempo para la cena o mamá se va a poner furiosa… Oh, sí… ¿Qué? ¿Necesitas dinero…? Porque eres una actriz muerta de hambre, por eso.

Nathan se rio.

—¡Ah! Estoy bromeando… Bien, mejor me voy… Yo también… Adiós… Ba-bye… Bien, adiós.

Dios mío, necesitaba saber todo sobre esa llamada. Mis ojos abiertos de par en par debieron comunicárselo a Nathan, porque se rio y me lo contó enseguida.

—Zara quiere quedarse unos días en Estocolmo. Por lo visto, William le llamó y le pidió que se quedara unos días. —«¿Qué?». Abrió un cajón y sacó más ropa—. Son cercanos, Zara y William. Siempre lo han sido —dijo Nathan con una profunda arruga entre los ojos.

«¿Entonces William le había llamado? ¿Le pidió que se quedara?». Sabía que Zara vivía en Estocolmo. Se había quedado ahí cuando sus padres se mudaron a Londres. Nació allí. Su vida entera estaba en Suecia. Amigos, escuela todo.

—Siempre le ha gustado convivir con los Sjöberg. Los admira, también quiere ser actriz. Pero yo no lo entiendo. —Respiró con fuerza por la nariz.

No pude evitar sentirme celosa. Quería saber más sobre la relación de Zara con William. Sobre ella. Cómo era. Todo.

Era la primera vez que oía que fueran tan unidos. Pero no podía preguntar. Tenía miedo de parecer demasiado obvia, pero la curiosidad me iba a devorar una neurona a la vez.

Bueno, tal vez podría hacer una pregunta. Pero no podía descuidar mi salud mental de esa manera, entonces me permití preguntar:

—¿Han salido alguna vez o…?

—Oh, no. —Nathan esbozó una sonrisa nerviosa—. No, no, no. No, definitivamente no. No estaría vivo si la hubiera tocado. Él sabe que ella está prohibida. Solo son…, no sé, ¿mejores amigos? No entiendo por qué está tan obsesionada con él, en especial. Pensé que quizá tú sabías. —No. Nada—. Pero ella es muy consciente de que nada puede

pasar entre ellos o si no…

Bueno…, de acuerdo. Guau. ¿Mejores amigos? Extrañamente, William nunca la había mencionado, ni siquiera una vez.

Cada vez aparecían más secretos. Nunca terminaría de descubrir a William. Al menos ambos estaban advertidos de no tratar de llevar su relación más allá de la amistad. Pero William no sabía lo que significaban las palabras «reglas» y «límites». Estaba segura de que probablemente fuera la razón por la que una relación podría haber sido aún más atractiva para él.

Llamaron a la puerta y Nathan la abrió. Escuché que hablaba con Caleb a lo lejos. Volvió con un fólder.

—¿Todo bien?

Me puse de pie de un salto. Siempre me ponía nerviosa cuando iban a hablarme de algo. Me hacía sentir como si algo terrible hubiera sucedido.

—Tienes que firmar esto —dijo, mirando los papeles dentro del fólder. Suspiré aliviada. Mis hombros se relajaron—. ¿Quieres que lo revise por ti? Cobro por hora, pero seguro que se nos ocurre algo.

Me acerqué a él y lo abracé por el cuello.

—¿Qué te parece esto? —Me puse de puntitas y lo besé lenta, profundamente. Interrumpí el beso para mirarlo—. ¿Cuánto tiempo me da?

—Probablemente unos minutos. Necesito al menos media hora para leerlo todo. No quiero que haya ninguna laguna.

—Entonces, dime tu tarifa —le susurré.

—Sé exactamente cómo puedes pagarme. —Me condujo hasta su cama—. Pero normalmente requiero el cien por ciento del pago por adelantado por mis servicios.

Me quedé dormida después de hacer el amor con Nathan. Todavía estaba cansada después de haberme despertado temprano esa mañana. Cuando William se fue, intenté cerrar los ojos otra vez, pero no logré dormir mucho.

Cuando me desperté de mi siesta, vi a Nathan sentado en el borde de la cama, leyendo los papeles, sin camisa. Era un abogado muy sexy.

—Hola, tú —dije, estirando los brazos sobre mi cabeza, con el cuerpo todavía bajo las sábanas—. Entonces, ¿de qué se trata?

—Es una renovación de contrato de dos años para tu equipo de

seguridad. Como vas a cumplir veintiún años en unos meses, ahora estás obligada a firmar estos contratos. Es bastante estándar —respondió Nathan con su acento británico y un tono de abogado de negocios.

—¿«Bastante estándar»? Entonces, ¿te pagué de más por tus servicios? —bromeé.

—Me temo que sí. —Se rio y se sentó a mi lado—. Tienes que firmar aquí, aquí y aquí. —Me dio la pluma y firmé los contratos—. Un placer hacer negocios contigo. —Me guiñó un ojo y devolvió los papeles al fólder.

Nathan abrió el cajón de su mesita de noche y sacó un sobre.

—Regalo de Navidad.

Lo abrí y dentro había una nota escrita a mano.

Válido para una impresión en acrílico de mi retrato. Puedes elegir el tamaño.

Feliz Navidad, amor

—¡Gracias! —Le di un rápido beso—. Tu retrato se verá increíble en la pared de la galería vacía. —Necesitaba colgar algo ahí. La pared vacía me recordaba a Thomas. Era como si pudiera ver todavía su retrato en la pared. ¿Y qué mejor manera de reemplazar esa sensación que tener la cara de Nathan en su lugar?

—Me gustó tanto tu retrato que pensé que querrías tener el mío también. Tendrías que tomar mi foto, por supuesto, pero te la imprimiré.

Ese era el verdadero regalo: que posara para el retrato. Iba a disfrutar mucho fotografiándolo. Normalmente siempre llevaba una cámara conmigo a todas partes. Había tomado varias fotos de Nathan. Pero no un retrato como los que me encantaba hacer. Me entusiasmó la idea.

Me levanté y me vestí.

—Hagámoslo la semana que viene, cuando vuelvas de Londres —sugerí—. Y esto es para ti. —Saqué un sobre de mi bolsa y se lo entregué.

Lo abrió y sacó dos boletos.

—¡No puede ser! —gritó Nathan cuando vio lo que era—. ¿De

verdad? —Me cargó. Mis pies se despegaron del suelo y rodeé su cintura con las piernas mientras me besaba.

—Por supuesto —respondí mientras me bajaba de nuevo y lanzó el sobre a la cama. Luego me abrazó por la cintura—. Estoy segura de que también cuenta como regalo de Navidad para Joel. Seguramente querrás ir con él porque, obviamente, yo no tengo permitido ir —dije, acariciando su impecable barba con los dedos.

—Te amo. —Me besó una y otra vez—. Es el mejor regalo de la historia.

—¡Oye! Pensé que mi retrato era el mejor regalo de la historia —bromeé—. Yo también te amo.

Se rio.

—Ya sabes que estoy absolutamente obsesionado con The Who. Tengo que decirle a Joel que vamos a ir al Super Bowl. —Sacó su teléfono de su bolsillo y envió el mensaje.

—Espero que Lily no se enoje conmigo por enviarlos a Miami solos el fin de semana —dije, sentándome en la orilla de la cama.

—Por supuesto que no. Ella sabe que queremos ir. Y nos portaremos bien, por supuesto. —Sonrió.

Sabía que lo harían. Ni siquiera tenía que decírmelo.

—El maldito de William tiene cuatro boletos y Joel insistió en que yo usara el cuarto porque Eric no va a ir. Pero no hay forma de que yo acepte algo de él. Quiero decir, estoy seguro de que todos vamos a convivir en Miami y no puedo negarme, pero quería tener mi propio boleto. Y como acabo de pedirle a mi jefe los boletos de la ópera, me pareció demasiado pronto pedirle los boletos para el Super Bowl.

Todavía me sentía mal por haber arruinado esa sorpresa.

Después de la confusión de la ópera, entendía totalmente la postura de Nathan. William había cruzado una línea y el orgullo de Nathan nunca le permitiría aceptar nada de él. Incluso aunque significara perderse a su banda favorita tocando en vivo en el Super Bowl.

Ambos tenían personalidades potentes. Y cada día que pasaba entendía mejor por qué no podían llevarse bien. Eran unos machos alfa orgullosos y territoriales.

—¿Cómo conseguiste los boletos? —preguntó Nathan, poniendo algunas cosas más en su maleta—. ¿Fue tu papá?

Asentí.

—Considéralo también un regalo de su parte.

—Tendré que llamarle más tarde para agradecerle.

—Me hace feliz que seas feliz. —Sonreí. Me miró durante unos segundos sin decir una palabra—. ¿Está todo bien?

Nathan me besó el cabello.

—Todo está perfecto.

CAPÍTULO 30

Círculo de desconfianza

5 de febrero de 2010

Era el día más frío de la historia. Acababa de llegar de la escuela y me había puesto la ropa para hacer ejercicio. Me negaba a salir a correr. Estaba congelada y cansada, pero me obligué a ir al gimnasio.

Salí de mi departamento, Caleb estaba esperándome afuera.

—¡Hola! ¿Qué pasó? —pregunté con una sonrisa.

—Te acompaño al gimnasio.

Qué raro.

Por lo general era libre de vagar a solas dentro del edificio, siempre y cuando les enviara un mensaje de dónde iba a estar.

—¿Está todo bien?

—Por supuesto. —Sonrió, pero no parecía sincero.

—Caleb.

—Ya sabes que tu padre tiene olas de aprensión cuando viaja. Quiere que reforcemos la seguridad durante unos días. Eso es todo. Todo está bien, Rojita.

Todo me pareció una sarta de mentiras.

Me encantaba cuando Nathan usaba esa frase y cómo la decía. Él se iba al día siguiente a Miami para el Super Bowl. Estaba emocionada por él, aunque sabía que lo extrañaría.

Nos veíamos casi todos los días, pero normalmente era por poco tiempo. Nuestro verdadero tiempo de calidad era durante los fines de semana: eran sagrados. Y, aun así, había veces que tenía que ir a la

oficina en sábado, lo cual era supermolesto.

Era extraño pensar que Nathan y William tendrían que coexistir en Miami. Pero las cosas habían estado tranquilas y en calma desde que William se había ido. Podía sentir el vacío que emanaba su departamento desocupado.

Una tortura pacífica.

Mi relación con Nathan iba muy bien también por eso. Pensé que podía acostumbrarme a que William no estuviera cerca.

Caleb me acompañó al gimnasio y se paró justo delante de la puerta de cristal.

Rápidamente me di cuenta de que no estaba de humor para correr, así que opté por una caminata.

—¡Caleb! —Entró inmediatamente y se paró al lado de mi caminadora.

—¿Sí, señorita Murphy? —Sonrió, levantando una ceja.

—Estoy aburrida —dije con una risita— y olvidé mi celular.

—Puedo pedirle a Aaron que vaya a buscarlo dijo, acercando el dedo a su auricular.

—No, está bien. Pensé que podíamos simplemente platicar. Ha pasado un buen rato desde que tuvimos tiempo para hablar. ¿O el gimnasio es tan peligroso que no puedes distraerte?

—Podemos hablar. —Se apoyó en el pasamanos de la caminadora.

—De acuerdo. Entretenme entonces.

Extrañaba a Caleb. Era uno de mis mejores amigos, pero se comportaba diferente ahora que estaba con Nathan. Con Thomas, Caleb sentía que tenía que vigilarme de cerca. Y con justa razón. Yo había estado demasiado cegada para ver cómo era Thomas realmente.

Supongo que sentía que con Nathan estaba en buenas manos. Por eso se había distanciado de mí más de lo habitual. No me gustaba.

Hablamos de la escuela, de su familia y de cómo les iba a todos. Y, por supuesto, de París. Siempre hablábamos de París. Era nuestro lugar feliz. Las historias eran siempre las mismas, pero, oh, cómo nos encantaba repasarlas una y otra vez.

Salimos del gimnasio y el suelo estaba mojado porque acababan de trapear. Caleb se adelantó para llamar el elevador, pero se resbaló y se cayó de sentón, como la historia del pobre chef de París del que le gustaba burlarse.

Maldijo en hebreo y se levantó de un salto en un segundo. Estallé en carcajadas y él no pudo evitar reírse también.

—Karma —canté y me reí de nuevo.

—Mierda. —Sacudió la cabeza con una sonrisa, oprimiendo el botón del elevador.

—Ay, Caleb, por favor. Nadie te vio más que yo. —Traté de no reír cuando las puertas se abrieron.

—Con eso fue suficiente. Estoy seguro de que me lo vas a recordar para siempre.

—Por supuesto.

Las puertas del elevador se abrieron en el noveno piso y seguíamos riéndonos.

Nathan estaba frente a la puerta de mi departamento con el ceño fruncido, pero sonrió con tensión cuando nos vio. Caleb rápidamente se recompuso. Suspiré, todavía tratando de recuperar el aliento por la risa.

—Hola, tú —dije mientras Nathan me abrazaba y me daba un rápido beso en los labios—. ¡Estoy toda sudada! —Intenté apartarme, pero no le importó. Caleb seguía muy presente detrás de nosotros. No dejaría de ser incómodo hacer alarde de cualquier tipo de demostración de afecto frente a Caleb, tomando en cuenta nuestro pasado.

—Estaba muy preocupado —dijo con un tono de ansiedad—. No contestabas el teléfono. —Se volvió para mirar a Caleb y lo escaneó de la cabeza a los pies.

—Lo siento. Dejé el teléfono en el departamento. ¿Quieres entrar?

—En realidad…, Caleb, ¿podríamos hablar un momento? —Caleb asintió.

—Oye, ¿qué pasa? —pregunté en apenas un susurro. Tal vez no le gustaba que fuera amiga de Caleb. No quería que Nathan lo ahuyentara como lo había hecho mi padre.

—¿Por qué no vas a bañarte y te veo adentro en unos minutos? —Sonrió, pero me di cuenta de que algo estaba mal. Y tampoco me gustó que me pidiera que me fuera de esa manera. Odio que me digan qué hacer.

—De acuerdo. Te veré dentro. —Cerré la puerta y me dirigí al baño resoplando, esperando que Nathan volviera pronto para decirme qué demonios estaba pasando con Caleb.

Salí del baño y me envolví el cuerpo con una toalla y me desenredé el cabello con un cepillo.

Nathan llamó a la puerta del baño, que ya estaba abierta. Me miró

fijamente con un hambre salvaje en los ojos.

—Voy a necesitar que te pongas algo de ropa. —Otra orden.

Me mordí el labio inferior, tratando de evitar responder en un tono que solamente provocaría una discusión. Estaba empezando a molestarme con tantas órdenes.

Todavía tenía el cuerpo húmedo. Desenvolví la toalla para secarme completamente, pero Nathan seguía de pie frente a mí.

—Mierda —pronunció con exasperación. Se dio la vuelta y se sentó en el sofá de mi habitación, pasándose los dedos por el cabello. «¿Cuál es su problema?».

Me senté a su lado unos minutos después, completamente vestida, como me lo pidió.

—¿Puedes decirme, por favor, qué pasa? Nunca te había visto así. ¿De qué hablaste con Caleb? Somos amigos, y solo estábamos riéndonos y…

—Lo sé, Murph. Pero no fue por lo que le pedí que habláramos.

Sonó el timbre. Nathan corrió hacia la puerta, pero yo fui tras él. Estaba tramando algo e iba a averiguar exactamente lo que era.

Caleb y Aaron iban detrás de un tipo con un traje elegante.

—Hola Gabe, ella es mi novia, Billie. ¿Por qué no entras?

—Encantado de conocerte, Billie. —Llevaba una carpeta en la mano.

«¿Qué demonios está pasando?».

Nathan condujo a Gabe hacia el comedor y me senté junto a Nathan mientras Gabe sacaba una pila de papeles. La colocó delante de Nathan y le entregó un bolígrafo.

—Gracias por preparar esto con tan poca antelación —dijo Nathan y firmó los documentos—. ¿Tienes el expediente?

—Todo lo que necesitas está aquí. —Gabe le dio un golpecito a un sobre tamaño carta sellado. Nathan me tomó la mano y la apretó. Sabía que no tenía ni idea de qué estaba pasando y que me estaba poniendo nerviosa.

—Presentaré los papeles ahora mismo. Te enviaré un mensaje cuando esté hecho —dijo Gabe, poniéndose de pie—. Un placer conocerte, Billie. —Estrechó mi mano y salió del departamento.

—Nathan, ¿qué pasa?

—Acabo de firmar una orden de protección contra Thomas —dijo, lamiéndose el labio inferior. Sabía que yo reaccionaría. Estaba esperando el golpe.

—¿Qué? —dije en un tono agudo—. Te dije que no me sentía cómoda haciendo eso. ¿Por qué no hablaste conmigo primero? —Me levanté de mi asiento.

—Tendré que llamar a Joel. No creo que pueda ir a Miami mañana.

Estaba divagando en lugar de responder mis preguntas.

—Nathan.

Se levantó y suspiró.

—Thomas acaba de aparecerse en mi oficina. Está furioso por la orden de protección que presentamos contra él en tu nombre. El equipo de seguridad de la empresa se encargó de ello, pero las cosas se le están saliendo de control a este muchacho.

—¿Se encargaron de ello, cómo?

—Se aseguraron de que se fuera. Nadie salió herido.

—Estoy perdida, Nathan. No he visto o hablado con Thomas desde la fiesta de CJ, así que, ¿por qué presentar una orden de protección contra él en mi nombre?

—Bueno, yo si lo he visto. He estado lidiando con Thomas desde esa noche. No queríamos decirte nada para que no te preocuparas, pero pensamos que era mejor presentar la orden de protección para ver si podíamos hacer que se retirara, pero ahora se ha aparecido en mi trabajo y no puedo permitirlo. Así que, por eso, acabo de firmar una contra él para mí.

—¿Pensamos? ¿Quiénes son nosotros?

—Tu padre y yo. —Nathan seguía pasándose los dedos por el cabello ansiosamente.

—Ahora veo por qué se llevan tan bien. Todo este tiempo… —Me mordí el labio y miré hacia otro lado. «Esto no está sucediendo». Respiré profundamente y me enfrenté a él—. Todos sus «almuerzos líquidos» y cervezas después del trabajo. Han estado tramando esto a mis espaldas, ¿verdad? Decidiendo qué es lo mejor para mí. —Me fui furiosa a mi habitación.

Estaba furiosa con Nathan, mi padre y Caleb, porque seguramente había estado en esto también. Por eso se había comportado como la seda con Nathan. Aprobaba las decisiones de Nathan con respecto a Thomas, y yo sabía cuánto odiaba Caleb a Thomas. Me sentí traicionada por todos. Se suponía que eran mi círculo de confianza.

Y, una vez más, yo era la niña ingenua que necesitaba quedarse en la oscuridad para poder vivir su vida pensando que todo era unicornios y arcoíris. ¿Por qué querrían que viviera ese tipo de vida?

Estaba increíblemente decepcionada.

—Murph, hablemos. No te vayas —dijo y me siguió.

—¿No ves que es exactamente el tipo de cosas que más me molestan? Me mentiste. Los contratos que Caleb nos llevó el día que te fuiste a Inglaterra…, estaba firmando la orden de protección, ¿no es así? —Caleb estaba definitivamente metido en esto. Había llevado los papeles sabiendo qué eran.

—Sí, pero tienes que entender que no podíamos arriesgarnos a que te rehusaras otra vez. Había que hacerlo. Y tampoco queríamos que te preocuparas por eso. —Nathan se pasó una mano tosca por la cara e intentó acercarse a mí, pero retrocedí un par de pasos—. Solo estábamos tratando de protegerte.

—¡No! —Las lágrimas rodaron por mi cara, y me di cuenta de que Nathan no disfrutaba verme llorar. Pero necesitaba espacio físico—. Esperaba esto de mi papá, pero no de ti. Nunca de ti. Eres exactamente como él. Quizá por eso me siento tan atraída hacia ti. Me recuerdas a él. Piensan igual. Pero no puedes hacerme esto, Nathan. Ocultarme cosas para «protegerme».

»Han pasado casi siete años desde que mi madre murió y nadie me dice una mierda de por qué fue asesinada. ¿Crees que no sé que lo saben? ¡Era la esposa de un embajador, por el amor de Dios! Deben haber descubierto todo en una hora.

»Y he aprendido a vivir con eso. Con los secretos que mi padre guarda por mi propio bien. Pero no tú también. No te lo permitiré.

Nathan frunció el ceño y respiró con fuerza por la nariz.

—Por favor, perdóname, Murph. Sé que debería habértelo dicho. Pero así es como tu padre quería que se manejaran las cosas. Y tienes razón. Deberíamos haberte contado todo. Tienes derecho a saber. —Cerré los ojos y miré hacia otro lado. La situación era frustrante—. No puedo dejarte después de ver lo descontrolado que está Thomas. Quiero estar aquí para protegerte.

—Tengo tres tipos para eso. Todo el tiempo. Y nunca pensé que tendría que decirte esto a ti también, pero no necesito un cuarto guardaespaldas. Necesito que seas mi novio. Necesito que te pongas de mi lado. Siempre. No del lado de mi padre. Sé lo convincente que es. Es un diplomático. —Me reí con una risa triste—. Es su trabajo. Y sé que me quiere, y que todo lo que hace es por miedo a perderme también, pero me estoy ahogando, sabiendo que tú vas por ese mismo camino. Y, lo peor de todo, a mis espaldas.

»Cuando volvimos a Nueva York, pensé que las cosas serían diferentes. Que la seguridad disminuiría con el tiempo. Pero no ha sido el caso. Mi padre es todavía más estricto y odio saber que de alguna manera estás alentándolo.

Nathan dio otro paso adelante, pero yo retrocedí dos.

—Por favor, perdóname, amor. Me quedaré y te contaré todo lo que ha pasado, sin ocultarte nada.

—Eso hubiera sido genial antes de que decidieras mentirme y luego hacerme firmar la orden de protección sin mi consentimiento. Si tú pensabas que era tan importante, te habría escuchado y habría aceptado firmarla yo misma. Podríamos haberlo decidido todo juntos.

Me senté en posición de loto en mi cama, abrazando una de las almohadas. Las lágrimas seguían cayendo por mi cara. Estaba profundamente dolida. Confiaba ciegamente en Nathan y ni en un millón de años habría pensado que me iba a hacer esto.

—Deberías ir a Miami. Yo puedo cuidarme sola.

—Bueno, pues qué pena, porque no voy a ir.

—No quiero que te quedes —dije, mirándolo fijamente a los ojos. Me dolió pronunciar esas palabras, pero estaba furiosa. Necesitaba estar a solas con mi ira—. Solo vete.

—Murph, por favor no hagas esto.

—Te veré el lunes. ¿O tengo que pedirle a Aaron y Caleb que te acompañen a la salida? Lo he hecho antes. Puedo ser la chica de los guardaespaldas si eso es lo que te excita.

La expresión de Nathan cambió de tristeza y preocupación a simplemente enojo. No dejaba de morderse el labio inferior, mirándome directamente a los ojos. Esto no me estaba gustando nada.

No quería tener que decir esas cosas, pero me golpeó donde más me dolía: en mi sensación de libertad. Sabía que no era libre, pero al menos esperaba que él pudiera ser quien me ayudara a sentirme menos atrapada, no quien me condujera dentro de la jaula con la excusa de hacerlo por mi propio bien.

Nathan se lanzó hacia mí y su boca se encontró con la mía durante un segundo, dos segundos, tres, cuatro, cinco, diez… Dejé de contar. Podría haberme quedado ahí para siempre. Él quería besarme y reconciliarse, pero yo necesitaba espacio.

—No —dije, apartándome de él, jadeando. Él estaba sentado en la cama a mi lado, con el pecho agitado.

—No puedo irme si estás molesta.

—Sí puedes. —Extendí el brazo y oprimí uno de los cuatro botones de pánico instalados alrededor de mi departamento. Obviamente, nunca los había usado antes. Parecían demasiado para mi gusto. Estaba segura de que nunca los usaría, pero le daban tranquilidad a mi padre.

Aaron, Caleb y David recibirían la primera notificación en sus teléfonos si pulsaba un botón. Si no atendían, se enviaba directamente al SSD. Pero yo sabía que estaban afuera de mi departamento y reaccionarían de inmediato a la señal.

Unos instantes más tarde, Aaron y Caleb entraron corriendo a mi habitación. Nathan se levantó de la cama y yo también.

—Señorita Murphy —dijo Caleb, mirándonos a Nathan y a mí de los pies a la cabeza, evaluando la situación, tratando de averiguar si estaba herida. Lo estaba. Aunque no podría verlo con los ojos. O tal vez sí. Él veía todo.

—¿Podrían por favor —me aclaré la garganta— acompañar a Nathan fuera de mi departamento? —Mi voz era tranquila, incluso melódica.

—Murph, no lo hagas. —Nathan me tendió la mano, pero no la tomé. Sabía que podríamos hablarlo. Sabía que lo perdonaría. Pero necesitaba tiempo y espacio, y su enfoque para resolver las cosas era diferente al mío.

—Esto es lo que se siente cuando alguien decide por ti —respondí.

Nathan salió justo después de que yo dijera eso, como esperaba que lo hiciera. No era mi intención hacer una escena. Pero sí quería que supiera lo que se sentía que alguien te dominara. Y estoy segura de que no le había gustado ni un poco.

En cuanto Nathan se fue, me derrumbé. Aaron siguió a Nathan afuera y Caleb se quedó mirándome, viendo cómo lloraba.

—Quiero estar sola. —Me acosté en mi cama y le di la espalda a Caleb, aferrándome a mi almohada como si fuera a salvarme de mis penas.

—Rojita, tienes que entenderlo. Thomas está fuera de control. Ha estado acechando a Nathan, amenazándolo. Lo hemos visto un par de veces en Parsons también. Es algo serio.

Todavía no podían entender que la orden de protección en sí misma no era el problema. El verdadero problema era que todos se reunieron a mis espaldas, tramaron todo el asunto, me mintieron y me hicieron firmar sin mi consentimiento. Obviamente la habría firmado

si hubiera sabido lo que estaba pasando.

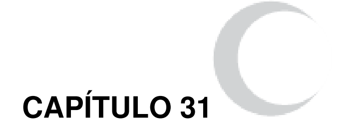
¿Y se supone que eran las tres personas en las que más confío en el mundo? Esa era la parte más desgarradora de todas. Pero ellos no podían verlo.

Volví a pulsar el botón de pánico y Caleb inmediatamente apagó la señal con su teléfono.

—Esa fue para ti. Por favor, vete.

Caleb resopló con incredulidad y se fue.

Cerré los ojos y contuve la respiración durante unos segundos. Quería silencio total. Y, en ese silencio, juro que oí el piano de William.



CAPÍTULO 31

Las paredes oyen

6 de febrero de 2010

Di vueltas toda la noche, incapaz de dormir más que unas pocas horas. Antes de que me diera cuenta, estaba amaneciendo y Nathan se iba a Miami. Tenía un vuelo temprano y se reuniría con Joel y los demás allá.

Empecé a llorar de nuevo y me negué a salir de la cama, vistiendo todavía la misma ropa de la noche anterior.

¿No se supone que uno se despierte sintiéndose mejor después de haber dormido? Supongo que el problema era que no había llegado a la parte de dormir.

Una parte de mí quería llamar a Nathan y pedirle que se quedara. Que volviera conmigo. Pero lo había despedido de mala manera. Él también debía haberse sentido herido por ello. Era mejor que ambos nos diéramos un poco de espacio para respirar.

Iba a ser un fin de semana largo.

Mi teléfono sonó. Tenía que ser él.

W.S: Te oigo llorar.

«¿Qué?».

Yo: No es cierto. Aún no es marzo.

W.S: Estoy aquí, pero aún no he vuelto oficialmente.

No sabía qué responder, así que cerré los ojos, sabiendo que estaría en la cama todo el día, haciendo todo menos dormir. ¿Estaba realmente en su departamento? Tal vez William se había enterado de la pelea de alguna manera y esa era su forma de preguntar si estaba bien.

Un golpe. Venía de la pared del dormitorio de William. El piano no había sido un producto de mi imaginación, después de todo.

Me quedé mirando la pared.

Dos golpes. «¡Aj!».

Me levanté de la cama y devolví el golpe, después apoyé la frente en la pared. No debería haberlo hecho. Sé que no debía seguirle el juego a William. Lentamente, me senté en el suelo y apoyé la cabeza contra la pared. Necesitaba unos segundos antes de ponerme de pie de nuevo.

W.S: La puerta.

Yo: Tú también, no.

W.S: Yo también, ¿qué?

Yo: Dandome órdenes.

W.S: Me gusta más cuando eres tú quien da las órdenes, si quieres saber mi opinión.

Sonó el timbre.

W.S: ¿Mejor?

Yo: Odio el timbre. Toca.

W.S: ¿Intentas excitarme?

Llamó a mi puerta. Respiré profundamente, sabiendo que era una mala idea, pero me estaba desmoronando. Y la brújula que William usaba para identificar los momentos en los que más necesitaba a alguien funcionaba como un encanto. Aparecía cada vez, incluso cuando se suponía que estaba a un millón de kilómetros.

Yo: Necesito un minuto.

Me peiné porque no iba a fingir que no me importaba mi aspecto delante de él. Me lavé la cara con agua fría, pero no había mucho que pudiera hacer para ocultar los bordes rojos de mis ojos.

—Hola —dije, convenciéndome de sonreír, una sonrisa afligida seguramente—. ¿No se supone que estabas…, no sé ni dónde estabas, pero…allá?

—Irlanda.

—Irlanda. —Asentí. No estaba tan lejos como creía. Parecía que sí.

—Regresé ayer para ir al Super Bowl. Tobias y yo volaremos a Miami en unas horas. —Me miró fijamente, pero no supe qué más decir. No podía dejar de pensar en que no podría ver a Nathan en los próximos días mientras intentaba no ahogarme en aquel océano de sentimientos.

Una lágrima amenazaba con arruinar mi cara recién lavada. Pero me la tragué y sentí que su rastro me quemaba la garganta.

—¿Nathan? —Alzó una ceja.

—De camino a Miami. —Aspiré lenta y profundamente.

—No es eso lo que quería preguntar —dijo con un poco de exasperación.

Me encogí de hombros.

William miró por encima de mi hombro y vio el retrato de Nathan colgado detrás de mí. Se lamió el labio inferior con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Eso era nuevo. Pensé que me iba a pedir que lo quitara. Cosa que no iba a hacer.

—¿Qué pasó? —preguntó con un tono exigente.

—Nada.

—Nada. —Resopló con una sonrisa sarcástica—. Entonces, además del hecho de que es un idiota que te dejó aquí para que lloraras sola, ¿también te está dando órdenes?

—No, no lo es. Quiero decir que se equivocó, pero vamos a estar bien. Solo necesitaba algo de espacio. Yo también metí la pata. Me puse un poco… de mal genio al final.

—¿Mal genio? —Hizo un sonido de incredulidad después que me molestó.

—Cállate —dije con una sonrisa que se sintió como una tortura mientras lo miraba a los ojos.

—Me impresiona que no sea él quien se queje de que le das órdenes. Puede que lo disfrute. Sé que yo sí.

—Yo no le doy órdenes a Nathan.

—Entonces, ¿solo a mí? —William se apoyó en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón, un pie cruzado delante del otro—. Mmm. No puedo decir que no me guste aún más la idea.

William estaba acostumbrado a que todos lo complacieran. Nunca nadie le decía que no. Debía ser conveniente para él, aunque aburrido también. Pero no conocía a ese William que todos querían satisfacer. Para mí, él era simplemente… él.

Y definitivamente le gustaba el juego que creía que estábamos jugando. ¿Le estaba siguiendo el juego? Podía decir, por la forma en que me miraba, que probablemente pensaba que sí. Esa fue mi señal para volver a entrar.

—¿No tienes que tomar un avión? —pregunté, intentando que la conversación se desvaneciera.

—El avión sale cuando yo quiero. Y no quiero irme todavía. —Sonrió.

Por supuesto. Como si fuera a volar en avión comercial.

La forma como me miraba me ponía nerviosa, el tipo de nervios buenos que me hacía sentir mal. Culpable.

—Solo vete —dije con una risa incómoda.

—Sí, señora. —Saludó con dos dedos en su frente y se dio la vuelta para irse.

—¡Qué fácil! —dije a sus espaldas.

Miró por encima del hombro.

—Estoy a tus órdenes —dijo con un guiño, caminando hacia su departamento—. Pero una cosa si sé. Yo no me habría ido a Miami si fuera él. Lamentablemente, él no te conoce como yo.

Su brillante mirada azul fue de mis ojos a mis labios mientras abría la puerta de su departamento.

—Uno tiene que saber cuándo desobedecer las órdenes, por muy excitantes que sean.

En ese momento desapareció en su departamento y luego cerró la puerta tras de sí.

«¿Por qué no se rozó el labio?».



CAPÍTULO 32

Super Bowl

7 de febrero de 2010

Lily y yo íbamos a ver juntas el Super Bowl. No nos interesaba el partido, pero queríamos ver el espectáculo del medio tiempo y Lily juraba que los anuncios eran la mejor parte de todo. Además, era una gran excusa para pasar el rato. La Semana de la Moda comenzaba el siguiente fin de semana y ella estaría trabajando y viajando como loca.

Lily: ¿En tu casa o en la mía?
Yo: ¿En la tuya?

Necesitaba salir. No había salido de mi departamento desde el viernes. Traté de sonreír todo lo que pude para Mimi. No quería que se preocupara o empezara a hacer preguntas. Al final, ella le informaba a mi papá y no tenía ganas de hablar con él. Todavía no. Quería que las cosas estuvieran bien con Nathan primero.

Lily me esperaba con dos botellas de vino y un montón de deliciosos bocadillos. «Eso es justo lo que quería».

—Te tengo una sorpresa —dijo, desapareciendo en su habitación.

Volvió con una gran bolsa de cartón amarilla de Louis Vuitton.

—Toma. Es todo tuyo.

—Lily, acabas de regalarme el bolso negro de Celine el mes pasado.

—Lily colocó la bolsa en mis piernas.

—Ya tengo ese mismo modelo en otro color. Por favor, tómala. ¿No quieres verla? —Movió las cejas de arriba abajo mientras se mordía el labio inferior.

¡Bueno, por supuesto, quería verlo! Era un bolso verde en forma de cubo con el monograma de Louis Vuitton. Era precioso.

—Déjame ver —dijo y sacó una pequeña nota de un sobre personalizado—. Monograma Eden Neo.

Seguía mirando el bolso como si fuera un inspector.

—Si no lo quieres, puedo regalárselo a alguien…

—¡No! —Me reí nerviosa. Lily también se rio.

—Eso era lo que pensaba.

—¿Y estás segura de que está bien?

Lily puso los ojos en blanco y sirvió vino en las dos copas.

—Un brindis —dijo, dándome una a mí—. Por tu nuevo bolso que aún no está en las tiendas. —Chocamos nuestras copas y bebimos.

—Gracias, Lily. Es un bolso precioso.

—Y todo tuyo.

Respiré profundamente y di otro sorbo. Mi mente divagó, pero me obligué a dejar de pensar en mi pelea con Nathan. Me pregunté cómo estaría. No me había llamado ni una vez desde que se fue.

Lily y yo hablamos un rato, pedimos pizza y, finalmente, el espectáculo del medio tiempo estaba a punto de comenzar. El equipo de *backstage* estaba montando el escenario y mientras tanto la cámara señalaba a las celebridades que habían asistido al Super Bowl.

—¡Dios mío! ¡Son William y Tobias! —gritó Lily. Estaban dentro de un palco, mirando hacia afuera. Había otros dos chicos con ellos que no reconocí. No pude evitar pensar que Joel y Nathan podrían haber estado ahí en su lugar, pero no estaban por mi culpa. Odiaba sentirme como si yo fuera la razón por la que se separaron para el evento.

Una barra apareció en la parte inferior de la pantalla con sus nombres. Lily me dijo que los otros dos chicos también eran actores. Amigos de los Sjöberg. Liam y Jordan.

Cuando se dieron cuenta de que estaban en las grandes pantallas alrededor del estadio, William se rozó el labio inferior e hizo un gesto marcial de «sí, señora» después.

«¡Dios mío!».

William y Tobias levantaron los puños mientras gritaban algo a la cámara y se bebieron sus cervezas de un trago. Vikingos. Todos se

rieron después y la cámara cambió a la siguiente celebridad. Los chicos parecían estarse divirtiendo mucho.

Mi reacción fue meter mi cara sonrojada en una de las almohadas. No. Mi cara ardiendo. Seguramente estaba completamente roja cuando Lily me obligó a dejar de hacer eso.

—¿Qué pasó? —Se rio—. ¡Mira tu cara!

—¿Qué? Nada —dije y me serví más vino.

—¿William? —se atrevió a preguntar.

—No, no —tarareé mientras le daba un sorbo a mi vino, diciendo que no con el dedo índice.

Las luces se apagaron en el estadio y comenzó el espectáculo de medio tiempo. ¿Cómo no iba a pensar en Nathan? Estaba a punto de ver a su banda favorita en vivo y yo no podía ni siquiera enviarle un mensaje de texto y emocionarme con él. Mi estado de ánimo cambió de eufórico a triste en un segundo. Estaba hecha un desastre.

—¿Qué pasa? —insistió Lily mientras dejaba su copa en la mesa de café.

—Ya empezó el espectáculo —respondí, mirando fijamente mi copa de vino. No me quedaban lágrimas para llorar.

—Prefiero saber si estás bien. Realmente no me interesa The Who. Demándame.

Me reí. Yo quería verlo porque era importante para Nathan.

—¿Podemos esperar a que termine la función? Tendremos toda la aburrida segunda parte para hablar. Te lo contaré todo.

Necesitaba hablar con alguien y soltarlo todo. Y por todo, quería decir todo.

A los siete minutos de que comenzó el concierto de The Who, recibí una llamada de Nathan.

Cuando tomé la llamada, pude escuchar el estruendo del concierto y un montón de gente cantando y gritando al otro lado del teléfono. Él cantaba, mejor dicho, gritaba por teléfono la canción que estaba interpretando The Who.

—¡Te amo, Murph! —Terminó la llamada y yo sonreí. Lo más probable era que estuviera borracho, pero me alegré de que me llamara para hacerme saber que estaba disfrutando el espectáculo y pensando en mí.

—¿Era Nate? —preguntó Lily. Asentí con una pequeña sonrisa torcida. Inmediatamente se dio cuenta de que algo iba mal.

El espectáculo de medio tiempo terminó y Lily apagó la televisión

inmediatamente.

—Bueno, ya terminamos de fingir que nos importa el Super Bowl. Cuéntamelo todo.

Me reí, pero se me pasó en un segundo.

—¿William o Nathan?

—¡Ambos! Pero primero Nate. ¿Se pelearon? —Lily parecía genuinamente sorprendida. Ella también quería a Nathan. ¿Cómo podía no hacerlo? Nathan era el mejor.

—Nathan me engañó para firmar una orden de restricción contra Thomas en mi nombre. Lo planeó todo con mi padre y Caleb también fue cómplice. Me dijo que los documentos eran una renovación de contrato de mi equipo de seguridad, así que los firmé sin mirarlos siquiera. Confié en su palabra.

—¿Qué? Pero ¿por qué no te hablaron de ello? ¿Por qué te lo ocultaron? —Pude ver que ella tampoco estaba de acuerdo con cómo lo habían manejado.

—No lo supe hasta hace dos días, pero Thomas ha estado amenazando a Nathan desde que lo vimos en la fiesta de CJ. Y el viernes pasado incluso fue a buscar a Nathan a su oficina. No sé todos los detalles porque estuvimos discutiendo sobre todo eso de que me hubiera hecho firmar cosas sin mi consentimiento.

»La excusa de Nathan fue que no querían que me preocupara. Pero así es como actúa mi padre. Me oculta cosas para protegerme y ahora parece que está preparando a Nathan. Eso es lo que más me duele.

—Lo siento mucho. La situación de Thomas es bastante extraña. Supongo que la orden de restricción no es tan mala idea, ¿no?

—No es una mala idea en absoluto. Y habría aceptado inmediatamente. No quiero que Thomas le haga daño a Nathan. No pensaba que fuera capaz, pero ahora no sé qué esperar de él. —Me mordí el interior de la mejilla, tratando de contener las lágrimas. Parecía que no había terminado de llorar—. No confían en que tenga sentido común. Es ridículo.

Lily se sentó a mi lado y me abrazó.

—No pasa nada. Estoy segura de que Nate no tenía intención de hacerte daño. Podría haber sido tu padre el que quería que las cosas se manejaran de esta manera.

—Sí lo mencionó —dije, apartando unas cuantas lágrimas—. Pero sigo sintiéndome mal por cómo reaccioné. Lo desestimé de la peor manera posible. Él quería quedarse. Trató de hablar conmigo sobre el

tema, y yo lo alejé. Pero estaba furiosa. Necesitaba espacio y…

—Oye, no seas tan dura contigo misma. Estoy segura de que resolverán las cosas una vez que regrese de Miami —dijo y tomó su teléfono de la mesa de café—. ¿Quieres que llame a Joel y le pregunte cómo ha estado Nathan?

Asentí, casi con desesperación. Nathan parecía estar pasándosela bien cuando me llamó, pero no me molestaba escuchar la opinión de Joel sobre el asunto.

Joel no contestó. Todavía faltaba un rato para que el juego terminara. Probablemente estaban bebiendo y divirtiéndose. Resoplé y tomé otro sorbo de mi vino.

Un par de minutos después, Joel devolvió la llamada.

—*¡Hola!… Sí, por supuesto… ¿Se están divirtiendo…? ¿Qué quieres decir?*

La cara de Lily se volvió sombría y me puse ansiosa.

—*¿Está bien…? Por favor, llámame cuando estés en el hotel… Yo también te amo.*

—¿Qué pasó? —pregunté de inmediato.

—Eeh, Nate bebió un poco de más y Joel lo va a llevar de vuelta al hotel. Dijo que está bien, solo, bueno…, borracho.

—Mierda, es culpa mía —dije y me hice un ovillo en el sofá.

—Definitivamente no es tu culpa. Nate es lo suficientemente mayor para saber lo que está haciendo. Supongo que él también se la estaba pasando mal y así es como intentó olvidarlo. —Lily dejó su teléfono de nuevo sobre la mesa—. Estará bien, no te preocupes. Joel me llamará en unos minutos.

Veinte minutos después, el teléfono de Lily volvió a sonar.

—Nate quiere hablar contigo —susurró Lily—. Están de regreso en el hotel. —Le arrebaté el teléfono y tomé la llamada.

—Hola, tú.

—Hoooola —dijo con una risita—. Murph, te extraño.

—Yo también te extraño —dije, pensando en que probablemente no recordaría nuestra conversación. Sin embargo, esperaba que recordara el espectáculo del medio tiempo—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

—Sé que dejé caer una bomba —dijo con pereza—, pero te amo.

—Yo también te amo. Te veré mañana. Intenta dormir un poco.

Balbuceó algo que no pude entender. Sonaba ido.

—¿Nathan?

—¿Billie? —Ahora era Joel. Nathan no podía ni siquiera juntar dos palabras. Estaba muy preocupada.

—Joel, ¿está bien? No parece estar bien. Tal vez necesita ir al hospital y…

—No, no, no. No te preocupes. Yo me encargo de esto. No creo que haya visto a Nate así de borracho desde la prepa, pero se pondrá bien, lo juro. No es su primer rodeo. Solo necesita dormir. —Joel sonaba confiado sobre la situación, lo que me aseguró que Nathan iba a estar bien—. Tengo que irme. —Joel le gritó algo a Nathan en sueco y colgó.

Mierda.

—Va a estar bien, Billie. No te preocupes. Joel se asegurará de ello —dijo, sirviéndose más vino con el ceño ligeramente fruncido. La situación la había estresado a ella también, pero me di cuenta de que estaba tratando de parecer tranquila por mi bien—. ¿Por qué no me cuentas qué pasa con Billy?

Maldita sea. Esperaba que lo hubiera olvidado. Pero era Lily. Por supuesto que no lo olvidaría.

—No es nada, solo…

—¿Te está molestando otra vez? —me interrumpió—. Puedes decírmelo.

—No. —Ni siquiera sabía qué decirle o cómo empezar a hablar de ello. Solo tenía que hacer frente a la situación—. ¿Crees que es posible tener sentimientos por dos personas al mismo tiempo?

Los ojos de Lily se abrieron de par en par.

—Sí…, creo que es posible. ¿Por qué? ¿Tienes sentimientos por Billy?

—No lo sé. No quiero, pero… ha estado…, no sé —tartamudeé y me cubrí la cara después—. Lo que William acaba de hacer en la televisión… creo que era para mí. Quiero decir, es una señal que usa conmigo. A menos que lo haga con un montón de otras chicas, lo cual no me sorprendería, pero…

—¿Lo de tocarse el labio?

—Sí. Y el gesto marcial de «sí, señora».

—¿Qué significa todo eso? —Sonrió. Lily parecía extrañamente emocionada por la conversación. Pensé que iba a decirme que lo ignorara o algo por el estilo. No lo hizo.

—¿Conoces la canción de Dave Matthews Band, «Crash Into Me»? —pregunté. Lily asintió rápidamente, animándome a continuar—. Es

una de mis canciones favoritas. ¿Y te acuerdas de esa parte de la letra que dice «toca tus labios»? —Lily asintió de nuevo—. Bueno, cuando estábamos en la casa de campo, tocó la canción con su guitarra y se detuvo cuando cantó esa parte, e insistió en que me tocara los labios. —Sonreí por el recuerdo—. Entonces, empezamos a usarla como nuestra señal.

Los ojos de Lily se convirtieron en corazones. «¡No!» ¡No estaba siendo útil! Me animó a continuar mientras se desmayaba de amor.

—Lleva meses molestándome. Siempre que me ve, se roza el labio, como le hizo ahora. Quiere que yo también lo haga. Pero me he estado negando. Y el día que Nathan y yo hicimos nuestra relación oficial, William me envió dos revistas donde me mostraba que las fotos de paparazzi de él y Erin en realidad eran fotografías antiguas. —Suspiré—. Tenías razón, Lily, sobre que todo era falso. La otra revista tenía un pequeño artículo que hablaba de la ruptura de William y Erin.

Volví a cubrirme la cara por un segundo, con los codos apoyados en los muslos.

—Se molestó cuando le dije que ahora estaba oficialmente saliendo con Nathan. Yo también estaba molesta, por supuesto. Pero ya me había encariñado con Nathan, éramos muy cercanos. Sentí que mi corazón se iba a partir por la mitad.

Lily seguía mordiéndose los labios.

—¿Y qué significa el gesto marcial de «sí, señora»? —quería saber todo.

—Insiste en que soy muy mandona con él. Que en realidad dice que le gusta. No sé, no lo había visto desde antes de Navidad y ahora que lo vi ayer, yo solo… Siempre mueve cosas dentro de mí y no quiero sentir o entender lo que sea que signifique, pero así es, y luego me siento culpable por sentirlo.

—¿Te encontraste con él o…?

—Me oyó llorar. Ya sabes que nuestras habitaciones están una al lado de la otra… Solo quería asegurarse de que estaba bien.

—Ah, sí. Billy nos dijo que el anterior propietario tenía los departamentos 9A y 9B como un único departamento enorme. La persona que lo compró volvió a dividirlo y los vendió por separado años después. Supongo que las paredes que separan sus dormitorios deben ser de tablarroca.

—Seguro, porque puedo oírlo tocar el piano y la guitarra. «Todas

las noches cuando está».

—¿Crees que pueda escucharlos a ti y a Nathan teniendo sexo?

Lily se mordió el labio inferior, con una sonrisa descarada.

—¡Lily! —grité con vergüenza. Nunca lo había pensado, pero ahora que lo mencionaba, me mortificaba.

—Bueno, si puede oírte llorar… Quiero decir, ¿el sexo no se oye parecido? —se rio.

Le lancé uno de los pequeños cojines, pero siguió riéndose.

—Nunca más voy a tener sexo con Nathan en mi departamento —dije con una risa nerviosa.

—Por supuesto que sí. Solo estoy bromeando. Billy nunca está en la ciudad de todos modos. No creo que haya escuchado nada —dijo, tratando de hacerme sentir mejor, pero ahora no podía dejar de pensar en ello.

—Y no me malinterpretes. Nathan y yo estamos muy bien juntos. Sé que vamos a estar bien después de la discusión que tuvimos el viernes. Y cuando William está lejos, Nathan realmente me hace olvidarlo, pero cuando lo veo… —Sacudí la cabeza y me estremecí, pero fue casi indetectable. Estoy segura de que el sentimiento se desvanecerá con el tiempo. —Espero.

—Pues, seguro… —dijo Lily con vacilación.

—¡Lily! ¡No estás ayudando! —Me reí por puro nerviosismo, porque la conversación no era divertida.

—¡Lo siento! Es que…, no sé. Me importan mucho Billy y Nathan. Realmente no sé qué decir. Es una situación difícil. Supongo que lo que pasó con Billy es que nunca pudieron explorar las cosas. Puede que él sienta lo mismo y por eso parece que no pueden superar ese hecho. ¿Me entiendes? Como si no hubieran sido capaces de sacarse el uno al otro de sus sistemas.

»Quizás, una vez que Billy encuentre a alguien más que lo haga feliz, dejará de hacer estas cosas que solo te confunden —dijo—. Eso probablemente sería lo mejor para todos. Sé lo mucho que quieres a Nathan.

«Que William encuentre a otra persona que lo haga feliz».

Me tragué un enorme nudo en la garganta. Nathan me hacía feliz, así que debería desearle lo mismo a William.

Pero supongo que no era tan bien intencionada como pensaba.

CAPÍTULO 33

Un multiverso de celos

Parte 1

8 de febrero de 2010

Nathan perdió su vuelo de la madrugada. Se quedó dormido. El aeropuerto de Miami estaba lleno de gente que había ido al Super Bowl. No había ningún vuelo disponible y necesitaba volver al trabajo lo antes posible.

Joel lo convenció de que volara con ellos. Nathan tuvo que dejar de lado su orgullo y volver a Nueva York en el mismo avión que William. Era eso o quedarse un día más en Miami, lo que no era una opción. Me dijo que el martes temprano tenía una reunión a la que no podía faltar.

Nathan me envió un mensaje para decirme que habían llegado a Nueva York y que pasaría por mi departamento antes de volver al trabajo. Quería verme. Y yo también. Todavía teníamos que hablar de lo que había pasado, pero yo estaba en un espacio mental mucho más adecuado para hacerlo.

Aaron y David me llevaron de vuelta de la escuela. No había visto a Caleb desde el viernes y, aunque todavía estaba un poco enojada, un poco triste y decepcionada por lo que había pasado, también quería hablar con él y tratar de dejar todo atrás.

Mi teléfono sonó. Era CJ.

—¡Hola, Billie! Nina y yo necesitamos tu ayuda.

—¡Hola! Por supuesto, ¿qué pasa?

—Nuestro casero nos está corriendo de nuestro departamento. Su hija va a vivir ahí ahora. Ya encontramos otro que nos gusta, pero estará listo hasta el 8 de marzo. ¿Crees que Nina y yo podríamos quedarnos contigo unas semanas?

—¡Por supuesto! Pero compartirían una habitación. ¿Te parece bien?

—Uf, eres un amor. Y no nos importa. Eres nuestro salvavidas —contestó CJ.

—¡Hola, Billie! ¡Muchas gracias por recibirnos! —gritó Nina por el teléfono—. Me aseguraré de que CJ se comporte, no te preocupes.

Me reí.

—Por supuesto. No hay ningún problema. Entonces, ¿cuándo necesitan salirse de su departamento actual?

—El 15 de febrero. Nos quedaremos contigo durante tres semanas. ¿Estás segura de que está bien? —preguntó CJ—. Sé que soy mucho para asimilar.

—Es verdad. —Me reí—. Pero me encantará tenerlos aquí. Tendré todo listo para entonces. —Iban a ser tres semanas interesantes.

CJ me agradeció un millón de veces más antes de terminar la llamada. Al menos Nina seguía saliendo con Juan Pablo. Odiaría verla coqueteando con Caleb.

Mientras esperaba a que Nathan llegara, la ansiedad se deslizaba por mi columna vertebral. No sabía cómo se sentía con respecto a la discusión. Lo que sabía con seguridad era que iba a llegar con una resaca terrible.

Me apresuré a abrir la puerta cuando oí que llamaban. Pero no era Nathan.

—Hola, Rojita —dijo Caleb con una profunda arruga en el entrecejo. No llevaba traje y corbata, sino unos jeans y una sudadera verde militar que hacía brillar sus ojos maravillosamente. Estaba fuera de servicio el resto del día—. Sé que estás enojada y probablemente no quieres hablar conmigo, pero, por favor, escúchame.

Asentí y salí, cerrando la puerta detrás de mí.

—No quiero inventar excusas y solo hablaré por mí mismo. Solo quería decirte que sé que metí la pata. No debería haberte mentido sobre los papeles ni haber tramado nada a tus espaldas. Sé lo mucho que lo odias y haré todo lo posible para evitar que situaciones como esa se repitan.

—Gracias. Te lo agradezco. Y, con toda sinceridad, ya no estoy tan enojada. Estoy sobre todo triste por lo que pasó. Ya sabes que me enciendo como un cerillo, pero me enfrío igual de rápido.

Caleb resopló y sonrió después de que dijera eso. Me conocía.

—Y sé que solo estabas siguiendo las órdenes de mi papá y que de verdad te preocupas por mí —dije, sonriendo breve pero genuinamente. Todavía estaba furiosa con mi padre. Él era el que orquestaba todo y presionaba a Nathan para que hiciera las cosas a su manera—. Siento lo del botón de pánico. Sin embargo, es bueno saber que funcionan, ¿no?

—Nunca pensé que necesitarías usarlos, y mucho menos para sacarme. —Se rio.

Eso me recordó que le había hecho lo mismo a Nathan. Pero preocuparme por eso no servía de nada. Tenía que disculparme y distraerme mientras.

—Creo que nunca te había visto usando jeans —le dije a Caleb. Siempre lo veía con traje y corbata o con ropa de hacer ejercicio.

—Hasta yo me siento raro —dijo, mirándose con una sonrisa—. Pero tenía que hacer algunas cosas hoy temprano y, como tenía libre el resto del día, decidí ponerme mi ropa antes de que se pudra en el armario.

—¿Cómo siguen tus nalgas? —pregunté, sin poder contener la risa —. ¿Todavía te duelen?

Sonrió y trató de no reírse, pero ver que se cayera había sido demasiado divertido.

—Nunca vas a dejar de recordármelo, ¿verdad?

—No.

Caleb me agarró de las manos y me acercó a él. Usó su pie derecho para hacerme perder el equilibrio. Medio segundo después caí de sentón en el suelo, pero Caleb controló el movimiento para que no me lastimara. No podía dejar de reír.

Caleb se puso en cuclillas y sonrió.

—Te tengo.

Se abrieron las puertas del elevador. Nathan y William salieron, cada uno con una pequeña maleta. Una ola de nerviosismo azotó mis venas. Era muy extraño verlos a los dos juntos.

Nathan se despidió de Joel y Tobias, que estaban dentro del elevador. Parecía agotado.

William llevaba gafas de sol, una gorra y una cara que delataba su

evidente resaca. Yo seguía sentada en el suelo. Caleb me ofreció la mano y me levantó, mirando con odio en dirección a William. Le caía demasiado mal.

—Estaré abajo si necesitas algo —dijo Caleb y se dio la vuelta para marcharse. Estrechó la mano de Nathan cuando pasó junto a él y saludó a William con la cabeza. Una vez. Brusco.

William chasqueó la lengua y se dirigió a Caleb:

—¿Mezclando negocios con placer? —«¡William!». Se bajó las gafas de sol ligeramente con una sonrisa de satisfacción.

Caleb lo ignoró, lo que supongo que no le resultó fácil, y se alejó por las escaleras.

Sí. Caleb estaba fuera de servicio, pero, conociéndolo, no iba a meterse en una discusión con William por nada. Y menos aún delante de Nathan, que ya parecía desconcertado por el comentario de William.

Nathan no sabía que había pasado algo entre Caleb y yo en el pasado. Como nunca había sido un tema, nunca se lo había dicho. ¿Para qué iba a mencionarlo de la nada? Además, Caleb y yo estábamos en buenos términos con nuestra amistad y él era más que respetuoso de mi relación con Nathan.

Pero William nos había visto besándonos en la azotea y sabía que no le había entusiasmado. Recordaba su cara perfectamente bien. No se soportaban el uno al otro.

—¿Estás bien? —preguntó Nathan con voz ronca. Me besó la mejilla y pude ver que William abría la puerta de su departamento, mirando hacia mí, pero la sonrisa había desaparecido de su rostro.

«Así es».

Un segundo después cerró la puerta tras de él.

—Estoy bien. Vamos a entrar —dije y abrí la puerta—. ¿Cómo te sientes?

Nathan dejó sus cosas en el recibidor y me abrazó.

—Como mierda. —Me besó el cabello—. Mi cabeza está a punto de explotar.

—¿Quieres alguna medicina o algo para beber? ¿Café?

—Un café sería espléndido, gracias.

Estaba preparando la cafetera cuando Nathan entró en la cocina y puso su barbilla en mi hombro y los brazos alrededor de mi cintura.

—Lo siento mucho, amor. —Me besó el cuello—. Por todo. —Su nariz rozó mi mandíbula y pude sentir que mi piel reaccionaba a él. Lo

había extrañado mucho.

—Yo también lo siento mucho. —Me giré para mirarlo—. No debería haberte hecho salir de la forma como lo hice. Es que…

—No pasa nada. Yo metí la pata. —Me besó con una sensación de urgencia. Le regresé el beso, lo necesitaba. Él rompió el beso y dijo—: Prometo no volver a ocultarte nada. Quiero que sigas confiando en mí como hasta ahora. No volveré a defraudarte. —Sus manos viajaron por mi espalda dentro de mi suéter. Quiso quitármelo, pero se lo impedí.

—¿Qué pasa? —me susurró al oído.

No pasaba nada, pero no podía dejar de pensar en lo que me había dicho Lily. William estaba en su departamento y ahora temía que pudiera escuchar que teníamos sexo.

—No lo sé. ¿Te sientes bien? No vayas a colapsar —susurré con una suave risa.

—Colapsaré si no te tengo ahora mismo.

Pensé que podía llevarlo a la sala en lugar de a mi habitación, pero Mimi y Caleb tenían las llaves de mi departamento. Mimi ya se había ido por ese día y Caleb nunca entraría sin avisar, pero el hecho de saber que no era la única con llaves me hacía sentir incómoda. Y probablemente le parecería raro que lo llevara a la habitación de invitados.

Me sentía segura y cómoda en mi dormitorio. Pero William tenía que vivir justo al lado y ahora sentía que mi vida sexual con Nathan se iba a arruinar. Con suerte, William se iría a Irlanda pronto. Y no tendría que preocuparme por esos asuntos hasta marzo.

Necesitaba dejar de pensar.

El olor a café recién hecho invadió la cocina. Nathan me quitó el suéter y me desabrochó el brasier. Ya no había vuelta atrás. Colapsaría ahí mismo con él si lo detenía.

—Hoy has estado muy callada —dijo Nathan, besando mi mejilla suavemente—. ¿Está todo bien? Es poco común en ti. —Me tocó la barbilla con el dedo, ofreciéndome una sonrisa tenue.

Se dio cuenta.

—¿Sí? —«Mierda». Pensé que era buena idea ser más reservada en mis reacciones, lo que había requerido mucha concentración. Pero no iba a ser una práctica sostenible, por lo menos, no era placentera.

—¿Tal vez hay algo más que pueda hacer? —dijo mientras su

mano vagaba por mi muslo—. Sabes que me encanta escuchar cómo te disfrutas conmigo.

—Te juro que todo está bien —dije con un jadeo, sintiendo un dedo de Nathan moviéndose adentro de mí.

—¿Segura? No me parece que estés segura —dijo con una sonrisa perezosa.

—Estoy segura. —Cerré los ojos y me mordí el labio inferior.

—¿Por qué te estabas conteniendo? —preguntó, aumentando el ritmo y añadiendo otro dedo cuando encontró el punto que me hacía enloquecer—. No quiero que lo hagas. Me encanta cuando no lo haces.

—No me contuve —dije entre respiraciones pesadas. Abrí los ojos y fijé mi mirada en la suya.

—Sí, lo hiciste. Lo estás haciendo ahora mismo. ¿Todavía estás enojada conmigo? —Sus ojos estaban fijos en mi cara, analizando cada pequeña reacción, palabra, respiración y sonido que salía de mi cuerpo—. Dime qué hacer y lo haré. Haré cualquier cosa por ti.

—No, no es eso…, no es… —No pude contenerlo más. Se convirtió en un esfuerzo imposible.

—No, ¿no estás enojada? O no, ¿no te estás conteniendo?

—Las dos cosas…

—¿Es por él? —preguntó Nathan. Lo único que se me ocurrió decir fue que no. No sabía a quién se refería con él y mi mente no podía procesar la pregunta para que se me ocurriera una respuesta detallada. No mientras me tenía al borde del placer. Mi mente estaba en otra parte. En ninguna parte.

—No —dije varias veces en voz baja.

—Veo la forma como te mira y no me gusta. Para nada —dijo, besando mi cuello—. Eres mía.

—Sí —jadeé.

—Mía.

—Tuya —dije en el oído de Nathan, aferrándome a su cuello.

—Quiero que te vengas, amor.

Respiré profundamente y me resultó inevitable censurar el volumen de mis reacciones cuando me vine, sintiendo chispas que subían por mi espina dorsal y que estallaban en mi frente y relajaban mi cuerpo. Mis extremidades se adormecieron y Nathan se sintió orgulloso y satisfecho con mi respuesta.

Mientras los dos estábamos acostados en la cama, esperando a que recuperara el aliento, lo único que podía oír era a William tocando el

piano. Cerré los ojos durante un segundo y luego le pregunté a Nathan entre suaves jadeos:

—¿Quién es él?

—Caleb, por supuesto.

—¿Caleb? —Abrí los ojos de inmediato. Esperaba una respuesta diferente—. Pero solo somos amigos. Le caes bien. Y nadie le cae bien.

—Está bien. —Me apartó un mechón de la cara—. Pero lo veo en sus ojos. Para él no eres solo una amiga. Y no me importa, siempre y cuando no intente nada.

Estaba a punto de decir que jamás intentaría nada conmigo. Pero ya lo había hecho. Sin embargo, fue antes de conocer a Nathan. Así que tal vez podría decir que no intentaría nada a partir de ese momento.

No. No podía hacerlo. No podía fingir que no había pasado nada. Quería honestidad y total transparencia con Nathan, y eso significaba que tenía que empezar por mí misma. Al menos con las cosas que quería saber o que preguntaba directamente.

Me senté en la cama, totalmente convencida de empezar a hablar.

—Eso me distrae mucho —dijo Nathan, mirando mis senos y mi cara varias veces. Sonreí y me tapé con el edredón—. Solo dije que me distrae, no que te taparas.

Se rio y empujé su cabeza sobre la almohada. Pero me seguí cubriendo porque necesitaba toda su atención.

—Bueno. Sí pasó algo con Caleb —dije, mirándolo a los ojos. Vi cómo el pánico inundaba la mirada de Nathan—. No, espera. Fue antes de conocerte y no duró mucho. Estábamos condenados desde el principio. Él nunca se sintió lo suficientemente cómodo cerca de mí y le temía a la reacción de mi padre. Era demasiado complicado. Demasiado arriesgado. No queríamos jugar con nuestra amistad.

—Ya veo —dijo con el ceño fruncido. Me impresionó su reacción. Se notaba que no estaba contento. Pero era maduro al respecto, algo a lo que no estaba acostumbrada. Thomas habría prendido el edificio en llamas—. Entonces, ¿por qué William le dijo eso de la mezcla de los negocios con el placer? ¿William sabe que pasó algo con Caleb?

—Nos vio besarnos una vez cuando todavía estaba con Erin. Tobias también nos vio. —Sentí que me quitaba un peso de encima. Un peso que no sabía que estaba ahí. Me sentí bien al saber que no tenía que ocultarle esa parte de mi vida a Nathan y que él, en cierto modo, se lo estaba tomando bien.

—Ya, ahora lo entiendo. William solo quería hacerme enojar —dijo Nathan, sintiendo que cobraba conciencia del asunto. Me encogí de hombros. No estaba segura de que esa fuera la razón por la que William le había dicho eso a Caleb, pero probablemente fuera la segunda razón. No obstante, saber por qué William hacía lo que hacía y decía lo que decía era un asunto delicado. Y no pensaba obsesionarme con eso por el momento.

—Bueno, no le voy a dar el gusto —añadió—. ¿Estás segura de que te sientes cómoda siendo amiga de Caleb?

—Sí. Sí, por supuesto. Siempre ha estado ahí para mí, ha sido un verdadero amigo. Después de que mi madre murió, siento que fue sobre todo gracias a él que volví a la vida. Él me hizo feliz cuando estaba en un mal lugar. Todo estaba sin vida. Opaco.

»Y no ha expresado nada de querer estar conmigo desde que te conocí. Entendimos que estábamos mejor como amigos. Mi padre lo habría desaprobado y temíamos que nuestra amistad terminaría dañada por ello. Caleb lo sabe. No se arriesgaría y, honestamente, yo tampoco.

—Pensé que todo había ocurrido a espaldas de tu padre.

—Así fue. Mi padre nunca lo supo. Caleb y yo ya habíamos decidido volver a ser amigos. Pero un simple abrazo bastó para que mi padre se pusiera furioso con Caleb. Me dijo que mi padre le dejó claro que, si intentaba algo conmigo, perdería su trabajo. —«Y Caleb me había prometido quedarse»—. Y, como dije, Caleb no se arriesgaría.

Nathan suspiró. ¿Era alivio lo que estaba sintiendo? Eso esperaba.

Su teléfono sonó sobre la mesita de noche. Leyó el mensaje.

—Lo siento, Murph. Me necesitan en la oficina. ¿Está bien si…?

—Claro, claro. —Sonreí—. No te preocupes.

Nathan se dio un baño rápido y se puso un traje completo. Se veía increíblemente guapo.

—No pareces un tipo que ayer se emborrachó y llamó a su novia mientras cantaba al ritmo de su banda favorita. —Me reí mientras caminábamos hacia la puerta principal.

—Maldita sea. —Parecía avergonzado por ello. Y por su mirada podría decir que estaba tratando de empujar esos recuerdos al fondo de su mente.

—Solo espero que recuerdes el concierto —dije mientras abría la puerta para irse.

Se rio.

—La verdad es que sí. Siento que mi cuerpo se desconectó en el momento en que terminaron el espectáculo. —Me abrazó con fuerza —. Te llamaré más tarde. Te amo.

—Yo también te amo —dije, mirándolo a los ojos.

Nathan se fue. Me dirigí a mi habitación y me tiré sobre la cama, abrazando mis almohadas.

Unos minutos después escuché un golpe en mi pared. «William». Tenía la sensación de que iba a hacerlo, aun así, no sabía si nos había oído o no. Seguía deseando que no. Pero sabía que tenía que dejar de ser paranoica o podía terminar volviéndome loca por nada.

Volvió a golpear, esta vez con más fuerza, probablemente tratando de obtener una respuesta de mi parte. Solo que esta vez no devolví el golpe. Era momento de soltarlo.

Para siempre.

CAPÍTULO 34

Un multiverso de celos

Parte 2

5 de marzo de 2010

Nina y CJ llevaban más de dos semanas conmigo. Era su último fin de semana en mi departamento. La dinámica era cómoda y divertida. Ambos estaban estudiando negocios en la Universidad de Nueva York y tenían un horario escolar irregular. A veces se iban por las mañanas, otras veces por la tarde, pero intentábamos cenar juntos casi todas las noches.

A CJ le encantaba la cocina. Siempre tenía una nueva receta que quería probar. Algunos de sus platos eran mejores que otros, pero, en general, lo hacía bastante bien la mayor parte del tiempo.

Algunas noches, Nina no regresaba a dormir, en espacial los fines de semana. Se quedaba con Juan Pablo. CJ me dijo que tenían problemas con su relación, pero Nina no me había hablado de ello.

Curiosamente, Nina y Caleb no habían estado coqueteando entre sí. Se saludaban, tal vez se preguntaban cómo estaban, pero eso era todo.

Nina y CJ sabían que los Sjöberg eran mis vecinos. Pero no eran conscientes de que William vivía justo al lado. Como él todavía estaba fuera y no sabía qué día iba a volver, pensé que era mejor no decir nada, sobre todo para respetar la privacidad de William.

Esa noche íbamos a comer una receta especial de *chilly* que CJ quería cocinarnos. Juan Pablo iba a venir a cenar y su presencia

siempre me ponía nerviosa. Algo en él no me gustaba, pero nunca pude identificar qué exactamente. Y siempre me sentía un poco culpable por juzgarlo sin una razón real. Pero ¿no se suponía que nuestro instinto era la mejor brújula? Sabía que el mío se encogía cada vez que me miraba.

Por suerte, Nathan también iba a reunirse a nosotros. Como siempre, su presencia me daba paz y comodidad.

Grant me estaba quitando los guantes cuando Tobias se apareció en el gimnasio.

—¡Hola, Tob!

—¡Billie! —dijo con su sonrisa habitual—. ¿Qué hay, Grant? —Se acercó al espejo y se peinó con los dedos.

Siempre estaba sonriendo, pero esta era una sonrisa diferente…, emocionada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Solo estoy emocionado. —Levantó las cejas como si esperara que yo le preguntara por qué, así que lo hice—. Una película en la que trabajé hace un año y medio se estrena aquí en Nueva York en un par de semanas.

—¡Dios mío, Tob! Me alegro mucho por ti. ¿De qué tipo de película se trata?

—Es una película de acción con muchas armas y acrobacias —dijo y se rio mientras Grant le vendaba las manos.

—¿Y tuviste el papel principal?

—¿Por qué crees que estoy tan emocionado? Es mi primera película como actor principal. —De verdad, no podía dejar de sonreír.

—¡Guau! ¡Estoy muy orgullosa de ti, Tob! Buena suerte con el estreno. Tendrás que contármelo todo —dije, caminando hacia la salida.

—Espera, tienes que venir. Tú y Nathan, por supuesto.

—Oh. ¡Me encantaría! Además, no he visto una película en la pantalla grande desde hace un rato, así que supongo que voy a estar más emocionada que tú por ir —dije con una risita.

—Entonces definitivamente tienes que venir. En los próximos días te contaré todos los detalles.

—Me parece bien.

Me despedí de Grant y Tobias y volví a mi departamento. Salí al

noveno piso mientras contestaba un mensaje de Nathan. Me escribía para decirme que saldría de la oficina temprano ese día.

«¡Sí!».

Un aroma delicioso y familiar me llamó la atención. Levanté la vista de la pantalla del teléfono y vi a William afuera de su departamento, que estaba abierto de par en par. Y no estaba solo. Estaba hablando con Nina. También se reía. Sentí que me hervía la sangre.

«Respira».

—¡Billie! ¿Por qué no me habías dicho que William Sjöberg era nuestro vecino de al lado? —dijo, apoyándose en la pared junto a William. Demasiado cerca para mi gusto. Se estaba poniendo cómoda, ¿no? Pero, espera…, «¿nuestro vecino?».

«Sonríe».

—Bueno, es que nunca está —dije mientras caminaba hacia mi puerta. No planeaba hacer conversación con los dos. No.

William resopló.

—Aquí estoy —dijo con su exasperante sonrisa habitual—. De hecho, voy a estar aquí durante un tiempo. Me estoy tomando unas merecidas vacaciones.

—Seguro que te las mereces. Debes trabajar como loco —dijo Nina, poniendo su mano sobre el brazo de William. Su camiseta blanca revelaba su piel ligeramente dorada y sus músculos tensos.

Maldito vikingo… ¿Por qué no podía llevar suéter o un montón de capas como una persona normal? Estábamos a dos grados afuera.

Pero no. Llevaba una camiseta blanca como la que me había hecho usar el verano pasado. Debía tener una tonelada. Era su uniforme oficial, y no me quejaba, pero dejaba sus brazos expuestos para que Nina los acariciara en el pasillo.

—¡Ay, guau! ¿Tocas el piano? —preguntó Nina, mirando dentro de su departamento.

Puse los ojos en blanco.

—Sí. ¿Quieres pasar a tomar algo? —le preguntó William. «¡QUÉ!»—. Quizá pueda tocar algo para ti.

«¿Por qué sigo aquí parada?».

Mis piernas estaban paralizadas.

Me mordí la comisura del labio con tanta fuerza que pude sentir el sabor cobrizo de la gota de sangre que salió de mi piel rota e hizo contacto con mi lengua.

«Tiene que decir que no. Tiene novio. No deja de olvidarlo…».

—¡Claro! ¡Me encantaría! —aceptó Nina con una sonrisa sobreexcitada—. ¿Sabes tocar *Für Elise*?

Él se volvió para mirarla.

—Es tu día de suerte —le contestó.

Nina desapareció en el departamento de William.

—¡No me tardaré, te veré en un rato, Billie! —alcanzó a gritar desde adentro.

William cerró la puerta y yo me metí furiosa a mi departamento. No habían pasado más que unas horas de su regreso y ya había encontrado una manera nueva y eficiente de torturarme.

¿Cómo iba a olvidarme de él cuando hacía cosas como esa? Estaba segura de que solo quería molestarme. «Pero ¿y si realmente le gustaba?».

Me prometí que me alegraría por él si encontraba a alguien que le gustara. Tenía que ser así. Tal vez ese alguien era Nina.

«¡Por favor, que no sea Nina!».

La felicidad no era un sentimiento con el que pudiera relacionarme en ese momento. Estaba enfurecida.

—¡Nina! ¿Eres tú? — gritó CJ desde la cocina.

«Nina, Nina, Nina».

—¡No! ¡Soy Billie! Me voy a bañar.

—¿Ella dónde está? Se suponía que me iba a ayudar con la ensalada.

Tristemente, la ensalada era lo último en lo que pasaba por la mente de Nina.

—¡Quién sabe! Creo que deberías llamarle. «Sácala del departamento de William, también, ya que estás en ello».

«¿Por favor?».

Iba a hiperventilar.

«Respiiiiiiiira».

Me metí a la regadera y conté hasta diez, pero eso nunca funciona, ¿o sí? Ni siquiera llegué al cinco. Traté de tener pensamientos felices, pero todos incluían diferentes formas de arrastrar a Nina fuera del departamento de William.

«¡Aj!».

¿Por qué siempre era ella? Nunca le había dicho nada sobre lo que pasó con William. Entonces sabía que no lo estaba haciendo a propósito. ¡Pero era la máquina de coquetear más malvada de la

historia!

Y William…, no quería ni pensar en él. Sin embargo, lo único que podía ver era su mirada antes de que desapareciera en su departamento, con ella.

Me enjuagué el cabello mientras varios pensamientos me invadieron: «¿Qué están haciendo? ¿De qué están hablando? ¿La está haciendo reír? ¿Está tocando el piano para ella? ¿Lo está tocando ella a él?».

Salí del baño sintiéndome derrotada. Sentía el estómago raro y vacío.

«Espera».

Corrí al baño y vomité.

«¿Qué me pasa?».

Me senté en el suelo envuelta en la toalla. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos durante unos segundos, intentando controlarme.

Tenía que levantarme. Nathan iba a llegar en cualquier minuto. Me lavé los dientes dos veces, con enjuague bucal y todo, y me sequé rápidamente el cabello para que dejara de gotear. Me puse unos jeans y un cómodo suéter azul marino.

Cuando entré en mi habitación, oí el piano de William. Estaba tocando *Tiny Dancer* para ella, maldita sea. Qué excelente manera de arruinar una canción perfecta.

Un golpe en la puerta de mi habitación.

—¡Hola, tú! —Me alegré mucho de ver a Nathan. Necesitaba abrazarlo. Él me iba a hacer sentir mejor. Me abrazó enseguida—. Hueles delicioso —me susurró al oído—. Fresca y limpia.

Cerré los ojos y expulsé el aire por la boca. Me sentía muy mal. Era una mezcla de ira, un poco de tristeza y mucha culpa. Culpa porque Nathan estaba delante de mí y yo acababa de vomitar porque William había invitado a Nina a su departamento. Era la peor sensación de la historia.

Pero era la más feliz de ver a Nathan. Lo único que quería era que me abrazara. Él siempre me hacía sentir que todo iba a estar bien.

—Murph, ¿qué pasa?

—Solo estrés y malestar estomacal. Pero estoy bien. Estoy mejor ahora que estás aquí.

—Ven aquí —dijo, abrazándome de nuevo. Besó mi cabello varias veces—. No pasa nada. ¿Quieres que me quede esta noche? —Apreté los labios y asentí—. Vamos a darte algo de comer.

Nathan me tomó de la mano y me llevó al comedor.

—Está bien. Ya estoy aquí.

Le sujeté la cara y lo besé. Era muy dulce. Me preguntaba por qué me molestaba por William.

Nos sentamos en la sala, esperando a que llegara Juan Pablo y a que Nina volviera del departamento de William.

—Ay, me encanta tu suéter —dijo CJ, colocando un pequeño cuenco con aceitunas en la mesa de café. Me encantaba que se sintiera como en casa en mi departamento. También era agradable tener a otras personas alrededor. Se sentía más… hogareño.

Era una sensación agridulce, pero, por suerte, se iban en unos días. La había pasado muy bien con ambos, pero no me interesaba tener a Nina y William desfilando delante de mí.

Nina regresó con una gran sonrisa de orgullo.

—Esta chica de aquí —dijo, señalándome— ha estado guardando un secreto. ¿Sabías que William Sjöberg vive justo al lado nuestro?

Otra vez con el «nuestro».

—¡Qué! —gritó CJ—. ¡Billie! ¿Qué demonios?

—Iré por algo de beber —susurró Nathan. Estoy segura de que no tenía ganas de escuchar a Nina hablando en modo fan de William.

—Bueno, él nunca está. No creí que les interesara.

—Oh, nos interesa —dijo CJ, tomando asiento en el sofá.

—Está taaaan guapo. Y pfff, esos brazos…, ¿son de verdad? —susurró Nina—. También es divino en el piano. Aj. Demasiado perfecto. —Se echó una aceituna a la boca y se sentó a mi lado.

En ese momento no sentía nada. Todos los malos sentimientos literalmente se habían ido por el desagüe y me habían dejado un vacío en el estómago.

Juan Pablo llamó a la puerta y Nina se apresuró a abrir.

Entró con una gran sonrisa que no dejaba de asustarme. Sus ojos oscuros se centraron en mí. «Bien, aquí vamos».

Nathan me dio una copa de vino e inmediatamente tomé un sorbo.

—Tenés un aura oscura a tu alrededor, Billie —dijo con voz ronca, limpiando con la mano el espacio alrededor de mis hombros.

«Hola a ti también».

«¿Está arreglando mi aura?». Había oído a Nina hablar de eso antes. No estaba cerrada a la idea de preguntarle si podía hacerlo. Tal vez podría eliminar a William también mientras estaba en ello, si una cosa así pudiera lograrse, por supuesto. Estaba segura de que de ahí

venía toda la oscuridad.

Nathan estrechó la mano de Juan Pablo con cara inexpresiva. Ya se conocían, pero nunca se había puesto holístico con nosotros. Nathan pensó que exageraba cuando le hablé de Juan Pablo y las cosas que hacía, y sobre todo… decía. Estoy segura de que ahora no creía que hubiera exagerado.

Nos sentamos a cenar y apenas toqué mi comida. Mi estómago seguía haciendo de las suyas porque tenía que sonreír cuando en el fondo lo único que quería era acurrucarme en mi cama y que Nathan me abrazara toda la noche. El vino tampoco me sentó bien.

Acabábamos de recoger la mesa cuando sonó el teléfono de Juan Pablo. Se sentó en la sala y atendió la llamada. Nathan y yo nos sentamos con él mientras Nina ayudaba a CJ con el postre.

Juan Pablo hablaba en español mientras yo apoyaba mi cabeza en las piernas de Nathan. Me acarició el cabello mientras ambos esperábamos en un cómodo silencio.

No quería entrometerme en la conversación de Juan Pablo, pero estaba sentado a nuestro lado, así que inevitablemente escuché todo lo que decía. Y no era bueno. Estaba segura de que él no sabía que yo hablaba español o no habría dicho lo que dijo.

«Maldita sea».

Miré a Nathan a los ojos, abriendo un poco los míos, y apreté su mano. Levantó la barbilla, con el ceño fruncido, y me preguntó qué pasaba.

No podía dejar de escuchar a Juan Pablo y lo único que podía pensar era que no se merecía a Nina. Era una chica tan bonita, divertida e inteligente. Y por lo que había oído, lo más probable era que Juan Pablo la estaba engañando.

Apreté el pulgar y el índice, pidiéndole a Nathan que esperara, y llevé mi mano a su mejilla. Estaba muy agradecida de tenerlo.

Nina y CJ volvieron con enormes platos de helado. Tenían un montón de ingredientes locos encima. Ni siquiera sabía de dónde habían sacado todo eso.

Juan Pablo inmediatamente terminó la llamada y me disculpé por un momento. Tomé la mano de Nathan y lo jalé.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nathan mientras cerraba la puerta de mi habitación.

—Creo que Juan Pablo está engañando a Nina —susurré—. Acabo de oír que hablaba por teléfono. No dejaba de decir «mi amor». Y le

decía a quienquiera que estuviera del otro lado de la llamada que estaba cenando con su novia, que intentaría escaparse esta noche y que también la extrañaba. Incluso dijo «te amo» antes de terminar la llamada. ¿Crees que podría ser otra cosa y no un engaño? ¿Tal vez un miembro de la familia, o…?

—Suena un poco dudoso. Pero, aun así, no puedes decírselo a Nina si no estás segura. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, pero siento que no puedo hacer nada al respecto. Tal vez podría hablar con él. No quiero entrometerme, pero odiaría que un amigo mío supiera que me estás engañando y no me dijera nada, ¿me entiendes?

—Yo nunca te engañaría —dijo, besándome lentamente. Me encantaban sus besos lentos.

—Lo sé. Yo tampoco lo haría. —Eso hizo que se me revolviera el estómago. No estaba engañando a Nathan, ni me atrevería ni querría hacerlo, pero no podía controlar mis sentimientos y me sentía mal por haberme molestado al ver a William coqueteando con Nina. «¿Eso es engañar?».

Realmente esperaba que no lo fuera porque no quería que me importara.

—Volvamos. Veré si puedo encontrar una oportunidad para hablar con él.

—¿Qué tal si mejor nos quedamos aquí? —dijo, besándome de nuevo.

—Puedo quedarme aquí todo el fin de semana si quieres. —Reí—. Pero déjame ver si puedo hablar con él. Si no, nos fugamos.

—Tengo unos amigos en el juzgado que podrían ayudarnos con eso. —Sonrió. Cada vez que podía, colaba en la conversación una broma sobre el matrimonio. Y a mí no me molestaban, pero a mi cuello sí. Lo sentía rígido.

—No ese tipo de fuga —respondí, mordiéndole el labio inferior—. Más bien a huir de todo el mundo y encerrarnos en mi habitación.

—Tampoco estoy en contra de eso.

—Vámonos antes de que me convenzas de que me quede. —Tomé su mano y lo saqué de mi dormitorio. Ya se habían terminado el helado cuando nos reunimos con ellos en la sala.

—No sabíamos si iban a volver, tortolitos —nos dijo CJ—. Su helado está en el congelador.

Fui por el plato de Nathan y se lo di. Dejé el mío. No estaba de

humor para helado en ese momento.

—Juan Pablo, ¿puedo hablar contigo un segundo? —le pregunté.

Todos se volvieron para mirarme, incluso Nathan. No creo que esperara que tomara el toro por los cuernos. Pero cuanto antes hablara con Juan Pablo, más pronto conseguiría fugarme con Nathan. Ansiaba un poco de tiempo a solas con él.

—Claro. —Se levantó y lo conduje al recibidor—. ¿Qué pasa, Billie? —preguntó, moviendo la mano de nuevo en el espacio sobre mi cabeza y mis hombros—. ¿Te importa?

—Ehh, no —Mis ojos siguieron sus manos.

—Esto… —señaló con el dedo el espacio sobre mis hombros de lado a lado— se puede arreglar fácilmente.

Volví a mirar por encima de mi hombro, desconcertada, intentando encontrar el supuesto daño al que se refería. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. No veía nada. Pero sí sentía una pesadez aplastante a mi alrededor por lo que había pasado con Nina y William.

—No olvides decírmelo después. Tengo que decirte algo importante. —Estaba convencida de que sus habilidades psíquicas no cubrían mucho terreno porque su cara expresó una sorpresa genuina cuando dije—: Hablo español.

—Oh —dijo, dibujando una ligera sonrisa—. Así que escuchaste mi conversación por teléfono, ¿y ahora tenés curiosidad?

Asentí. Al menos era de reflejos rápidos.

—No quiero entrometerme en tus asuntos. Ni siquiera estoy segura de lo que era, pero Nina es mi amiga y me preocupo por ella. No quiero que le hagan daño.

Juan Pablo suspiró.

—Escuchá, yo tengo una mente mucho más abierta para algunos asuntos que Nina. Ahí es donde hemos tenido problemas. Recientemente se ha dado cuenta de algunas de mis relaciones con espíritus afines. —¿Algunas? «¿Qué le pasa a este tipo?»—. Pero ¿sabés qué? Realmente amo a Nina. Ella no solo es un espíritu afín, sino una llama gemela.

¿Una qué? ¿Así que Nina era su espíritu afín principal? No sabía a qué se refería, pero sonaba como una excusa holística para meterse con otras chicas mientras salía con Nina.

—Bueno, me pregunto si eso es justo para ella cuando no necesariamente está de acuerdo contigo. ¿Ella sabe que les dices a otras chicas que las amas?

—No exactamente. Pero eso es porque Nina no ha evolucionado todavía al reino del amor universal e incondicional. Ella no entiende que el amor puede sentirse y emanarse de esa manera. La monogamia y el compromiso no son mutuamente excluyentes.

Guau.

¿Nina no era lo suficientemente evolucionada para que Juan Pablo le hiciera saber que la engañaba constantemente? «Qué montón de mierda».

—Bueno, no me siento cómoda después de escuchar tu conversación por teléfono. No elegí hacerlo. Y puedes llamarme poco evolucionada, pero no entiendo esos conceptos y, por lo que me dices, Nina tampoco.

»Sería buena idea que hables con ella y le cuentes, porque como amiga me siento obligada a informarla. Y estoy segura de que ella lo apreciaría más si viniera directamente de ti. Lo sé. Yo lo apreciaría más si estuviera en su lugar.

—Por supuesto —dijo con un movimiento de la cabeza. Escuché movimiento detrás de la puerta de William. Salió, bien vestido, impecable como siempre y oliendo a gloria.

—¡Hola, che! Encantado de conocerte. Soy Juan Pablo —dijo con una sonrisa—. Tú eres William Sjöberg, ¿verdad?

—Sí, lo soy. —William le regresó la sonrisa y le estrechó la mano —. Encantado de conocerte, Juan Pablo.

—Juan Pablo es el novio de Nina —intervine. Esperaba que William encontrara mi comentario interesante y educativo.

—Ah, ya veo. —Frunció el ceño—. Se me hace tarde. Que tengan una buena noche. Encantado de conocerte, Juan Pablo.

Me temblaban las manos, así que crucé los brazos para que no se notara. William pulsó el botón del elevador y dirigió su mirada hacia mí.

Juan Pablo le dio la espalda a William y miró mis hombros y el espacio sobre mi cabeza de nuevo, como lo había hecho cuando salimos a hablar.

—Interesante —dijo, rozando su barbilla.

—¿Qué es interesante? —pregunté, demasiado rápido para sonar relajada.

William desapareció en el elevador y no se rozó el labio inferior como siempre lo hacía. Seguramente intentaba apartarse de mí, como debería haberlo hecho yo.

—Estaba pensando en lo interesante que es que la causa o la razón de nuestras dolencias a veces puede ser también la cura. ¿Sabes? Como un antídoto.

Interesante analogía. Pero Juan Pablo se estaba sumergiendo demasiado en una conversación que me resultaba difícil de seguir.

—Es curioso que digás que no entendés los conceptos del amor que te acabo de mencionar cuando puedo ver cómo sus auras están entrelazadas desde la coronilla hasta la base —dijo, torciendo los labios en una sonrisa ladeada.

«¿Que puede ver qué?».

—Tendrás que explicármelo. ¿Quiénes están entrelazadas? —pregunté inquisitivamente.

—Acabo de ver el aura de William. —Juan Pablo señaló el elevador con la cabeza—. Puedo ver tu energía en su campo electromagnético. Y en el tuyo, veo la suya. ¿Dirías que es un espíritu afín? ¿O la conexión es más profunda que eso? —preguntó Juan Pablo con el ceño sutilmente fruncido. Parecía entretenido.

—Eh, yo no…, es mi vecino. Mi aura debe estar completamente cargada con la energía de Nathan. Probablemente los estés confundiendo.

La conversación me estaba saliendo por la culata.

—Nathan también está ahí. No te preocupés —dijo, poniendo su mano sobre mi hombro. Me hizo sentir extremadamente incómoda—. Básicamente te estoy haciendo una lectura del aura ahora mismo. Esta te la invito yo. —Guiñó un ojo.

«No habrá otra».

—Voy a terminar esta conversación porque me doy cuenta de que estás incómoda. —Juan Pablo cerró los ojos un segundo—. Ajá. No estás preparada para recibir más información en este momento. Pero solo hay un detalle más que se me permite compartir con vos. ¿Puedo?

Asentí porque qué más daba. La conversación ya era lo suficientemente extraña. Tenía curiosidad por saber qué quería decir.

—No seas tan dura contigo misma.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que tenés que pensar en ello —dijo, acercándose a la puerta—. Hablaré con Nina hoy justo antes de irme. Lo prometo.

—Gracias.

—Y no lo olvides, Billie —dijo y se rio—. El corazón quiere lo que quiere.



CAPÍTULO 35

Todavía no

15 de marzo de 2010

Lily: ¡Hola! ¿Estás en casa? ¿Puedes subir a mi departamento rápido?

Yo: ¡Claro! Ahora mismo voy.

Lily: Entra. La puerta está abierta.

El estreno de la película de Tobias era el próximo jueves. Estaba muy feliz y emocionada por él. También sería la primera vez que iba al cine en unos cuantos años. Estaba emocionada porque fuera a ser con Nathan. Era una cita poco convencional, pero, aun así, íbamos a arreglarnos y a sentarnos a ver una película en un cine. Estábamos ilusionados.

Entré en el departamento de Lily y había tres bastidores con vestidos, dos tipos elegantemente vestidos de traje negro y una mujer de cabello corto, rizado y grisáceo y unas gafas de acetato translúcidas hablando con Lily. Uno de los tipos revisaba la ropa mientras el otro, sentado con la pierna elegantemente cruzada, tomaba notas en un pequeño cuaderno.

Joel estaba sentado en la sala y bebía una cerveza mientras veía la transmisión de un partido de futbol del Hammarby como si nada estuviera ocurriendo justo a su lado.

—¡Billie! ¡Estás aquí! —gritó Lily desde lejos. Caminé hacia ellos y saludé a Joel de camino—. Ellos son Ilaria, Marcus y Elijah.

—¡Hola! Encantada de conocerlos. —Les estreché la mano mientras

Marcus me miraba de la cabeza a los pies.

—¿Puedes quitarte la chamarra, por favor? —me dijo Marcus, comenzando a quitármela—. Eli… sí. —Elijah le entregó a Marcus una cinta métrica. Miré a Lily, preguntándome qué estaba pasando.

—Ilaria es nuestra estilista y Marcus y Elijah trabajan para Enzio de Luca. Vinieron a vestirnos para el estreno.

—¿Vestirnos? —pregunté mientras Marcus tomaba mis medidas de busto, cintura y cadera.

—Es básicamente una Lily, pero un poco más baja por lo que veo. Y un poco más… —Marcus se apretó el trasero—. Pero el mismo ancho de cadera, así que no cambia mucho las cosas. Subiremos el dobladillo una vez que Ilaria elija los zapatos. —Elijah siguió tomando notas en su libreta.

—Nathan va a enloquecer cuando te vea el jueves —dijo Lily, revisando los vestidos en uno de los bastidores—. ¡Ah! ¡Estoy tan emocionada!

—Lily, no creo que sea necesario. Quiero decir, tengo un par de vestidos. Pensaba ponerme uno de esos y…

—Nononononono. Vas a llegar con nosotros. Te vas a sentar con nosotros. Y te vas a ir con nosotros. Te van a tomar fotos, créeme.

Fotos. Tragué con fuerza.

Estaba tan emocionada por ir al cine a ver una película que no había pensado mucho en la logística del evento. Pensé que Nathan y yo podríamos colarnos mientras ellos caminaban por la alfombra roja.

—Eres prácticamente de la familia, por lo que están felices de vestirte. ¿No es así, Marcus?

—Eufórico —dijo él, revolviendo el bastidor con atuendos de colores oscuros. No sé si sonaba tan eufórico como decía.

La mayoría de los trajes tenían lunas, cuartos crecientes. Estaban literalmente pegadas a la ropa.

—Enzio se insipiró en la luna a la hora de diseñarla —dijo Lily—. ¿No son impresionantes?

—Sí lo son —dije, sorprendida por las inmaculadas prendas que tenía frente a mí.

—Ilaria, ¿qué te parece? —Marcus sacó un vestido azul marino sin tirantes y con finas líneas negras horizontales en la tela brillante. El vestido parecía sencillo y elegante. Precioso. Era uno de los vestidos que no tenía luna. Supongo que la referencia a la luna era la tela brillante misma—. Número veintiséis de la colección primavera 2010

—gritó Marcus. Elijah seguía tomando notas.

—Puede verse *spettacolare* con el cabello rojo —dijo Ilaria—. Billie, ven. —Movió los dedos de un lado a otro. Tenía miedo de acercarme a ella. Tenía una personalidad tan fuerte.

—También tenemos el beige… —dijo Marcus y sacó otro vestido.

—El beige no —lo interrumpió Ilaria—. Quiero el beige para Lily. ¿Qué más?

Elijah llevó el vestido azul marino a la habitación de invitados y lo colgó en una percha vacía para que me lo probara mientras Marcus buscaba otra opción.

—¡Espera! —dijo Marcus antes de que Ilaria cerrara la puerta de la habitación de invitados—. Mira el catorce. Ya sabes que a Enzio le encantaban estos trajes de pantalón. Puede que quiera verlos en la alfombra roja.

Era un traje de pantalón rosa palo con hombreras rectas y angulosas. Los pantalones eran ligeramente acampanados en la parte inferior. El saco tenía una gran luna plateada y brillante en la parte delantera en lugar de un botón. La silueta era femenina y sofisticada. Me encantaba.

—Recuerdo ese *look*. Es el que usó Frida en la pasarela. Me encanta —dijo Lily, emocionada—. ¿Qué te parece, Ilaria?

—Vamos a verlo en ella —respondió Ilaria. Elijah colgó rápidamente el conjunto en el perchero junto al vestido azul oscuro.

—¿Quién es Frida? —pregunté mientras Lily me llevaba a la habitación de invitados.

—Gustavsson. Es una amiga nuestra, una modelo. También es sueca.

Lily cerró la puerta de la habitación de invitados e Ilaria me pidió que me desnudara. Me puse los pantalones. Me quedaban bien, pero eran demasiado largos. Casi me tropecé con ellos.

—Sin brasier —ordenó Ilaria.

Les di la espalda y me lo quité. Ilaria me ayudó con el saco y lo cerré rápidamente antes de darme la vuelta. Me daba un poco de vergüenza que me vieran los pechos.

—No es modelo, *vero?* —le preguntó Ilaria a Lily.

—No, no lo es —respondió.

—Se nota. Es demasiado tímida para mostrar sus bubis.

«Es verdad».

Ilaria utilizó la brillante luna de plata para abrochar el saco. El

profundo escote en V tenía un ribete de tela brillante del mismo color rosa palo—. Puede que lleves esto. Me gusta —dijo Ilaria—. ¡Marcus! —Abrió la puerta y se alejó para ir a buscarlo.

Ni siquiera me había visto en el espejo.

—Te ves impresionante —dijo Lily—. ¿Quieres verte?

Me acerqué de puntitas al gran espejo del recibidor. No quería tropezarme con los pantalones.

«Oh. Dios. Mío». El conjunto era increíble.

Alguien silbó detrás de mí y, cuando volteé, vi a William avanzando hacia mí. Volvía de la cocina con una cerveza en la mano. Se acercó a mí y me besó ambas mejillas. Estuve a un segundo de empujarlo.

No había visto mucho a William después de verlo coquetear con Nina. Y había estado extraordinariamente molesto ese día. Así que digamos que no estaba muy emocionada de verlo.

—¿Es para el estreno? —preguntó, escudriñándome—. Me gusta. Miró la luna creciente del saco y levantó las cejas.

Me giré para mirar a Lily y ella me devolvió la mirada. Sus ojos se abrieron ligeramente más.

William rozó la luna con el dedo índice.

—Ahora me gusta aún más. Además, es el mismo color que llevabas el año pasado para el solsticio de verano. Me recuerda a nuestro primer beso —susurró.

—No nos besamos. Te empujé. Pero no dejas de olvidarlo.

No lo habría hecho si no hubiera estado saliendo con Thomas en ese momento.

Al menos Marcus, Elijah e Ilaria estaban ocupados eligiendo algo para Lily y no escuchando nuestra conversación.

—Sí lo hicimos. —William me guiñó un ojo y se dio la vuelta. «Algo así». Y ahora tenía que alejar los recuerdos de las otras veces que nos habíamos besado—. ¿Ilaria? Va a llevar eso, ¿verdad? Me gusta. Asegúrate de que lleve el cabello suelto. —William tomó asiento junto a Joel para ver el partido y le dio un sorbo a su cerveza como si no le importara nada.

«¿Perdón?». Si me ponía eso, iba a ser porque me gustaba a mí. No porque a él le gustara o me ordenara ponérmelo.

—Puede ser. Pero también quiero verle el vestido sin tirantes —le dijo Ilaria.

Bien. Supongo que Ilaria tenía la última palabra sobre lo que me

iba a poner.

—Ya se puso el vestido negro sin tirantes que me enviaste en diciembre —respondió William, llevándose un bocadillo a la boca. Gritó algo en sueco a la pantalla y dijo—: Es mejor cambiar.

—Oh, ¿te pusiste el vestido de terciocabello blanco y negro? —preguntó Marcus con una sonrisa—. ¿Cómo te quedaba, chica? William no me dejó venir para hacer una prueba.

Ahora parecía eufórico.

—Como un guante —dije con el ceño fruncido, caminando de nuevo para ponerme al lado de Lily. Me recordó lo que había dicho William sobre cómo podía adivinar mis medidas.

—¡Ah! ¿Son pareja? —preguntó Ilaria con su brusco acento italiano. Marcus y Elijah giraron hacia mí al mismo tiempo.

Abrí los labios para responder, pero antes de que pudiera decir «no», respondió William:

—Todavía no —se rio.

—No —respondí finalmente, justo después de él.

—Billy —dijo Lily a modo de advertencia, lanzándole una mirada.

Joel le dijo algo a William en sueco, pero él siguió riendo.

—Me importa un carajo. —Me pregunté qué era lo que le importaba un carajo, probablemente su comportamiento.

—Mmm. Se pondrá el traje de pantalón rosa —dijo Ilaria, señalándome—. Marcus, el dobladillo, súbelo antes de que se caiga de bruces. —Ilaria eligió un par de tacones y Elijah me ayudó a ponérmelos—. Carolina y Frankie las peinarán y maquillarán el jueves por la mañana. Me reuniré con las dos aquí para vestirlas después.

—Tengo que ir a la escuela por la mañana. Pero puedo peinarme y maquillarme —dije aterrada. Ilaria se rio.

—Te saltarás las clases, ¿sí?

Ilaria era el tipo de mujer a la que no se le podía decir que no.

—Veré qué puedo hacer —dije, sintiéndome estúpida por mi respuesta. Sabía que lo más probable era que me saltara las clases.

Marcus presentó una opción de vestido para Lily. Era largo y de un hermoso color champán claro. El escote era recto, con un diseño asimétrico de un solo hombro. La parte superior del vestido brillaba por las hermosas lentejuelas de color champán.

Su vestido no tenía luna, solo las lentejuelas brillantes para representarla. Era espectacular.

—Frida también usó este. *Look* treinta y cuatro, Eli —dictó Marcus.

Ilaria, Lily y yo entramos en la habitación de invitados y me cambié mientras Lily se probaba el vestido.

—*Ecco!* —dijo Ilaria cuando subió el cierre del vestido de Lily.

—Te ves preciosa, Lily —dije con una sonrisa.

—Este necesita un ajuste —dijo Ilaria, tirando de la tela a lo largo de la cintura. La pobre de Lily resopló después de que Ilaria casi le rompiera las costillas. No pude evitar reírme.

—Lily, tengo que irme. Pero gracias por todo. Gracias, Ilaria. —Abracé a Lily y salí de la habitación.

—El jueves, a las diez de la mañana, ¿sí? —me recordó Ilaria con un tono que sonaba más como una advertencia.

—Por supuesto. —Sonreí. Sí, me iba a saltar las clases.

Les di las gracias a Marcus y a Elijah al salir, y me despedí de William y Joel. Estaba a punto de cerrar la puerta, pero William me siguió.

—¿Por qué no te deshaces de Nathan y me dejas tachar dos primeras veces de mi lista?

—¿Dos? —pregunté.

—Tu primer estreno, de muchos más que vendrán. Y tu primera vez en el cine en un tiempo. —Sonrió.

—Estás alucinando. Pero Nina podría estar disponible. Ahora es soltera —dije mientras esperaba el elevador. Estaba jugando con fuego, ¿y si a él le parecía interesante?

—¿Ah, sí? —preguntó, al mismo tiempo que se rascaba la mejilla con cara de fastidio—. ¿Quieres que llame a Nina y la invite al estreno como mi cita?

—Si quieres, por supuesto. ¿Por qué no?

William me siguió dentro del elevador y respondió justo después de tomar un sorbo de su cerveza.

—Ella no es mi tipo. —Siguió tratando de encontrar mi mirada, pero yo me quedé mirando las puertas.

—El otro día no parecía que no fuera tu tipo. ¿No te gustan las chicas coquetas y guapas? —Salí del elevador y caminé hacia mi departamento con prisa.

—Oh, yo sé lo que me gusta —dijo a mis espaldas—. Y sé que estabas furiosa por lo que pasó con Nina el otro día. No puedes negarlo. Lo vi en tus ojos. Todavía lo estás.

—Oh. Por supuesto que no —dije mientras abría la puerta de mi departamento. No quería volverme para mirarlo.

—Bueno, ahora sabes cómo me siento cada día cuando desapareces en tu departamento con Nathan detrás.

Mi mano temblaba en la manija de la puerta. Sabía que había invitado a Nina para molestarme. Y funcionó. Pero nunca iba a admitirlo. ¡Ni siquiera quería admitirlo conmigo misma!

¿Qué iba a responderle?

Miré por encima de mi hombro y finalmente me encontré con su mirada, mi mano todavía sostenía la manija de la puerta. Mi respiración se hizo más pesada. Los dos nos quedamos ahí durante unos segundos, mirándonos directamente a los ojos en silencio.

—Bueno —dijo William, dando un paso atrás y saliendo del trance en el que nos encontrábamos—. Nos vemos el jueves. —Forzó una sonrisa de un segundo, se dio la vuelta y tomó las escaleras para dirigirse de vuelta a casa de Joel.

Probablemente era mejor que no fuera al estreno.

CAPÍTULO 36

Córtalo

18 de marzo de 2010

Intenté cancelar mi asistencia al estreno, pero cuando Lily le dijo, Tobias fue a mi departamento a quejarse. Quería disfrutar de mi cita en el cine con Nathan, pero no quería que William incomodara las cosas. Tobias insistió, así que finalmente accedí a ir. Mientras estuviera con Nathan, sabía que todo estaría bien.

Me salté la escuela porque Ilaria era una persona que daba miedo. Entonces le pedí a Nolan que entregara una tarea por mí y me hiciera saber si había algo importante que necesitara saber.

También era el cumpleaños de Caleb, así que le envié un mensaje de texto enseguida.

Yo: ¡Feliz cumpleaños, agente Cohen! Tengo una cita de maquillaje y peinado para el estreno. Sé que tienes la mañana libre, pero esperaba darte un abrazo de cumpleaños y tu regalo antes de ir al evento, ¿puede ser?
Caleb: ¡Gracias, Rojita! Por supuesto. Avísame cuando hayas terminado.

Me serví una taza de café en un termo y subí a casa de Lily. Había un par de sillas estilo director de cine con una mesa plegable delante de ellas, llena de todo tipo de maquillaje y productos para el cabello. Hice una ligera mueca al ver aquello. Solo quería tener un aspecto natural y nunca me había maquillado nadie.

Lily salió a rastras de su habitación, con aspecto de estar agotada. Acababa de bañarse. Su cabello estaba goteando.

—Hola Billie —dijo con voz ronca—. Ellas son Carolina y Frankie. Son las mejores en lo que hacen. No puedo vivir sin ellas. —Ambas sonrieron y me estrecharon la mano.

Lily y yo nos sentamos en nuestras sillas.

—Caro, ¿podrías maquillar a Billie primero? Estoy hecha un desastre —bostezó—. Necesito algo para esto —señaló sus ojos.

—Mmm. Saliste anoche, ¿verdad? —preguntó Carolina con una mirada de desaprobación—. Déjame ponerte estos parches en los ojos mientras Frankie te peina, ¿de acuerdo, chica?

—Lo sé, lo siento, nena. Era la fiesta de cumpleaños de un amigo, y una cosa llevó a la otra —explicó Lily mientras Carolina colocaba los parches dorados bajo sus ojos—. Aj. Y Joel todavía está durmiendo. Odio que se arregle en cinco minutos y probablemente mejor que yo.

—No si es mi responsabilidad, nena. Me aseguraré de ello —respondió Carolina—. Pero deberías aprender de tu amiga. Ella se ve fresca.

—Sí, bueno, probablemente no soy tan divertida como Lily. Por eso —dije y me reí, lo cual era cierto. La noche anterior me había ido a la cama temprano porque Nathan se quedó en el trabajo y no nos vimos.

—Eso no es cierto —respondió Lily rápidamente—. Deberías verla después de que ha tomado unas cuantas copas de vino. —Se rio y yo negué con la cabeza con una sonrisa.

—¿Quién dijo vino? —bromeó Frankie mientras secaba el exceso de humedad del cabello de Lily con una toalla. Llevaba unas finas gafas de acetato negras y el hermoso cabello rubio platino recogido en un chongo casual. Tenía los labios pintados de un tono rojo brillante. Se veía fantástica. Por favor, eran las diez de la mañana ¿y estaba sugiriendo vino? Ya me caía bien.

—No podré ver nada con alcohol hasta dentro de unos días —le dijo Lily.

—No, no, no. Lo estás haciendo mal. Tienes que conectar —le contestó Frankie a Lily—. Si te mantienes un poco borracha, no dejas que la resaca te afecte, ¿ves? —Carolina se echó a reír mientras aplicaba crema hidratante en mi piel. Lily también se rio. Obviamente conocían bien a Frankie y apuesto a que era una animadora total, siempre haciéndolas reír.

Me puse tensa inmediatamente y me pregunté qué haría Carolina

con mi cara, pero no tuve el valor de preguntarle. Algo me decía que no iba a poder opinar sobre lo que quería. Y no quería mucho, en realidad. Cuanto menos, mejor.

Me aplicó una base en los párpados y me pidió que mantuviera los ojos cerrados durante un rato. «¡Maldita sea!». Tomé un último sorbo de mi café y esperé lo mejor.

Al cabo de unos minutos me permitió abrir los ojos. Pude ver a Carolina limpiando sus pinceles, pero no pude ver qué colores había usado.

—Tienes que relajarte, ¿de acuerdo, nena? Estás tensa —me dijo Carolina con una cálida sonrisa. Tenía el cabello negro, largo y liso, y su piel era de un tono café claro. Era muy maternal en su forma de hablar y moverse. Te hacía sentir seguro y cuidado en un instante. Me cayó bien de inmediato.

—¿Ves? Está tensa, Lily. Por el amor de Dios, saca el vino ya —dijo Frankie con cara seria. No se esforzaba en hacer una broma y eso era lo que la hacía divertida.

Todos nos reímos.

El cabello de Lily se veía genial. Frankie le hizo un peinado elegante y recogido, y usó algunas extensiones para que su cabello pareciera más largo. Sabía que no podíamos tener el mismo peinado, pero me hubiera encantado llevar ese *look*. Se veía muy bonito y elegante.

Carolina me dio un espejo cuando terminó con mi maquillaje. Me quedé en *shock*.

—Dios mío. Es como si no llevara maquillaje. Me encanta.

—¡Gracias! —se rio—. Ese es el mayor cumplido de todos. Me alegro de que te haya gustado. Es lo que Ilaria pidió y creo que te ves preciosa, nena. —Carolina me hizo cerrar los ojos y me echó un poco de *spray* fijador en la cara—. Ahora tu maquillaje durará una semana —dijo con una risita.

—Te ves preciosa —dijo Lily y bajó de su silla.

—Tu cabello se ve increíble. Me gustan mucho los chongos elegantes —dije, cambiando de silla para que Frankie pudiera peinarme, esperando que captara la indirecta.

—Bueno, qué pena porque llevas el cabello suelto —dijo Frankie con una sonrisa—. Órdenes de Ilaria. «Más bien, órdenes de William». Evidentemente, a Ilaria le gustaba complacer a William, lo cual no era sorprendente—. Estaba pensando en el cabello liso, con raya en

medio, y podríamos echar la parte delantera detrás de las orejas para que se vea elegante y que de esa manera tu cabello no cubra el saco, lo que Ilaria quiere evitar.

—¿Y si me lo cortas? —le pregunté a Frankie. Ella abrió los ojos, expectante. Si esa no era una cara de emoción…

—¿Estás segura? Podría llamar a Ilaria y ver qué piensa. Pero siempre estoy deseando hacer cambios de imagen.

—Billie, pero tu cabello —dijo Lily, tocándolo.

Quería enviarle un mensaje a William. Él no mandaba aquí. Yo mandaba. Llevaría el cabello suelto, pero cortarlo sin duda sería una declaración.

—Tal vez algo por aquí —dije, tocando mi hombro—. Y estoy de acuerdo contigo. Liso y elegante. Estoy segura de que Ilaria lo aprobaría. Y seguiría llevando el cabello suelto como me lo pidió.

—A la mierda. Hagámoslo —dijo Frankie, poniendo sus herramientas de corte en la mesa.

—No puedo creer que estés haciendo esto —dijo Lily, tocando mi largo cabello por última vez.

Mi cabello era muy largo, unos centímetros por debajo de mis pechos. Y así era como lo había tenido toda la vida. Largo, liso y aburrido. Era el momento de un cambio.

Respiré profundamente y me froté las manos.

—Bien, córtalo antes de que cambie de opinión.

—Primero voy a hacerte una trenza. ¿Te gustaría donarlo? —preguntó Frankie—. Harías a alguien extremadamente feliz con este hermoso cabello.

—¡Por supuesto! Me encantaría.

Frankie me trenzó el cabello y, sin previo aviso, me lo cortó. Lily gritó y yo me reí por su reacción.

—Frankie no te va a cortar el cabello. Eres consciente de eso, ¿verdad? —le dije a Lily, todavía riendo.

—Estoy pasmada. ¡Billie, eres una mujer nueva! Sabes lo que Coco Chanel decía de una mujer que se corta el cabello, ¿verdad?

—¿Qué decía?

—Que está a punto de cambiar su vida.

—Oh. —No sabía si estaba de humor para cambiar mi vida, pero seguro que era liberador.

Frankie siguió cortando mi cabello, dándole forma y haciéndolo lucir genial.

—Me has alegrado el día. No tienes ni idea —dijo, dándole los toques finales—. ¿Lista para la gran revelación?

Asentí.

Frankie colocó el espejo frente a mí y no podía creerlo. Se veía muy bien. Muy diferente. Diferente bien.

—Me encanta, Frankie. Muchas gracias. —Al final, me hizo la raya de lado. Se veía sedoso y suave.

Era mediodía cuando finalmente terminamos. Me estaba dando hambre, así que volví a mi departamento para comer algo mientras llegaba Ilaria.

Quería que estuviéramos listas a las 3:00 p.m. para que pudiéramos salir a las 4:00. Así que todavía había mucho tiempo antes de que nos fuéramos.

Yo: Voy a mi departamento. ¿Nos vemos ahí?

Caleb: Ahora mismo subo.

Seguía pensando en Nathan, preguntándome cuál sería su reacción a mi cabello corto. Sabía que le encantaba mi cabello largo. Solo esperaba que le gustara.

Caleb llamó a la puerta y me apresuré a abrirla.

—¡Feliz cumpleaños! —Le di un abrazo enorme y cálido.

—¡Tu cabello! Te lo cortaste —dijo, observándolo.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Es…, guau. Quiero decir, te ves tan diferente. Me gusta. Me va a tomar un tiempo acostumbrarme a este nuevo *look*, seguro. Pero te ves hermosa —dijo, su boca ligeramente curvada en una pequeña sonrisa.

—Gracias. Esto es para ti. —Le di una cajita con un moño rojo—. Adelante, ábrela.

Caleb sacó de la cajita un llavero de la Estatua de la Libertad y leyó la nota: *«Siempre nos quedará París, pero Nueva York tampoco está mal»*. Sonrió.

—Gracias.

Era un regalo sencillo pero lleno de significado. Me encantaba el llavero de la Torre Eiffel que me había dado por mi cumpleaños y pensé en corresponder el gesto.

—Realmente lo aprecio. Yo…, gracias —dijo de nuevo—. Lo guardaré para siempre.

Yo también pensaba conservar mi llavero de la Torre Eiffel para siempre.

Le sonreí.

—Quería darte tu regalo, pero supongo que te veré más tarde.

Lo abracé de nuevo y volví a entrar para comer algo. Mimi tenía la mesa preparada. Casi había terminado de comer cuando Nathan me envió un mensaje.

Nathan: Voy a llamarte desde un número desconocido. Por favor, contesta.

Yo: Por supuesto.

—¡Hola, tú! ¿Qué pasa?

—Hola, Murph. ¿Me oyes bien? —Un zumbido profundo en el fondo nublaba un poco su voz, pero podía escucharlo.

—Sí, te oigo. ¿Dónde estás?

—Estoy en una reunión en el avión del señor Chapman. Acabamos de despegar. Estamos de camino a Londres —dijo con un genuino tono de decepción—. Lo siento mucho, amor. Obviamente no podré llegar al estreno de Tobias. Sé lo emocionada que estabas por ir. Yo también lo estaba.

—¡Oh, no! ¿No podías tener la reunión antes de que se fuera? Realmente quería que vinieras conmigo.

—Lo sé. Lo siento mucho, amor. El señor Chapman tenía que volver a Londres y teníamos que discutir una situación con un cliente, así que por eso nos trajo con él. Aiden y yo volaremos de vuelta en el próximo vuelo disponible una vez que lleguemos allá.

—De acuerdo, hablaré con Tobias y le diré que no iré. No quiero ir sin ti.

—Tonterías. Vas a ir. Además, ¿no tienes ya tu atuendo? Seguro que te estás preparando, ¿no?

—Bueno, sí. Lily y yo ya nos peinamos y maquillamos.

—Seguro que te ves preciosa —susurró.

—Te tengo una sorpresa. Pero ahora tendrás que esperar hasta que vuelvas —dije, tratando de burlarme de él.

—¿Qué sorpresa? No puedes hacerme eso. Por favor.

—No sé si te va a gustar, pero… me corté el cabello.

—¿Sí? ¿Cuánto? ¿Como un par de centímetros o…?

—Me lo corté por encima de los hombros. Incluso aproveché para

donarlo.

—¡Qué! Oh, Dios, no puedo esperar a verte. Sabes lo mucho que me encanta tu cabello, pero estoy seguro de que vas a verte igual de guapa. Tal vez puedas enviarme una foto.

—¡Por supuesto!

—Necesito irme, Murph. Por favor, mándame un mensaje cuando vuelvas y cuéntame todo sobre el estreno, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Te amo. Hablamos más tarde.

—Yo también te amo.

Me tomé una *selfie* y se la envié a Nathan. Estaba muy nerviosa por ver cuál sería su reacción. Me veía tan diferente.

Nathan: ¡Te ves increíble, amor! No puedo esperar a besar a mi nueva novia de cabello corto.

Yo: Me alegro de que te haya gustado. Te amo.

Nathan: Yo también te amo.

Ilaria gritó cuando vio mi cabello. Contuve la respiración cuando dio un paso adelante para tocarlo.

—¡Ah! ¡Fantástico!

«Fiu». Le encantó.

—Vamos a vestirlas. ¿Dónde está Joel? Lo quiero en su traje. Todavía tengo que decidir lo de la corbata.

—Se está bañando —le respondió Lily con amargura—. Se despertó hace unos minutos. Lo odio. —Lily bostezó. Estaba agotada, pero no lo parecía. Se veía estupenda.

Ilaria usó cinta adhesiva doble cara para mi saco porque insistí en que el escote era demasiado profundo y temía tener un accidente de vestuario. No tengo los senos grandes, pero aun así no quería que se me saliera uno del saco.

Me estaba poniendo nerviosa. El hecho de que Nathan no fuera conmigo me hacía sentir incómoda.

—¿Quieres beber algo? Te ves nerviosa —dijo Lily.

—No lo sé. ¿Estás tomando algo? —pregunté mientras me pintaba los labios con el labial que me había prestado Carolina.

—En serio, no puedo beber, pero puedo traerte una copa de vino.

Ilaria estaba ayudando a Joel con su saco. Estaba a punto de sentarse cuando Ilaria gritó.

—¡No! ¡Nada de sentarte! —Se te arrugará la ropa.

No sabía exactamente cómo íbamos a ir al evento si no era sentados.

Lily trajo el vino e Ilaria casi se desmaya.

—Ustedes dos quieren darme un ataque al corazón. Nada de vino. Nada de sentarse. —Supuse que tenía razón. Llevaba colores claros. ¿Y si derramaba una gota? No quería imaginar la ira que desataría.

Joel estaba listo por fin y los cuatro bajamos las escaleras. Un portero que nunca había visto nos abrió la puerta con una alegre sonrisa. Senad estaba dentro del pequeño cubículo junto a la entrada hablando por teléfono. Nos despedimos de Ilaria, y ella se fue en un coche que ya la estaba esperando.

Había dos coches negros más estacionados delante de nuestro vehículo. Los dos conductores estaban hablando con Aaron, Caleb y David.

Caleb se volvió para mirarme y alzó las cejas.

—¿Cómo está el cumpleañero? —pregunté con una sonrisa. Lily y Joel lo felicitaron después.

—¿Crees que pueda ir con ustedes? —le pregunté a Lily—. Estoy muy nerviosa por llegar sola. Ni siquiera sé qué hacer una vez que llegue allí o adónde ir.

—Por supuesto. Iremos en el primer coche. Billy y Tobias irán en el segundo. —William y Tobias aún no habían bajado—. Diablos, olvidé mi teléfono. Ahora mismo vuelvo. Puedes esperarnos en el coche. —Lily volvió a entrar rápidamente.

—Hola chicos —dije, acercándome a Aaron, Caleb y David—. ¿Está bien si voy con Lily y Joel? Nathan no va a venir. Está volando a Londres ahora mismo. Y no quiero llegar al evento sola.

—Por supuesto, señorita Murphy —respondió Aaron—. No hay problema. La seguiremos.

Me acerqué al coche de Lily y Joel, y Caleb me abrió la puerta

—Por cierto, te ves muy bien —dijo con un guiño—. Nos veremos ahí.

—Gracias.

Sonreí y dejó la puerta abierta para Lily y Joel. Un conductor se sentó al volante.

—Buenas tardes, señorita. Me llamo Cooper. Yo la llevaré hoy. —Lo reconocí. Lo había visto varias veces antes.

Estaba a punto de responder cuando William se sentó a mi lado y

cerró la puerta.

—Cooper, vamos. Ahora.

CAPÍTULO 37

El estreno

—¡William! ¿Qué demonios estás haciendo? —grité. Cooper salió a toda velocidad como se le había indicado, y yo me abroché rápidamente el cinturón de seguridad. Miré por encima de mi hombro y vi que Aaron, Caleb y David se subían al auto a toda prisa.

William parecía estar en una comedia porque no paraba de reír.

—No tiene gracia —le dije, con frustración en cada sílaba—. Cooper, baja la velocidad. Deja que nos alcancen.

Cooper parecía joven… e imprudente. Sonrió, aparentemente emocionado por la persecución. Solo esperaba que estuviera igualmente concentrado en el camino que tenía delante de él.

La risa de William se apagó. Me miró la cara, los labios, el cabello, la ropa y me desabrochó el cinturón de seguridad.

—Se te arrugará la ropa. Estamos a unas cuadras. —Tenía razón. Me daba más miedo Ilaria que no traer el cinturón de seguridad puesto.

Su mirada seguía fija en mí.

—Me siento halagado —dijo, acomodándome el cabello detrás de la oreja y rozando mi mejilla mientras retiraba la mano.

—¿Por qué? —pregunté, con los ojos muy abiertos e impacientes.

—Es adorable —empezó a decir— que hayas hecho algo así solo para hacerme enojar. —Agitó la mano hacia mi cabello y luego le sonrió a sus rodillas—. Sabes que me encantaba tu cabello largo. —Chasqueó la lengua—. Pero cómo puedo molestarme cuando la razón por la que lo hiciste es tan obvia.

—Doné mi cabello. Por eso lo hice.

Se rio y llevó la mano a mi cabello, tocándolo de nuevo.

—Yo no me metería con mi cabello si fuera tú —dije, apartándome ligeramente. No quería que William me tocara en ese momento. O nunca—. Ilaria podría materializarse y regañarte.

—Es bonito. Me gusta tu cabello de cualquier manera. —Apoyó las manos en sus rodillas.

«¡Deja de mirarme!». Ya estaba bastante nerviosa.

—Guau. —Traté de agarrar el manillar cuando Cooper dio un giro brusco a la derecha, pero no lo alcancé. Me deslicé hacia el lado de William. Mi mano terminó sobre su muslo y sus manos convenientemente en mi cintura—. Lo siento. —Fruncí el ceño y regresé a mi asiento—. Y no te atrevas a reírte. —William estaba más que divertido.

—Relájate —se sacudió las solapas de la chaqueta—, no es para tanto. Actúas como si no nos hubiéramos tocado antes.

Cooper se aclaró la garganta y se enderezó en su asiento. Sacudí la cabeza, sobre todo para mí misma, por ser tan estúpida y por haberme metido otra vez en este tipo de situaciones, en las que solo existo para entretenimiento de William.

Miré por encima de mi hombro y vi nuestro auto atrapado detrás de un coche que se quedó parado en un semáforo rojo.

—Cooper, por favor, reduce la velocidad. —Su estilo errático de manejar me estaba poniendo nerviosa. Pero él solo le respondía a William y a él no le importaba que mi equipo de seguridad quedara atrapado en el tráfico, por supuesto.

—Sé que deseabas que no tuvieran que seguirte. Además, ya casi llegamos. —William sacó una pequeña caja de aluminio de Altoids de canela del bolsillo interior de su saco—. Y ahí están —dijo, mirando por la ventana trasera.

El auto nos había alcanzado. David estaba al volante y la placa del auto casi tocaba nuestro coche. Así de cerca estaban.

Cooper no podía borrar la sonrisa de su cara. Parecía estar disfrutando la persecución.

—¿Altoid? —ofreció William con un aire de despreocupación—. Siempre ayuda a calmar los nervios.

«¿Así que ese era el secreto de su delicioso aliento a canela?».

—Gracias —dije, extendiendo la mano. «Si ayuda a calmar los nervios».

—De todos modos…, me alegro de que hayas decidido dejar a

Nathan —dijo, poniéndose un par de mentas en la lengua.

Respiré profundamente y me reí. Era inútil darle explicaciones. Él sabía que no había dejado a Nathan, por supuesto. No es que Tobias no le hubiera informado de lo sucedido.

—Estás en mejores manos ahora —dijo, metiéndose las Altoids en el bolsillo.

—Bueno, eso depende —respondí—. ¿Crees que puedes ayudarme a evitar la alfombra roja e ir directamente al cine? Estoy segura de que conoces esos caminos.

—Sí, conozco todos los atajos —dijo, mirando por la ventana.

—No estoy bromeando. Estoy nerviosa. —El sabor dulce y picante de la canela me invadió la lengua. Era relajante, pero también me recordó otras cosas que no quería recordar.

—Estarás bien mientras estés conmigo.

«Mierda». Sinceramente, deseaba que Nathan estuviera conmigo en su lugar.

El coche se detuvo y cientos de personas estaban detrás de unas vallas metálicas de seguridad al otro lado de la calle. Caleb y Aaron salieron y se quedaron fuera de la puerta del lado de William. Estaba temblando.

—No creo que pueda salir del coche. Es una locura. Voy a volver al departamento. Ve tú —dije, intentando abrocharme el cinturón de seguridad.

William agarró el cinturón de seguridad y lo apartó.

—Estamos obstaculizando el flujo de vehículos. Tenemos que salir del coche. Vamos. Todo va a salir bien —dijo con un movimiento de la cabeza y un tono casi melódico.

Caleb se agachó. Seguramente estaba tratando de ver si estaba bien.

«Bien, puedo hacerlo».

Aaron y Caleb iban a estar conmigo todo el tiempo.

Pensaba preguntarle a Lily si podía sentarme a su lado en el cine. Todo iba a salir bien.

William salió del coche y los gritos fueron ensordecedores.

—¿Lista? —Me ofreció su mano y la tomé.

—¿Está usted bien, señorita Murphy? —preguntó Caleb, frunciendo el ceño enfrente de William, que ni siquiera se dio cuenta porque estaba ocupado saludando a los fans al otro lado de la calle con su sonrisa falsa. Aj. Me gustaba más su sonrisa real, por molesta que

fuera.

—Ah, sí. Solo estoy nerviosa —le respondí a Caleb—. William va a ayudarme a ir directamente a la sala.

Caleb frunció el ceño, mirando con desconfianza a William. O tal vez estaba proyectándome en él.

William se puso detrás de mí y puso la mano en la parte baja de mi espalda.

—Vamos. Entremos en esa carpa.

Me sentí aliviada al ver a Lily, Joel y Tobias saliendo de su coche.

Estábamos a pocos pasos de la carpa, pero las cegadoras luces de las cámaras de los fotógrafos no se detuvieron ni un segundo mientras nos dirigíamos hacia allí.

—Te lo dije, estás a salvo conmigo —dijo William con una sonrisa reconfortante.

Aaron y Caleb nos siguieron hasta la carpa. William saludó a algunas de las personas que nos rodeaban. Algunos estaban elegantemente vestidos, mientras que otros llevaban ropa por completo negra y auriculares como Aaron y Caleb.

—¡Billie! —Lily estaba caminando hacia nosotros—. Lo siento mucho —dijo bajando la voz, sin dejar de mirar a William—. Yo me encargaré a partir de ahora. —Me tomó de la mano y me jaló. William no parecía complacido, pero finalmente sentí como si pudiera respirar de nuevo, más o menos.

—William dijo que me llevaría por un atajo que va directamente a la sala. —Tan pronto como terminé de hablar, supe que no había ningún atajo porque me lo decía la cara de Lily.

—Hay un camino, pero es por el lado izquierdo de la entrada. Hay mucha gente que viene a los estrenos y no pasa por la alfombra roja. Pero ahora no podemos acceder a ella. Los fotógrafos están bloqueando el camino.

»Además, Ilaria va a enloquecer si no te fotografían con tu traje. Le dije que llegarías con nosotros. Me temo que tendremos que caminar por la alfombra. Pero lo haré contigo, ¿sí? Y si sientes que es demasiado, sigue caminando hasta que llegues a la siguiente carpa. La alfombra no es muy larga en este cine.

Joel y William hablaban en sueco detrás de nosotros. Yo no podía entender una mierda de lo que decían. Tobias estaba ocupado saludando a la gente o siendo saludado. Era la estrella del evento y se veía estupendo.

—Por aquí —nos dijo una de las mujeres de negro mientras mantenía abierta la cortina de la carpa. Lily seguía tomando mi mano.

Aaron salió de la carpa y se dirigió directamente a la siguiente sin mirar atrás. Caleb se quedó cerca de mí.

Lily tenía razón. La alfombra no era muy larga.

«Puedo hacerlo».

La mujer de negro hizo clic en su auricular y dijo «Listo» un montón de veces. Asintió y dijo «Adelante». Lily me sacó y William y Joel nos siguieron. Caleb se quedó afuera de la carpa, viéndonos caminar por la alfombra roja.

Un millón de luces parpadeantes se dirigían hacia nosotros. Era cegador, incómodo y surrealista.

—Te ves genial — me susurró Lily al oído y me dirigió una sonrisa reconfortante. Realmente extrañaba a Nathan.

Los fotógrafos no paraban de gritar, todos a la vez:

—*¡Lily! ¡Te ves muy bien!*

—*¡William, por aquí, por favor!*

—*¡Joel! ¡Joel! ¡Joel!*

Joel y William fueron fotografiados juntos y por separado también. Joel se acercó a nosotros y los fotógrafos tomaron algunas fotos de los tres. Entonces me alejé unos pasos para permitir que Lily y Joel fueran fotografiados juntos sin mí. Estaba lista para irme cuando alguien gritó:

—¡Billie!

Era Tobias, con una sonrisa de oreja a oreja. Se veía increíblemente guapo. Era su noche. Los fotógrafos se volvieron locos cuando salió, gritando su nombre, lanzándole locos cumplidos.

Y ahora sabían mi nombre.

CAPÍTULO 38

Alfombra roja

—Me alegro mucho de que hayas venido. —Tobias susurró mientras me abrazaba—. Te ves muy bien.

—Y tú no te ves nada mal. —Llevaba un atrevido traje naranja quemado estilo *vintage* que obviamente le quedaba de maravilla. Esa cara iba con todo.

—*¡Tobias, por aquí!*

—*¡Billie! ¡Una foto juntos!*

Giramos para mirar a los fotógrafos.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirando a la cámara con una sonrisa, agarrando suavemente mi cintura.

—Ah, sí. —Intenté sonreír también, pero estaba segura de que lo hacía de manera rígida y torpe. Era extraño escuchar a gente desconocida gritando mi nombre. Yo no era nadie. Una completa desconocida—. Pero creo que es mejor si me reúno con ustedes adentro, ¿sí?

—*¿Es tu novia?*

—*¡Tobias! ¡Por favor! ¡Por aquí!*

—*¿De qué diseñador es el traje?*

Ay, Dios.

—¡Amiga de la familia! —gritó Tobias a los fotógrafos y reporteros con una sonrisa. Sin embargo, no parecían satisfechos con su respuesta porque siguieron haciendo preguntas.

—Te sientas a mi lado. Órdenes de Nathan, ¿de acuerdo? —susurró Tobias. Asentí, haciendo mi mejor intento por sonreír con naturalidad, y me alejé unos pasos. Podía ver a Aaron de pie justo fuera de la

siguiente carpa: la línea de meta. Tenía que llegar allí ahora.

Alguien me tomó de la mano y me tiró hacia atrás, haciendo que me diera la vuelta. William puso su mano alrededor de mi cintura y me jaló hacia él. Me besó lentamente en la mejilla y fácilmente trescientos *flashes* capturaron el momento. «Esto no se va a ver nada bien en la fotografía…, mieeeerda».

Y no iba a hacer una escena delante de la prensa, así que solo sonreí.

—William, tienes que soltarme —dije en apenas un susurro.

Me acercó a él.

—No puedo permitir que crean que viniste con Tobias. Eso solo hará que especulen y complicará las cosas para mi equipo de relaciones públicas. Yo sé lo que estoy haciendo.

—Nadie piensa que vine con Tobias. Ahora déjame ir —dije, imitando la sonrisa sintética de William—. Ahora mismo.

Estuve a dos segundos de empujarlo, pero soltó suavemente mi mano y mi cintura. Respiré profundamente y lo miré a los ojos, haciéndole saber que me enfurecía su comportamiento.

¿Cómo iba a explicarle las fotografías a Nathan? Ya estaba preocupada por ello.

—Te veré dentro —respondió. «Odio esa maldita sonrisa falsa».

William se acercó a una mujer con un micrófono y habló con ella con voz alegre.

—¡Hola, Marissa! Me da gusto volver a verte.

Los fans seguían gritando el nombre de William desde el otro lado de la calle. Él los saludaba intermitentemente mientras respondía las preguntas de la reportera.

—¡No, no, no! Llegamos juntos, pero solo somos amigos —le oí decir con una risa estudiada. Eso fue lo último que escuché antes de desaparecer para encontrarme con Aaron al final de la alfombra roja. Caleb apareció mágicamente a mi lado.

«Voy a estar encerrada en mi departamento de por vida».

Ni siquiera sé cómo mi padre había accedido a dejarme venir en un principio. Parecía mucho más elaborado que simplemente ir al cine. Nunca entendí su juicio. Y esas fotografías con William eran un completo desastre.

Mi padre probablemente estaba compensando todas las «mentiras para protegerme» del pasado. No hablaba mucho con él después de cómo había manejado la situación de Thomas. Pero él sabía lo mucho

que me importaba Tobias, así que supongo que por eso me permitió ir al estreno.

Aaron y Caleb me acompañaron dentro del cine, donde esperé a que llegaran todos los demás. Mi teléfono sonaba sin parar y un montón de mensajes inundaron mi pantalla a la vez.

«Qué. Está. Pasando».

CJ, Nolan y otros amigos de la escuela me estaban enviando mensajes con imágenes de la alfombra roja. Sabían que iba a asistir al evento: el poder de internet. Heather incluso me envió un video de su televisión con la entrevista de William con la reportera, donde me veía caminando en el fondo.

Algunas de las fotografías que me enviaron me recordaron a las que vi de William y Erin. Nos mirábamos el uno al otro mientras William me sonreía. Parecía una fotografía tan romántica, cuando en realidad me estaba quejando de la situación. Te hace pensar en cómo la mayoría de las cosas que vemos en línea pueden ser falsas.

No dejaba de negar con la cabeza frente a la pantalla de mi teléfono, sin querer aceptar que esas fotografías estuvieran por toda la red.

—¿Qué pasa? —preguntó Caleb, de pie frente a mí, mirando cómo agarraba mi teléfono. Le entregué el teléfono y le mostré las fotografías.

—Nathan se va a enojar —dije, tocándome la frente, sintiendo que brotaría un sudor frío en cualquier segundo.

—Sí, lo vi. Pero supongo que me habrías odiado más si te hubiera sacado de la alfombra —dijo y soltó una risa débil—. Estoy seguro de que todo va a estar bien, Rojita. —Me devolvió el teléfono con el ceño ligeramente fruncido, mirando hacia otro lado.

—Sí, pareces muy convencido.

Caleb esbozó una sonrisa extraña, que rozaba la tristeza.

—Todavía te gusta, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —pregunté con un tono agudo—. En realidad, en esas fotos le estoy exigiendo que me suelte. —Señalé la pantalla de mi teléfono con los ojos muy abiertos. Se giró para mirarme, pero no dijo nada—. Entonces, ¿qué? ¿Dices que yo… qué? ¿Que disfruto los jueguitos de William?

—No. No dije eso —respondió suavemente—. Solo digo que es extraño que ambos parezcan felices en las fotos. Parece… real. Pero eso no significa una mierda, ¿verdad?

—No. No significa nada. —Bajé la voz y dije—: William es actor. Sabe cómo posar, cómo hacer que las cosas se vean de cierta manera. Vi cómo lo hizo con Erin.

—Lo que quiero decir es que… no creo que necesite actuar —intervino Caleb—. Y puedo ver cómo te iluminas cuando lo miras. Y eso… —levantó la vista, sonrió y se mordió el labio inferior— es frustrante. Siempre lo ha sido.

—¿Qué? ¿Caleb? ¿Qué es lo que…?

—No debería haber dicho nada. Ya vienen tus amigos.

Se dio la vuelta y se reunió con Aaron, que estaba de pie unos metros detrás de mí. Los comentarios de Caleb me desconcertaron. Ni siquiera sabía qué hacer con todo lo que había dicho. Creía que estábamos en buenos términos. Él parecía estar bien con Nathan, mi actual novio, pero ¿por qué me había hablado así de William?

No tenía la energía para pensar en eso, así que lo empujé sobre la pila de otras cosas con las que no tenía tiempo de lidiar en ese momento.

Lily, Joel y Tobias entraron en la sala junto con más gente. Volví a meter el teléfono en mi bolsa y sentí un brazo deslizándose alrededor de mis hombros.

—¿Altoid?

Levanté la vista y William agitó la pequeña caja de aluminio dos veces.

—No, gracias.

—Primera alfombra roja. Primer estreno. Y una vez que veamos la película uno al lado del otro, tacharé esa otra primera vez de mi lista también —me susurró al oído.

Cuando dijo eso, algo se encendió dentro de mí. No era mi primera alfombra roja. Ya había ido a un festival de cine en Deauville, Francia, hace unos años con mi padre. Pero no iba a discutir con William porque eso era lo que quería. Yo era un pasatiempo, un deporte que le gustaba jugar, una misión que cumplir. No entendía la razón detrás de su obsesión con mis primeras veces y estaba segura de que él tampoco.

Tal vez había sido la forma como lo dijo o tal vez era la ira reprimida que había tratado de evitar por la manera como me manipuló para que la prensa tomara esas fotografías. Pero estaba definitivamente harta.

Y ahora, ¿con qué cara le explico esto a Nathan?

—Todo esto es un juego para ti, ¿no? —dije, quitando su mano de

mi hombro, sin molestarme en hacerlo con suavidad—. Ya estoy harta de esa lista de «primeras» tuyas. Y no es que estés logrando mucho. Al menos nada de gran importancia.

Parecía que se esforzaba por no reír, pero logró recomponerse.

—Eres una mezcla fascinante de sexy y linda cuando estás enojada. Y lo más adorable es que ni siquiera eres consciente de ello.

Negué, mirándome los pies. Ni siquiera estaba escuchando lo que le decía. No podía tomarme en serio. Las palabras nunca lo conmovían.

Pero las acciones hablan más que mil palabras y toda esa mierda. Así que me di la vuelta, tratando de alejarme, pero me bloqueó el camino. Le era fácil a su imponente presencia para mi metro setenta.

—Quítate de mi vista.

—Tienes que controlar el lenguaje sucio, Guille. Si esperas que me vaya, sobre todo.

—Hola, Billie. ¿Está todo bien? —preguntó Tobias, poniendo su mano sobre mi hombro. Cuatro personas que no conocía se quedaron mirándonos. Probablemente Tobias estaba hablando con ellos y estaban esperando a que volviera. Estaba ocupado. Era su noche de brillar, no para lidiar con mi drama.

—Estamos bien —dijo William, resoplando y mirando hacia otro lado—. Solo estamos hablando.

—Creo que es mejor que me vaya, Tob. Lo siento.

—¿Qué? No puedes. Le prometí a Nathan que te haría sentir cómoda esta noche. Quiero que te quedes. Ven. —Me jaló hacia los tres hombres y la mujer con quienes estaba hablando antes y me presentó como un miembro de su familia. Era muy dulce.

No quería irme. Quería acompañarlo. Sabía lo importante que era esa noche para Tobias. Pero no podía soportar ver la cara de William.

Un pequeño grupo de personas que William parecía conocer se acercó inmediatamente a él y eso fue todo. Joel y Lily se reían con Eric y otros dos chicos. Se estaban divirtiendo, como estaba segura de que yo también lo habría hecho si Nathan hubiera venido conmigo. Nathalie, su madre, estaba allí con ellos y, aunque sonreía, pude ver que parecía triste. Se me rompió el corazón.

La gente se acercaba a Tobias y lo felicitaba por la película. Incluso me presentó a algunos de sus compañeros de reparto.

Todos entramos en la sala de proyección y me senté junto a él, como lo había prometido. Otra chica, más o menos de la edad de

Tobias, se sentó a mi izquierda.

Detrás de nosotros estaban sentados Lily, Joel, William, Eric y Nathalie. Ella me sonrió dulcemente cuando hicimos contacto visual.

—¿Viene tu padre? —le pregunté a Tobias. No lo había visto desde que llegamos.

—No, está en Los Ángeles, trabajando —dijo, mirando la pantalla. Me di cuenta de que estaba decepcionado. Y no era difícil para mí identificarme con ese sentimiento. Sabía de primera mano lo que se sentía que tu padre no se presentara para acompañarte.

Sabía que mi padre tenía muchas responsabilidades como embajador, pero se había perdido más de unos cuantos eventos importantes desde mi infancia. Esperaba que Nathan no siguiera el mismo camino, siempre poniendo el trabajo en primer lugar.

El director tomó el micrófono y dijo unas palabras antes de que empezara la película. Joel y William no dejaban de tocar los hombros de Tobias, con grandes sonrisas en sus rostros.

Su padre no había ido, pero todos estábamos ahí para él.

Gracias a Dios que me quedé.

CAPÍTULO 39

Mejores amigos

La película de Tobias fue increíble y él estuvo genial. Hubo mucha acción, como lo prometía. Se veía muy feliz cuando terminó. Tobias no había visto nada hasta hoy. Era surrealista verlo en la pantalla grande. Me recordó las muchas películas en las que William había salido y de las que yo no había visto ni una. Mentiría si dijera que no tenía curiosidad.

Hubo una fiesta después de la película y no se me permitió faltar. Estuve principalmente con Lily, Joel y Eric. Pero me escapé una hora después de que llegamos. Me pareció que estarían allí un rato y yo solo quería ir a casa y ver si podía hablar con Nathan. Todo había sido demasiado para mí.

Al menos había conseguido transmitirle mi mensaje a William, porque no había intentado hablar conmigo después de salir del teatro. No lo vi mucho en la fiesta posterior tampoco.

Llegamos a casa y Caleb se ofreció a acompañarme a mi departamento.

—¿Estás bien? —le pregunté en cuanto nos quedamos solos. Estaba preocupada por la manera como había terminado nuestra última conversación.

—Sí, no debería haber dicho nada. —Sonrió mientras llamaba al elevador, pero no le creí. No podía dejar de pensar en lo que había dicho antes, en lo que había insinuado.

—Solo quiero que estemos bien —murmuré. Me miró con una sonrisa sincera.

—Siempre estaremos bien. Pase lo que pase. —Me tomó de los

hombros y me llevó al interior del elevador. Quería sentir alivio cuando dijo eso, pero no fue así.

Sabía que parte de mi bienestar general dependía de que nosotros estuviéramos bien.

—Entonces, ¿por qué sigo sintiendo esta extraña vibra entre nosotros? —pregunté mientras él pulsaba el botón del noveno piso.

Respiró profundamente y soltó el aire con un suspiro de derrota.

—Lo miras como me mirabas a mí cuando vivíamos en París. —Hubo una larga pausa—. Multiplicado por diez —añadió—. Eso es todo.

«¿Eso es todo?». Me echaba eso en cara y se ponía en plan Miranda Priestly después. ¿Qué se suponía que debía responder?

—Caleb, ¿de qué estás hablando? —Él no dejaba de mirar las puertas, pero finalmente capté su atención y fijé mi mirada en la suya—. ¿Por qué sigues sacando el tema de William? ¿Y por qué te molesta tanto y no Nathan? Yo estoy con Nathan.

—Sí, estás con Nathan. Y sé que lo amas, pero la forma como miras a William…

Las puertas se abrieron en el noveno piso y salimos del elevador, pero nos quedamos allí, justo al lado.

Caleb siguió hablando.

—Y cuando te conocí… —Se rio con una risa triste y nostálgica—. Mierda…, te gusté enseguida, ¿no?

Abrí los ojos de par en par con una espesa mezcla de terror emocional y absoluta sorpresa al darme cuenta de que no era más que agua y cristal, obviamente transparente para él. Abrí la boca para decir algo, pero él levantó una mano perezosamente.

—No respondas a eso.

—Caleb…

—Todo está bien, lo juro. Solo estoy tratando de dejar un punto claro.

—¿Cuál?

—Tienes sentimientos por William. Fuertes. —Cruzó los brazos y me miró fijamente, un desafío silencioso—. Y no creo que sea unilateral.

Sacudí la cabeza porque ¿por qué me estaba haciendo esto? Que dijera esas cosas y viniendo de él… Una guerra civil estalló dentro de mi cabeza, exigiendo respuestas y resoluciones.

—Yo… no.

—Es por lo que siempre tuve un problema con William y por lo que me di cuenta rápidamente, después de que decidimos darnos una oportunidad, de que nunca iba a funcionar. Cuando menos, una parte. Pero tú no querías verlo. Todavía no quieres. Tu mente estaba en otra parte y te repito que estaba escrito en toda tu cara. Todavía lo está.

»Vi el dolor en tus ojos cuando la ex de William llegó a la azotea ese día. Cuando te diste cuenta de que había vuelto con ella y viste a William sosteniendo su mano, negándose a verte. Y te besé con todo lo que tenía, deseando poder quitarte ese dolor, pero sabía que no podía. Te alejaste de mí por culpa de él.

»Y estoy seguro porque conozco tu cara mejor que la mía. La he estudiado durante años. Los ligeros cambios entre tus cejas, ese imperceptible tic de tu boca, cómo abres los ojos por un segundo, cómo inhalas, exhalas, y cómo, dependiendo de la velocidad y la amplitud de tu respiración, significa una cosa y luego otra… Lo veo todo. Podría hacer un lenguaje con tu cara.

»Y tampoco quería aceptarlo entonces. No quería ser yo quien te lo dijera, pero veo lo conflictuada que estás ahora. Es como si pudiera sentirlo por ti. Y estoy aprendiendo a vivir con ello porque no puedo… —se rio de nuevo, casi en silencio—, no me alejaré de ti. Así que prefiero hacértelo ver con la esperanza de ayudarte a tener algo de claridad.

Nunca estuve más de acuerdo ni entendí tanto a Caleb como cuando dijo que no se alejaría de mí porque yo tampoco podía alejarme de él. Y él lo sabía. Simplemente lo quería en mi vida. Siempre. Pasara lo que pasara. En mi corazón habría para siempre un espacio inalterable y a la medida solo para él.

—Además, hice una promesa, ¿no? No puedo irme hasta que me tires a la calle. —Se rio. Suavemente. Como si tratara de protegerse a sí mismo detrás del humor—. Pero eso no significa que a veces no duela ver la verdad. Al igual que sé que no estarías saltando de emoción si de alguna manera los papeles se invirtieran.

Tenía razón. Me costaría verlo con alguien, el mero hecho de pensarlo era espinoso y difícil, y lo aceptaría, por supuesto. Y me llenaría de auténtica felicidad verlo feliz. Pero me di cuenta de cuánto había soportado cuando estaba segura de que yo no habría sido capaz de soportar ni una pizca de lo que él toleraba desde que llegamos a Nueva York.

Caleb representaba la relación más compleja que había tenido en

mi vida, saturada y entrelazada con múltiples líneas finas y delicadas en todo momento. No había una guía y habíamos navegado por ella con los ojos vendados a lo largo de los años. Y ahora, era como si algo finalmente hubiera hecho clic. Tenía sentido.

—Lo siento, Rojita. Siempre hago lo mejor que puedo, y estoy bien, lo juro. Eres mi mejor amiga y eso es suficiente para mí, porque eso significa que puedo tenerte para siempre.

¡Mi corazón!

Era mucho.

Había descargado un camión lleno de verdad y honestidad sobre mí. Estaba tratando de recordar cómo mover mi cuerpo para salir de los escombros, pero las palabras salieron automáticamente:

—Por supuesto. Tú eres mi mejor amigo, Caleb.

Darme cuenta de ello me golpeó en la cara con fuerza. Ya lo sabíamos. Pero escucharlo en voz alta me despertó. Me llenó de alegría.

—Ven aquí.

Caminé la corta distancia que nos separaba y lo abracé. Me levantó hasta que mis pies ya no tocaban el suelo.

—Feliz cumpleaños —susurré—. Quiero que seas feliz… siempre.

—Soy el más feliz.

Era uno de esos días en los que abrazar a Caleb estaba permitido y no estaba mal visto, ni siquiera si mi padre me veía. Él no iba a impedir que lo felicitara, aunque desaprobara la forma como había elegido hacerlo.

—¿Estamos bien? —pregunté para validar verbalmente, solo para asegurarme.

—Mejor que nunca. —Me bajó de nuevo y suspiré con alivio. Se rio de mi reacción.

—Deberías salir a celebrar. Yo me quedaré en casa por el resto de la noche.

No quería que pasara su cumpleaños trabajando. Todavía había tiempo suficiente para que saliera y se divirtiera, para que despejara su mente.

—No lo sé. Puede que me esté haciendo viejo, pero estoy cansado. No me importaría quedarme en casa y descansar un poco —contestó, frotándose la frente—. Hoy ha sido un día estresante, si te soy sincero. Tu padre insistió en que todo tenía que ser perfecto esta noche. Sin sorpresas.

—Lo sé. Fue estresante para mí también. Pero aquí estoy. Perfectamente sana y salva —dije, abriendo los brazos y mirándome a mí misma—. Gracias a ustedes.

Una puerta se cerró suavemente en la distancia. Me volví y vi a William, todavía con su traje completo, caminando hacia mi puerta. Se apoyó en ella y me saludó con dos dedos, se metió las manos a los bolsillos y cruzó un pie delante del otro. Me imaginé que quería hablar.

Caleb reprimió una sonrisa y levantó una ceja.

—Avísame si necesitas algo —dijo, mirando a William por última vez—. Estaremos…

—Abajo —terminé la frase con una carcajada. Él se rio y se dio la vuelta para irse—. ¡Caleb! —Miró por encima de su hombro, sujetando la manija de la puerta de la salida de emergencia—. Y solo para que conste…, estás equivocado.

Él sabía a qué me refería. Y yo deseaba tanto que estuviera equivocado acerca de que tenía el corazón tan dolorosamente partido por la mitad.

Caleb sonrió con una de sus sonrisas arrogantes.

—Rojita, yo siempre tengo razón.

CAPÍTULO 40

Oír, ver, oler, saborear, sentir

Esa noche era como un videojuego de cuatro dimensiones, en el que no paraba de saltar vallas, de esquivar obstáculos, de querer rendirme unas cuantas veces, buscando un salvavidas. Había sido una cosa tras otra.

Había salido emocionalmente desgastada pero triunfante después de terminar «el nivel de Caleb», pero William estaba esperando afuera de mi puerta para la máxima pelea final. Y, por experiencia, sabía que probablemente iba a estar configurado en modo experto.

—Hola —dijo William, poniéndose de pie—. Llegué antes que tú.

No lo había visto salir de la fiesta.

—Bueno, eso es porque Cooper se cree Fittipaldi —respondí, acercándome a él. Él estaba bloqueando mi puerta, pero se hizo a un lado cuando llegué.

—¿Podemos hablar? —preguntó William mientras le quitaba el seguro a la puerta y la abrí un poco.

Sostuve la manija durante unos segundos antes de responder.

—Claro —me di la vuelta para mirarlo.

—Tú no eres un juego que me gusta jugar. Sí me importas —dijo, mirándome a los ojos—. Siento lo de hoy. Sé que la alfombra roja probablemente fue demasiado para ti. Pero estoy acostumbrado a ese tipo de cosas y no debería haberte forzado a hacerlo como lo hice. Me pareció una buena idea en el momento tenerte allí de pie junto a mí.

¿Cómo iba a recordar que estaba furiosa cuando no dejaba de decir cosas que me distraían?

«Con-cén-tra-te».

—¿Y el hecho de que Nathan vaya a sentirse herido por esas fotografías? Las he visto. Mis amigos se están volviendo locos por ellas. Preguntándose cosas. Especulando. Ni siquiera quiero saber lo que dirá mi padre.

—Bueno, perdóname si me importa un carajo Nathan. Porque así es.

Sacudí la cabeza, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Por qué te molestas siquiera? Desde el día en que nos conocimos has estado interponiéndote en mis relaciones. Y luego rompí con Thomas, que pensé que era lo que querías, y tú me alejaste y corriste de vuelta con Erin porque no podías escucharme.

»Te gusta perseguirme cuando no estoy disponible. Así que ahora estás intentando, no sé, sabotear mi relación con Nathan solo para que puedas huir cuando esté soltera y ya no sea emocionante para ti. ¿Qué demonios quieres de mí, William?

—Nathan es el que se está interponiendo en nuestra relación —respondió con la mandíbula tensa—. Nosotros sucedimos primero. Y ya te lo he dicho más de un par de veces. Pensé que querías volver con Thomas.

Abrí la boca para hablar, pero él levantó la mano y cerró los ojos por un segundo, su manera de pedirme que le diera la oportunidad de hablar. Así que cerré la boca y lo dejé continuar.

—Tuvimos una noche perfecta en la casa de campo y luego tuviste ese percance del pastel, y estuve tan jodidamente preocupado todo el día en el trabajo que ni siquiera pude decir mis líneas, pero me las arreglé para salir del set, para volver corriendo contigo.

»Y entonces entro en tu dormitorio, y Thomas está encima de ti y la mierda —dijo escandalizado, pero respiró profundamente y equilibró su tono—. Estaba herido. Mi estúpido ego estaba herido, y estaba avergonzado y toda esa mierda emocional porque no quería que lo nuestro fuera algo de una noche. Me permití, por una vez, creer que tú podrías ser… —se pasó una mano por el suave cabello dorado y por la nuca con frustración— la mujer ideal para mí.

»Y traté de seguir adelante porque nunca me había sentido tan impotente. Pero fracasé. Sigo fracasando porque sé que quieres esto tanto como yo. Y no puedo dejar de pensar en lo perfectas que serían todas mis noches contigo en ellas.

Se detuvo por un segundo, permitiendo que asimilara la información que me había lanzado a la cara. Pero continuó, incluso

cuando yo no estaba segura de estar preparada para que fuera a hacer. No me pareció que tuviera otra opción que seguir escuchando.

—El sentimiento abrumador de tenerte en mi casa, en mi dormitorio, en mi cama. Y poder hablar realmente con alguien…, contigo. Besarte… fue perfecto —dijo, su voz se volvió más suave esta vez—. Pero ¿tú no quieres más? —Se acercó un paso más hacia mí, tratando de dejar claro el punto—. ¿No necesitas más? Porque yo sé que sí y siento que merecemos darnos una oportunidad.

«Buen punto».

El calor que emanaba de su cuerpo y la cruda honestidad que exudaba de sus palabras eran casi palpables. Y entonces dio otro paso, demasiado cerca…, demasiado cerca, maldición.

—Te dije que me retiraría cuando me lo pidieras y todavía no has sido capaz de decirme que lo haga, con honestidad —dijo—. Puedo ver la forma como me miras. Y no me estás diciendo exactamente que me vaya a la mierda. —Se rio—. Aunque a veces quieras decirme algo por el estilo. Como hoy. Sé que me lo merecía.

Estaba atrapada en la marea, tratando de salir a tomar aire solo para tener otra ola de pensamientos, estrellándose uno tras otro sobre mí, obligándome a volver a hundirme. Pero, de alguna manera, encontré letras para hacer palabras y armar una frase.

—Yo amo a Nathan; somos felices. —Lo miré a la cara con el ceño fruncido.

Se rio.

—Serías una actriz terrible —dijo. Se burló de mí mientras mi visión se volvía roja—. En todo el tiempo que han estado juntos, ¿no has pensado en mí ni una sola vez? ¿O me has extrañado cuando me he ido? Porque yo sí te extraño como loco cuando estoy fuera. Y me niego a aceptar que sea un sentimiento unilateral. No puede ser —insistió, con sus ojos azules como el mar, que ahora hervían con una mezcla de dolor e irritación, incluso de ira.

¿Esperaba que respondiera esas preguntas? Lo mejor era pensar que eran retóricas.

—¿Nunca has abierto la caja con mi sudadera solo para olerla? Estoy seguro de que todavía la tienes.

Lo había hecho algunas veces. Era adicta a su colonia.

—William, por favor, no hagas esto.

—Ya sé la respuesta a esas preguntas porque son las mismas que las mías. Por eso no voy a insistir en que respondas. Estoy así de

seguro —dijo y tomó mi mejilla durante un par de segundos. Luego quitó su mano cálida, casi en llamas, de mi cara y dio medio paso atrás.

»Y sé que he estado obsesionado con tus primeras veces desde que te conocí. Quería desesperadamente ser tu primer todo. Eras un soplo de aire fresco. Me viste. Y fue casi intoxicante.

»Y yo también te vi porque me lo permitiste. Te abriste conmigo un par de veces sobre tu madre. Y yo estaba tan feliz de que me eligieras para hablar de ello. Me hiciste sentir especial…, realmente visto.

»Te sostuve entre mis brazos esa noche y realmente no quería soltarte. Confiaste en mí… desde entonces. —William tomó mi mano y me acercó a él, su aliento chocaba contra mi cara.

—Ya no me importan tus primeras veces —dijo, casi feliz por la revelación que había tenido—. Lo único que me importa ahora es ser el último. Y voy a esperar todo el tiempo que necesites hasta que no solo consiga ser el que reclame tu corazón por completo, sino ser el último en hacerlo.

William dejó escapar un aliento cargado por la boca.

—Sé que estoy al menos a la mitad de camino. Y por eso Nathan me importa un carajo —añadió con mucho ánimo—. En el momento en que empiece a preocuparme por él, te perderé. Así que prefiero ser el malo.

Los ojos hipnóticos de William me miraron fijamente y supe que tenía que mirar hacia otro lado por mi propio bien. Pero no pude. Nunca pude. No una vez que nuestras miradas se habían fijado de la forma como estaban ahora.

—Sé que tú misma vas a volver a hacer esto por tu cuenta. Antes de lo que crees —murmuró, rozando mi labio inferior con su pulgar—. Yo te veo.

Cerré los ojos por un instante, recordando que le había escrito eso cuando traté desesperadamente de explicarle el beso que había visto con Thomas. Cuando quería que supiera lo mucho que me importaba. Pero me cerró la puerta diciéndome que él era una persona horrible y que, si lo supiera, me marcharía.

«Yo te veo».

Lo veía. Incluso en ese entonces, vi a su verdadero yo y lo genial que era. Quería esconderse de mí, pero no podía. Y, aun así, me apartó, me hizo a un lado. Y me dolió como ir al infierno y de regreso. Pero me daba cuenta de lo arrepentido que estaba por lo ocurrido. Y

eso solo hacía las cosas más difíciles.

La respiración de William se hizo más profunda y me hizo abrir los ojos.

Siempre había habido una intensa electricidad entre nosotros. Y yo había intentado ocultarla todo este tiempo, negarla. Pero lo hacía mal cuando estábamos solos. Tampoco podía esconderme de él.

Las palabras de Caleb volvieron a mi mente y seguí esperando que estuviera equivocado, tenía que estarlo.

Pero no.

Y en ese momento supe que alguien saldría herido de todo esto. Y supe que yo no saldría indemne.

Sujeté su muñeca mientras me rozaba el labio y quité su mano. No porque quisiera que dejara de hacerlo, sino porque era lo correcto.

—Quiero… besarte —susurró, acercando peligrosamente su cara a la mía—. Extraño tus labios. Cómo se sienten, cómo saben. Nunca he sentido lo que sentí como cuando te besé el verano pasado. Estoy a punto de volverme loco.

No podía dejar de imaginar a Nathan besando o teniendo esta conversación con otra persona. Yo me volvería loca. La idea de que eso ocurriera hacía que mi estómago se sintiera caliente y hueco. Pero también pensar en William con otra persona.

—Lo siento. —Intenté apartar la mirada de nuevo, sin éxito. Él frunció el ceño y quise saber todo lo que estaba pensando porque me importaba su mente, su corazón y sus pensamientos, aunque me di cuenta de que estaba frustrado.

¿Qué podía hacer?

Quería borrarle el ceño con mis dedos, jalar las comisuras de su boca hacia arriba, para verlo feliz. Porque se merecía serlo. Y me mataba admitir que estaba tan conflictuada.

Una gran parte de mí quería ser responsable de esa felicidad…, pero ¿cómo? ¿Y qué pasaría con Nathan? ¡Lo amo!

En momentos como estos era cuando William se arrancaba el corazón y lo arrojaba a mis pies, cuando me sentía más protectora con él. No era la primera vez que lo hacía…, pero nunca así. Y deseé poder recoger su corazón y devolvérselo, pero eso no era suficiente para él. Quería que me lo quedara. Quería que me arrancara el mío y se lo ofreciera a cambio, para que lleváramos el corazón del otro.

Suspiré.

Nunca podríamos coincidir. Y yo no era una infiel. Nunca le habría

hecho eso a Nathan, pero no querer besar a William era dolorosamente difícil. La atracción magnética entre nosotros y la necesidad de que diera ese último paso más cerca de mí se convirtió en algo abrumador.

Pero mi mente seguía allí, en línea y consciente. Y aunque para mí ceder era físicamente imposible, el solo pensamiento me hacía sentir como una mierda.

William apartó la mirada y maldijo en voz baja. Inhaló, una respiración breve.

—Deja de mentirte a ti misma. —Esperó unos segundos para una respuesta que nunca encontró su camino a través del laberinto de mi garganta.

Se dio la vuelta bruscamente y se dirigió hacia su puerta cuando se dio cuenta de que me había quedado sin palabras. Al menos de las que él quería escuchar.

William agarró el picaporte y se quedó mirando su puerta, moviendo una mano detrás de su cuello, con cuidado de no volverse para mirarme.

Había terminado. Podía sentirlo.

—Y en caso de que te lo preguntes —dijo, con la mirada todavía fija en su puerta—, sí, puedo oírte. —Se aclaró la garganta y abrió la puerta—. Puedo oírte gemir para él de vez en cuando. Por muy suave y distante que sea el sonido. Y el agua de mi regadera nunca está lo suficientemente fría para calmarme de una puta vez y no querer golpear la pared.

»Así que, o me voy cuando puedo o toco el piano para dejar de escuchar. Y solo consigo la verdadera paz cuando estoy lejos. —Miró el techo y se rio—. Paradójico e irónico como la madre.

«Mieeerda…». Lo sabía. Sabía que podía oírnos.

William me miró por última vez, con cara de sorpresa.

—Al menos hoy podré dormir decentemente en mi propia cama, para variar. Entró a su departamento y cerró la puerta con un fuerte golpe.

Mis piernas eran ahora dos palos tambaleantes, incapaces de soportar mi peso. Y mi corazón era un charco en el suelo. Busqué en mi interior la fuerza y la dignidad que me quedaban dentro y me obligué a caminar de vuelta a mi departamento.

Si podía escuchar su piano, su guitarra, sus puertas cerrándose…, la respuesta era evidente. Pero no quería creerlo.

¿Cómo iba a verlo a la cara de nuevo? Y Nathan… Oh, Dios, Nathan. Necesitaba verlo, hablar con él. Él siempre podía hacer que las cosas se sintieran bien. Sabía cómo tranquilizarme. Así que planeé llamarlo tan pronto como entrara en mi departamento, aunque probablemente estuviera durmiendo.

Mis zapatos cayeron al suelo después de arrancarmelos de los pies. Tomé el teléfono, tiré mi bolsa en la mesa del recibidor y entré en mi habitación.

Grité con todas mis fuerzas cuando lo vi sentado en mi sofá. Deseé poder desenchufar la consola y lanzar el control por la ventana.

Se acabó el juego. El máximo combate final estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO 41

Entonces, ¿por qué respiras todavía?

—Hola, amor —dijo Thomas, mirando por encima del hombro—. Me estaba excitando con toda esa respiración pesada de ahí fuera.

—Thomas…, casi me matas del susto.

—Teléfono. —Extendió la mano y movió los dedos, mirando el teléfono en mi mano.

Se lo entregué.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo…?

Dos golpes en mi pared me interrumpieron.

—¿William me había oído gritar? Esperaba que sí, porque las ojeras de Thomas hacían que su mirada pareciera tan fría y hueca que me estaba dando mucho miedo.

—¿No son tiernos? —dijo Thomas, mirando hacia la pared, el sarcasmo exudaba con cada palabra—. Responde los golpes.

—¿Qué?

—Gritaste cuando me viste. Te oyó. Golpea para que sepa que estás bien. —Me ofreció la sonrisa más espeluznante que hubiera visto y se inclinó para apoyar sus codos sobre sus rodillas.

Di unos pasos hacia la pared y golpeé dos veces.

El botón de pánico estaba solo a unos metros de donde yo estaba, pero Thomas estaba a un brazo de distancia.

—Se supone que no debes estar aquí —le recordé, dando un paso hacia mi mesita de noche. Había un sobre tamaño carta junto a él en el sofá. Era la primera vez que me sentía asustada por su presencia.

Thomas parecía cansado e infeliz—. Podrías ir a la cárcel.

Estaba violando directamente la orden de protección. Pero él ya lo sabía.

—Todos te han estado alimentando con mentiras. Lo único que quería era hablar contigo. Y sé que estoy arriesgando todo estando aquí, pero no puedo permitir que pienses que soy un monstruo. Si supieras la verdad, sé que me perdonarías todo. Sé que lo entenderías.

Thomas puso mi teléfono y un juego de llaves encima del sobre. Reconocí el llavero: una bandera escocesa.

Las llaves eran de Mimi.

Thomas llevaba una de esas camisas de pesca de manga larga con botones y jeans. Era negra y demasiado grande. Nunca lo había visto usar ese tipo de camisa.

Mientras evaluaba mi situación y las alternativas que tenía para salir de ahí o pedir ayuda, William empezó a tocar la canción que me gustaba en el piano. La que normalmente tocaba. Eso significaba que ya no podía escuchar lo que ocurría en mi habitación.

Rápidamente me di cuenta de que no había mucho que pudiera hacer más que correr hacia el botón de pánico. Era ahora o nunca, así que corrí hacia mi mesita de noche, pero Thomas me agarró del brazo con fuerza y me tiró sobre mi cama como una muñeca de trapo. Me inmovilizó, agarrando mis muñecas junto a mi cabeza.

—¿Dónde está Mimi? ¡Qué le hiciste! —pregunté, retorciéndome bajo su peso, pero me tenía bien sujeta.

—No quería que las cosas terminaran así. Lo único que quiero es hablar contigo. Pero no puedo permitir que aprietes ese botón —dijo con voz tranquila, lo cual era aun más perturbador—. Recuerda que yo estaba aquí cuando los instalaron. Los cuatro. —Suspiró—. Déjame explicarte. Sé que te sentirás diferente después.

—¿Dónde está ella? —insistí, tratando de mover los brazos. No podría soportar que le pasara algo a Mimi por mi culpa.

—Estará dormida hasta el domingo, probablemente. Eso depende de la dosis que Nicholas decidió usar en ella.

Seguí retorciéndome bajo las manos de Thomas.

—Te juro que si le pasa algo… —dije, apretando los dientes.

Thomas soltó una de mis manos y me abofeteó. Con fuerza. Podía sentir la piel ardiendo donde me golpeó.

—Eso es por engañarme —dijo, sosteniendo mi mano hacia abajo después de que traté de empujarlo—. Escuché tu conversación con

William hace un momento. Toda. Sabía que tenían algo a mis espaldas.

—Nunca te engañé. Lo juro. —Lágrimas involuntarias corrieron por mi cara—. ¡Yo te quería! Tú fuiste quien me apartó. Me mentiste y me ocultaste cosas. Me hiciste daño. Muchas veces. Como lo estás haciendo ahora.

Suspiró.

—Estoy dispuesto a perdonarte por ello. Pero necesito que mantengas la calma, ¿de acuerdo? —Me miró fijamente a los ojos, asintiendo, pero me apretó con más fuerza—. ¿Puedo confiar en ti, amor?

Apreté los labios con fuerza y gemí. Mis muñecas estaban a punto de reventar. Podía sentir cómo mis huesos chocaban entre sí. Lo mejor era dejar de intentar luchar contra él.

—Lo siento —susurró, con los ojos todavía fijos en mi cara, como si analizara cada uno de mis gestos—. No quiero hacerte daño. Solo necesito hablar contigo. Es lo que he intentado hacer.

»Pero no tenía pruebas. Por eso no pude decírtelo cuando estábamos juntos. Pero ahora las tengo. Está todo dentro de ese sobre. Podemos hacerle pagar por lo que hizo, juntos. Solo necesito que te calmes y me prometas que no harás nada estúpido, ¿de acuerdo? Deja que te explique.

—De acuerdo, sí. Sí. Vamos a hablar, pero tienes que soltarme. Estás lastimándome —dije suavemente y tratando de sonreír, esperando sonar convincente. Pero su fuerza aún era la misma. Firme. Aplastante—. Tienes que soltarme. Mis muñecas… —No sabía quién era «él». Pero mi primera suposición fue su padre. Él era la razón de todos los traumas de Thomas.

Me miró fijamente, quizás estaba tratando de descifrar mi nivel de honestidad.

—Thomas, por favor —le rogué entre jadeos, mientras el lento y doloroso chirrido de los huesos de mi muñeca amenazaba con convertirse en grietas en segundos.

Thomas relajó su agarre, cuidando de no soltarme completamente. Parecía indeciso, como si estuviera luchando contra el impulso de dudar de mí.

Doblé lentamente las rodillas detrás de él. «Puedo hacerlo». Nathan me había enseñado tres técnicas básicas de autodefensa Krav Maga. Solíamos practicar mucho este movimiento cuando estábamos en la

cama, lo cual era muy a menudo.

Pero Nathan nunca me agarraba tan fuerte como lo estaba haciendo Thomas. Incluso cuando Thomas relajó su fuerza, todavía era doloroso.

Tenía que relajar su fuerza un poco más para que intentara la maniobra. Solo tenía una oportunidad. Un intento y, si fallaba, no sería capaz de ganarme de nuevo su confianza.

—Thomas, oye. Vamos a hablar, ¿de acuerdo? —Realmente sonreí —. Tendrás que soltarme en algún momento. Por favor, amor, vamos.

Los ojos de Thomas estaban llenos de dolor. Y de esperanza. Él me creía, podía verlo en sus ojos, y sentí que en cualquier momento podría vomitar. Me daba asco. Pero sobre todo me aterraban sus ojos y lo mucho que habían cambiado desde la última vez que lo vi.

—Amor, te extraño —dijo, soltándome por fin.

Me aguanté el dolor y asentí con una sonrisa. Me tomó la cara y se acercó a mí.

—Lo siento. No quería hacerte daño. Tienes que entenderlo. Por favor, perdóname.

Thomas me besó la mejilla y yo cerré los ojos, asegurándome de no cerrarlos con demasiada fuerza para no parecer perturbada. Me besó la frente, la nariz y finalmente… los labios. Olían y sabían a alcohol.

No parecía borracho, pero seguro había bebido algo.

—Dios, te he extrañado. —Siguió dándome besos por toda la cara. Abrí los ojos, pero no pude aguantar más. No podía soportar aquello por más tiempo. Él encima de mí, besándome. Me sujetó las muñecas de nuevo. Mierda. No me estaba lastimando, pero supuse que quería tener control sobre mí, por si acaso—. No puedo vivir sin ti, amor —dijo con desesperación, casi como una oración.

Respiré profundamente.

—Entonces, ¿por qué sigues respirando?

Extendí la mano izquierda hacia un lado y empujé la cadera hacia arriba para voltearlo. Ahora estaba de espaldas y yo caí de rodillas. Inmediatamente le di un puñetazo en la ingle con la mano libre, como Nathan me había enseñado.

Él maldijo, tocándose la entrepierna con una mano, pero aplastó mi muñeca derecha cuando intenté zafarme.

Oí un crujido y grité. Grité tan fuerte que esperaba que Aaron y Caleb pudieran escuchar hasta el segundo piso.

El piano de William dejó de sonar abruptamente.

«¡Me oyó! ¡Sí! ¡Sí, sí, sí!».

—¡William! —grité a todo pulmón y le piqué los ojos a Thomas con la mano como si fuera una garra, otro simple movimiento que me había enseñado Nathan. Y funcionó, porque me soltó; temí que mi mano derecha se caería del brazo.

Corrí hacia el recibidor, presioné el botón de pánico debajo de la mesa y corrí hacia la puerta. Desbloqueé los dos cerrojos, pero Thomas me agarró por detrás antes de que pudiera abrir el cerrojo de la manija de la puerta.

William empezó a golpear la puerta un instante después.

—¡Guille! —rugió con voz grave—. ¡Guille, abre!

—Dile que se vaya —me susurró Tomás, arrastrándome lejos de la puerta.

—¡William! —grité de nuevo entre sollozos mientras él jalaba la puerta frenéticamente.

Thomas me inmovilizó, pasando su brazo fuertemente sobre mi pecho. Sacó una pistola de algún lugar con la mano libre y apuntó hacia la puerta.

«No. No, esto no está sucediendo».

—Dile que se vaya o empezaré a disparar.

Intenté hablar, pero las palabras se me atragantaron. Thomas era un cobarde. No iba a disparar de verdad. Era un niño asustado sosteniendo un arma para alardear.

William tumbó el picaporte de la puerta después de unos cuantos golpes. No sé cómo lo hizo, pero lo rompió y abrió la puerta de par en par. Thomas le apuntaba con su pistola. Los ojos de William se abrieron de terror ante la escena que tenía enfrente. Me miró y volvió a mirar a Thomas.

—No te muevas —le advirtió Thomas. Las fosas nasales de William se ensancharon mientras miraba a Thomas, frunciendo el ceño—. Si yo no puedo tenerla, tú tampoco.

Thomas apretó el gatillo sin pensarlo dos veces, pero falló. William se lanzó hacia nosotros, pero Thomas disparó de nuevo y no falló esta vez. Le dio. William se sujetó el lado izquierdo del estómago y miró su mano ensangrentada con los ojos muy abiertos antes de caer de rodillas.

—¡William! —grité, luchando por liberarme del brazo de Thomas. William puso la mano derecha en el suelo y dejó la cabeza colgando. Me estaba volviendo loca verlo indefenso, herido… por mi culpa.

Thomas me puso la pistola en la cabeza. Cuando levanté la vista, Aaron y Caleb le estaban apuntando con sus armas y dando pasos lentos y firmes en nuestra dirección.

Mis sollozos inundaban el departamento y sentía que no podía respirar. William ahora estaba acostado en el suelo sobre su lado izquierdo. Un charco de sangre fluía debajo de su cuerpo. Sus párpados palpitaban.

—¡Thomas, por favor! —le supliqué—. ¡Necesita ayuda! Morirá si…

—¡Un paso atrás! ¡Los dos! —gritó Thomas—. Podía sentir el arma temblando contra mi piel. Estoy segura de que estaba nervioso, y eso era aun peor.

—Baje el arma, señor Hill, y nadie saldrá herido —advirtió Aaron con voz firme y grave—. Hay más agentes en camino. Esto terminará mal para usted si no obedece.

—¿Obedecer? —gritó Thomas y presionó el arma con más fuerza contra mi sien, haciéndome gemir—. Me corrieron del equipo de remo, me suspendieron dos veces de Princeton ¡y ustedes la envenenaron en mi contra! ¡No puede ni siquiera mirarme! Lo he perdido todo.

—Lo siento —dije varias veces entre jadeos. Aaron y Caleb tenían rostros fríos, atentos, concentrados. Ambos dieron otro paso adelante con cuidado, flanqueándonos.

Cerré los ojos y lo último que vi fue a William en el suelo con los ojos completamente cerrados. «¿Sigue respirando?». No podía dejar de pensar en Nathan y en cómo deseaba haberme despedido. No le había dicho adiós.

Una mirada equivocada, o un sonido fuera de lugar, y Thomas fácilmente podría haber apretado el gatillo, por puros nervios.

Tuve que recomponerme, pero, por más que intenté tomar aire, no podía.

—Respira conmigo —me dijo Caleb.

—No le hables —dijo Thomas entre dientes.

—William va a estar bien. Todo va a estar bien, Rojita. Te tengo —continuó Caleb, ignorando por completo a Thomas. Nos miramos fijamente y él asintió despacio.

—Acordemos no estar de acuerdo —murmuró Thomas. Sentí que separaba el arma de mi cabeza y se produjeron tres disparos.

CAPÍTULO 42

Pánico

Caí de rodillas y me di cuenta de que Aaron era el único que seguía en pie. Ya estaba haciendo una llamada y comprobando cómo estaba William cuando salí de mi aturdimiento. Thomas estaba tumbado en el suelo a mi lado, con un agujero de bala en la frente y otro en el pecho. Me aparté de él y vi a Caleb de rodillas, sujetándose el hombro izquierdo con la mano derecha, mirando hacia la nada.

—¡Caleb! —Me levanté y me arrodillé frente a él, tomando su mejilla con mi mano buena.

—Oye, está bien —dijo débilmente—. Estaré bien. Es solo mi hombro.

Su boca se torció en una sonrisa, pero su respiración entrecortada era más que evidente y no me gustó nada.

Y lo único que quería hacer era gritar, gritar, gritar, pero no podía. Ni siquiera sabía en qué centrar mi atención. Le habían disparado a Caleb. Le habían disparado a William y estaba desmayado en el suelo. Thomas estaba muerto y luego mis piernas desaparecieron, mis brazos se disolvieron y mi corazón se convirtió en una gran salpicadura en el suelo. «¡Despierta, maldita sea!».

—Está vivo, pero su pulso es débil —dijo Aaron, comprobando los signos vitales de William—. La ambulancia está en camino. —Aaron trató de tranquilizarme. Pero lo único que quería era que terminara esta pesadilla—. Ambos van a estar bien, señorita Murphy.

David y cinco agentes del SSD llegaron a la escena. Aaron les indicó que llevaran a William y a Caleb al recibidor. Yo estaba paralizada en el suelo, mirando toda la sangre sobre mí y a mi

alrededor. No podía ponerme de pie —de nuevo— y el dolor de la muñeca derecha se había vuelto insoportable.

Aaron les indicó a dos agentes que esperaran a la policía mientras él me levantaba del suelo para llevarme al recibidor.

Cuando salimos del edificio, los paramédicos ya estaban llevándose a William en una camilla con ruedas a la ambulancia.

—¡Déjame ir con él! —grité con desesperación, tratando de liberarme de Aaron. Pero los paramédicos cerraron las puertas y la ambulancia desapareció en la oscuridad de la noche.

«¡William!».

Le rogué a Aaron que me bajara, pero mis rodillas amenazaron con doblarse bajo mi peso.

—¿Dónde está la otra ambulancia? Caleb también necesita una ambulancia —insistí. Caleb estaba sentado en la banqueta, apoyado en nuestro edificio mientras David aplicaba presión a su herida, tratando de detener la hemorragia.

Alcancé a oír el sonido de una sirena que se acercaba al edificio. «Gracias a Dios».

Caleb fue llevado a la ambulancia y Aaron me ayudó a entrar con él. No iba a pedirle permiso a nadie esta vez. Aaron, David y los otros tres agentes nos siguieron en el auto.

Inmediatamente tomé la mano fría de Caleb y la apreté mientras uno de los paramédicos le colocaba una máscara de oxígeno. El otro se ocupó de su herida.

Los paramédicos hablaban entre ellos mientras la ambulancia volaba hacia el hospital. Pero yo no podía oírlos. Toda mi atención estaba centrada en Caleb. En cómo sus labios se volvían blancos y su respiración se volvía superficial.

No podía lidiar con eso, sabiendo que William también estaba herido. Me preguntaba si aún respiraba, si estaba vivo. Todo era por mí. Era mi culpa que estuvieran heridos.

—Rojita —dijo en un suspiro—. Yo… —Sus ojos parpadearon erráticamente.

—Caleb, quédate conmigo —dije con severidad—. ¿Qué está pasando? —Miré a los paramédicos en busca de respuestas.

—Está perdiendo sangre. La bala debe haber perforado de alguna manera el…

No. Dejé de escuchar. Estaba en negación. No es que fuera a entender mucho de cualquier término médico que me estuvieran

diciendo.

—Caleb. —Apreté su mano—. Caleb, escúchame. Vas a estar bien.

—Lo…, lo siento, Rojita.

—No, no hay nada de qué disculparse. Necesito que te quedes conmigo, ¿de acuerdo? Lo prometiste, ¿recuerdas?

Caleb cerró los ojos mientras el personal del hospital abría las puertas de la ambulancia y se se lo llevaban a la sala de urgencias. Perdí el equilibrio y casi me tropiezo al bajar del vehículo. Intenté correr detrás de ellos, pero Aaron ya estaba esperándome. Me rodeó la cintura con sus brazos y me detuvo.

—No te dejarán entrar —dijo, abrazándome—. Los van a cuidar. Ahora están en buenas manos. También tenemos que arreglar tu muñeca.

—¡Cerró los ojos, Aaron! —Traté de frenar mi respiración, pero no pude.

«Respiraresspiraresspira».

—Se va a recuperar —me tranquilizó Aaron, con sus profundos ojos azules mirando fijamente los míos.

En medio de todo el caos me había olvidado de Mimi.

—Thomas dijo que Nicholas drogó a Mimi para conseguir las llaves. Se llevaron sus llaves. Tienes que…

—Enviaremos a alguien inmediatamente —dijo Aaron, abrazándome con más fuerza. Señaló con la cabeza al agente que estaba a su lado, que inmediatamente sacó su teléfono e hizo una llamada. David estaba discutiendo con el personal del hospital sobre Dios sabe qué. Probablemente porque quería estacionarse justo afuera de la sala de emergencias.

«Por favor, otra vez no, otra vez no». La escena me resultaba familiar. Los disparos. Los heridos. Aaron abrazándome, diciéndome que todo iba a estar bien cuando no era así.

«¡Por favor!».

Mi pecho colapsó y no sé si estaba llorando o simplemente sufriendo. Me separé de Aaron. —Necesito saber si van a estar bien.

«¡Ay!». La sensación de mi muñeca estaba nublando mis pensamientos hasta el punto de que me doblaba de dolor. Puse la mano izquierda sobre la rodilla y acerqué la mano derecha más cerca de mi pecho—. No puedo. Aaron, no puedo respi…

Aaron me cargó de nuevo y se apresuró a entrar en el hospital. Le explicó a uno de los médicos que mi muñeca derecha probablemente

estaba rota, mientras yo jadeaba. Siguió hablando con el médico y respondiendo sus preguntas, pero dejé de escuchar mientras mi conciencia se desvanecía muy, muy lejos, hasta que inevitablemente me desmayé en los brazos de Aaron.

CAPÍTULO 43

Espera

19 de marzo de 2010

Había una vía conectada a mi mano izquierda cuando la levanté segundos después de abrir los ojos. Una bolsa de suero goteaba una solución clara a mis venas. Llevaba una bata de hospital y la mano derecha enyesada.

Mi padre se levantó de la silla que estaba a mi lado. Tenía desabrochados unos cuantos botones de la camisa y su saco estaba bien puesto en el respaldo de la silla. Su cabello ligeramente rojizo estaba algo revuelto. Podía oír a Aaron y a David susurrando afuera de la cortina.

Estaba todavía en la sala de urgencias.

—¡Nena! —Se inclinó hacia mí y me abrazó con fuerza. Sus ojos estaban vidriosos y con los bordes rojos. Intenté sentarme con la espalda recta, pero mi cabeza se sentía como una bola de boliche sobre la punta de un palillo.

—Ay, gracias a Dios, estás bien —dijo con alivio—. Estás bien. —Me acarició el cabello un par de veces mientras murmuraba—: No puedo perderte a ti también.

—¿William? ¿Está bien? —pregunté con la voz llena de pánico—. ¿Y Caleb?

—Los dos están en el quirófano. Los médicos no nos dicen nada todavía.

—¿Alguien se puso en contacto con las familias?

—Los Sjöberg están aquí. El padre de William está volando desde Los Ángeles mientras hablamos —explicó—. La familia de Caleb sabe de la situación y están esperando noticias.

«Esto no puede estar pasando».

—¿Y Mimi? ¿Está bien?

—Encontraron a Mimi tirada en el suelo en su departamento, pero rápidamente la trajeron aquí. Los médicos están monitoreando de cerca sus signos vitales, pero está bien. Se pondrá bien —dijo como si tratara de convencerse—. Nicholas le dio un fuerte sedante y la dejó inconsciente.

—¿Y Nicholas? ¿Alguien sabe dónde está? —Esperaba que lo encontraran rápidamente. Estaba loco. Desde el momento en que lo conocí, supe que no estaba bien de la cabeza. Constantemente envenenaba la mente de Thomas y lo incitaba, cuando no era el tipo de ayuda que Thomas necesitaba.

—Lo encontrarán —dijo con naturalidad—. La escuela y sus padres han sido notificados de lo sucedido, en caso de que aparezca en la escuela o en casa de sus padres en D.C. Nunca se sabe.

Mi padre le pidió a una enfermera que me trajera agua.

El traje que había llevado al estreno estaba doblado en una mesa de acero inoxidable junto a nosotros. No sabía si tenía que devolverlo. Esperaba que no porque estaba salpicado de sangre. Verlo hizo que me estremeciera y me recordó a Thomas, que yacía sin vida en el suelo a mi lado. Podía sentir que mi respiración se volvía pesada e irregular de nuevo.

—¿Estás bien, nena? —preguntó mi padre, analizándome. La enfermera volvió con mi vaso de agua y tomé unos sorbos. No estaba bien. Ni siquiera cerca. Pero asentí. Era una respuesta más fácil. ¿Cómo iba a poner mis pensamientos en palabras cuando ni siquiera podía entenderlos? Era demasiado para procesar.

—¿Alguien ha hablado con Nathan? —pregunté en su lugar.

—Lo desperté. Se suponía que iba a volar de vuelta a las diez y media de la mañana, pero hablé con Oliver Chapman, y Nathan y su compañero de trabajo Aiden están volando de vuelta en su avión, ya que un par de personas de la oficina de Londres tenían que volar a Nueva York, también. Se les notificó la salida antes. Su vuelo debe haber salido hace media hora.

—¿A qué hora llegará Nathan entonces? —pregunté. Lo necesitaba tanto. Debía estar muy preocupado y mi teléfono estaba en el

departamento.

—Alrededor de las diez y media de la mañana. Enviaré a alguien a recogerlo y pediré que lo traiga inmediatamente —dijo, tranquilizador—. Pero tú necesitas descansar.

«Descansar».

La única forma en que podría descansar era si me daban un sedante. No podía dejar de pensar en William y en Caleb. Esperaba que salieran bien de la operación. Tenía que ser así.

—¿Te duele la mano? —preguntó mi padre—. Tienes la muñeca rota. Tendrás que llevar el yeso durante ocho semanas.

—Ahora me duele menos. Estoy segura de que hay algo en eso para ayudar con el dolor —dije, sacudiendo la barbilla hacia la bolsa de suero—. ¿Qué hora es, por cierto?

—Son, ah… —miró su reloj—, las dos y media de la mañana. Dormiste un par de horas. Te dieron un sedante suave. —«Por supuesto que sí». Me tomó la mano izquierda y me besó los nudillos—. Tuviste un ataque de pánico.

«Lo sé».

Sentí que podría tener otro si no mantenía mi mente distraída. Pero los restos del sedante seguramente estaban fluyendo por mis venas, manteniéndome algo calmada porque lo único que quería era ver a William y a Caleb de nuevo, y no sería capaz de relajarme del todo por mi cuenta hasta que supiera que estaban bien.

—¿Señor Murphy? —dijo Aaron desde fuera de las cortinas—. ¿Puedo entrar? —Mi padre abrió la cortina. Llevaba una pequeña bolsa y mi teléfono—. El agente Robbins quiere hablar con usted.

—Aaron, por favor, quédate con ella —le dijo mi padre a Aaron—. Ahora mismo vuelvo, nena. —Me besó la frente y se fue.

—Te trajimos una muda de ropa y otros artículos personales que puedas necesitar. —Aaron dejó la bolsa sobre la mesa.

—Me alegro de que esté bien, señorita Murphy —susurró—. Ellos van a estar bien también.

Sabía lo importantes que eran ambos para mí.

Por un segundo, juré que podía oler la colonia de William. Y Aaron no llevaba. Ya estaba alucinando.

—Gracias por todo —le dije. Él apretó la boca y asintió. No podía comprender que Thomas estuviera muerto. Tuve que morderme los labios para no volver a llorar.

No podía entender cómo las cosas se intensificaron de manera que

Thomas había acabado muerto y William y Caleb con heridas de bala por su culpa. Por mi culpa.

Incomprensible. Inaceptable.

Mi mente se desvió hacia mi madre mientras trataba de imaginar lo que había pasado. Todavía podía oír los gritos de terror de la gente en la escuela ese día. Cerré los ojos por un segundo e inhalé profundamente por la nariz, tratando de distanciarme de mis pensamientos.

—Abrimos el sobre de Thomas —dijo Aaron de repente, con el ceño fruncido—. De eso es de lo que Robbins quería hablar con tu padre. Le está informando. Hay un par de detectives aquí también. Están ansiosos por hablar contigo, pero tu padre les pidió que no lo hicieran hasta que te sintieras mejor.

No tenía ganas de hablar con los detectives. Pero sabía que tendría que hacerlo, en algún momento.

—¿Y puedes decirme qué había dentro de ese sobre? —pregunté, intentando sentarme de nuevo.

Se inclinó y echó una última mirada a la cortina antes de continuar.

—El senador Hill mató a Joshua, el hermano de Thomas. Todas las evidencias están dentro de ese sobre. La cinta de vigilancia muestra claramente a su padre empujando a Joshua por las escaleras. No lo he visto, pero eso es lo que me han informado —reveló Aaron—. La madre de Thomas estaba de pie detrás del senador Hill cuando lo hizo. Ella tuvo que haber visto cómo su marido asesinaba a su hijo.

—¡No! —Me tapé la boca y miré hacia otro lado. Estaba en *shock*. Debe haber sido horrible para Thomas haber pasado por eso, saber que su padre había asesinado a su hermano porque no podía respetar su sexualidad—. ¡Es un monstruo! Arruinó la vida de Thomas. Y su pobre madre… —No pude contener las lágrimas por más tiempo.

Aaron respiró profundamente y continuó.

—Hay unas cuantas grabaciones de los padres de Thomas discutiendo por teléfono. La conversación muestra al senador Hill admitiendo el crimen —añadió—. Será detenido por esto. Esperemos que las cosas procedan en consecuencia.

Dejé caer la cabeza sobre las almohadas. Todavía me sentía mareada y odiaba estar pegada a esa cama. Quería ver a la familia de William.

—¿Podrías preguntarle a alguien si me darán de alta pronto?

Aaron me miró con una mirada de desaprobación.

—Creo que deberías descansar. Podría pasar un rato antes de que tengamos noticias de William y Caleb.

—¿Puedo al menos ver a Lily o a los hermanos de William?

—Tu padre no quiere que nadie entre en esta zona ahora mismo. Lo siento, señorita Murphy. Es una orden directa. Y realmente creo que lo mejor es que encuentre una manera de dormir un poco.

Imposible.

Una enfermera entró y me preguntó cómo estaba mientras inyectaba una jeringa en mi bolsa de suero. Nos sonrió a Aaron y a mí antes de irse. Hundí más la cabeza en las almohadas e inmediatamente me sentí relajada de nuevo. Una bruma pesada apareció ante mis ojos.

«Mierda, otro sedante…», y se sentía tan bien.

CAPÍTULO 44

No

Me desperté unas horas después en la sala de urgencias. Todavía llevaba la bata del hospital. Mi brazo seguía enyesado y todavía no sabía nada sobre William o Caleb.

«Esto no es un simulacro».

Aaron se había ido. Una agente estaba parada junto a mí en su lugar. Su piel era de un tono café dorado y llevaba el cabello color caramelo en un chongo suelto.

Detrás de la cortina podía distinguir dos siluetas. Pero no pude distinguir quiénes eran y tampoco reconocí sus voces silenciosas.

Mi teléfono indicaba que eran las 5:37 a.m. Ya tenía que haber noticias de William o Caleb.

—Hola, Billie. Soy la agente Johnson —dijo con voz dulce—. ¿Cómo te sientes?

—Hola. Mucho gusto —respondí, tratando de incorporarme. La agente Johnson me ayudó a levantarme—. Estoy bien, pero necesito orinar.

Se rio.

—Puedo ayudarte con eso. ¿Estás bien para caminar?

Asentí.

—¿Tiene alguna información sobre William o Caleb?

—No, pero seguro que podemos preguntarle a alguien. Vamos a llevarte al baño primero. —Abrió la cortina y los dos agentes apostados fuera de mi cubículo asintieron con la cabeza. Yo les devolví el saludo—. Aaron y David volverán pronto —dijo mientras salíamos—. Tu padre les pidió que se refrescaran. —La ropa de Aaron

estaba manchada de sangre cuando lo vi hace rato—. Tu padre dijo que también regresará en breve.

La agente Johnson me acompañó al baño más cercano. Cuando volvimos, me senté en el borde de la cama. No quería acostarme más. Estaba lista para pasar a lo que seguía, aunque mi cabeza se sentía pesada. Necesitaba saber si William y Caleb estaban bien. Basta de dormir.

—¿Cómo está mi paciente favorita? —dijo el doctor Lindström en cuanto entró. Me sentí aliviada cuando lo vi sonreír. Eso significaba que William tenía que estar bien.

—Estoy bien y me siento lista para dejar esta cama —respondí con una ligera sonrisa. ¿Alguna noticia sobre William?

—Sí. Está en la sala de recuperación. Su operación ha ido bien —dijo el doctor Lindström, agarrando mi hombro durante un par de segundos—. La bala dio en su colon descendente. Los cirujanos tardaron unas horas en arreglar el daño. Terminaron el procedimiento un poco después de las cuatro de la mañana.

—¿Cuándo podré verlo? —pregunté con el ceño fruncido, esperando una respuesta negativa.

—Cuando vuelva a su habitación —dijo con una sonrisa mientras miraba su reloj—. En unos treinta minutos más o menos.

«¡Sí!».

—¿Y cuándo me darán el alta?

—Puedes irte. He hecho que alguien se encargue del papeleo. Puedo llevarte a ver a la familia de William si quieres.

—Eso sería genial. Gracias —dije con una sonrisa de esperanza.

—¿Y Caleb? Es parte de mi equipo de seguridad. A él también le dispararon. Me dijeron que estaba en el quirófano. ¿Tienes alguna información?

—No sabía que había un agente herido. Solo he estado monitoreando el progreso de William, pero puedo revisar por ti.

El doctor Lindström llamó a una enfermera para que lo ayudara a sacar la vía de mi muñeca izquierda y se disculpó. La enfermera me ofreció que me ayudaría a cambiarme después.

La agente Johnson puso la bolsa con mis cosas sobre la cama y abrió el cierre. El olor de William salió en espiral y llenó el cubículo en segundos.

«¿Qué…?».

Era la sudadera verde de Hammarby de William. No la de Nathan.

—¿Por qué trajeron esta sudadera? —pregunté, confundida.

—La traje yo —respondió la agente Johnson con los ojos muy abiertos—. Lo siento, ¿no es la correcta? David me dijo que debía traerte ropa interior, leggins, tenis y una sudadera verde de Hammarby. Me tomó un rato encontrarla. Estaba dentro de una caja verde en el cajón de hasta abajo.

Usaba tanto la sudadera de Nathan que David podría haber pensado que apreciaría el gesto de que la trajera. Pero Mimi no había devuelto mi ropa limpia, incluyendo la sudadera de Nathan.

La agente Johnson era implacable, ¿verdad? La había encontrado en su escondite no tan secreto.

Maldita sea.

—No, está bien. No se preocupe —respondí con una sonrisa, sintiendo un poco de pánico por dentro—. Pero puede que tenga que cambiarme antes de las diez. Es una larga historia.

—Enviaré a alguien para que te traiga algo más —dijo con naturalidad—. ¿Algo en particular?

—Cualquier otra sudadera del armario está perfectamente bien. —Sentí vergüenza de enviar a alguien a mi departamento de nuevo, pero no podía llevar eso cuando llegara Nathan. Me hizo sentir aun peor tener que mantenerla en secreto. Pero tampoco quería deshacerme de la sudadera de William.

«Soy lo peor».

—Yo me encargo —respondió la agente Johnson mientras la enfermera me ayudaba a ponerme la sudadera. Era enorme. Le pedí a la enfermera que me ayudara a enrollar las mangas hasta los codos porque me cubrían completamente las manos.

Al final salí del cubículo oliendo a William. El doctor Lindström estaba esperando a que saliera. Me llevó a ver a la familia de William en una sala de espera privada.

—¡Billie! —gritó Lily y corrió hacia mí cuando el doctor Lindström me abrió la puerta. Nos abrazamos con fuerza—. Me alegro mucho de que estés bien. ¿Cómo está tu muñeca? Nos dijeron que estaba fracturada.

—Ahora mismo no me duele mucho —le dije—. Me dieron medicinas para el dolor durante la noche.

—Queríamos verte, pero no nos dejaron pasar —susurró, mirando a los dos agentes que estaban detrás de mí. Llevaba jeans y suéter, pero su cola de caballo de la noche anterior seguía intacta. Se había

lavado la cara y sus ojos parecían hinchados. Había estado llorando, seguro.

—Lo sé. Pero mi padre se siente muy inquieto por la situación. No quería que nadie viniera a verme.

Lily me explicó que Eric había llevado a la madre de William a su departamento para que descansara un rato. Estaba muy perturbada y se ponía ansiosa sentada en la sala de espera.

El doctor Lindström le dio una de sus píldoras de felicidad después de decirle que la operación de William había sido un éxito, así que se había ido a dormir mientras él estaba en la sala de recuperación porque no había dormido en toda la noche.

Joel y Tobias se levantaron y también me abrazaron. Ambos parecían cansados y taciturnos. Probablemente también con resaca. A diferencia de Lily, ambos seguían vistiendo sus trajes de etiqueta de la noche anterior, pero se habían quitado los sacos y las corbatas.

—Lo siento mucho —dije, llorando—. Siento que todo es culpa mía.

Joel me abrazó de nuevo.

—No hay nada que lamentar. Esto no es tu culpa y él va a estar bien. —Joel olfateó mi cuello y se apartó con el ceño fruncido—. ¿Por qué hueles como Billy?

Me separé del abrazo de Joel y Tobias dijo con una sonrisa:

—Yo también tengo curiosidad. Es como si estuviera aquí. Me desconcertó un poco.

Ya me había acostumbrado al olor, así que olvidé que olía a él.

—William me regaló esta sudadera en diciembre —dije, llorando y riendo al mismo tiempo—. Me la trajeron por error, pensando que era la de Nathan. Alguien va a traer otra cosa para que me la cambie. Además, es enorme.

Los ojos de Lily se convirtieron en corazones, como la última vez que hablamos de William la noche del Super Bowl.

De repente, volví a sentirme mareada, así que me senté en uno de los sofás. Necesitaba comer o beber algo. La agente Johnson inmediatamente se acercó a mí y me preguntó si necesitaba algo mientras se apartaba uno de los rizos color caramelo de la cara.

—Un café estaría bien. ¿Y galletas?

Ella asintió y yo le agradecí después con una sonrisa.

Tenía que preguntarle cual era su nombre de pila.

Lily se sentó a mi lado y mi teléfono sonó. Era un número

desconocido.

—¿Murph? Murph, ¿puedes oírme?

—Hola, tú —dije con voz temblorosa—. Sí, te escucho. No puedo esperar a que llegues. —Exhalé aire lentamente por la boca, haciendo que mis mejillas se inflaran. «Calma». El peso de todo lo que había sucedido empezaba a chocarme.

—Oh, Dios. ¿Cómo te sientes? Estoy a punto de volverme loco en cualquier momento —dijo Nathan, con la voz llena de preocupación.

—Estoy bien.

—Estoy tan ansioso por verte. Tu padre me contó todo. Lo siento tanto, amor. No puedo dejar de pensar en que nunca debí haberme ido. Debería haber…

—Nathan, esto es…, no. No digas eso, por favor. No había forma de que pudiéramos saber lo que Thomas estaba planeando.

Nathan tardó unos segundos en responder. Podía oír su respiración sobre el fuerte zumbido del avión en el fondo.

—¿Cómo está tu muñeca? Tu padre me ha dicho que está rota.

—Sí, está enyesada. —Me estaba costando mucho hablar con él por teléfono. Tenía muchas ganas de verlo—. Es que todavía estoy… No sé. Es todo tan irreal. No puedo creer que Thomas esté muerto, y William y Caleb…

—No te preocupes, amor. Creo que es mejor que hablemos una vez que llegue allí. Solo quería escuchar tu voz. Todo va a estar bien. Me aseguraré de ello, ¿de acuerdo? Lo prometo.

—Realmente te necesito aquí —dije con un sollozo que me rompió la voz.

—No quiero nada más que estar ahí para ti. Llegaré en unas horas —dijo con su voz tranquilizadora que yo adoraba.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Terminé la llamada, volví a meter el teléfono en el bolsillo de la sudadera y expulsé el aire por la boca. Lily me dio un abrazo y dejé que mi cabeza descansara en su hombro. Nos sentamos así, sin hablar, durante un rato.

Nadie tenía nada más que decir. Estoy segura de que todos pensábamos lo mismo: «¿Cuándo demonios podremos ver a William?».

La agente Johnson trajo café y galletas para todos.

Era fantástica.

Hablamos un poco mientras bebíamos café y comíamos galletas.

Hablamos sobre todo del estreno de Tobias y de lo buena que era la película. Nadie me preguntó nada sobre lo que había pasado la noche anterior. No sé si ya se habían informado o si pensaron que era demasiado pronto para preguntar. Pero yo lo agradecí. Hablar de nada era exactamente lo que necesitaba.

El doctor Lindström entró a la sala de espera y me levanté de un salto, colocando mi taza de café en la mesa auxiliar. Mi padre entró detrás de él. Sus rostros parecían hoscos. El doctor Lindström bajó la mirada al suelo y mi padre me miró negando con la cabeza.

«Oh, Dios, no. No, no, no. Algo le pasó a William».

CAPÍTULO 45

Desconsuelo al amanecer

Todos se levantaron de inmediato de sus asientos.

—¿Qué pasa? —preguntamos Joel y yo al mismo tiempo.

—Ay, nena. —Mi padre se me acercó y me abrazó—. Caleb, él… —Se interrumpió, incapaz de decir las palabras—. Lo siento mucho, corazón.

—¡No! —grité, separándome de él—. ¿Él qué? ¿Caleb qué?

—No sobrevivió a la operación —logró decir—. Murió.

—¡Pero él…, no! Era solo su hombro. Estaba sentado en la acera cuando llegó la ambulancia. Y estaba perdiendo sangre, pero eso fue todo. No. —Mis sollozos se desataron mientras mi mente intentaba procesar la devastación—. ¡Lo prometió! —grité entre jadeos, tratando de salir de la sala de espera, de ir a algún lugar. A cualquier sitio. Pero mi padre me sujetaba con fuerza—. ¡Quiero verlo! No lo entiendes. ¡Prometió que se iba a quedar!

Lily lloraba detrás de mí.

«Esto no está pasando».

Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos bruscamente. Tal vez yo estaba muerta y había ido directamente al infierno. Probablemente me lo merecía. Pero, por desgracia, ese no era el caso. Y Caleb había tenido que pagar por mis estúpidos errores mientras yo seguía con vida.

Retrocedí unos pasos y me dejé caer en el sofá, con la mirada vacía mientras veía hacia la nada.

—Lo siento mucho. —Mi padre me tomó de las manos y se puso en cuclillas en el suelo frente a mí—. Podrás verlo, pero no ahora mismo.

—Todo esto es culpa mía —susurré para mí, con la voz temblorosa.

Mi padre se levantó y se sentó a mi lado.

Caleb murió por mi culpa.

William recibió un disparo por mi culpa.

Nunca le hice caso a Caleb. Él no confiaba en Thomas y yo nunca me preocupé por escucharlo, por confiar en su instinto. Todo era culpa mía. Él siempre se preocupó por mi bienestar. Y yo hice que lo mataran porque había sido demasiado terca para creerle.

—No lo es, nena —dijo mi padre suavemente, abrazándome de nuevo.

Todo se volvió oscuro a mi alrededor: gris. Sin vida. Lo único que podía oír era esa voz dentro de mi cabeza que me decía: «Bueno, en cierto modo lo es».

Caleb me salvó cuando mi madre murió. Estaba paralizada y él me ayudó a sentirme como yo misma de nuevo cuando pensé que no podría. Sin él, el entumecimiento me envolvió una vez más, y ahora él había desaparecido.

«¿Qué diablos voy a hacer ahora?».

—Era mi mejor amigo, él… —Apoyé el codo en la rodilla y me tapé los ojos con la mano. Los pulmones se me tensaron de nuevo.

«Respira». Podía sentir cómo mi respiración se aplastaba de nuevo por esa ira invisible traída por el pánico, la pena y la ilimitada negación.

No podía. Realmente, no podía.

Mi padre me acariciaba la espalda, pero no servía de nada. No era suficiente. Nada sería nunca suficiente.

«Respira, respira, respira».

El doctor Lindström volvió a entrar a la sala de espera privada. Ni siquiera me di cuenta de que se hubiera ido.

—Toma esto —dijo y me ofreció un vasito de papel con una pastilla y un vaso de agua.

No había necesidad de preguntar qué era para saber que quería meterme esa píldora en mi sistema. Estaba segura de que me adormecería y me ayudaría a olvidar todo. Por un tiempo, al menos.

Prefería lidiar con el dolor más tarde.

Me tragué la píldora con agua y dejé el vaso sobre la mesa. Lo único que necesitaba era desconectarme de la realidad. No era lo suficientemente fuerte para lidiar con esto. El corte era profundo. Intolerable. Insoportable.

«No está muerto. No puede estarlo».

«No».

Cerré los ojos, mis pies se agitaron sobre el suelo mientras esperaba que la píldora me adormeciera. Para nublar el dolor y, con suerte, que no volviera a mí.

—¿Quieres ver a William? —ofreció el doctor Lindström.

—Sí —respondí demasiado rápido. Demasiado desesperada. Me levanté de mi asiento y mi padre también. Caleb se había ido, pero no podía perder a William también. Necesitaba ver por mí misma que estaba bien, que saldría de esto.

—Está en su habitación, pero todavía está dormido —dijo el doctor Lindström—. Y puede ser que lo esté por un tiempo. Solo puedo dejar que uno de ustedes entre por ahora. —Miró a los hermanos de William, como si esperara su opinión sobre el asunto.

Miré por encima del hombro a Lily, Joel y Tobias, y les imploré con los ojos. «Déjenme ser la primera en entrar». Joel respondió con un simple movimiento de cabeza.

—¿Segura de que estás bien para ir? —preguntó mi padre—. Acabas de tomarte la medicación. Tal vez deberíamos llevarte a casa y descansar durante un rato. Podemos volver más tarde. William está muy bien cuidado. Va a estar bien.

Ya había escuchado eso anoche, y ahora Caleb estaba muerto.

—No. Necesito verlo. Por favor —rogué. «Por favor, no me lleves a casa». No quería ni poner un pie en mi departamento.

—De acuerdo —contestó con un atisbo de sonrisa. Lo abracé. «Gracias»—. Estaré por aquí ocupándome de todo para Caleb. Johnson y Robbins estarán contigo hasta que vuelvan Aaron y David, ¿sí? —Asentí mientras lágrimas involuntarias rodaban por mis mejillas. Mi mente no podía comprender lo que estaba pasando, pero mi corazón lo sabía todo y estaba sollozando.

Seguí al doctor Lindström hasta la habitación de William. Johnson y Robbins esperaron afuera cuando entré. Había una zona a la izquierda con un gran sofá de tres plazas, un sillón de aspecto cómodo y una mesa de café de mármol blanco. El doctor Lindström abrió una puerta de madera y allí estaba él. Estaba dormido junto a un enorme ventanal que daba a la ciudad.

Había tres puertas a mi derecha que llevaban a Dios sabe dónde. La cama de William en el hospital era más grande de lo habitual: más ancha, más larga. Era como si hubiera entrado en una suite de hotel.

Era impresionante. No sabía ni siquiera que existían este tipo de habitaciones.

El doctor Lindström me mostró dónde había un botón de emergencia detrás de la cama, por si acaso, y me sugirió que me quedara solo un rato nada más porque pronto me daría sueño. Me pidió que le llamara si necesitaba algo y se marchó.

Acerqué con cuidado una silla a la cama de William y me senté allí, mirándolo. Se veía tan pálido y gris. No brillaba con fuerza como siempre lo hacía, y eso me mataba.

Sentí su mano fría cuando la tomé entre las mías.

Todavía estaba un poco oscuro afuera, pero una luna creciente de madrugada se dibujaba en el cielo.

«Esa luna».

Cerré los ojos un segundo y apreté la mano de William. El corazón me dolía cuando mi mente volvía a Caleb. No podía estar muerto. No podía ser verdad.

«Despierta». Grité dentro de mi cabeza, a mí, a William.

Y entonces sentí que los párpados me pesaban. No podía obligarme a abrirlos. Una intensa sensación de lasitud me invadió de inmediato. No era la misma píldora que el doctor Lindström me había dado hace unos meses. Esta era más fuerte. Era como si me estuvieran drenando la energía.

Apoyé la mejilla sobre la cama de William y me permití desvanecerme.

Segundos o minutos después, no sabría decir cuántos, sentí un ligero tirón en la mano que me hizo volver a la conciencia. Me enderecé en la silla y vi la cara de William. Sus párpados estaban casi cerrados.

Se lamió los labios secos y susurró con voz grave y ronca:

—Me encanta mi olor en ti.

—Hola —respondí suavemente. Me levanté de la silla y me senté en la cama junto a él. Gimió cuando mi peso le hizo moverse ligeramente.

—Lo siento. —Me levanté de nuevo y solté su mano para no hacerle daño, pero se quejó.

—Siéntate. Mano —murmuró, dando unos golpecitos a la cama. Me senté suavemente de nuevo y le tomé la mano como me había indicado. Rozó mi yeso con los dedos—. ¿Cómo está tu muñeca?

—Cállate —respondí, llorando, pero con una sonrisa. Él me

devolvió la sonrisa con un gemido. No tenía que preguntarme cómo estaba yo. Había recibido un disparo y acababa de salir del quirófano por mi culpa. Mi muñeca rota no era nada comparado con eso. Ni de cerca.

—¿Necesitas algo? —pregunté—. ¿Te duele algo? ¿Llamo a la enfermera? ¿Agua? Necesitas agua.

—No. Tengo todo lo que necesito aquí conmigo —dijo, apretando mi mano de nuevo.

«Oh, William».

—Lo siento —susurré. Todavía parecía tener problemas para abrir los ojos por completo—. Lo siento mucho. —Quería ser fuerte, pero no pude. Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras apretaba su mano aun más fuerte, temiendo que de alguna manera se me escapara.

—Para. No es… —Se interrumpió y sacudió la cabeza dos veces—. Haría cualquier cosa por ti.

«¡Mi corazón!».

Respiré con fuerza por la nariz y traté de secar las lágrimas, pero me sentí impotente ante las circunstancias.

—Thomas, ¿está…? —preguntó William, abriendo completamente los ojos y mirándome.

—Muerto —murmuré.

Suspiró.

—¿Aaron y Caleb?

Me temblaron los labios y negué con la cabeza. Se me escaparon los sollozos.

—Caleb.

—Mierda. —William cerró los ojos durante unos segundos y se mordió el labio—. Lo siento mucho, *älskling*. —Expulsó el aire por la boca, sacudiendo la cabeza lentamente—. Sé lo mucho que lo… querías—. Parecía sorprendido. Turbado. Y yo no podía dejar de llorar.

—Pensé que te había perdido también —dije, descansando mi frente sobre su pecho con un sollozo. La idea de perderlo encendió una guerra en mi interior. El miedo injustificado contra el alivio de que no ocurriera anulaba la ecuación, pero había sido abrumadora, me había alterado la mente.

—Nunca —dijo, acariciando mi cabello. Me quedé ahí durante unos segundos, asegurándome de que estuviera realmente ahí conmigo, asegurándome de que fuera real. De que estuviera despierta.

Me incorporé y tomé un pañuelo de su mesita para limpiarme la cara.

—Ven aquí —susurró. Me incliné de nuevo y me acerqué a su cara. Me rozó suavemente el labio inferior con el pulgar—. Yo te veo. —Cerré los ojos, sintiendo el placer de su piel en contacto con la mía. Me pareció que había pasado un millón de años desde la última vez que lo había visto.

Mi alma me urgía a tocarme los labios, a liberar mis sentimientos y permitirle que me viera haciéndolo de nuevo. Pero mi mente me advirtió que no lo hiciera y mi insensato corazón volvió a pensar en Nathan, en que lo amaba. Pero qué era ese sentimiento que embelesaba todo mi ser cada vez que William me tocaba, cada vez que lo veía o escuchaba su voz… ¿No era también amor?

Abrí los ojos y toqué su labio inferior. Todavía no pude encontrar el valor para tocar los míos, para hacérselo saber.

—Yo te veo —susurré mientras fijaba mi mirada en la suya y le acariciaba el labio inferior con el pulgar.

En ese momento, comprendí que reconocía sus sentimientos por mí al tocar su labio. Ahora los tenía claros. Lo veía, y él me veía a mí, aunque yo no estuviera preparada para aceptar mis sentimientos por él, aunque no supiera cómo.

—Mira —susurré, señalando la ventana con la barbilla—. Es tu luna. Siempre me recuerda a ti.

William se volvió para mirar el cielo y sonrió con un suave resoplido.

—Nuestra luna. —Le devolví la sonrisa: nuestra luna.

Estaba amaneciendo y los primeros rayos de sol dorados llenaban la habitación y pintaban el horizonte con diferentes tonos de naranja, rosa y amarillo cremoso.

William me pidió que me acostara a su lado, así que me quité los zapatos y me metí con cuidado en la cama. Apoyé la cara en su pecho y aspiré la loca familiaridad de su aroma, que emanaba de mi sudadera, envolviéndonos.

Finalmente, mis párpados perdieron la batalla y se rindieron mientras me permitía caer en un sueño ineludible, con la esperanza de que, de alguna manera, curara las heridas de mi corazón.



NOTA DE LA AUTORA

ADVERTENCIA: la siguiente **nota de la autora** contiene *spoilers* sobre el final del libro. Abstente de leerla si no has terminado o si te importa que te estropeen el final.

Lo siento mucho. Sufrí profundamente cuando me di cuenta del destino de Caleb. Cuando escribí por primera vez *Desconsuelo al amanecer*, tenía un final alternativo en el que Caleb salía bien del tiroteo. Dejé que el manuscrito respirara durante unos días para ver cómo se sentía y rápidamente me di cuenta de que no se sentía bien. Solo me estaba engañando a mí misma porque sabía que estaba en negación. Era casi como si pudiera oír a Caleb diciéndome: «Sabes que hay que hacerlo. No te preocupes por mí. Estaré bien». Y lloré hasta empapar mi teclado mientras reescribía el verdadero final.

Como escritora, te encariñas con tus personajes y los sentimientos son muy reales. Pero les prometo que esta no es una muerte sin sentido o para crear drama. Todo tendrá sentido una vez que lean el Libro 3. Pueden enviarme un correo electrónico o un mensaje si necesitan hablar de esto. Siempre estoy abierta y deseosa de discutir cualquier cosa con mis lectores.

Y como lo leíste en *Luna de medianoche*, el libro estaba dedicado a una de mis mejores amigas, que murió cuando yo tenía veinte años, la edad de Billie. La fecha de nacimiento de Mariel es el 18 de marzo, y también la de Caleb. Unir sus cumpleaños fue simbólico para mí.

Mariel murió porque un tipo que había estado bebiendo chocó el auto en el que ella iba, lo que provocó su muerte. Inevitablemente, escribir esta serie ha sido muy terapéutico para mí. Han pasado dieciséis años desde que se fue, pero los sentimientos siguen ahí cuando los busco. Así que, por favor, recuerda: no bebas y manejes, y gracias por leer *Desconsuelo al amanecer*. Prometo reparar tu corazón y compensarte con *el tercer libro*.

Con mucho amor,
A.



AGRADECIMIENTOS

Aquí vamos de nuevo. Tengo que dar las gracias a todos los que han elegido leer mis libros. Cada uno de ustedes cuenta; sé que hay millones de libros increíbles y que solo podremos leer una parte a lo largo de nuestras vidas, así que gracias por incluir *Desconsuelo al amanecer* y por seguir con la serie.

A mi equipo de Planeta: a Montserrat Flores, Valentina Bonilla, Vania Fuentes, Anilú García, gracias por el increíble trabajo que han hecho y siguen haciendo con los libros, les estaré eternamente agradecida; a Carmina Rufrancos, gracias por creer en el proyecto desde el principio. A todo el equipo de mercadotecnia que de verdad ha estado pendiente de la serie desde un inicio; a Adrián Martínez Manzano y Melissa Moreno por todo el apoyo para impulsar los libros y mi carrera. Y a todos los que de alguna forma u otra han formado parte del proyecto, ¡muchísimas gracias!

A Germán, mi esposo: estoy muy agradecida por el apoyo interminable y la comprensión que me has brindado durante todo el camino. Gracias por animarme y darme la fuerza para seguir adelante; sobre todo por creer en mis sueños.

Marianna Andrade: gracias por todas las conversaciones intensas y sinceras que tuvimos por teléfono cuando me bloqueé y por tu ayuda para encontrar nuevas ideas y aventuras para Billie. No puedo decirlo lo suficiente: ¡GRACIAS!

Sulamit Elizondo: gracias por el increíble arte de la portada. Me encantan nuestras lluvias de ideas y lo bien que conectamos para darle

vida a Billie en el lienzo.

A los maestros de Krav Maga —y otras artes marciales mortales—: Caleb Tonche y Gal Frishwaser. Muchas gracias por tomarse el tiempo de revisar las diferentes escenas de peleas y los escenarios de riesgo en la historia y hacerlos precisos y perfectos. Caleb, gracias por mostrarme cómo liberarme del agarre de una persona si me inmovilizan en el suelo. ¡Ja! Me dolía todo el cuerpo solo por haber recreado esa escena un par de veces, pero fue muy divertido. Amé la coincidencia de que tu nombre sea también Caleb.

Dr. Luis Fernando Arana: solo quiero que el mundo sepa que no nada más es un gran cirujano, sino que además es mi suegro y colega escritor. Gracias por sentarte conmigo y repasar las opciones para las heridas de William y Caleb durante la escena del tiroteo y tu paciencia mientras anotaba todos los términos médicos y las notas. Siempre es muy divertido hablar contigo sobre escritura y medicina.

Karen Cantú: mi abogada favorita. Muchas gracias por tus consejos legales sobre las situaciones que ocurrieron a lo largo del libro. Eres la mejor, y te quiero tanto, tanto.

Melissa Ortiz: gracias por todo y más. Por siempre estar y siempre animarme. ¡Te adoro!

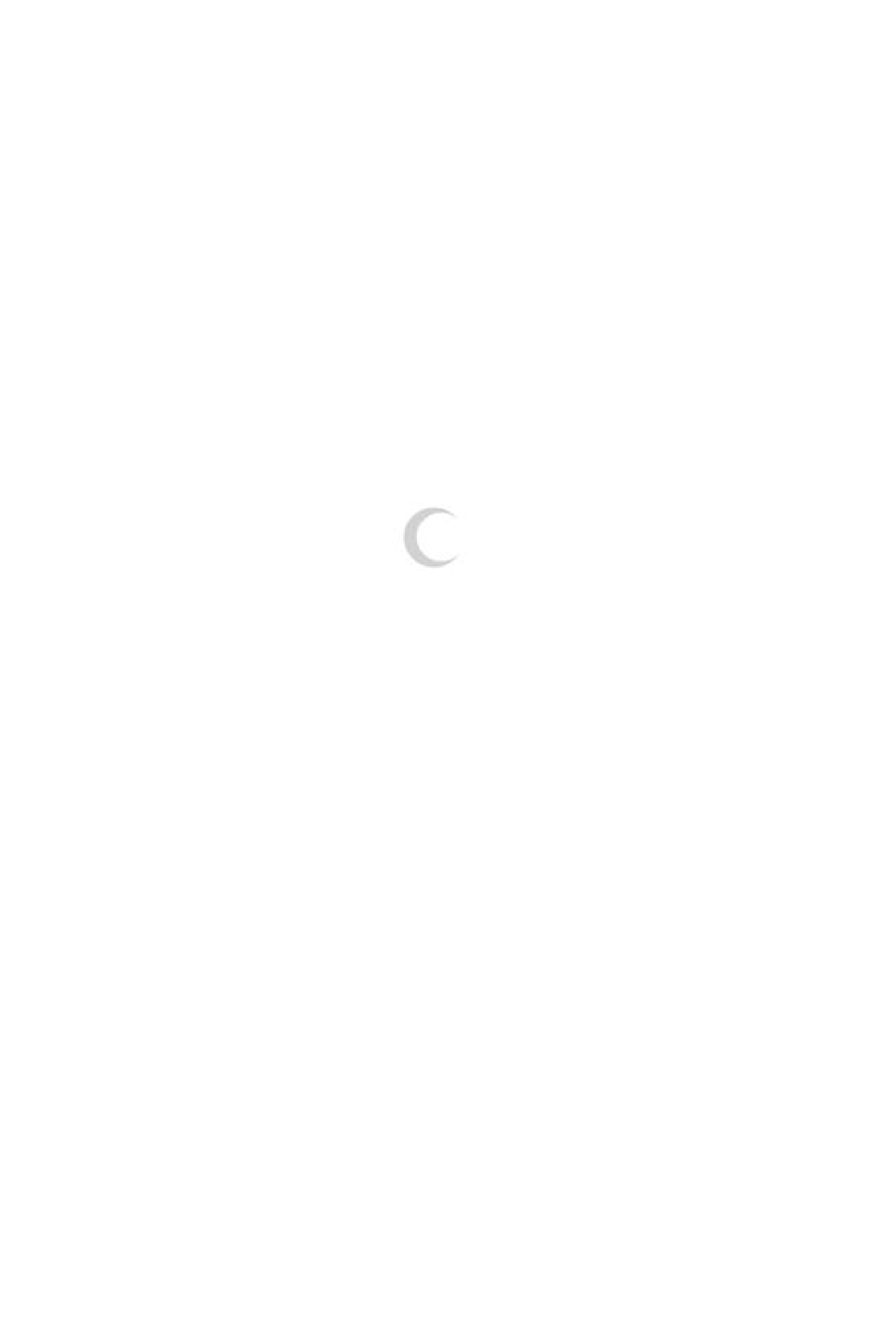
A la comunidad de Bookstagram: han sido más que increíbles y me han mostrado más apoyo del que jamás imaginé. También he hecho muchos amigos nuevos, ya saben quiénes son, y siempre es increíble poder compartir la pasión por las palabras con otros seres humanos que están igual de entusiasmados que tú. Realmente es la mejor comunidad. Estaré siempre agradecida.

A mi hijo, Germán: gracias por tu eterna paciencia. ¡Me encanta que te hayas aprendido los nombres de todos los personajes! Te amo.

A mi familia: por apoyarme y animarme a lo largo de esta aventura.

A mis amigos que me siguen animando, ya saben quiénes son. Su apoyo significa todo para mí. Los quiero.

Y a todos a los que alguna vez les ha gustado, han compartido, reenviado, comentado en un *post*, historia, *reel*, etcétera, en las redes sociales. ¡GRACIAS! Cada gesto cuenta y sé que me han apoyado desde el principio. ¡Nunca lo olvidaré!



Acerca del autor

ALEJANDRA ANDRADE es la autora de la serie *Moonstruck*; con *Luna de medianoche*, la primera entrega, debutó y decidió dedicarse a la escritura por completo. Es amante de la música y fan absoluta de todo lo relacionado al romance, Christopher Nolan, *Star Wars*, *El señor de los anillos* y *Juego de Tronos*.

Actualmente vive en Mérida, Yucatán, con su esposo y su hijo. La puedes encontrar en redes sociales, siempre y cuando su límite de 30 minutos no haya expirado.

Título original: *Heartstruck At Dawn*

Traducción: Mariana Hernández Cruz

Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño del diseño original de David Provolo
Ilustración de portada: Sulamit Elizondo

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2023
ISBN Obra completa: 978-607-07-9683-8
ISBN Volumen II: 978-607-39-0138-3

Primera edición en formato epub: junio de 2023
ISBN Obra completa: 978-607-07-9745-3
ISBN Volumen II: 978-607-39-0194-9

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV